

UNA AVENTURA DE ISAAC BELL

# CLIVE CUSSLER

Y SCOTT JUSTIN

## EL LADRÓN



Lectulandia

En la quinta entrega de las aventuras de Isaac Bell el famoso detective privado se enfrenta a un espía dispuesto a poner el futuro del mundo en manos del imperio alemán.

1910. Clyde Lynds, inventor de una nueva y revolucionaria máquina de cine sonoro, se dirige a Estados Unidos a bordo del Mauretania, el transatlántico más veloz del mundo. En plena travesía Lynds descubre que no ha conseguido librarse de sus perseguidores alemanes, que intentarán secuestrarlo en mitad del océano. Pero no cuentan con que Isaac Bell, el famoso jefe de la agencia de detectives Van Dorn, navega en el mismo barco. No obstante, el enemigo de Lynds es capaz de perseguirlo por el país entero. Es un hombre infatigable que se oculta bajo innumerables disfraces. Un espía respaldado por todo un imperio.

Nuevamente Isaac Bell será el responsable de averiguar quién es y qué pretende realmente ese hombre, y detenerlo antes de que sea demasiado tarde, porque quien controle en los años venideros la industria del cine controlará la cultura popular, el mundo de los negocios y probablemente la historia de la humanidad.

**Lectulandia**

Clive Cussler & Justin Scott

# **El ladrón**

**Isaac Bell - 5**

ePub r1.3

turolero 22.07.15

Título original: *The Thief*  
Clive Cussler & Justin Scott, 2012  
Traducción: Jofre Homedes Beutnagel

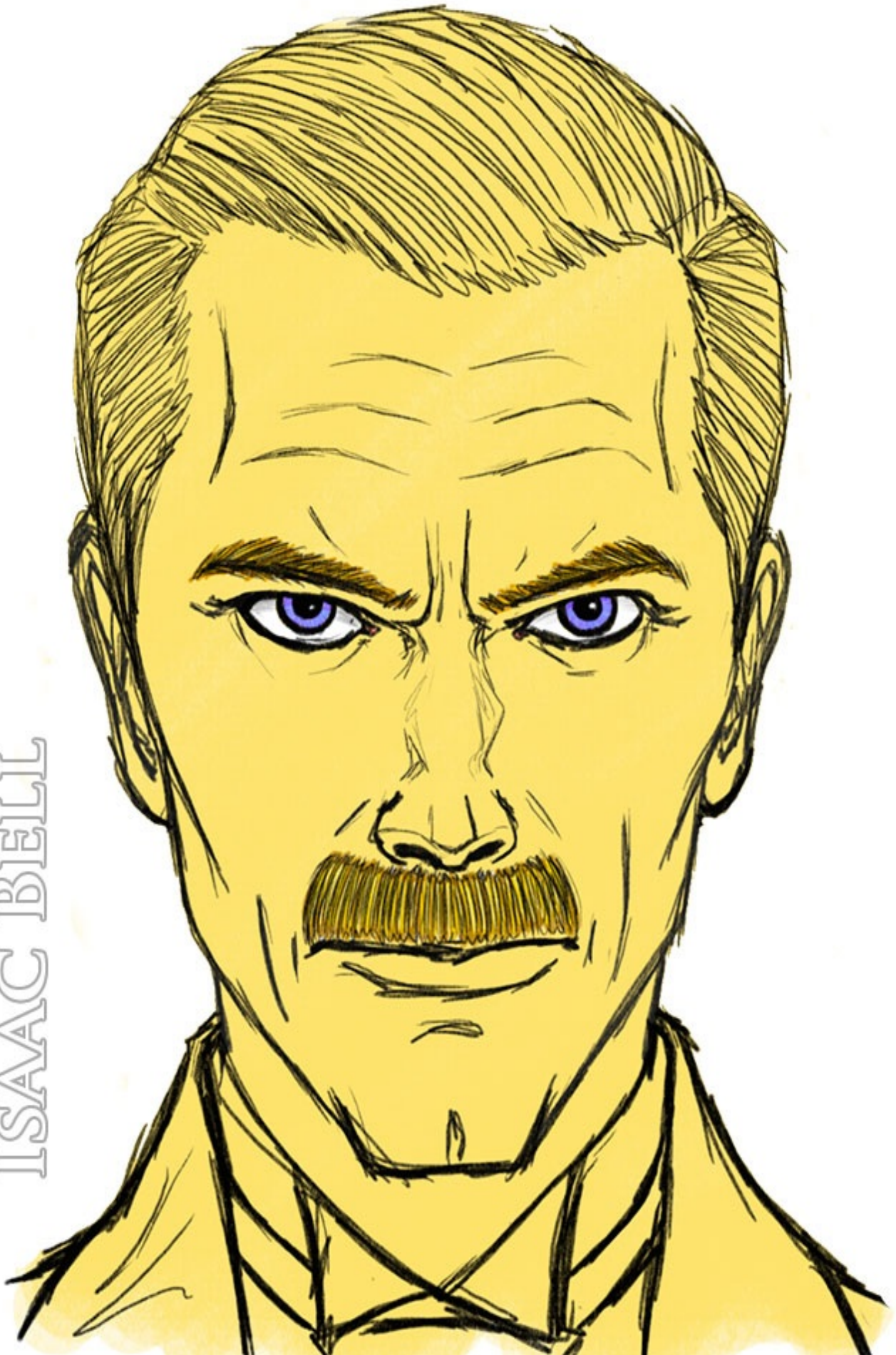
Editor digital: tuolero  
Corrección de erras: Mozartillo  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

ISAAC BELL



**Libro uno**

**Películas parlantes**

*El rápido Mauretania, de la naviera Cunard,  
se hace a la mar*

—¿Lo oyes?

—¿Si oigo qué? —preguntó Archie.

—Una lancha motora.

—Tienes oídos de murciélago, Isaac. Yo solo oigo el barco.

Isaac Bell, un hombre de treinta años, alto, esbelto, con una espesa cabellera rubia y un poblado bigote perfectamente recortado, se acercó a la borda y escrutó la oscuridad. Iba vestido con la sobriedad de un directivo de seguros de Hartford, Connecticut: traje de cubierta de *tweed* Harris, sombrero de copa baja y ala ancha, botas hechas a medida y la cadena de oro del reloj cruzada sobre el chaleco.

—No es el barco.

Regresaban a Estados Unidos en el rápido de la Cunard *Mauretania*, el transatlántico más veloz del mundo, que se dirigía a Nueva York con dos mil doscientos pasajeros, ochocientos tripulantes y seis mil sacas de correo. En la abrasadora penumbra del cuarto de calderas trabajaban cientos de hombres con el torso desnudo, cargando carbón a paletadas para obtener el vapor que aquella vertiginosa travesía de cuatro días y medio por el Atlántico exigía. Por el momento, no obstante, el *Mauretania* aún se deslizaba plácidamente por el canal de la Mancha y cruzaba la barra del Mersey hacia la negra noche, con solo unos centímetros de marea por debajo de la quilla. Seis cubiertas por encima de las calderas, y casi doscientos metros por delante de la hélice más próxima, Isaac Bell oía solo la embarcación.

Aquel sonido, claro y poderoso, de una lancha con motores de gasolina V-8 capaces de impulsarla a treinta nudos era una nota discordante. Bell supuso que sería una Wolseley-Siddeley, de fabricación inglesa. Su exuberancia sonora evocaba más bien una regata en la soleada Costa Azul, no una ruta transatlántica nocturna.

Se volvió. No se veía la luz de ningún barco. Distinguió tan solo el resplandor cada vez más difuso de Liverpool, con el que Inglaterra quedaba atrás, a dieciocho kilómetros de la popa.

Nada se movía junto al *Mauretania*, en la invisible intersección del agua opaca y el cielo nublado.

Frente a ellos la boya se encendía y se apagaba.

El sonido fue debilitándose. Tal vez fuera el engañoso efecto de una racha de viento del mar de Irlanda al sacudir la lona que cubría los botes salvavidas, al otro lado de la borda de teaca.

Archie abrió ceremoniosamente una pitillera de oro de la que sacó dos cigarros La Aroma de Cuba.

—¿Qué te parece si fumamos para celebrarlo? —Se palpó los bolsillos del chaleco—. Me he olvidado el cortapuros. ¿Tienes tu cuchillo?

Visto y no visto, Bell se lo sacó de una bota y seccionó las puntas de los habanos con la limpieza de corte de una guillotina.

El pelirrojo Archie —Archibald Angell Abbott IV, muy conocido en la alta sociedad de Nueva York— habría podido pasar por un hombre de mundo y buena posición. Era el dorado disfraz que adoptaba siempre que viajaba con su joven esposa, Lillian, hija del más osado de los magnates estadounidenses del ferrocarril. El capitán y el primer sobrecargo eran los únicos que estaban al corriente de que trabajaba como detective privado para la agencia Van Dorn, y de que Isaac Bell era el investigador jefe de esta última.

A resguardo del viento bajo un toldo, encendieron los puros para celebrar la captura de un estafador bursátil de Wall Street cuyos expolios habían causado el cierre de varias fábricas y dejado sin trabajo a miles de personas. Aquel tipo se había refugiado en Europa a todo lujo y había cometido el error de pensar que, con el mar de por medio, el lema de los detectives de Van Dorn —«Nunca nos rendimos. ¡Nunca!»— sería papel mojado. Pero Bell y Abbott le habían echado el guante en un casino de Niza. Ahora, encerrado en la bodega de equipajes de proa del *Mauretania*, dentro de una jaula de leones alquilada a un circo (dado que el calabozo del buque estaba ya ocupado), aguardaba el momento de ser juzgado en Manhattan, custodiado por un agente de los servicios de protección de Van Dorn.

Bell y Abbott, íntimos amigos desde que se enfrentaron en un legendario combate de boxeo interuniversitario en el que Bell había representado a Yale y Archie a Princeton, estaban solos en la cubierta. Ya era tarde. El viento frío y la niebla habían hecho que los pasajeros de primera, segunda y tercera clase del *Mauretania* se refugiasen en sus *suites*, camarotes o literas de hierro galvanizado, respectivamente.

—Estábamos hablando —dijo Archie, medio en broma y medio en serio— de tu inminente, o no tanto, boda con la señorita Marion Morgan.

—Ya están casados nuestros corazones.

La prometida de Isaac Bell se dedicaba al mundo cinematográfico. Había abandonado Londres en el último tren, después de realizar para Picture World News Reels un reportaje fotográfico del cortejo fúnebre de Eduardo VII. Los rollos de negativos con las imágenes tomadas por las máquinas que Marion había repartido a lo



largo del recorrido fueron revelados, lavados, secados y positivados de inmediato, y aquella misma noche, solo nueve horas después del entierro del viejo rey Teddy, se proyectaban ciento sesenta metros de «película temática» en los teatros de Piccadilly mientras la directora disfrutaba de un más que merecido baño caliente en su camarote de primera, junto a la cubierta de paseo del *Mauretania*.

—Nadie duda de tu pasión —dijo Archie con un guiño tan insinuante que a cualquier otro le habría valido un puñetazo en el ojo—. Además, habría que estar ciego para no fijarse en la enorme esmeralda que ella luce en el dedo, muestra de vuestro compromiso. Pero los amigos constatamos que ha pasado cierto tiempo desde el anuncio del mismo... ¿Te lo estás pensando?

—Yo no —respondió Bell—. Y Marion tampoco —se apresuró a añadir—. Estamos los dos tan ocupados que no hemos tenido tiempo de fijar la fecha.

—Pues ahora es la ocasión. Cuatro días y medio en alta mar. No puede escaparse. —Archie señaló con el puro el puente de mando sin luz del *Mauretania*—. ¿Qué te parece si pedimos al capitán que os case? —preguntó con toda naturalidad, como si no hubiera ensayado aquella conversación con su mujer el día mismo de la compra de los pasajes.

—Cuando tú vas yo vuelvo, Archie.

—¿Qué quieres decir con eso?

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Bell; una dentadura tan perfecta que casi brillaba en la oscuridad.

—Ya he hablado con el capitán Turner.

—¡Excelente! —Archie le cogió la mano a Bell y se la estrechó con ímpetu—. Yo seré el padrino y Lillian, la dama de honor. De invitados está el barco lleno. He ojeado la lista de pasajeros, y en el *Mauretania* viaja la mitad de los Cuatrocientos y una buena parte de los *Burke's Peerage*.

La sonrisa de Bell reflejaba determinación.

—Ahora solo me falta acorralar a Marion.

Archie, que se estaba recuperando de una herida de bala, anunció de pronto que se iba a acostar. Bell lo ayudó a abrir una pesada puerta por la que se accedía a un pasillo y notó que temblaba.

—Te acompaño.

—No hay que desperdiciar tan buen tabaco —dijo Archie, firmemente sujeto a la baranda—. Acábate el puro, ya bajo por mis propios medios.

Bell estuvo pendiente de Archie hasta que se aseguró de que había bajado sin percances. Acto seguido salió de nuevo a la cubierta y aguzó el oído, vuelto hacia el oscuro mar.

Se asomó por la borda. Veinte metros más abajo se reflejaban en los remolinos de agua las luces de la lancha del práctico, que se acercaba soltando bocanadas de humo

y vapor. El timonel aproximó con destreza la proa de la barca al casco con remaches del *Mauretania*, que parecía un negro acantilado en movimiento. El práctico que había conducido fuera del río y de la barra de arena al gigantesco buque de vapor bajó por una escalerilla de madera y soga. Todo se llevó a cabo de manera impecable. Un minuto después las dos embarcaciones se separaron, y la más pequeña apagó sus luces de cubierta y desapareció a popa mientras la más grande aumentaba la velocidad.

Bell, que todavía escrutaba la noche, de nuevo distinguió con claridad el motor V-8. Esa vez se oía más cerca, calculó que a menos de doscientos metros, y se aproximaba a todo trapo. Calculó que la lancha se encontraría a unos cien metros del buque. Seguía sin verla, pero la oía deslizarse junto al barco sin quedarse atrás, lo cual, en un mar cada vez más agitado, era toda una proeza. Le pareció no ya insólito, sino peligroso que navegara con las luces apagadas. De pronto se encendieron, pero no eran las de navegación, sino las de un reflector de señales que emitía destellos en código.

Isaac Bell miró la popa que se extendía a lo largo de la cubierta. Esperaba ver los destellos de respuesta del *Mauretania*, pero en el puente de mando no había oficiales ni marineros que pudieran contestar. Tampoco apreció respuesta alguna desde el trinquete de sesenta metros que desaparecía en la oscuridad del cielo. Encaramado a la cofa, el vigía miraba hacia delante, no hacia el costado al que el reflector había dirigido su estrecho haz de luz.

De pronto, a popa, vio romper una ola cuyo blanco resplandor contrastó intensamente con el agua negra. Después fue la lancha lo que vio aproximarse. En efecto, era una Wolseley-Siddeley que, con el morro oculto bajo el oleaje, hendía el mar con velocidad y fuerza, guiada por un avezado timonel. Se colocó justo a los pies de Bell: doce metros de cortante eslora cuya hélice dejaba tras de sí una estela de espuma luminosa.

Oyó una exclamación a su espalda, un grito de miedo que se interrumpió bruscamente. Se volvió para observar la oscura cubierta del buque. Lo que captó a continuación fue un gemido de dolor seguido de unos pasos apresurados.

Por el pasillo donde había deseado buenas noches a Archie irrumpió un compacto grupo de hombres que se peleaban entre sí con encarnizamiento, siluetas que se tambaleaban delante de la luz que salía de las ventanas de la biblioteca de primera clase. Tres individuos corpulentos estaban empujando hacia la borda a dos más bajos. El detective oyó otro grito, la voz de alguien que pedía ayuda; luego un fuerte impacto y un gruñido sordo. Una víctima se dobló sin aliento con las manos en el vientre.

Isaac Bell cubrió corriendo la distancia que lo separaba de ellos.

Se movía en absoluto silencio.

Tan concentrados estaban los tres hombres que no se percataron de la presencia del alto detective hasta que un potente derechazo dejó tumbado en la cubierta al que estaba más cerca de él. Bell giró sobre la punta de los pies y lanzó un directo con la izquierda, al que aplicó toda su energía y el peso de su cuerpo. De haber dado en el blanco habría equilibrado la balanza, uno contra uno.

El hombre a quien había querido noquear se movió con una rapidez inusitada, evitando recibir en la cabeza el puñetazo, que acabó por impactarle en un hombro.

Aun así, y a pesar de que llevaba colgada del hombro una gran sogá que amortiguó el impacto gracias a la flexibilidad del cáñamo, la potencia del golpe bastó para arrojarlo a la cubierta.

De la oscuridad surgió un contragolpe que estalló con la violencia concentrada de un mazazo. Isaac Bell lo esquivó parcialmente, pero el impulso del choque lo lanzó contra la borda y quedó asomado a ella, con la lancha motora a sus pies, pegada al casco. El autor del golpe que lo había hecho salir despedido arrastró a sus dos víctimas a la baranda y gruñó una orden a su cómplice, quien tras saltar por encima de su camarada caído se lanzó sobre Bell para terminar la faena.

El detective vio reflejarse en un cuchillo las luces de la biblioteca.

Recuperado el equilibrio, se apartó de la borda e intentó eludir una brutal puñalada. El filo pasó a pocos centímetros de su cara. Bell propinó una enérgica patada a su contrincante, y este chocó con la borda y se precipitó al otro lado. Un grito de dolor y miedo fue cortado en seco por el tremendo impacto del cuerpo al estamparse veinte metros más abajo contra la lancha.

La embarcación se alejó a toda velocidad, con un rugido de máxima aceleración.

Isaac Bell sacó de su abrigo una pistola.

—¡En pie! —ordenó al de la sogá enrollada en el hombro, el tipo inusitadamente rápido y fuerte a quien solo veía como una sombra—. Manos arriba.

Una vez más, no obstante, el cabecilla de los agresores se movió como un rayo; lanzó la sogá hacia Bell, y esta se le enroscó en la mano con la que sujetaba la pistola. Mientras el detective se desembarazaba de la cuerda vio, sorprendido, que su contrincante levantaba de la cubierta a su inconsciente cómplice y lo lanzaba por la borda. Después echó a correr.

Bell tiró la sogá al suelo y alzó el arma.

—¡Deténgase!

El atacante siguió corriendo.

El detective esperó serenamente a que la luz que salía de la biblioteca iluminara su avance para poder detenerlo con un tiro en las piernas. Su Browning modelo 2 semiautomática, una pistola de gran precisión que disparaba cartuchos del calibre 380, no podía fallar. Justo antes de llegar a la luz el fugitivo apoyó ambas manos en la baranda, dio un salto digno de un acróbata circense y desapareció en la oscuridad.

Bell corrió hacia el punto donde había saltado y miró por la borda.

Sobre las oscuras aguas solo vio la estela blanca dejada por el raudo casco del *Mauretania*. No acertó a distinguir si el fugitivo estaba nadando o se había hundido bajo las olas. En cualquier caso, a menos que la lancha volviese y que su tripulación tuviera mucha suerte al buscar, era poco probable que lo rescatasen antes de que el gélido mar de Irlanda acabara con su vida.

Enfundó la pistola y se abrochó el abrigo. Nunca había visto nada igual. ¿Qué idea absurda había impulsado a aquel hombre a arrojar por la borda, a una muerte segura, a su cómplice inconsciente y poco después condenarse a sí mismo a la misma

suerte?

—Gracias, señor, muchísimas gracias —dijo una voz con el acento y la barroca cadencia de los vieneses cultos—. No me cabe duda de que sin su rapidez y su coraje ya estaríamos muertos.

Bell miró hacia abajo de nuevo, pero la oscuridad era absoluta.

—Lástima que no nos haya salvado antes de recibir el puñetazo en el vientre —dijo otra voz, que parecía la de un americano—. Me siento como si me hubiera atropellado un tranvía.

—¿Estás bien, Clyde? —preguntó el vienés.

—Lo estaría si una enfermera rubia y bien capacitada me cuidara durante un mes. —Clyde se levantó con dificultad—. Gracias. Nos ha salvado el pellejo.

—¿Qué pretendían esos tipos? —inquirió Isaac Bell—. ¿Matarlos o raptarlos?

—Raptarnos.

—¿Por qué?

—Es largo de contar.

—Dispongo de toda la noche —anunció Isaac Bell en un tono que exigía respuestas—. ¿Conocían a esos hombres?

—Sabíamos de sus actos y su fama —dijo el vienés—, pero gracias a usted no hemos llegado a conocerlos formalmente.

Bell los tomó a ambos con firmeza por el brazo y se los llevó al interior del barco, a la sala de fumadores, donde los sentó en dos sillones contiguos y observó sus caras. El americano era un joven con el bigote de un dandi y el pelo alborotado, que no debía de tener más de veinte años y que no solo se despertaría con dolor de barriga, sino también con un ojo a la funerala.

El vienés era un hombre maduro y de aspecto bondadoso, un digno caballero con unos quevedos tintados de rosa, que milagrosamente seguían sobre su nariz, bajo la frente despejada y una mirada inteligente. Su atuendo era de calidad. Llevaba una corbata oscura y una camisa de cuello redondo. En contraste con su sobria vestimenta, su bigote se torcía sinuoso en las puntas. Bell supuso que era un hombre de letras, y no anduvo muy errado, como se vería. También luciría dentro de unas horas un ojo morado. Además, le habían partido el labio, que sangraba.

—No deberíamos estar aquí. —Miró con admiración la opulencia de las tallas y los artesonados de la enorme estancia, decorada a la manera del Renacimiento italiano—. Es el salón de fumadores de primera clase, y nosotros viajamos en segunda.

—Son ustedes invitados míos —se limitó a decir Bell—. ¿Qué ha pasado?

Apareció el sobrecargo del salón de fumadores, quien tras una gélida mirada a los pasajeros de segunda clase informó a Bell, con todo el empaque con que podía hacerse un anuncio semejante, de que el bar estaba cerrado.

—Necesito toallas y hielo para las contusiones de estos caballeros —dijo Isaac Bell—. Que venga enseguida el médico del barco. Ah, y quiero *whisky* escocés para

todos, sin hielo. Empezaremos por el *whisky*, por favor. Tráigame la botella.

—No hace falta, no hace falta.

El americano se apresuró a mostrarse del mismo parecer.

—Estamos bien. Ya se ha molestado bastante. Bastará con que nos acostemos.

—Me llamo Bell, Isaac Bell. ¿Y ustedes?

—Disculpe mi mala educación —dijo el vienés con una reverencia mientras se palpaba el chaleco con manos temblorosas—. Parece que he perdido mis tarjetas durante la refriega —murmuró, disgustado—. Me llamo Beiderbecke, profesor Franz Bismark Beiderbecke.

Dio la mano a Bell y este se la estrechó.

—Le presento a mi ayudante, Clyde Lynds.

El joven simuló un saludo militar. Bell le dio la mano y escudriñó su semblante. Dejándose de bromas, Lynds le sostuvo la mirada, y Bell distinguió en la expresión de sus ojos una firmeza que no se apreciaba a simple vista.

—¿Por qué han intentado raptarlos?

Los dos hombres se miraron con cautela. El primero en hablar fue Beiderbecke.

—Es de suponer que fueran agentes de una empresa de fabricación de municiones.

—¿Qué empresa es esa?

—Una alemana —dijo Lynds—. Krieg Rüstungswerk GmbH.

Bell reparó en la fluidez con que lo pronunciaba.

—¿Dónde ha aprendido el alemán, señor Lynds?

—Mi madre era alemana, aunque se casó muchas veces. Pasé mi infancia entre Dakota del Norte, donde mi padre (un inmigrante sueco) cultivaba trigo, Chicago y las bambalinas de los teatros de Nueva York. Al final *Mutter* se ligó a un vienés, que era lo que siempre había querido sin saberlo, así que aterricé en Viena y me aceptó el bueno del profesor.

—Más que bueno, afortunado, señor Bell, si quiere que le diga la verdad. Clyde es un científico de gran talento. Mis colegas aún se dan con un canto en los dientes por que eligiera trabajar en mi laboratorio.

—Es porque salía barato —dijo Clyde Lynds con una sonrisa.

—¿Por qué iban a raptarlos unos agentes de una empresa de fabricación de municiones? —preguntó Bell.

—Para robarnos nuestro invento —respondió Beiderbecke.

—¿Qué tipo de invento?

—Nuestro invento secreto —contestó Lynds anticipándose al profesor. Se volvió hacia él—. Señor, habíamos quedado en que la confidencialidad es primordial.

—Sí, claro, claro, pero es que el señor Bell ha sido tan bueno con nosotros... Ha puesto su vida en peligro para salvar las nuestras.

—El señor Bell es muy diestro con los puños. ¿Qué más sabemos de él? Mi consejo es que nos ciñamos al pacto de no revelar nada, que es lo que habíamos

acordado.

—Por supuesto. Tienes razón, claro. —El profesor Beiderbecke miró a Bell, avergonzado—. Perdona usted. A pesar de mi edad no soy hombre de mundo. Mi brillante y joven protegido me ha convencido de que soy demasiado confiado. Es obvio que es usted un caballero. También es obvio que ha salido en nuestra defensa sin tener en cuenta su propia integridad. Por otra parte, me conviene recordar que ya hemos sido cruelmente utilizados por otros que aparentaban ser caballeros.

—Y que intentaron sacarnos hasta los empastes de las muelas —dijo Lynds, burlón—. Perdona, señor Bell. ¿Verdad que me entiende? No es que no le estemos agradecidos por haberse lanzado en nuestro rescate...

La sonrisa de Isaac Bell podía considerarse amistosa.

—No tienen que mostrarme su gratitud revelando un secreto importante. —Aquella comedida respuesta disimulaba una curiosidad que sería satisfecha si sabía ser paciente. Tal como Archie había observado, tenían por delante cuatro días y medio en alta mar; nadie abandonaría el barco en ese tiempo—. Ahora bien, me preocupa su seguridad —añadió—. Esta gente de las municiones ha organizado una campaña audaz y de una precisión militar para raptarlos de un transatlántico británico que acaba de zarpar. ¿Por qué creen que no volverán a intentarlo?

—En un transatlántico británico seguro que no —replicó Lynds—. Si se tratara de uno alemán, nos preocuparía la tripulación. Por eso elegimos este.

—¿Quiere decir acaso que ya lo habían intentado antes?

—En Bremen.

—Y dígame, por curiosidad, ¿cómo se libraron ustedes entonces?

—Tuvimos suerte —dijo Lynds—. Como nos lo veíamos venir, reservamos pasaje a bordo del *Prinz Wilhelm*, para llamar la atención, y luego nos dirigimos a toda prisa a Rotterdam, desde donde viajamos a Hull en un vapor. Cuando averiguaron que no habíamos embarcado en el *Prinz Wilhelm* ya íbamos en tren a Londres.

Bell tenía muchas más preguntas, pero le impidió formularlas la llegada del médico del barco. Justo tras él irrumpió el primer oficial, momento en que Bell vació con disimulo su vaso de *whisky* en una escupidera y se lo rellenó ostensiblemente con la botella.

La expresión del primer oficial se fue tiñendo de incredulidad a medida que el profesor y Lynds le explicaron que acababan de atacarlos tres hombres que luego habían saltado por la borda. Después, mientras el médico examinaba el corte del labio de Beiderbecke y el ojo hinchado de Lynds, el oficial dijo a Bell en voz baja, con una elocuente mirada al *whisky* que tenía en la mano:

—Es inevitable preguntarse si estos dos señores no se habrán peleado entre sí y habrán querido encubrirlo con un cuento chino sobre... ¿Cómo lo titularíamos? ¿Quizá «Piratas en la bahía de Liverpool»?

Isaac Bell dio un sorbo a su *whisky*. Estaba resuelto a llegar hasta el fondo de

aquel extraño ataque, así como de aquello que lo había motivado, el invento calificado como «secreto» por los propios Beiderbecke y Lynds, pero los secuestradores habían sido engullidos por la noche y se encontraban a varias millas náuticas del barco. Las únicas fuentes de información disponibles eran el austríaco y el suecoalemán criado en Estados Unidos. Por otra parte, los oficiales del *Mauretania* estaban menos capacitados que un policía de pueblo para investigar el móvil de la agresión. No harían más que estorbarle.

—Mire usted, señor Bell... —añadió el primer oficial. Sus primeras palabras habían sido corteses, casi tímidas: era el perfecto empleado de la compañía, un hombre con don de gentes que no se inmutaba ante los pecadillos de los pasajeros ricos. Fijó en Bell una mirada penetrante, con la que sin duda atemorizaba a los suboficiales—. Habida cuenta de que nadie ha saltado, se ha caído o ha sido arrojado por la borda, tengo curiosidad por saber cómo lo han convencido para que adornara su historia.

—Lo he hecho por compasión —dijo Isaac Bell con una sonrisa. Se llevó el vaso a los labios—. Les daba tanta vergüenza lo que habían hecho, pobres... Y yo me había tomado alguna que otra copa. —Lanzó una mirada al interior del vaso—. En su momento parecía buena idea... —Miró al oficial a la cara y sonrió un tanto avergonzado—. Me tentó ser un héroe, al menos durante un momento...

—Le agradezco su franqueza, señor Bell. Seguro que estará usted de acuerdo en que lo mejor, en cuanto el médico haya hecho su trabajo, es que nos acostemos todos y tengamos la fiesta en paz.

—¿Krieg Rüstungswerk GmbH? —repitió Archie Abbott. Desde niño había viajado a lo largo y ancho de Europa, y poco tiempo atrás, en el transcurso de su prolongada luna de miel, había orquestado los preparativos para abrir sucursales de la agencia Van Dorn en el Viejo Continente—. Es una empresa privada de municiones estrechamente relacionada con el ejército, como es previsible en un fabricante de cañones que se prepara para una guerra en Europa.

Estaban en el comedor, donde Isaac Bell se había reunido con Archie poco después de que se anunciara el desayuno con un toque de corneta. El *Mauretania* acababa de rebasar el cabo Malin, el punto más septentrional de la geografía irlandesa, y al dejar atrás el mar de Irlanda había empezado a sentir los efectos de unas olas atlánticas de altura inusitada, que elevaban su proa y alimentaban rumores en los ascensores y en los vestíbulos de que les esperaba mal tiempo.

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Te acuerdas de la lancha motora que no oíste anoche?

—¿Cómo quieres que me acuerde si no la oí?

Bell explicó lo sucedido a Archie, y este se quedó de piedra.

—En buen momento se me ocurrió acostarme temprano... ¿Por la borda, los tres?



—El que intentó apuñalarme, el que fue arrojado por su jefe... y este también, por iniciativa propia.

—Siempre eres el único que se divierte, Isaac.

—¿Qué loco se lanzaría al mar para ahogarse a propósito?

Archie sonrió.

—Quizá tuviera miedo de alguien que ya había dejado tiosos a sus dos compinches y que tenía una pistola en la mano.

Bell negó con la cabeza.

—Un hombre asustado no se habría entretenido en lanzar por la borda a su cómplice. No, se aseguró de que no quedara nadie que pudiera confesar. Ni siquiera él mismo. Demencial.

—¿Estás seguro de que no saltó a un bote salvavidas?

—Segurísimo. Volví a la baranda y miré hacia abajo. Estaba en la zona del medio de estribor, esa donde no hay botes, como mínimo a diez metros del más cercano.

Archie se llenó la boca de arenque ahumado.

—Más que demencial, yo diría fanático. Los de Krieg Rüstungswerk son uña y carne con el ejército imperial alemán, así que si buscan el «invento secreto» del profesor debe de tratarse de algún artilugio bélico, ¿no te parece?

—Un artilugio bélico, sin la menor duda.

—En cuyo caso es muy posible que Krieg reclute a soldados alemanes para robarlo. Son unos fanáticos en todo lo tocante al *Der Tag*, «el día» en que pondrán en marcha el *Wille zur Tat* del káiser Guillermo. Y ya sabemos todos qué significa *Wille zur Tat*.

—Un eufemismo para no decir: «Empezar una guerra» —puntualizó Bell—. Aunque yo sigo confiando en que todo esto de la guerra en Europa no pase de las palabras a los hechos.

—Yo también —dijo Archie—. De todos modos, Inglaterra está paranoica con los acorazados alemanes, y la Alemania imperial es ambiciosa. Al káiser le encanta su ejército, y ocurre como en la antigua Prusia: es el ejército el que gobierna la sociedad. El servicio militar dura tres años, y la burguesía anda tan loca por los uniformes que acepta estar en la reserva solo para poder vestirse de soldado.

—La industria alemana no la han construido los soldados, sino los civiles.

—No cabe duda de que muchos millones de alemanes de bien preferirían ganar dinero y mandar a sus hijos al colegio que entrar en guerra. La cuestión es si el káiser puede azuzarlos al combate... Pero ¡dejémonos de guerras y de armas secretas! Si no es indiscreción, ¿te ha vuelto a decir Marion que sí?

—Todavía no la he preparado.

—¿Qué pasa, que estabas demasiado ocupado arrojando granujas por la borda? Eh, ¿adónde vas? Aún no has acabado de desayunar.

—Voy a radiotelegrafiar a la oficina de Berlín antes de que estemos tan lejos de la costa que nos resulte imposible hacerlo. Que Art Curtis se ponga a investigar sobre

Lynds, Beiderbecke y Krieg Rüstungswerk.

—Que tengas suerte. La oficina la lleva Art a solas, y acaba de empezar.

—Art Curtis es más rápido que una mangosta y más listo que el hambre. Encima domina el alemán. ¿Por qué crees que el señor Van Dorn le asignó Berlín?

—Nos vemos en la sala de fumadores. Tenemos que hablar de ese precioso toro al que vas a tomar por los cuernos. Por cierto, Isaac, ¿qué ha sido de la cuerda que te lanzó aquel hombre?

—Cuando volví a mirar, ya no estaba.

—Debió de llevársela algún marinero.

—O un cómplice.

Bell tomó un formulario en blanco de la mesa del contador y lo relleno con su mensaje, pero en vez de dejarlo en manos de otro, exponiéndolo a miradas indiscretas, se lo llevó directamente al puesto del telegrafista, situado en la última cubierta del barco, entre la segunda y la tercera chimenea.

Cuando entró en la sala de radio, donde el viento sacudía una cortina que el humo del carbón había teñido de gris, tenía en su mano un billete británico de una libra (cinco dólares, un día de paga) para disuadir de antemano a cualquiera que le insinuara que mandara el mensaje a través del contador. El operador, que no formaba parte de la tripulación del *Mauretania*, sino que era un empleado de la Marconi Wireless Telegraph Company, se abstuvo también de comentar que el escrito de Bell era un galimatías, ya que estaba cifrado.

Bell esperó a que el hombre transmitiera su mensaje por código Morse a un puesto de radiotelegrafía del cabo Malin, desde donde sería teleografiado por tierra, después por cable bajo el mar de Irlanda y el canal de la Mancha, y de nuevo por telégrafo hasta la oficina de Van Dorn en Berlín. En función de la distancia que hubiera cubierto el *Mauretania*, la respuesta de Arthur Curtis se transmitiría desde Irlanda o a través de otros barcos.

—Justo a tiempo para oír pontificar —dijo Archie a Bell a modo de saludo cuando el alto detective se reunió con él en la sala de fumadores.

Mediaba la mañana, y el masculino refugio se había llenado de varones distinguidos que fumaban puros, pipas y cigarrillos, jugaban al ajedrez, hacían solitarios y leían el periódico del barco. Las vidrieras y el humo de tabaco filtraban la débil luz del norte, que se reflejaba en los asientos, las mesas y los sillones agrupados sobre una alfombra de color verde claro. Dos hombres de mediana edad con el rostro colorado discutían en voz alta. Bell prestó oídos. En los salones de fumadores hasta los más juiciosos caían en la jactancia y ofrecían a manos llenas valiosa información.

—¿Quién es el hombre corpulento y vestido de *tweed*? —preguntó Bell a Archie.

—El conde de Strone, oficial retirado del ejército británico.

—¿Y a quién se enfrenta el señor conde?

—A Karl Schultz, un magnate del carbón pangermanista que entre las clases obreras del valle del Ruhr recibe el poco cariñoso apodo de Barón Chimeneas. Antes de que alcen aún más la voz, permíteme que te dé valor. Amigo mío, te ruego que amarres a la bella Marion antes de que se aleje a la deriva.

—Esta medianoche —dijo Isaac Bell—. Tengo preparado hasta el último detalle. Para empezar, champán y música.

—El champán nunca falla, pero ¿de dónde piensas sacar una orquesta a esas horas? Hasta el camarero que toca la corneta se acuesta después de haber anunciado la puesta de sol.

—Voy a sorprenderla con un gramófono.

—¿Y no te chafará la sorpresa el bulto de la bocina del gramófono en la chaqueta del esmoquin?

—Es que es de cartón. Se guarda todo doblado en una cajita que no es más grande que la funda de una cámara.

Archie miró a Bell con sincera admiración.

—Eres un estratega implacable, Isaac.

—Lillian está al otro lado de la puerta. Ya puedes darle luz verde. Esto está hecho.

—¿Es demasiado temprano para brindar por tu éxito?

Bell ya había llamado la atención del camarero.

—Dos McEwan's Export, por favor.

—Vaya por Dios —dijo Archie al tiempo que se ponía en pie y saludaba con la mano—. ¡Si es Hermann Wagner, el banquero! Nos organizó una cena de luna de miel en Berlín. ¡Herr Wagner!

Wagner se acercó sonriendo. Bell reconoció en él a un refinado berlinés cuya elegancia lo situaba en las antípodas de su paisano Karl Schultz, el rudo Barón Chimeneas. Mientras charlaban sobre los rumores de mal tiempo, como buenos pasajeros, y se mostraban de acuerdo en que para ser un barco de aquella eslora el *Mauretania* ya cabeceaba mucho, se vieron interrumpidos bruscamente por la voz del conde de Strone, desde el otro extremo de la sala.

—¿Y puede saberse por qué Alemania necesita más acorazados?

—Porque es la hora del apogeo del poder alemán —repuso en el mismo tono Schultz.

Se interrumpieron las conversaciones. En el salón de fumadores todos aguardaban la respuesta del conde de Strone.

El británico sacó un reloj de su chaleco, lo abrió con el pulgar, miró la esfera e hizo un anuncio que fue acogido con risas.

—Según mi reloj, parece que son las once y media.

—Me refiero a los logros de Alemania —aclaró con orgullo Schultz—. Hemos

superado a Inglaterra en la producción de carbón y acero, y nuestros científicos dominan los campos de la química y la electricidad. Producimos la mitad de los aparatos eléctricos de todo el mundo. Y poseemos una cultura superior en cuanto a música, poesía y filosofía.

Hermann Wagner, el amigo de Archie, lo interrumpió con suavidad.

—No sé si no es un poco fuerte la palabra «superior» entre compañeros de barco... La fuerza se aprecia en la humildad.

—La humildad es de tontos —gruñó Schultz—. Nosotros no somos ni déspotas, como los rusos, ni demócratas flojuchos, como los franceses. Nuestros logros otorgan a Alemania el derecho, el deber, ¡el noble deber!, de buscar nuevas colonias.

—Pero hombre, por Dios, si ya tienen el África Oriental alemana y el África del Sudoeste alemana. Si mal no recuerdo, gobiernan hasta una parte de Togolandia. ¿Qué más necesitan?

—Leopoldo, rey de la minúscula Bélgica, posee el Congo entero. Alemania reclama la porción de África a la que tiene derecho. Y también de Sudamérica, y del Pacífico y de China. Inglaterra ha tenido demasiado durante demasiado tiempo.

El conde apretó los labios y se dispuso a levantarse.

Hermann Wagner intervino para apaciguarlo con sonrisas y buenas palabras. Strone se aposentó en su sillón mientras rezongaba como un mastín indignado.

—Las colonias ya están comprometidas.

—Pero ¡qué buen actor es Strone! —dijo Isaac Bell a Archie.

—¿Actor? ¿Qué quieres decir?

—Diez a uno a que es de la inteligencia militar británica.

Archie Abbott prestó más atención.

—Y veinte a uno —añadió Bell— a que no está retirado.

Archie, que se habría dedicado al teatro si su madre no le hubiera prohibido abandonar de ese modo el seno de la buena sociedad, asintió con la cabeza.

—No hay apuesta.

El británico siguió hablando con el alemán.

—Ustedes quieren que haya guerra con la esperanza de quedarse con los despojos.

—Las potencias que intentan obstaculizar la supremacía alemana acabarán por recuperarse del correctivo que administraremos y aceptarán su lugar en el nuevo orden.

De pronto lord Strone la tomó con Isaac Bell.

—Usted, señor. Le veo aspecto de norteamericano.

—Tengo ese honor.

—¿Estados Unidos aceptará el «nuevo orden»?

Bell respondió con diplomacia:

—La Marina británica domina los mares, y el ejército alemán es el mayor del mundo. Nosotros albergamos la esperanza de que limen ustedes sus diferencias. De

hecho —añadió muy serio—, confiamos en que lo hagan.

—Mientras Alemania siga construyendo acorazados no parece muy probable —dijo el conde.

A Schultz se le encendieron las mejillas.

—Cito al káiser Guillermo: «Nuestra armadura no puede tener ni un solo punto débil».

Una vez más intervino Hermann Wagner:

—Pero si Inglaterra y el Imperio alemán, Dios no lo quiera, se enfrentan, ¿de qué lado estará Estados Unidos?

—Al otro lado del Atlántico —dijo con voz cansina Archie Abbott, para regocijo de todos los presentes.

El berlinés se sumó a las risas. Incluso el Barón Chimeneas sonrió. En cambio lord Strone contestó con gravedad:

—Nos hemos embarcado en una travesía de cuatro días, señor. El *Mauretania* se dirige a Nueva York a una velocidad de veintiséis nudos. El mundo está más cerca de lo que creen los americanos.

—No tanto para no verlas venir —dijo Isaac Bell.

Hubo más risas al tiempo que se bebía y se daban caladas a los cigarrillos y los puros.

Fue Hermann Wagner quien rompió el silencio. Isaac Bell se preguntó por qué era tan tenaz.

—Pero si Estados Unidos tuviera que elegir, si se viera obligado a ello, ¿por quién se inclinaría?

—Por Alemania —contestó Schultz—. En Estados Unidos hay más inmigrantes alemanes que de cualquier otro país.

—Los americanos y los ingleses compartimos sangre y siglos de tradición —replicó el conde de Strone—. Somos hermanos.

—Pero los americanos combatieron contra sus hermanos en la guerra de Secesión.

Isaac Bell y Archie Abbott se miraron con mala cara. Todo apuntaba a que tarde o temprano los imperios alemán y británico entrarían en combate. Quedaba por saber si también se apuntarían Francia, Rusia, Italia y Austria. De lo que no tenían duda los dos detectives era de que Estados Unidos debía mantenerse al margen de la caótica política europea.

Isaac Bell se irguió en toda su estatura y miró a los ojos al agente de los servicios secretos, que de retirado no tenía nada. Al menos el británico debería ser consciente de que ya había pasado la época de las cargas románticas de caballería. Acto seguido miró al alemán.

—Antes de que recurran ustedes a la guerra —les dijo a todos—, les aconsejo que observen atentamente los efectos de las ametralladoras más modernas. Si no son capaces de resolver sus diferencias, caballeros, convertirán Europa en un matadero.

—¿Se dedica usted a la industria armamentística, señor Bell? —preguntó Wagner.

—A los seguros.

—¿En serio? ¿En qué compañía, si me permite la pregunta?

—Dagget, Staples & Hitchcock.

—Venerable empresa —retumbó la voz de lord Strone—. Es con la que trabajan mis abogados para mis propiedades americanas. Pero dígame una cosa, amigo mío: ¿es habitual que en el sector de los seguros se observen los efectos de las ametralladoras modernas?

—Tenemos entre nuestros clientes a fábricas de armas de Connecticut y Massachusetts —contestó sin inmutarse Bell—. Y por extensión, a otras del extranjero con las que colaboran. La inglesa Vickers, por supuesto —dijo a Strone—. Y la alemana Krieg Rüstungswerk —añadió también para Schultz—. ¿La conocen ustedes?

—Solo por su fama —respondió Hermann Wagner mientras el Barón Chimeneas apartaba la vista.

—¿De qué tiene fama Krieg?

—De innovadora —interrumpió de nuevo Hermann Wagner—. Tiene mucha iniciativa, como dirían los americanos.

Arthur Curtis, responsable de la oficina berlinesa de la agencia de detectives Van Dorn (de hecho, una única sala), era un hombre bajo y rechoncho oriundo de Colorado. De sonrisa fácil y efusiva, con unos ojos azules de simpático brillo y un vientre a duras penas contenido por su chaleco, tenía más aspecto de floreciente vendedor de bebidas alcohólicas que de investigador privado de primera clase.

Comenzó a investigar a Beiderbecke y a Lynds en cuanto recibió el radiotelegrama de Bell. Por lo general, no era hombre que aplazara las cosas, pero en el caso de Isaac Bell, además, nunca olvidaría que tras el asesinato de su viejo colega Glenn Irvine a manos del Carnicero había sido Bell, herido por dos balas en ese tiroteo, quien había pagado de su propio bolsillo la manutención de la anciana madre del difunto detective.

Curtis llevaba menos de un año en Berlín y aún estaba tejiendo la red de contactos —tanto en el gobierno, el mundo empresarial, el ejército y la policía como entre los delincuentes— que necesitaría para que la oficina cumpliera con los requisitos de Van Dorn. Aun así, obtuvo resultados poco menos que inmediatos, como fue determinar que el profesor Franz Bismark Beiderbecke ocupaba una prestigiosa cátedra en el Imperial-Real Instituto Politécnico de Viena y que las múltiples titulaciones de Clyde Lynds confirmaban la genialidad que su mentor le atribuía.

Por el contrario, en cuanto formuló la primera pregunta sobre Krieg Rüstungswerk chocó con un muro de piedra. Un policía de rango medio con quien tenía tratos se quedó callado al teléfono. Al oír el zumbido de la línea, Curtis se preguntó el porqué de aquella reticencia súbita.

—Podría ser peligroso —dijo finalmente el policía.

—¿Qué es lo que podría ser peligroso?

—Cuando Krieg Rüstungswerk GmbH se entere de que anda usted haciendo preguntas sobre ellos, será muy peligroso.

Amenazar a Arthur Curtis era una manera segura de irritarlo.

—¡No me diga!

—Se lo digo, *herr* detective privado —contestó el alemán—. Ya he prolongado demasiado esta conversación telefónica. Buenos días.

Arthur Curtis dejó el auricular en su sitio, sacó su pistola favorita, una ligera y

muy bien fabricada Browning de 1899 que cabía en su pequeña mano, y la desmontó y limpió para poner en orden sus ideas. Un golpe brusco en la puerta le informó de que tenía problemas.

—Ya te he dicho que te vayas —gruñó sin levantar la vista cuando se abrió la puerta.

—He venido por su bien —contestó Pauline Grandzau mientras entraba sin ser invitada y dejaba en el perchero el abrigo y el sombrero que ya se había quitado—. Me necesita.

Art Curtis apretó los dientes. Ya pensaba en ella como Pauline la Pesada.

—Por última vez: en esta oficina no me hacen falta chicas y, aunque necesitara alguna, que no es el caso, no sería una muchacha de diecisiete años que probablemente mienta sobre su edad, la cual es muy posible que ni siquiera alcance los dieciséis.

—Todos los grandes detectives necesitan un aprendiz.

Curtis levantó la vista, fatigado. Llevaban así varias semanas. Allí estaba Pauline, con la sonrisa esperanzada de siempre en un rostro salpicado de pecas: una colegiala alemana flaca, de trenzas rubias, ojos azules y el arrojo de un matón callejero berlinés.

—Yo no soy ningún gran detective —dijo Curtis, un maestro del despiste y el disfraz. Sacó uno de los favoritos de su repertorio: el de un rudo hombre del Oeste—. No tengo nada que ver con ese Sherlock Holmes de quien siempre lees, aquel tan elegante. Soy un simple peón; o sea, que bórrame de tu lista.

—Su deber para con la sociedad es tomar un aprendiz. Si no, ¿cómo se formará la juventud?

—Yo no creo en las chicas detectives. Tampoco dirijo ninguna organización benéfica. Vete.

Pauline se había acercado un poco más a Art Curtis y se había colocado a su espalda para mirar los papeles de la mesa por encima de su hombro. Suerte con las claves de Van Dorn, pensó él.

—Ya sabe que al final me contratará —dijo alegremente la muchacha—. Me necesita. Hablo un inglés perfecto. Estoy estudiando para bibliotecaria y puedo documentarme sobre cualquier cosa. Por si fuera poco, soy una gran esquiadora; aprendí en los Alpes con mi abuelo.

Curtis apoyó la cabeza en las manos. Ya adivinaba lo siguiente. En efecto, Pauline citó al Holmes de los demonios:

—«Cuando el otro compañero tiene todos los triunfos es tiempo de abandonar el juego».

—¡Fuera!

Pauline Grandzau cogió el abrigo y el sombrero y se despidió con un gesto de la mano al salir de la oficina. Art Curtis echó el cerrojo. A decir verdad, el inglés de aquella chica era muy bueno, aunque no tanto como ella pensaba. Por otra parte, a



Curtis no le hacía ninguna falta una traductora.

Tras una consulta a su lista de conocidos, que no dejaba de crecer, llamó por teléfono a un parlanchín director de una sucursal bancaria, con quien había entablado amistad, y lo invitó a un *Biergarten*, donde mantuvieron una agradable conversación a la sombra de los árboles, sentados en sillas de madera alabeada. De vez en cuando entrechocaban sus jarras de peltre y hacían su aportación a la azul bruma de los puros.

El banquero tenía alguna información acerca de Krieg Rüstungswerk. La fábrica de municiones la controlaba la antigua familia prusiana de los Roth, famosa por su secretismo, algo que poco tenía de sorprendente en el negocio de las armas. Krieg, que así era como todos llamaban en la compañía, estaba especialmente bien relacionada con el ejército, ya que el káiser la miraba «con una sonrisa». Además, era una firma proclive a adquirir empresas de otros sectores. A diferencia del policía del teléfono, el director bancario no aludió a ningún peligro en que pudieran derivar las preguntas. Justo cuando Curtis estrechaba su mano para despedirse, con la intención de ir a un *Biergarten* obrero que frecuentaba un sargento retirado del ejército alemán, el director bancario hizo un comentario al vuelo:

—Conozco a alguien que trabaja en las oficinas de Berlín.

—¿Ah, sí? ¿A qué nivel?

—La verdad es que bastante arriba. Es un directivo.

—¿Podrías presentármelo?

—Te costará una comida cara. Es un tacaño.

—¿Por qué no cenamos los tres? —preguntó Arthur, justo lo que quería oír el banquero.

Arthur cambió de *Biergarten* y encontró al sargento retirado, quien con una jarra llena de cerveza en la mano expresó su admiración por la precisión de los cañones fabricados por Krieg Rüstungswerk y repitió lo que ya había oído Curtis acerca del afecto que el káiser sentía por la empresa. Tras echarse al colete una cerveza más, el sargento recordó con nostalgia los tiempos en que el káiser en persona pasaba revista a su regimiento, con el uniforme negro de los húsares de la muerte.

Arthur Curtis volvió a su despacho para preparar su respuesta a Isaac Bell.

Abrió la puerta y, al entrar, se le erizó el vello de la nuca. Se echó a un lado y se arrimó a la pared, al tiempo que sacaba su pistola del arnés.

—Tranquilo que soy yo —dijo la sombra sentada en el escritorio.

—Pauline, ¿cómo has entrado?

—Aunque si hubiera sido el coronel Moran podría haberle disparado con mi silenciosa pistola de aire comprimido, sin que lo oyera nadie en todo el edificio.

—¿Quién demonios es el coronel Moran?

—Uno que intentó matar a Sherlock Holmes. Al final Holmes lo arrestó.

—Te he preguntado cómo has entrado.

Pauline señaló la ventana, a la que se accedía por una escalera de incendios que

daba a un callejón. De vez en cuando Curtis la usaba para salir de la oficina sin ser visto.

—Como Watson dijo a Sherlock en *El hombre encorvado*, «elemental».

—¿Elemental? Lo elemental es esto. —Curtis descolgó el teléfono—. Como no te vayas de una vez, para no volver, llamo a la poli para que te detenga por intrusión.

—Adivine qué he encontrado en la biblioteca sobre Clyde Lynds.

Art Curtis notó que se quedaba boquiabierto.

—¿De dónde has sacado ese nombre?

—Aparecía en el radiotelegrama que recibió del *Mauretania*, el que hablaba del profesor Beiderbecke y de Krieg Rüstungswerk.

—Ese mensaje estaba cifrado.

Pauline se encogió de hombros.

—La clave no era complicada.

—Algo tramas.

Plantando firmemente los pies para contrarrestar el vaivén del barco, Marion observó a Isaac Bell con la serenidad del almirante de un acorazado. Sus ojos de color verde coral, que en opinión de Bell, si hubiera tenido que elegir, eran su rasgo más hermoso, brillaban a partes iguales de amorosa entrega y sano escepticismo.

—Un *picnic* —contestó él.

—Es medianoche, y somos los únicos dos pasajeros que no están mareados en su camarote. No veo ninguna cesta de mimbre. Lo que sí llevas, por alguna razón, es una cámara.

—No es una cámara, aunque lo parezca. Agárrate a mi brazo para que no nos caigamos por la escalera.

Había muchas olas. La gran escalera de honor oscilaba de manera majestuosa con el cabeceo del buque, pero después de veinticuatro horas de tormenta en el norte del Atlántico ya estaban acostumbrándose. Bell se aferró a la barandilla. Subieron calculando cada cabezada y compensando el balanceo. Al llegar al último escalón, el detective condujo a Marion a través del vestíbulo hasta la sala de música de primera clase, un espacio abovedado, con una mullida moqueta de motivos florales y muebles con brocados en tonos rosas, azules, rojos y amarillos. La luz era tenue. No había nadie salvo un adormilado camarero que sujetaba un cubo de champán entre un sofá y una columna. Bell le dio una generosa propina.

—Ya la abro yo, gracias. Buenas noches.

El camarero se fue sonriendo.

—Ahora intentarás achisparme —dijo Marion.

—¿Bailas?

—Con mucho gusto. En cuanto llegue la orquesta.

El detective abrió la funda de cámara y la encajó en un rincón del sofá. Marion se acercó tanto que le rozó la mejilla con sus mechones del color del champán.

—¿Qué es eso? ¡Madre mía, pero si es un gramófono en miniatura! ¿Dónde está la bocina?

Bell desplegó un cartón plano, le dio forma cónica y lo ajustó al fonógrafo con pericia. Después giró una manivela para dar cuerda al mecanismo, puso un cilindro

de dos minutos y lo dejó girar.

—¿Te acuerdas? Vimos la obra en Broadway.

—«A las obreras el cielo les da amparo» —contestó Marion cuando las primeras y débiles notas sonaron a través de la bocina amplificadora.

El último grito en comedias musicales era una sátira de las viejas tonadas románticas de la década de 1890. Isaac Bell se puso a cantar con una voz que no tenía nada que envidiar a la de un barítono.

*La trató con el respeto que usan los bellacos,  
y ella supuso que era todo un caballero,  
pero lo descubrió una noche en la que fueron  
a cenar un simpático menú barato,  
y él le dijo: «¡Después de esto un cafecito!».*

Empezó a cantar Marion:

*La chica contestó con verbo osado.*

A continuación entonó el estribillo:

*«¡Atrás, bellaco! ¡Lejos de mi lado!  
Aunque sea costumbre entre los ricos  
la indigna tentación del cafecito,  
a las obreras el cielo les da amparo».*

Bell abrió la botella de Mumm y sirvió dos copas.

—¿Por qué brindamos? —preguntó Marion.

—¿Por el amor?

—Vale, pues por el amor.

Se miraron a los ojos, se besaron y bebieron. Bell cambió el cilindro. A través de la bocina de cartón sonaron los acordes de otra nueva canción, el éxito romántico «Deja que te llame cariño».

—¿Me concede usted esta pieza?

Tomó de los brazos a Marion y dieron pasos de vals entre los muebles, como si la cubierta, con su moqueta y su vaivén, fuera una concurrida sala de baile.

—¿Te acuerdas de la primera vez que te pedí que te casaras conmigo?

Marion pegó su mejilla a la de él.

—Sí, fue durante un terremoto.

—¿Y de la segunda?

—En el vestíbulo del hotel Saint Francis. Yo contesté que era demasiado mayor para ti, y tú me dijiste que no.

—¿Y de la tercera?

—En Nueva York, cuando me regalaste esta esmeralda tan bonita que al principio me pareció demasiado brillante, pero que ahora me encanta, como si fuera nuestro amuleto.

—¿Y de la cuarta?

—Sobrevolando el Golden Gate con tu aparato volador.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Por supuesto.

—Mañana —dijo Isaac Bell.

—¿Mañana? —La sonrisa de Marion era muy curiosa. Se detuvo la música. Marion se apartó de Bell y lo miró con expresión inquisitiva, después bajó la vista a la esmeralda de su dedo—. Tiene gracia.

—¿Qué tiene de gracioso que un hombre pida cinco veces a su prometida que se case con él?

Fue como si no lo hubiera oído.

—Cuando iba a la estación de Euston para subir al tren del barco —dijo, pensativa—, en el último momento hice parar al chófer en Hanover Square para entrar en Lucile's y comprarme un vestido. Tiempo de hacer uno no lo había, obviamente, pero es que en Londres hablé con una rusa que me dijo que para el luto por el rey Eduardo había tanta demanda de trajes femeninos negros (al final ha resultado que tenía muchas más amantes de lo que se rumoreaba) que en Lucile's tenían montones de vestidos no negros muy rebajados. Quería pedirte tu opinión antes de ponérmelo. Ahora ya no puedo.

—Pues claro que no puedes. Da mala suerte ver a la novia antes de la boda.

Miró a Bell a los ojos. Los de ella, tan bellos, se habían cuajado de lágrimas.

—Estás llorando. ¿Qué pasa?

—Es que estoy muy feliz.

—Pero...

—Te quiero tanto...

—Pero...

—¿Me prestas tu pañuelo?

Bell le dio un cuadrado de tela inmaculada.

—Me sorprende que me hayas hecho tan absolutamente feliz. Creo que ya me había acostumbrado a que siempre estuviéramos prometidos. Ya me iba bien, pero es que te quiero de todo corazón y sé que tú también me quieres. Supongo que me contenía un poco, porque tengo muchísimas ganas de casarme contigo... Isaac, ¿estás

seguro de que el capitán Turner nos casará? He oído que es muy arisco.

—Ha ido por los pelos —reconoció Bell—. No tiene en mucha estima a los pasajeros de primera clase. Lo primero que me preguntó fue por qué quería invitar a nuestra boda a «esa maldita pandilla de monos». Yo alegué que algunos de nuestros mejores amigos eran monos, y él ni siquiera sonrió. Lo único que dijo fue que al ser divorciado no era, en sus propias palabras, «de utilidad en cuestiones maritales».

—¿Y cómo le has hecho cambiar de opinión? ¿Enseñándole tu pistola?

—Estuve a punto, pero, cuando el capitán Turner te vio correr hacia el barco desde el tren, de repente se puso a sonreír. Casi se cae al agua de tanto como se asomaba por la borda para mirarte. Entonces le dije: «Es mi prometida». Y él contestó: «¡Caramba, me pondré el uniforme de gala! ¡Con todas las medallas!».

—Yo no diría que mi vestido sea «de gala». No es que sea blanco; más bien es de color crema y más parecido a un vestido de noche que a uno de boda tradicional. — Tras un último toque en los ojos, Marion le devolvió el pañuelo—. Hablando de tradiciones, Isaac, ¿no es costumbre que un hombre dé un beso a una mujer cuando le ha propuesto matrimonio y ella ha contestado que sí?

Isaac Bell volvió a estrecharla entre sus brazos.

—No me acuerdo de si da buena o mala suerte besar a la novia antes de la boda.

—Es un requisito —dijo Marion.

—¿Justo unas horas antes?

—Toda la noche.

—Los pasajeros de tercera clase no pueden entrar bajo ningún concepto en las zonas del barco reservadas a los de primera —informó a Bell el primer contador del *Mauretania* cuando se reunieron para organizar la boda—. Ni siquiera, siento decirlo, el tiempo necesario para festejar el enlace. Tampoco «gente del cinematógrafo» que conozca a su prometida. Sí pueden invitar ustedes a unos cuantos de segunda clase, a condición de que se presenten vestidos de manera adecuada, pero hay una razón muy simple por la que prohibimos terminantemente que se mezclen los de tercera con los de las clases superiores.

—¿Cuál? —inquirió Bell con un brillo peligroso en la mirada.

No soportaba la intolerancia. Que los conocidos de Marion viajaran por poco dinero no era motivo para excluirlos.

—Una razón con la que simpatizará hasta el más ferviente de los «demócratas»: si los de tercera clase se mezclaran con los pasajeros de mayor categoría, y uno de ellos llegase a Nueva York mostrando síntomas de sarampión, paperas o alguna otra de las enfermedades contagiosas que los inmigrantes propagan, se pondría en cuarentena al barco entero, con todos sus ocupantes. No se le permitiría a nadie, ni siquiera a usted y sus compañeros de primera clase, desembarcar hasta que los médicos ofrecieran garantías de que no se produciría ningún brote contagioso, y eso tardaría semanas. ¡Semanas! Imagínese, señor Bell: no poder salir del barco anclado frente al puerto y mirar impotente Nueva York, tan cerca y a la vez tan lejos...

—Los conocidos de mi prometida no son inmigrantes. Son artistas que recortan gastos para que les salgan las cuentas.

—Las enfermedades contagiosas no hacen distinciones por motivos. Lo siento, pero estoy seguro de que lo entiende.

—¿Qué hay mañana en tercera para comer? —preguntó Bell.

—Una sopa muy nutritiva, con trozos de ternera.

—¿Podría ver el menú de primera clase de mañana?

El contador le mostró una carta amplísima, magníficamente ilustrada con un grabado a color del *Mauretania* en el que su silueta de cuatro chimeneas, de enorme altura y estrechez, aparecía enmarcada por una guirnalda de rosas. Bell se la leyó de cabo a rabo.

—No veo nada que no sea de mi agrado. Para el banquete de bodas, mi prometida y yo deseamos que en tercera clase se sirva solomillo, entrecot de ternera, *poulet* de pavo, espalda de cordero, lengua de buey ahumada y pato a la ruanesa.

—¡Magnífico! Deme los nombres de sus conocidos y me ocuparé de que...

—Para todos los pasajeros de tercera.

—¿Todos?

—De nuestro banquete de bodas disfrutarán todos.

—Muy generoso, señor —dijo secamente el contador—. Con su permiso, le recuerdo que en tercera clase viajan mil ciento treinta y cinco pasajeros.

—¿Qué hay de postre en tercera?

—Los domingos se les sirve un poco de mermelada.

Bell volvió a consultar la carta de primera clase.

—Haremos que se sirva tarta de manzana, *petits fours*, helado francés y pastel de ron.

El contador miró a su alrededor para verificar que estuvieran solos, con la puerta cerrada.

—Sería una impertinencia por mi parte preguntar por los ingresos de un detective privado, pero es que dar de comer a todo el pasaje de tercera, más de mil personas, implicará un gasto considerable.

—Afortunadamente —dijo Isaac Bell con una sonrisa—, mi abuelo era un hombre bondadoso y tuvo a bien nombrarme entre sus herederos. Hablando del tema, ¿cuántos niños viajan en tercera?

—Muchos.

—Pues mejor que no escatimen en helado.

—Un radiotelegrama para el señor Bell —pregonó un botones de doce años con uniforme azul.

—No te muevas, mi nervioso novio —dijo Archie—. Ya me encargo yo.

Isaac Bell, tan diestro de costumbre con los dedos, estaba teniendo dificultades con el nudo de la corbata y por eso intentaba hacérselo el padrino, Archibald Angell Abbott IV. Tras lanzar al muchacho una moneda que le hizo abrir mucho los ojos, Archie tendió a Bell el sobre naranja de la Marconi Wireless.

Bell lo rasgó, desdobló el telegrama de color beis y se fijó en la fecha y en la anotación «Entregado en el S. S. Adriatic», que indicaba que el transatlántico de la White Star había retransmitido el mensaje desde una estación de la costa. Acto seguido procedió a descifrar el contenido manuscrito mientras Archie se ponía de nuevo manos a la obra con la corbata.

—Qué raro.

—¡No te muevas! ¿Qué es raro?

—Art Curtis dice que el profesor Beiderbecke no es un inventor de municiones.



—Pues ¿qué inventa?

—Espera, que aún no he acabado de leerlo...

Aunque soliera ser tan rápido en cuestión de números como diestro con los dedos, le estaba costando descifrar la clave de Van Dorn, que tan bien conocía.

—Nunca había visto a un novio tan nervioso —dijo Archie.

—Pues tú en tu boda chocabas con las paredes. ¡Ya está! El profesor Beiderbecke es un científico electroacústico del Imperial-Real Instituto Politécnico de Viena.

—¿Qué narices es un científico electroacústico?

—Art dice que tiene patentes para grabar y amplificar voz y música.

—¿Gramófonos?

Los dos detectives se miraron.

—¿Qué le importan los gramófonos a una empresa de municiones?

Archie se echó a reír.

—Como Krieg Rüstungswerk plante cara a las patentes de fonógrafo de Thomas Edison, se enterarán de lo que es una guerra de verdad. —Se percató de que el rostro de Bell manifestaba desconcierto y una intensa curiosidad—. ¿Qué más?

—Clyde Lynds es licenciado con honores por el Instituto Politécnico.

—Ya te lo habían dicho.

—Pero no me dijeron que fuera un fugitivo.

—¿Quién lo persigue?

—El ejército imperial alemán ha ordenado detenerlo por desertor. No tiene sentido. No es militar.

—Quizá desertara por eso.

Bell asintió con la cabeza.

—Pasó su infancia en Estados Unidos y estudió en Austria. Lo normal sería, por tanto, que no tuviera que hacer el servicio militar en Alemania.

—Puede que lo reclutasen de todos modos y que no se presentara.

—Art domina el alemán y siempre elige las palabras con mucha precisión. Ha escrito «desertor», es decir, que Clyde Lynds estaba en el ejército. Vamos.

—¿Adónde?

—Quiero preguntar a Beiderbecke por qué una empresa de municiones intenta robar su gramófono.

Justo cuando Bell abría la puerta llegó otro botones dando golpes a un gong chino.

—Mira, el gong. No tienes tiempo. Dentro de media hora te casa el capitán.

—Y yo preguntaré hasta obtener una respuesta.

—Pero si la boda...

Bell ya había salido por la puerta.

—Cuando los encontremos, aparta a Lynds de Beiderbecke para que yo pueda hablar a solas con el profesor.

Decenas de invitados habían llegado con antelación al salón de primera clase. Los

hombres llevaban corbata blanca; las mujeres, vestidos largos; y en todos los rostros se veía la tímida expresión de alivio de quien empezaba a olvidarse del mareo. Como dijo Clyde Lynds cuando Bell y Archie se acercaron a él y a Beiderbecke, «Que se te pase el mareo es como que te saquen de la cárcel».

Archie tomó a Lynds por el codo.

—Tiene que contarme sus experiencias como preso.

Bell se llevó a Beiderbecke al pequeño bar que había a la entrada del salón.

—Estoy nervioso por la boda... ¿Le importa tomarse una copa conmigo?

—Aún no se me han pasado del todo las náuseas.

—Un «estabilizador» para este caballero —pidió Bell al camarero—. Y para mí un *whisky* con soda. El estabilizador es una mezcla a partes iguales de *brandy* y oporto —explicó a Beiderbecke, que se estremeció—. Funciona. Fíese de mí.

—Ha sido muy amable al invitarnos a la ceremonia. —El profesor vienés mostró su invitación, una gruesa hoja de papel de pergamino estampado en la imprenta del *Mauretania*—. Con este documento en la mano —se admiró—, las barreras entre segunda y primera clase se han venido abajo como las murallas de Jericó. El joven Clyde ha dormido con su invitación debajo de la almohada, para que no se la robaran los malos.

Bell levantó su *whisky* con soda hacia el vienés.

—Por que el resto de la travesía sea menos accidentado.

—Y por la felicidad de la novia.

Beiderbecke tenía sus dudas al probar el combinado, pero puso cara de sorpresa.

—El efecto es inmediato.

—Ya le he dicho que podía fiarse —contestó Bell—. Bueno, ¿puede usted explicarme a qué se dedica con exactitud un científico electroacústico?

Franz Beiderbecke miró al alto detective sin sospechar nada.

—Experimento con maneras de registrar fielmente los sonidos empleando la electricidad en vez de medios mecánicos.

—¿Eso es posible?

—Espero que sí. En teoría solo se trata de amplificar y regenerar señales eléctricas débiles, aunque llevarlo a la práctica no es tan fácil. Pero... —Parpadeó, perplejo—. ¡Un momento! ¿Cómo lo sabe, si yo no le había hablado de mi campo de investigación?

—Tenía curiosidad —dijo Bell—, así que mandé un radiotelegrama a un colega de Berlín y este me informó de que es usted una celebridad en materia de electroacústica.

—Los radiotelegramas son caros. Ha incurrido usted en grandes gastos para saber de mí.

—No se conoce cada día al autor de un invento supuestamente secreto.

—¿Le parece reprochable la prudencia de mi protegido?

—Lo que reprocho a Clyde es el haber puesto nuestras vidas en peligro —dijo

Bell sin rodeos—. Por muy inteligente que sea, no lo es bastante para distinguir entre sus amigos y sus enemigos. Sabe usted muy bien que yo no los delataría a los mismos hombres a quienes impedí que los secuestraran.

Beiderbecke se llevó a los labios el estabilizador.

—¿A usted no le parece que los protegidos son más interesantes que los propios hijos?

—No hable tan a la ligera de un asunto que podría ser mortal, profesor. Usted y Clyde corren peligro. ¿Y si aquellos tipos cuentan con cómplices en el barco? Si llegan sanos y salvos a Nueva York, ¿por qué creen que una compañía con tanto poder como la Krieg Rüstungswerk no podrá raptarlo al desembarcar?

—Los prusianos me parecen de un provincianismo patológico.

—Usted ha inventado algo que a esos prusianos les parece único. ¿De qué clase de arma se trata?

—¿Arma? El *Sprechendlichtspieltheater* no es ningún arma.

—¿*Sprechend...* qué?

Beiderbecke dejó el vaso y repitió con firmeza:

—No es ningún arma. No pienso decir más. Di a Clyde mi palabra.

—Si no es un arma, ¿para qué lo quiere una empresa de fabricación de municiones?

—No lo sé. No está pensado para la guerra, sino para educar, para la ciencia. Para la comunicación y el progreso industrial. Incluso para el entretenimiento. Es...

Clyde Lynds se acercaba. Archie, que lo seguía de cerca, miró a Bell para darle a entender que lo había distraído todo lo posible. Beiderbecke se mostró profundamente aliviado por la interrupción.

—Ah, Clyde. Estaba dando al señor Bell consejos de hombre maduro sobre cómo sobrevivir al matrimonio.

—¿Qué le ha dicho, señor Bell?

—Repítalo usted, profesor —pidió Bell—, que yo no sabría ser tan elocuente.

—Trataré de repetirlo. —Beiderbecke dirigió una mirada de agradecimiento a Bell por seguirle el juego—. Dado que hombres y mujeres son seres tan distintos, la única esperanza para convivir es amarse.

—Expresado de otra manera —dijo Isaac Bell—, significa que el amor que tienen en común es lo único que necesitan tener en común.

Archie Abbott abrió su reloj.

—Es la hora de demostrarlo con hechos, a menos que la señorita Marion Morgan haya saltado por la borda.

—¡Camaradas! —clamó el capitán William Turner, un hombre de más de cincuenta años, bajo, bizco, de mandíbula cuadrada, gran nariz de proa de navío y enormes orejas, cuya sonora voz de marinero llegaba hasta el último rincón del salón del *Mauretania*, al que habían acudido cientos de pasajeros de primera clase para celebrar con sus mejores galas la novedad de una boda en alta mar.

Nadie quedó decepcionado.

La novia, con su atrevido vestido de color crema ceñido al cuerpo y de talle alto, que resaltaba su porte erguido, y una franja de seda diáfana que prometía discretamente un seductor escote, cautivaba por su belleza. Su melena rubia, recogida en un moño alto, estaba rodeada por un sucinto velo que adornaba una frente despejada y rematada por una tiara, que era de capullos de rosa y no de brillantes. Todos estuvieron de acuerdo en que estos, al lado de sus deslumbrantes ojos, habrían palidecido.

Junto a ella, el prometido, de dorados cabellos, lucía con orgullo un frac. Alto, de espalda tan recta como la de un oficial de caballería, separaba los labios bajo el rubio bigote y formaba una sonrisa que de vez en cuando se abría y se ensanchaba con franqueza.

La bella dama de honor y el apuesto padrino miraban con sincero deleite a sus amigos. El capitán del *Mauretania*, que tanta fama tenía de distante, era un dechado de cordialidad y estaba radiante con su uniforme de gala de reservista de la Marina real: botones, cinturón, galones, charreteras doradas, espada al cinto y bicornio en la cabeza.

—Nos hallamos aquí reunidos en presencia de Dios y de los pasajeros y la tripulación del *Mauretania* para unir a este hombre y esta mujer en matrimonio, honroso estado en que...

En ese momento que la atención de todos en el barco estaba centrada en el enlace, el profesor Beiderbecke calculó que no había ningún peligro en visitar la bodega de equipajes, situada bastante más abajo y más a popa, a fin de comprobar que sus aparatos e instrumentos no hubieran sufrido ningún percance. Así pues, se ausentó

antes del inicio de la ceremonia dando como excusa un recrudecimiento del mareo pese a que el mar se había calmado y la mayoría de los pasajeros volvían a lucir el color habitual de sus semblantes.

Clyde no se había dado cuenta de nada, entusiasmado como estaba, en primer lugar, por haber podido entrar en el suntuoso salón de primera clase y, en segundo, por que lo hubieran sentado junto a una exótica rusa, conocida de Marion. Con sus oscuros ojos, *mademoiselle* Viorets confirmó a Beiderbecke en su idea, nacida de la experiencia, de que las mujeres rusas eran embriagadoras. El pobre Clyde jadeaba como un cachorro de Brandlbracke austríaco.

Temeroso de que el recorrido hasta las entrañas del gigantesco barco fuera un confuso laberinto de escaleras y pasillos, el profesor había estudiado y memorizado los planos de los armadores en la biblioteca, del mismo modo que lo habría hecho con esquemas de crípticos circuitos eléctricos o con lo último en triodos.

Las suntuosas moquetas y alfombras de la zona de pasajeros dejaron paso a un revestimiento ordinario de goma. Las anchas escaleras se estrechaban hasta convertirse en simples pasadizos de metal. Si podía, esquivaba a la tripulación; si no, le dedicaba una mirada altiva: abran paso al profesor Franz Bismark Beiderbecke, con su anticuada levita y su bastón con pomo de plata.

De pronto tuvo la extraña sensación de que lo estaban observando. Lo primero que pensó fue algo terrible: que volvía a perseguirlo el Akrobat, como se había acostumbrado a llamar al ladrón ágil y manilargo que había intentado robarle dos veces su *Sprechendlichtspieltheater*.

Imposible. Beiderbecke había visto con sus propios ojos que el misterioso Akrobat se lanzaba al mar desde el *Mauretania*. Aun así, frenó en seco y miró con temor la escalera. Nadie. Giró el cuello al máximo para atisbar otro tramo. Nadie. Se asomó a un pasillo y, al no divisar tampoco allí a nadie, se metió por una zona destinada a la tripulación, pasando junto a camarotes, lavabos, almacenes y despensas, todo muy rudimentario. El ambiente se iba haciendo asfixiante.

Conforme bajaba, los motores se oían cada vez con más fuerza en el entorno metálico por el que avanzaba el profesor: un estruendo amortiguado que aumentaba de volumen sin descanso. Beiderbecke hizo otra pausa y miró hacia atrás, atento por si detectaba pasos. ¡Qué tontería! Como si pudiera oírse algo con el fragor de las calderas y el zumbido de las turbinas... Además, pese a los esfuerzos de Isaac Bell por sonsacarle su secreto a base de meterle miedo, el Akrobat ya no existía.

Se dijo que la sensación de que lo estaban observando, aun sintiéndola como real, era del todo irracional. Se aproximó una sombra. Beiderbecke se refugió en un hueco formado por grandes cuadernas de metal. Al pegarse a ellas notó su vibración y su calor, como si las hogueras que alimentaban aquel descomunal navío ardiesen justo a su espalda. La sombra, proyectada por bombillas eléctricas que colgaban del techo bajo, se deslizaba por el pasillo hacia donde el profesor se hallaba encogido. Pasó rápidamente un marinero con polvo de hollín en la gorra, la cara y la ropa.

Beiderbecke esperó a que se hubiera alejado para recorrer el pasadizo a toda prisa y bajar por un tramo de escalones al sollado, donde se encontró a pocos metros de la popa del barco, en un dormitorio común para tres docenas de cocineros y camareros. El ruido era ensordecedor. Al visualizar los planos de la naviera se dio cuenta de que estaba por debajo de la línea de flotación del buque. Justo al otro lado de las placas del casco, las hélices armaban un estrépito incesante al batir el mar a ciento ochenta revoluciones por minuto.

Vio acercarse otra sombra y se metió por un corredor, tras cruzar una puerta. Finalmente llegó a otra puerta que, a menos que se hubiera desorientado por completo, tenía que dar a otro pasillo por donde se accedía a la bodega de equipajes, donde estaba la caja de madera de su máquina, oculta entre una remesa de diez o doce cajas similares. Todas llevaban la misma dirección: un almacén de la calle Catorce de Nueva York, a escasos metros, le había asegurado Clyde, del muelle de la Cunard donde el *Mauretania* atracaría.

Al abrir la puerta se topó con un marinero de anchos hombros que estaba saliendo de la sala de equipajes.

—¿Desea usted algo, señor?

—¿Podría ayudarme? —pidió Beiderbecke—. Estoy buscando unas cajas que he enviado.

—¿Cajas, señor?

—Sí, de madera. Tengo que sacar algo de una de ellas.

—Aquí no hay cajas, señor, solo maletas.

—¿Que no hay cajas? —repitió, aterrado. ¿Las habría robado Krieg Rüstungswerk?—. Pero si las bajaron aquí...

—No, no, no, caballero; las cajas las encontrará en la bodega de equipajes de proa. Es donde las guardan. Las introducen en la bodega de proa por la escotilla de carga. Por allí las echan. A proa, señor. Delante.

—¿Y en qué cubierta está esa bodega que dice?

—En la inferior, señor, justo debajo de la principal.

—Toda esta proliferación de cubiertas (superior, inferior, sollado, de abrigo) parece hecha a propósito para confundirlo a uno —se quejó Beiderbecke mientras sacaba su cartera—. ¿Habría algún modo de convencerle de que me muestre el camino?

—Ya me gustaría, señor, Dios lo bendiga; lo malo es que aquí no pueden bajar los pasajeros, de verdad.

—Lo siento, pero es que me he perdido —añadió Beiderbecke al tiempo que sacaba un billete de una libra.

El marinero se lo quedó mirando y se pasó la lengua por los labios. Después negó con la cabeza, apenado.

—Lo lamento, señor. Lo único que puedo hacer es acompañarlo a la cubierta de abrigo. Desde ahí le explicaré cómo se llega a la cubierta de paseo de la tercera clase.

Cuando haya llegado a la proa, baje tres pisos y quizá haya alguien que pueda indicarle dónde está la bodega de equipajes.

Franz Bismark Beiderbecke se afanó en seguir al marinero por una escalera estrecha. Después avanzó doscientos metros por la cubierta de paseo, que estaba llena de emigrantes, croatas, bohemios, rumanos, italianos, húngaros y checos, como si medio Imperio austrohúngaro hubiera decidido reagruparse en Estados Unidos. Esta cubierta se acababa en el salón de fumadores de la tercera clase, cerca de la proa del barco. Beiderbecke encontró el paso cerrado con una reja. Subió un nivel para rodearla. Su billete de una libra convenció a un camarero de rudo aspecto de que le dejara cruzar una barrera.

Al llegar al otro lado miró la cubierta de proa por un ojo de buey y vio una escotilla de carga entre el mástil y un ancla enorme. ¡Allá estaba! Seguro que tapaba el agujero por donde las grúas habían bajado sus cajas. Descendió varias cubiertas. Finalmente, devanándose los sesos para acordarse de los planos, abrió lo que con algo de suerte sería la puerta de la bodega de equipajes de proa.

Su corazón dio un vuelco.

El Akrobat, a quien había visto arrojarse al mar, daba pasos largos y seguros por el pasadizo, lanzando miradas a todos los rincones. Llevaba en la espalda un enorme baúl de color plateado. A juzgar por la facilidad con que lo transportaba, estaba vacío.

Isaac Bell prometió a Marion:

—... Amarte y respetarte, de hoy en adelante, en la prosperidad y la adversidad, en la riqueza y la pobreza, en la enfermedad y la salud, hasta que la muerte nos separe.

Tras la promesa de amar y respetar a Bell, Marion añadió con firmeza:

—De todo corazón, todos, todos los días de mi vida.

Los ojos de un azul violáceo de Bell se empañaron de emoción al colocarle junto a su esmeralda de la suerte una simple alianza de oro que había comprado tiempo atrás en San Francisco. A continuación el capitán Turner repitió los votos con el vocabulario de la marinería, exhortándolos a «navegar juntos, con buen viento y mal viento, con mar en calma y mar brava, en barcos grandes o pequeños», y acabó con voz atronadora:

—En virtud de la autoridad que me confiere mi cargo de capitán del *Mauretania*, yo os declaro marido y mujer.

»Puede besar a la novia —se apresuró a añadir.

Isaac Bell ya estaba haciéndolo.

Flanqueados por Archie, Lillian y el capitán Turner, los recién casados saludaron a los invitados, que hacían cola.

Los últimos fueron *mademoiselle* Viorets y Clyde Lynds.

—En Rusia lo hacemos todo al revés —proclamó ella con teatralidad—. En vez de que besen los señores a la novia, en mi país es costumbre que sean las señoras quienes besen al novio. En la boca, con intensidad.

—Irina —le advirtió Marion Bell con una mirada dura—, no estamos en Rusia. Si tienes que besar a alguien con intensidad en la boca, empieza por este chico tan guapo que no te quita la vista de encima. Isaac, te presento a mi amiga del alma Irina Viorets. Fue quien me dijo lo del vestido.

—Encantado. —Bell estrechó la mano de aquella beldad de ojos oscuros—. Por lo que Marion me ha contado, en Londres os divertisteis más de lo habitual en los funerales de la realeza.



—Somos almas gemelas. Marion, he preparado un regalo de bodas especial para ti y para tu guapo esposo, para deseáros mucha felicidad en vuestro matrimonio.

—¿Qué es?

—Una diversión.

Con un chasquido de los dedos, *mademoiselle* Viorets hizo valer su autoridad sobre un regimiento de camareros que entraron con paso firme en el concurrido salón, llevando un proyector cinematográfico Edison y una pantalla improvisada a partir de un recuadro de lona.

—Qué mujer más enérgica —susurró Bell a Marion.

—Un poco demasiado. Salió de Rusia huyendo de la policía secreta.

—¿Y qué hizo para molestar a la Ojrana?

—Rodar una película que a la zarina le pareció «picante». No he entendido toda la historia; de hecho, cambia con cada copa de vino. Sea como sea, Irina espera empezar desde cero en el mundo cinematográfico de Nueva York.

—¿Rodando películas?

—No, produciéndolas. Me comentó: «Esda ves serré la jefa».

—¿Ya te he dicho que con este vestido estás impresionante?

—Solo dos veces desde que estamos casados. —Marion se acercó para unir sus labios a los de Bell—. Qué maravilla, ¿no? Ahora se espera que nos demos besos en público. Vaya por Dios... Irina va a ofrecernos un espectáculo exclusivo.

Los camareros colgaron la lona al lado del piano. Detrás se colocaron tres actores, dos hombres y una mujer, con toda una panoplia de gongs, triángulos, baquetas, pitos e instrumentos de percusión.

—¿De dónde ha sacado una compañía de Humanova en medio del mar? —se extrañó Marion.

—¿Qué diantres es eso de Humanova? —preguntó lord Strone.

El coronel británico rondaba desde hacía un rato a *mademoiselle* Viorets.

—Humanova hace sonidos para las películas —le explicó Marion.

—¿Sonidos? ¿En el cine? ¿Qué quiere decir? ¿Como una orquesta?

—Mucho más que una simple orquesta. Los actores recitan diálogos. Y hacen efectos.

—¿Efectos?

—Disparos, silbatos, campanas... Seguro que en Londres habrá oído a alguna compañía de Humanova. O de Actologue.

—Ya casi nunca voy por el centro, querida. Es que estoy jubilado.

Bell disimuló la sonrisa que le había provocado ver a Archie con una de sus cejas pelirrojas elevadas hacia el tragaluz. Por mucho que Strone cargara las tintas, un aluvión de radiotelegramas de informadores de Van Dorn en Inglaterra había reproducido solapadamente los rumores de que, tal como Bell sospechaba, el conde formaba parte del recién constituido servicio secreto británico con sede en Whitehall, en pleno centro de Londres, ciudad de la que solo salía para debilitar a los enemigos

de Inglaterra en el extranjero.

Siguiendo las indicaciones de Irina Viorets, los camareros colocaron varias hileras de sillas orientadas hacia la pantalla improvisada y, en cuestión de minutos, el salón quedó convertido en una sala de proyecciones cinematográficas. Varios miembros de la orquesta del barco se distribuyeron en torno al piano con violines y una trompeta, y tocaron alto y claro para llamar la atención de los presentes.

Los invitados de la boda ocuparon sus asientos. La intensidad lumínica bajó. El proyector empezó a traquetear, y en la pantalla parpadearon luces. Al otro lado, un actor leyó en voz alta el tarjetón con el título de la película:

—¿Está ocupado?

—Es una comedia de la Biograph —susurró Marion a Bell—. Sale Florence Lawrence.

La escena estaba ambientada en un teatro cinematográfico, de diez centavos la entrada; recreaba justo el final de la proyección. Un público bien vestido aplaudía en el momento en que una mujer armada con una pistola detenía a un maleante y un policía se lo llevaba. Los actores de detrás de la lona hicieron chocar sus manos justo cuando aplaudía el público de la película. La siguiente proyección de la pantalla del teatro de diez centavos mostraba a un director y un pianista que hacían pruebas a cantantes y bailarines.

Los actores de detrás de la lona cantaban y hacían ruido con los pies con los instrumentos de percusión, mientras el pianista del barco interpretaba un ragtime.

Una mujer de gran parecido con la de la pistola entraba en el teatro con un sombrero enorme y buscaba asiento.

—¿Está ocupado? —preguntaba repetidamente una actriz.

Los espectadores del teatro se negaban a moverse, entre protestas de que el sombrero les taparía la vista.

Después de la mujer aparecía un hombre también con un sombrero de copa, un tipo que se asemejaba muchísimo al malo a quien acababan de detener.

—¿Está ocupado? —preguntaba con voz firme un actor.

Los espectadores del teatro le gritaban que llevaba un sombrero demasiado grande. A partir de ese momento empezaba una competición de gritos: se oían palabras de enfado y golpes detrás de la lona.

Lord Strone se echó a reír.

—Si mi mujer viera lo desagradable que es la gente que va al cinematógrafo, no me daría la lata con que la lleve.

La orquesta del barco acometió un aria de *La bohème*.

En la pantalla del teatro, el director echaba por la puerta a los cantantes que hacían la prueba.

Detrás de la lona se oyó un portazo, y los actores se rieron.

En el teatro se iban sentando mujeres con sombreros cada vez más grandes, con la algarada consiguiente.

Detrás de la lona sonó un pito. En el teatro bajó del techo la pinza de una excavadora y le arrebató el sombrero a una señora. Las mujeres se quitaron los sombreros. La del más grande se negó. Volvió a bajar la pinza, que se la llevó del teatro con sombrero y todo. Los actores de detrás de la lona estallaron en una ovación.

Quien más se reía era lord Strone.

—¡Caramba! Así aprenderá. Se la han llevado como si fuera basura.

—¡Irina! —exclamó Marion cuando volvieron a encenderse las luces—. Ha sido fantástico. Gracias.

Irina se levantó e hizo una reverencia.

—¿Qué tal si aplaudimos a los intérpretes?

La troupe de Humanova salió de detrás de la lona, y los invitados aplaudieron.

Al dar la mano a los actores, Isaac Bell puso una moneda de oro de diez dólares en cada palma.

—Gracias por una actuación memorable.

—Lástima que no hayamos podido ensayar más —dijo con un suspiro uno de ellos—, pero es que *mademoiselle* Viorets cambiaba todo el rato los diálogos.

Los invitados bajaron al comedor por la escalera de honor del *Mauretania*. Bell y Marion se pasearon entre las mesas para agradecerles su presencia y sortear preguntas.

—¡Por la guapa novia! —vociferó el Barón Chimeneas con la cara roja mientras se acababa la copa y pedía por señas que se la rellenaran—. *Und* por usted, señor Bell. Como decimos en Alemania, *Da hast du Glück gehabt!*

—Que significa —tradujo *herr* Wagner—: «¡Qué suerte has tenido!».

—*Danke schön!* —dijo Bell con una sonrisa.

Se dirigían ya a su propia mesa cuando llegó corriendo Clyde Lynds, pálido y muy serio.

—¡Señor Bell!

—¿Estás bien, Clyde? —le preguntó en un tono más cercano.

—No encuentro al profesor en ningún sitio. No está en su camarote, ni en cubierta, ni tampoco aquí, ni en el comedor de segunda clase.

—¿Cuándo se ha marchado de la fiesta?

—Antes de la ceremonia. Ha dicho que volvía a tener náuseas. —Lynds bajó la voz—. Me ha dado la impresión de que quería ir a las bodegas de equipajes —susurró—. He estado allí, pero no lo he visto. He mirado en las dos, la de popa y la de proa; no estaba.

—¿Por qué habría bajado?

Clyde Lynds se encogió de hombros.

—Supongo que querría echar un vistazo a nuestras cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó Bell—. ¿Equipaje?

El profesor y su protegido habían eludido repetidas veces el tema de su «invento

secreto». ¿Estaba a bordo? ¿En sus cabezas? ¿En otro barco? ¿Consistía solo en planos? Bell no tenía la menor idea, pero en ese momento intuía que el invento se encontraba físicamente en el *Mauretania*. Sería irónico que el aparato, fuera lo que fuese, estuviera en la misma bodega de equipajes que un prisionero de la agencia de detectives Van Dorn.

—¿Qué lleva el profesor como equipaje, Clyde?

Lynds vaciló. Después inclinó la cabeza.

—El profesor llevaba unas cajas —dijo.

—Ve a sentarte con *mademoiselle* Violets. Iré a echar un vistazo.

—¿No prefiere que lo acompañe?

—No.

—Lo siento, Marion, pero voy a tener que ausentarme. Beiderbecke ha desaparecido. Clyde está preocupado, y yo también.

—Ya vigilo yo el fuerte.

Bell acompañó a Marion a su asiento e hizo una señal con la cabeza a Archie. Abandonaron la fiesta, cada uno por su cuenta, y se reunieron en el camarote de Bell, donde este se guardó en el bolsillo de los pantalones una pequeña pistola y lanzó otra a Archie.

—Beiderbecke se ha esfumado. Clyde cree que ha bajado a las salas de equipaje, pero no lo ha encontrado allí.

—En la de proa tenemos al de los servicios de protección.

—A ver qué nos cuenta.

Se precipitaron por la escalera de honor tan rápidamente como habrían bajado en el ascensor. Dejando atrás la cubierta de paseo, la de abrigo, la superior, la principal y la inferior, se apresuraron a llegar a la zona de proa, siguiendo un recorrido que conocían bien por sus visitas al prisionero y su aburrido y solitario vigilante. Archie tardó poco en perder el resuello, pero insistía en no quedarse rezagado. Bell lo hizo frenar de golpe.

—Cuidado.

Recogió del suelo los quevedos del profesor Beiderbecke, que examinaron a la luz de una bombilla que pendía del techo. Se había resquebrajado una de las lentes.

—Sí, son suyas; tintadas de rosa, como las que llevaba.

La bodega de proa era un espacio enorme, de veinte metros de longitud y más de diez de anchura, aunque estaba tan cerca de la proa del *Mauretania* que seguía la curva del casco hasta quedar reducida a cuatro o cinco metros de ancho. Contenía muchos más fardos y cajas de madera que equipaje, así como varias filas de barriles donde ponía *FRÁGIL* y *PORCELANA*, barricas de roble de vino y *brandy*, dos limusinas Daimler y un magnífico turismo Wolseley-Siddeley amarillo. Un olor particularmente desagradable llamó la atención de Bell: no era el olor de la gasolina de los automóviles, en la que había reparado ya en sus anteriores visitas, sino un hedor más punzante, como de brea de hulla, o bien, pensó, quizá algo tan simple como el ubicuo olor a pintura del constante mantenimiento que realizaba la

tripulación del barco.

La jaula de leones estaba cerca de la entrada. Al cruzar la puerta, Bell y Archie vieron que el agente de los servicios de protección de Van Dorn se había quedado dormido al lado de la jaula y que el estafador, un fullero larguirucho de mediana edad, con melena leonina de galán y sonrisa desarmante de niño de coro, había pasado un brazo entre los barrotes para intentar alcanzar las llaves.

—¿Lawrence Block? —preguntó Archie usando el alias con el que el timador había llevado a cabo sus tejemanejes bursátiles—. Aunque consiguiera abrir la puerta, ¿adónde cree que podría ir en un barco en medio del Atlántico?

—A dar un paseo —respondió el estafador—. Puede que hasta encontrase a alguien que me diera conversación. Con este de aquí se nos han acabado los temas de interés recíproco. Si no, siempre podría reventar una de estas barricadas de *brandy* y emborracharme.

El vigilante dio un respingo y se levantó de golpe.

—Perdone, señor Bell, es que el barco no deja de subir y bajar, y el aire tiene un olor que me da sueño.

—La próxima vez —le advirtió Archie— esconda las llaves.

—Estamos buscando a un caballero vienés de mediana edad —dijo Bell—, con bigote muy cuidado, que suele utilizar quevedos. Llevaba una levita y un bastón con mango de plata. ¿Ha entrado aquí alguien que respondiera a esa descripción?

—No.

—¿Ha entrado alguna otra persona mientras estaba usted despierto?

—Solo un chico que preguntaba por el mismo caballero al que ustedes buscan. Ha entrado tan deprisa como ha salido.

Debía de ser Clyde.

—¿Nadie más?

—No.

—¿Y qué hay del tipo que se ha llevado el baúl? —intervino Block, el timador.

—¿Quién era? —preguntó Bell.

—Nadie, un marinero —respondió el vigilante.

—¿Y qué quería?

—Se ha llevado un baúl. Entran y salen constantemente. Los mandan a buscar baúles cuando los de primera han olvidado algo.

—No era marinero —dijo el estafador.

—¿Qué? —Bell lo miró: aferrado a los barrotes, como un león enjaulado, y contento de ver interrumpida su vacua rutina, como todos los presos—. Pero ¿qué está diciendo, señor Block?

—Que no era marinero.

—Sí que lo era —protestó el agente de los servicios de protección—. Lo he visto con mis propios ojos.

Bell no le hizo caso.

—¿Por qué dice que el hombre a quien ha visto no formaba parte de la tripulación del barco? —preguntó a Block.

—Aquí abajo se come fatal —respondió el preso—. Quiero una buena comida.

—Si me explica por qué lo ha dicho, la tendrá.

—Se hacía pasar por marinero.

—Y un cuerno —exclamó el agente de los servicios de protección.

—Y dos —dijo el timador.

—¡Archie!

El aludido sacó por la puerta al empleado de Van Dorn.

—¿Por qué está tan seguro de que el individuo que se ha llevado el baúl no formaba parte de la tripulación del *Mauretania*? —insistió Bell a Block.

—¿Me darán bien de comer?

—Solomillo, entrecot de ternera, *poulet* de pavo, espaldita de cordero, lengua de buey ahumada y pato a la ruanesa. Eso si me ayuda. ¿Cómo lo sabe?

—Lo sé y punto.

—Pues más vale que se explique mejor porque si no cenará pan y agua.

—No es que quiera escaquearme, señor Bell; lo que le digo es que los ladrones nos reconocemos entre nosotros. He calado a ese tipo enseguida, y es un impostor. En primer lugar, iba todo tiznado de carbón, igual que un fogonero. ¿A alguien se le ocurriría mandar a un fogonero en busca del baúl de un rico, limpio y reluciente? Por supuesto que no. Harían bajar a un camarero de esos tan pulcros que sirven en los camarotes. ¿Ve por dónde voy?

—¿Y en segundo lugar?

—Los camareros suelen venir en parejas y llevar las cosas entre dos. Este iba solo.

—¿Qué aspecto tenía?

—El que acabo de describirle, de fogonero; curtidísimo, como los de allí abajo.

—¿Alto?

—Tampoco tanto, pero fuerte de constitución. Con brazos largos. Como un mono. Ya le digo, lo habitual cuando estás todo el día con la pala y el carbón.

—¿Brazos largos? ¿Se ha fijado en su rostro?

—Lo tenía sucio de hollín.

—¿Si volviera a verlo, le reconocería?

—Lo dudo.

—¿Por qué? —inquirió Bell.

—Porque llevaba una gorra calada hasta los ojos —contestó el timador— y el cuello de la chaqueta subido hasta las orejas. Con tanto hollín en la cara parecía un actor de los que se disfrazan de negro.

Bell lo miró con frialdad. Block era un sinvergüenza muy inteligente.

—¿De qué color era el baúl?

—Plateado.

—¿Cuándo ha sido?

—Hará una hora... O poco más.

—Que disfrute de la cena. —Una idea detuvo a Bell justo antes de cruzar la puerta—. ¿En el baúl había algún adhesivo que indicase la clase en la que viaja el pasajero?

—Primera.

—Lawrence Block, se ha ganado usted su primera comida digna desde que salió del reformatorio.

Bell hizo entrar al hombre de los servicios de protección con la severa advertencia de que no bajara la guardia.

—Un fogonero —comunicó después a Archie—, o alguien que lo parecía, se ha llevado un baúl plateado con un adhesivo de primera clase. La pregunta es: ¿por qué?

—Suponiendo que hayan raptado al profesor, yo diría que lo habrán ocultado dentro del baúl para poder llevárselo a un camarote de primera que tenían reservado.

—Yo también lo diría.

—Pero hemos encontrado sus gafas aquí abajo —recordó Archie—. ¿Cómo sabían que bajaría? Quizá tienen a alguien infiltrado en la tripulación y estaba vigilándolo.

—O un pasajero —dijo Isaac Bell—. Será mejor que vayamos a pedir al capitán Turner que organice una búsqueda.



—¡Isaac! ¡Han encontrado el baúl en la cubierta de paseo!

Bell adelantó corriendo a Archie y subió por la escalera de honor. Había mucha gente al final de la misma. Los pasillos que convergían en la entrada de una despensa estaban repletos de suboficiales: camareros de salón, de cubierta y de camarote, así como marineros reclutados para la batida. Al entrar en la bodega, Bell vio a un camarero de salón de espaldas en el suelo, con la chaquetilla, que tan immaculada solían llevar, repleta de suciedad; a su lado se encontraba el baúl plateado. Un rudo marinero apuntaba al cerrojo con un hacha de incendios.

—Ya lo abro yo —dijo Bell mientras lo apartaba con el hombro. Se arrodilló junto al baúl y al palparlo fue consciente de que pesaba mucho—. ¿No hay algún sacacorchos a mano?

El ayudante del sumiller le llevó uno. Bell lo hizo girar dentro de la cerradura y, con la mirada fija en un punto indeterminado, empezó a manipularlo hasta que al cabo de un momento se abrió. Se produjo un coro de aclamaciones susurradas.

—Un truco de salón. —El investigador se había anticipado a la pregunta de por qué razón era tan diestro un supuesto agente de seguros en el noble arte de la ganzúa—. Me lo enseñó mi tía abuela Isabel, un auténtico as.

Los camareros y los marineros se echaron a reír.

—Nunca quiso revelarme dónde lo había aprendido —añadió.

Esa vez también los suboficiales rieron. Bell levantó el cierre de seguridad y la tapa del baúl. Se apagaron las risas.

Habían encajado dentro al profesor Beiderbecke. Tenía las piernas dobladas contra el pecho y los brazos apretados a ambos lados de la cabeza. Tenía los ojos muy abiertos, y el rostro cerúleo y rígido de miedo y de dolor.

Un camarero de salón entrado en años ofreció a Isaac un reluciente cuchillo de pescado sin decir ni una sola palabra. Bell lo aproximó a los orificios nasales del pobre Beiderbecke y, aunque no esperaba verlo empañado por su aliento, así fue.

—¡Está vivo!

Una docena de manos lo ayudaron a sacar del baúl al profesor. Lo depositaron en el suelo de baldosas de goma y le extendieron las extremidades con sumo cuidado. Beiderbecke gimió y respiró entrecortadamente.

—¡Un médico!

—Que venga el cirujano.

Bell se inclinó para buscar algún destello en aquellos ojos tan abiertos, que parecieron enfocarse en él.

—Se pondrá bien —dijo—. Ahora viene el médico.

Beiderbecke sufría convulsiones.

—Mi corazón —susurró. Se llevó la mano al pecho entre intensos dolores—. Bell... —exclamó sin aliento.

—Estoy aquí, profesor.

—Bell. Mi... ayudante...

—No se preocupe, de Clyde me ocupo yo.

—Protéjalo, por favor.

—Descuide.

—Protéjalo del akkk...

—¿De qué? —El investigador acercó el oído a los labios de Beiderbecke, quien sin duda agonizaba—. ¿De qué?

—Del Akrobat.

El médico del barco se abrió paso a empujones. Bell se levantó para dejarle sitio. Después vio que abría el chaleco y la camisa del profesor con gesto seguro y que le aplicaba un estetoscopio sobre el pecho. Tras escuchar un buen rato sacudiendo la cabeza, se guardó el instrumento. No había nada que hacer.

—¿Qué ha dicho Beiderbecke? —preguntó Archie a Bell.

—Me ha hecho prometerle que protegería a Clyde.

—¿De Krieg?

—Supongo —contestó Bell—. Pero no es lo único que ha dicho.

—¿Qué más?

—Un nombre... o una palabra que sonaba como «acróbata». ¿Cómo se dice en alemán?

—*Akrobat* —respondió Archie—. ¿Qué habrá querido decir Beiderbecke con «acróbata»?

—Un hombre —contestó pensativo Isaac Bell— capaz de volar.

—¿Como el que saltó por la borda?

—Y que de alguna manera regresó volando.

—Los acróbatas no vuelan de verdad —alegó Archie.

—Es posible, pero los mejores pueden hacer una muy buena imitación. —Isaac se concentró—. En el *Mauretania* viajan tres mil personas, sumando pasaje y tripulación. Entre ellas se oculta quien ha matado a Beiderbecke.

—Eso es como esconderse en una ciudad.

—Necesitamos un testigo. Preguntemos a este camarero si ha visto a la persona que lo ha derribado.

El camarero se incorporó, aturdido, y negó con la cabeza.

—Lo siento, señor, pero es que he entrado en la despensa y el tío me ha atacado por detrás.

Bell lo ayudó a levantarse.

—¿Ni siquiera lo ha visto de reojo, al caerse? ¿Se ha fijado en si era corpulento o en cómo iba vestido?

—Nada, señor, nada de nada. —El camarero se miró la manga de la chaquetilla y los pantalones—. Estoy hecho una facha... ¡Caramba! Más vale que me cambie antes de que me vea el jefe.

Bell observó que tenía manchas marrones en el pantalón, por la grasa del suelo de la despensa. En cambio las de la manga parecían de hollín. Pasó el dedo por una de ellas.

—Polvillo de carbón —informó a Archie—. Vamos a hacer una visita a los fogoneros.

Block, el timador, juró y perjuró no haber visto la cara del marinero-fogonero que se había llevado el baúl plateado de la bodega. Aun así, Isaac Bell hizo que los acompañase; quería estar atento a su expresión, por si daba muestras de mentir cuando examinasen a los hombres que alimentaban las calderas. También se llevó al camarero de salón, basándose en la teoría de que la persona que lo había derribado no podía estar del todo segura de que no le hubiera visto el rostro. Quizá la visión de dos testigos provocara nerviosismo al atacante. Al menos fue lo que pensó Bell hasta estar delante de los fogoneros y tener la oportunidad de conocer el infierno donde trabajaban.

—Trescientos veinte paleadores y fogoneros, casi todos irlandeses de Liverpool —dijo el jefe de máquinas del *Mauretania*, un escocés robusto y llano, con mostacho de morsa y cuatro galones dorados en la manga—. Más algún que otro extranjero.

El capitán Turner le había ordenado acompañar a Bell, Archie y sus testigos hasta el cuarto de calderas.

Accionó un interruptor eléctrico que hizo abrirse una gran puerta hermética de acero. Al otro lado los aguardaba un panorama sulfúreo de calor y ruido, en el que varios hombres desnudos de cintura para arriba paleaban carbón y empujaban carretillas casi a oscuras.

El jefe de máquinas tuvo que gritar para que Bell oyera su advertencia.

—Dudo que pueda sacarles gran cosa. Son gente dura.

—Me sorprendería lo contrario.

—Debería verlos discutir. Cerramos bien todas las escotillas hasta que se acaba la pelea. Es que esto no es ninguna juerga, oiga. Nuestro *Maury* exige mil toneladas al día para alcanzar los nudos a los que navega.

Isaac Bell se dijo que en las entrañas del barco el diablo se habría encontrado muy a gusto. Una cosa era pensar en el principio de que el fuego convertía el agua en vapor y que este hacía girar las palas de las turbinas del *Mauretania* que accionaban las hélices que lo impulsaban por el mar, y otra mirar a través de aquel irritante aire cargado de polvillo de carbón a decenas de hombres que sudaban para alimentar ese fuego.

Al sonido de los gongs que pautaban el tiempo se abrieron las puertas de una caldera. Iluminados por las llamas, varios fogoneros con trapos húmedos sujetos sobre el rostro para protegerse del calor introdujeron barras de acero de tres metros en el ardiente lecho de brasas amarillas. Limpiaron las parrillas de escoria candente, hecha de impurezas fundidas, y removieron las ascuas. Tras hundir sus palas en el carbón amontonado en la cubierta, se erguían y arrojaban una paletada a la caldera, antes de agacharse para la siguiente; y así, paletada a paletada, alimentaban el fuego. Trabajaban deprisa, con el propósito de abrir durante el menor tiempo posible las puertas de la caldera; de ese modo no se perdía el calor. Por espacio de siete minutos los fogoneros limpiaron, rastrillaron y palearon; distribuyeron con habilidad capas homogéneas de nuevo combustible sobre el carbón incandescente. El ambiente era tan abrasador que secaba los trapos que les cubrían la cara hasta dejarlos rígidos.

La compuerta se cerró de golpe. Todo quedó a oscuras. Los fogoneros se lanzaron a por cubos de agua. Mientras los paleadores, sudorosos, conducían sus carretas y las descargaban sobre la cubierta, amontonando nuevo carbón al lado de las compuertas. Después regresaban a gran velocidad a los búnkers en busca de más. Dentro de estos Bell vio a paleadores que desplazaban el carbón desde el fondo hasta la parte delantera. Volvieron a sonar los gongs. El indicador mostró el número de la siguiente caldera que habría que alimentar.

—¿Cuánto duran los turnos? —preguntó Bell al jefe de máquinas.

—Son cuatro horas de trabajo y ocho de descanso.

Acompañó al camarero y al timador por los pasillos de las cuatro salas de calderas. Pasaron por ciento noventa y dos hornos bajo veinticuatro calderas, así como por los búnkers y al lado de los hombres que engrasaban la maquinaria y sacaban con sus palas las cenizas aún candentes para meterlas en los eyectores. El último tramo los condujo por los fétidos barracones de los paleadores, en la cubierta inferior, y por los de los fogoneros, en la cubierta principal, donde los hombres yacían exhaustos en literas apretadas. Ni Block ni el camarero identificaron ningún rasgo reconocible en el hosco semblante de los que estaban despiertos o dormían, ya sin máscara, sin soñar.

Al volver del banquete de bodas, Hermann Wagner abrió la puerta de su *suite* real y sonrió: digna de un rey, sin duda, con dos dormitorios, una sala de estar, su propio comedor y una segunda entrada para el servicio, a través de una despensa.

Curiosamente la luz estaba apagada. En noches anteriores, después de cenar, se había encontrado un camarote bien iluminado, con el embozo de la cama abierto, un tazón caliente de su chocolate favorito en la mesita de noche y, junto a este, una copa de *brandy*. Pero bueno, si el enlace de quienes acababan de convertirse en los señores Bell había sembrado el desbarajuste en el barco, bien merecía la molestia. Había sido una fiesta espléndida, con unos novios deslumbrantes, una comida y un vino excelentes, amor a raudales en el ambiente y hasta un toque de misterio. Se rumoreaba que la mitad de la tripulación estaba llamando a todas las puertas en busca de un pasajero de segunda clase desaparecido.

También le pareció raro el olor que flotaba en el aire, denso y acre, como si el humo que brotaba de las chimeneas del *Mauretania* hubiera bajado hasta sus aposentos por las conducciones. Era la primera vez que olía humo de carbón en su camarote mientras cruzaba el Atlántico en primera clase. Ahora que los barcos británicos, alemanes y franceses se disputaban a los pasajeros más ricos, todo en ellos era *de lujo*, hasta el último detalle.

Buscó a tientas, con cautela, el interruptor de la luz. El champán le había embotado los sentidos. Chocó con una lámpara y se lanzó en su rescate, hasta que se dio cuenta de que estaba sujeta al suelo para soportar los vaivenes del barco. Oyó un clic metálico a su espalda y se preguntó qué había tirado. De pronto comprendió que lo que había oído era el ruido del pestillo de la puerta. Algo lo rozó. Una mano de acero se cerró alrededor de su brazo. Se sintió arrastrado hacia atrás, contra un cuerpo pétreo.

Otra mano le tapó la boca sin darle tiempo de gritar de sorpresa siquiera, mucho menos de pedir ayuda. Hermann Wagner era joven y atlético. Trató de zafarse de su captor, pero este lo sujetaba con una fuerza asombrosa. De él procedía el olor a carbón, del hombre que lo estaba asfixiando.

De repente... ¡Salvado! Llamaron a la puerta.

—Soy el camarero, señor. ¿Puedo entrar?

Wagner dio una patada al aire con la esperanza de derribar algo que, al caer, hiciese ruido. Al primer golpe en la puerta lo siguió otro con la firmeza de unos nudillos impacientes; no era la deferencia acostumbrada de un «perdone usted la interrupción», sino la exigencia de un «abra la puerta y déjeme entrar». ¡El pasajero desaparecido! La tripulación estaba registrando el barco. Se debatió con más energía. La mano que le tapaba la boca se deslizó por su barbilla y se cerró alrededor de su cuello, impidiendo que le llegara sangre o aire al cerebro. Wagner notó que le flaqueaban las piernas y perdió toda esperanza de verse libre al comprender que moriría por estrangulación.

—¿Señor? ¿Está ahí dentro, señor?

El hombre que apestaba a carbón murmuró algo al oído de Wagner.

—*Ich bin Donar.*

Wagner nunca había oído nada tan hermoso en su vida. Donar. Thor, el dios del

trueno en alemán. Significaba que no iba a morir. Donar era el líder de un plan secreto del ejército imperial alemán que, según le habían asegurado, gozaba del beneplácito del mismísimo káiser.

La presión de su garganta disminuyó un poco.

Wagner asintió en confirmación de lo que había jurado con su propia sangre: obedecer sin preguntas.

La mano se abrió un poco más, lo justo para dejarle susurrar unas palabras.

—Perdóneme, por favor. No lo sabía.

—Diga al camarero que está acostado. Dígale que se vaya.

—¿Y si no quiere? Están registrando el barco.

—Si insiste déjele pasar, pero no a su dormitorio. Infórmele de que hay una señora que desea mantenerse en el anonimato. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor —respondió Wagner.

Tuvo el impulso de hacer un saludo militar. El último hombre que se había dirigido a él con una autoridad tan persuasiva había sido su coronel, en el ejército.

—¡Pues hágalo!

—¿Tú crees que están buscando al Alemán?

Bill Chambers, del condado de Mayo, y Parnell Hall, de Munster, dos paleadores jóvenes de la sala de calderas número 1, se cruzaron con sus pesadas carretillas entre el búnker transversal de proa y el pasillo. No temían ser oídos por encima del fragor de las calderas. Además, por fin se habían ido el jefe de máquinas, el dandi americano, el camarero de salón y el prisionero que había estado encerrado en la bodega de equipajes.

—¿A quién si no?

Chambers y Hall eran los cabecillas de una nueva camada de la Hermandad Republicana Irlandesa. Al diablo con los viejos transigentes. Ellos eran rebeldes de verdad y habían jurado expulsar de Irlanda a los dirigentes británicos o morir en el intento. Ninguno de los dos habría negado que era un exaltado. De hecho, se habrían tomado la acusación como un cumplido. Y nadie que los hubiera visto acosar a las patrullas del ejército inglés con piedras y hondas podía poner en duda su valentía. En cuanto a si se les podía seducir mediante promesas de rifles y explosivos a cambio de ayudar al Alemán, dependía de lo que se entendiera por «seducir».

—¿Y crees que lo encontrarán?

—Si lo encuentran, se arrepentirán.

Pese a ser dos muchachos valientes, y a haber luchado contra las patrullas, Bill Chambers y Parnell Hall soltaron sus carretillas para persignarse. El hombre a quien conocían como el Alemán no tenía rival en lo que a la lucha se refería.

Como dijo el poeta, la peste y el hambre iban de la mano.

Al otro lado de la puerta del baño de la *suite* real, Hermann Wagner oyó que el líder del plan Donar se limpiaba el polvo de carbón con la ducha de chorro fino fijada a la bañera de porcelana.

—Dese la vuelta —le ordenó Donar a través de la puerta.

Antes le había hecho una advertencia, con una frialdad que evidenciaba que iba muy en serio: «Nunca me mire a la cara».

Wagner fue a la sala de estar y se puso de espaldas al baño. Desde que había estado a punto de morir asfixiado le dolía la garganta.

—Esta noche mande que le traigan la cena a la *suite*, para poder montar guardia mientras duermo.

Wagner, que cantaba en el coro de su iglesia y tenía buen oído para las voces, percibió algo que desentonaba en el acento alto alemán de Donar. Sin perjuicio de su fluidez y guturalidad, ni de sus aires instruidos, de vez en cuando los tonos de prusiano de clase alta adquirían una rudeza campesina.

—¿Pido algo de cenar para usted?

—No diga tonterías. Un pasajero no come por dos.

—Lo decía para que también usted cenase algo.

—Me comeré lo suyo.

—Ah, claro, ya lo entiendo.

Oyó que Donar salía del baño y entraba en el dormitorio.

—Retire el polvo de carbón antes de que lo vea el camarero.

Hermann Wagner se puso a cuatro patas para limpiar su propio cuarto de baño, algo que no había hecho desde que tenía doce años en el estricto internado al que su padre lo había mandado para «curtirlo».

No le importó. Era un honor formar parte de la élite de diplomáticos, banqueros y hombres de negocios que se habían sumado al plan Donar. Tenía que reconocer que él no era soldado ni conocía los detalles de ese plan militar, pero podía viajar a su antojo por Estados Unidos haciendo tratos legales y alternando con las altas jerarquías.

Se acercaba *Der Tag*. La victoria no dependía únicamente de los soldados. No habría victoria a menos que un patriota como Hermann Wagner participase persuadiendo a los americanos de que entraran en guerra en el bando alemán o, al menos, de que se mantuvieran al margen mientras Alemania aniquilaba Rusia, Francia e Inglaterra.

Al alba Isaac Bell, recién casado, abandonó el lecho en silencio, besó con dulzura la frente de su esposa dormida, se vistió con sigilo y salió a la cubierta de paseo. Hacía un frío helador y el mar volvía a estar revuelto. Hacia el noroeste desfilaban de manera dispersa largas olas. El cielo estaba despejado, a excepción de algunos jirones de nubes que se amontonaban en el horizonte como montañas nevadas. Soplaban un viento fuerte y el humo de las altas chimeneas rojas del *Mauretania* se alejaba del barco horizontalmente.

Fue directo al punto de estribor por donde se habría precipitado el hombre que había saltado desde la borda. De alguna manera, sospechaba Bell, había conseguido aterrizar sano y salvo en la cubierta de paseo, aunque pareciera imposible, porque la cubierta de botes no estaba retirada y la de paseo no sobresalía del casco. Beiderbecke, sin embargo, lo había llamado «acróbata».

Anduvo por la zona, recorriéndolo todo con la mirada. Supongamos que el Acróbata lo fuera de verdad. Supongamos que era un saltimbanqui circense o un trapecista. Supongamos que estaba dotado de una fuerza extraordinaria, una agilidad sorprendente, nulo miedo a las alturas y unos nervios de acero, pensó.

De repente tuvo un recuerdo entrañable que le hizo sonreír. De niño se había escapado de su casa para unirse al circo y, cuando su padre le había dado alcance en una feria de Mississippi, ya era amigo de los domadores, los payasos, los caballistas y, sobre todo, los acróbatas, a quienes reverenciaba por su valentía y fortaleza.

Supongamos que el Acróbata tuviera todas las facultades de un profesional, un artista prodigioso que hubiera perfeccionado sus habilidades desde la infancia, como hacían las estrellas del circo, pensó. Por lo que Bell había visto durante la primera noche de la travesía, podía asegurarse que se trataba de un hombre fuerte y ágil, templado y resistente, y que no tenía vértigo. ¿Era posible que un individuo de tales características saltara de la cubierta del barco y, después de tres metros de caída por el costado vertical del buque, regresara a bordo, a la cubierta de paseo?

La respuesta era que no.

Se asomó a la baranda para ver el agua. Después miró hacia el lado de la caseta del telegrafista de la Marconi. Tal como había explicado a Archie, el bote salvavidas más cercano de los que colgaban de los pescantes junto a la cubierta de botes se



encontraba a diez metros de donde el Acróbata había saltado por la borda. Un recuento rápido de esas embarcaciones le reveló algo en lo que, en el fondo, aún no había pensado: en total, solo tenían cabida para quinientas personas, mientras que el *Mauretania* transportaba a tres mil...

Isaac Bell se dirigió a toda prisa hacia el pasillo más próximo y luego ascendió la escalera. ¿Se habría dado cuenta, a oscuras, de si el Acróbata había saltado hacia arriba en vez de hacia abajo? Arriba, hacia uno de los muchos estays y cables que se elevaban hacia la cubierta superior, justo encima del puente de mando, donde estaba la caseta de la Marconi. ¿Lo habría visto aferrarse a una maroma y trepar a la cubierta superior?

Corrió por el puente, pasando junto a los ventanales de la biblioteca que habían aportado el trasfondo luminoso de aquella escena nocturna, y de inmediato fue consciente de que la respuesta era no. No había estays ni remotamente próximos para que un hombre saltara sobre ellos. Por lo tanto, si el Acróbata no se había caído al mar, tenía que haber aterrizado en la cubierta situada bajo el puente de mando. Imposible asimismo. Desconcertado, Bell volvió a paso lento a la cubierta de paseo.

Dos marineros pulían la baranda de madera con escofinas y papel de lija.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, caballeros. ¿Han madrugado?

—Lo necesario para trabajar —dijo uno de los dos.

—Si fuera por el desgaste —dijo el otro—, el barco estaría que daría vergüenza verlo. ¡Fíjese en este surco! La baranda casi está partida en dos.

Se hizo a un lado para enseñar a Bell cómo habían reparado algo que no pasaba de ser una pequeña muesca en la teca, que solo habría advertido un contraamaestre con vista de lince.

Lo curioso era que seguía los treinta centímetros de curva de la madera, desde la parte inferior a la superior, como si se hubiera enroscado algo flexible alrededor del barandal.

—¿A ustedes qué les parece que puede haberlo causado? —preguntó Bell.

—Le habrá dado un golpe de bastón algún señoritingo, con perdón de usted, caballero.

—O de espada —opinó el otro marinero.

—¿Espada? —repitió el primero en son de burla.

—Está cortado el grano de la madera.

—No es un corte, es un surco.

—Llámalo como quieras, compañero, pero yo digo que el golpe fue de espada.

—¿Y cómo quieres que le ponga las zarpas encima a una espada un figurín de camarote de primera?

—Llevándola escondida en su bastón. ¿No está usted de acuerdo, señor? —añadió en busca del respaldo de Isaac Bell, a quien vio examinar atentamente el surco.

—Cable —exclamó Bell.

—¿Cómo dice, señor?

—Cable. Un cable fino, de alambre trenzado.

—Bueno, sí, podría ser un cable trenzado, aunque la pregunta es de dónde sacaría el figurín un cable trenzado y por qué iba a usarlo para dar un golpe a la baranda. A menos que fuera un vándalo redomado. Que de vez en cuando sube alguno a bordo, ¿eh? Te acordarás de aquel francés, Jake...

—¿Y qué esperabas?

—Un acróbata —dijo Bell a media voz.

¿Habría enroscado el Acróbata un cable flexible de alambre a la baranda?

—¿Acróbata? No, señor, perdone, pero aquel franchute no era ningún acróbata.

—Un acróbata alemán.

Los marineros se miraron con perplejidad.

—Bueno, si usted lo dice...

—Pues será un acróbata.

Mientras Bell se alejaba de allí a toda prisa oyó susurrar a su espalda:

—Pero ¿qué rollo nos estaba soltando?

—Algo sobre acróbatas.

—Ya solo faltan monos.

Isaac Bell caminó más deprisa. Le resultaba plausible que un magnífico atleta, un acróbata musculoso y ágil, pudiera interrumpir su caída mediante un fino cable enganchado a la baranda. Lo que no se explicaba era de dónde habría sacado el cable a toda prisa, ni cómo lo había fijado en las décimas de segundo en que había caído junto a la borda. Tampoco que el cable no se le resbalara de las manos o que le hubiera cortado hasta el hueso, si se lo había enroscado a la muñeca.

Bell cruzó la barrera de segunda clase, dio los buenos días al marinero asignado por el capitán Turner para montar guardia en la puerta del camarote de Clyde Lynds y llamó con ímpetu.

—Soy Isaac Bell, Clyde. Abre.

Lynds le franqueó el acceso al pequeño espacio sin ventanas que había compartido con el profesor. Al parecer, había dormido con la camisa y los pantalones.

—Estás hecho un desastre —observó Bell.

—No he dormido nada. El profesor era un buen hombre, una persona amable. No se merecía una muerte así.

—Tú tampoco te la merecerías —dijo Bell.

—¿Soy el siguiente?

—Sincérate, Clyde. Tu vida está en peligro. ¿Quiénes son? ¿Qué quieren?

—Le juro que no los conozco.

—¿Tiene algo que ver con que desertaras del ejército alemán?

—Yo no deserté. Nunca he estado en el ejército. Nunca he sido soldado.

—Entonces ¿por qué te persigue el ejército alemán?

—No lo sé. Mienten.

—¿Por qué iba a mentir el ejército? Y si mienten, ¿por qué van a por ti?

—No lo sé.

—Sí lo sabes.

—No soy un desertor.

—Eso ya lo sé. Por esa razón es aún más grave.

—¿Más grave?

—El ejército alemán está ayudando a Krieg Rüstungswerk a robar vuestro invento.

—Cuando llegue a América, estaré a salvo.

Isaac Bell hizo la pregunta que lo había llevado al camarote de Clyde:

—¿Oíste mencionar alguna vez al profesor un nombre o una palabra que sonara parecido a «acróbata»?

Lynds palideció.

—¿Por qué le interesa?

—Lo último que el profesor Beiderbecke dijo al pedirme que te protegiera fue: *Akrobat*.

—Dios mío... —musitó Clyde Lynds—. ¿Insinúa que ese hombre no se cayó por la borda?

—Sabes a quién me refiero.

—Sí —admitió Clyde—, es él. ¿De verdad que está en el barco?

—Yo creo que el profesor lo vio. Creo que el tal Acróbata lo encerró en el baúl, en cuyo caso no estás siendo perseguido por sus cómplices, sino por él en persona, por el mismo hombre que intentó daros caza en Bremen y la noche en que zarpamos de Liverpool. Suerte tuvisteis entonces de que, casualmente, estuviera yo presente. Pero anoche al profesor Beiderbecke se le acabó la suerte. Quien lo mató está escondido, o bien entre el pasaje, o bien entre la tripulación. Nadie dará con él hasta el desembarco en Nueva York, momento en que desaparecerá en la ciudad, y allí, Clyde, le resultará fácil encontrarte. Un hombre que ha acechado a su presa en un vapor donde podían fijarse en él casi mil tripulantes es un formidable cazador. Te encontrará.

Clyde Lynds se envalentonó.

—¿Y qué le importa todo eso a un experto en seguros? —inquirió de mal humor.

—Me importáis un comino la situación y tú —replicó Isaac Bell.

—¿Ah, sí?

—Si no hubiera prometido al profesor preservar ese resbaladizo pellejo tuyo, te dejaría componértelas con el asesino a quien estamos llamando el Acróbata. Pero se lo prometí, así que, te guste o no, tendrás que recibir mi ayuda.

—¿De verdad que puede protegerme?

—Solo si tú puedes decirme de qué te protejo. ¿Cuál es tu «invento secreto»? ¿Para qué lo quieren?

—Vale, vale, usted gana.

Lynds se quedó un buen rato en silencio. Bell lo incitó a hablar:

—El profesor Beiderbecke empezó a nombrar el invento antes de mi boda, mientras se tomaba una copa conmigo. Lo llamó «*Sprechend...* no sé qué», pero de repente calló.

Clyde Lynds se echó a reír.

—¿Qué diantre te hace tanta gracia?

—*Sprechendlichtspieltheater*.

—¿*Sprechendlichtspieltheater*? ¿Qué es *Sprechendlichtspieltheater*?

—Un nombre ridículo. Yo le dije que necesitábamos un nombre americano, y se le ocurrió *Animatophone*. Le comenté que aún era peor. Entonces él dijo: «¿Y *Photokinema*?». ¡Suena ridículo! No conseguí meterle en la cabeza que necesitábamos un nombre pegadizo, que pudiéramos vender.

—Pero ¿qué es? —insistió Bell.

—El profesor Beiderbecke y yo inventamos una máquina que reproduce el sonido a la perfección.

—¿Qué tipo de máquina de guerra es esa?

—No es ningún arma.

—Eso fue lo que me contestó Beiderbecke, y pensé que mentía. —Bell recordó lo que el profesor había dicho sobre la educación, la ciencia, la comunicación, el progreso industrial e incluso la diversión pública. La lista era muy larga, pero tal vez un gramófono perfeccionado cumpliera con todos esos objetivos—. ¿Qué es, un gramófono?

—Mucho más que un gramófono. Mucho, mucho más que un gramófono. Perfeccionamos una manera de incorporar sonidos al cinematógrafo. Se trata de una máquina para hacer películas habladas.

—¿Películas habladas?

—Sí, el sonido acoplado a la imagen. Por eso la he bautizado *Talking Pictures*. Pegadizo, ¿eh?

—Mejor que *Sprechendlichtspieltheater* —admitió Bell con una sonrisa.

Lynds sacudió la cabeza, compungido, y se pasó los dedos por el pelo revuelto.

—Se corrió la voz y la principal productora de películas de Alemania vino a vernos enseguida. Querían hacer un trato. Nos invitaron a Berlín en primera clase, con todos los gastos pagados y alojados en el mejor hotel, pero después nos enteramos de que la compañía era propiedad de Krieg Rüstungswerk y supimos que nos robarían el invento. El profesor conocía a un científico a quien le habían robado uno. Por lo tanto, decidimos que nos convenía mucho más llevarnos el aparato a Estados Unidos para vendérselo a Thomas Edison. Qué ingenuos, madre mía... Ni se nos ocurrió que intentarían impedir nuestra salida de Alemania. O que esa compañía armamentística estuviera tan confabulada con el ejército alemán que este la ayudara a localizarnos cuando huimos. Conseguimos escapar de milagro. La falsa orden de detención les otorgó el poder de arrestarme por desertión y al profesor por proteger a

un desertor. Salimos por los pelos, gracias al truco de Rotterdam. Al subir a bordo del *Mauretania* creíamos ser libres de vender Talking Pictures en América, y de repente... ¡Sorpresa!

—¿Ellos para qué lo quieren? —preguntó Bell.

—Es muy valioso.

—Pero el ejército alemán no se dedica al cine.

Lynds se encogió de hombros.

—Tal vez quiera dedicarse.

—No sé por qué —dijo Marion al despertarse y sonreír a Isaac Bell, sentado al borde de la cama con una taza de té para ella—, pero siempre había supuesto que cuando estuviéramos casados te vería más. Al menos la mañana después de la boda.

—Perdona, pero mucho me temo que nos hemos topado con un caso.

—Pues claro que os habéis topado con un caso. El pobre profesor Beiderbecke ha sido asesinado después de que vosotros lo salvarais de un secuestro, lo cual lo convierte en un asunto personal. —Marion dio un abrazo a Bell y cogió la taza—. ¿Qué has averiguado desde nuestro beso de buenas noches?

—Al final Clyde Lynds me ha explicado qué quieren los secuestradores, pero me cuesta creerlo.

Bell refirió palabra por palabra lo que Lynds le había dicho. Hablaba a menudo de sus casos con Marion, poseedora de una inteligencia muy aguda y de una inusual capacidad de enfocar las ideas desde ángulos inesperados. En el caso de Talking Pictures, como experta en el sector cinematográfico podía ayudarlo más que casi nadie.

Dejó la taza y se irguió en cuanto Bell concluyó su explicación.

—¿Talking Pictures? ¿Películas habladas de verdad?

—¿Cómo que de verdad?

—¿Actores que hablan de verdad en la pantalla y no detrás? ¿Películas con sonido?

—Es lo que dice.

—¡Isaac! Las películas con sonido son el Santo Grial. No sé cómo puede hacerlo, porque lo han intentado decenas de personas y no lo han conseguido, pero si fuera cierto valdría una fortuna. Lo cambiaría todo. De momento estamos atascados en el teatro sin palabras, en la pantomima.

—La compañía de Humanova lo ha superado.

—Ya, pero ¿qué son Humanova y Actologue sino compañías itinerantes de vodevil que escenifican cada noche la misma obra en un solo teatro? No es que sean más que las películas, es que son menos. Cargan con los mismos gastos que cualquier actor itinerante: salarios, billetes de tren, alojamiento, comida... En cambio, las películas habladas de verdad permitirían proyectar al mismo tiempo centenares de

copias. Los rollos no necesitan comer ni dormir.

—Como una fábrica de sartenes que no tuviera que pagar a los obreros porque unas máquinas las harían automáticamente.

—Exacto. Lo único que necesita cada sala es un proyector con un aparato de sonido.

—Te veo muy entusiasmada. Te brillan los ojos.

—¡Pues claro que estoy entusiasmada! Es como si me dijeras que de repente puedo ir volando a la Luna. ¿No lo ves? Hace una eternidad que se proyectan en los *nickelodeons* películas de un solo rollo de doscientos cincuenta metros que duran diez minutos, pero existe el potencial de atraer a muchísima gente, un nuevo público. Si hubiera películas más largas, de dos o de tres rollos, irían a verlas los espectadores de teatro y de ópera. El sonido nos permitiría contar argumentos más extensos. Yo misma abandonaré sin pensármelo Picture World para hacer películas habladas.

—O sea, que el joven Clyde tiene algo muy valioso entre manos.

—Si funciona —dijo Marion.

—¿Por qué no iba a funcionar?

—Hay tres problemas técnicos que no ha sabido resolver nadie.

Los enumeró con los largos y elegantes dedos de su mano izquierda, empezando por el índice y acabando por el anular, donde estaba, junto a la esmeralda, la alianza de oro de San Francisco.

—Uno: sincronizar el sonido con la imagen. Las palabras del actor tienen que coincidir con los movimientos de sus labios, de la misma manera que el público del teatro oye lo que ve en el escenario. Dos: amplificar el sonido. Tiene que ser bastante fuerte para que en las grandes salas puedan oír las películas miles de personas. Tres: la fidelidad, para que los espectadores sientan el poder de las voces humanas y la belleza de la música.

—Lo que esperarías en una gran sala de ópera.

—¡En cientos de salas de ópera! ¡Y simultáneamente! Las películas habladas podrían proyectarse al mismo tiempo en todas las ciudades, para millones de personas que las vieran y oyeran, pero de momento no ha habido nadie, ni en Europa ni en América, que haya estado cerca de resolver esos tres problemas. Los que lo han intentado se han arruinado y al final han desistido. La máquina de Beiderbecke y Lynds tiene que superar esos tres obstáculos.

—Si los resuelve —dijo Bell—, tendrán un negocio que será una mina de oro.

—Y un tesoro artístico. Es muy emocionante, Isaac.

—¿Qué te parece el plan de Lynds de vendérselo a Thomas Edison?

Marion reflexionó sobre la pregunta de Bell:

—Es muy arriesgado llevar una idea nueva a Thomas Edison. Él no quiere inventos novedosos a menos que sean suyos. Lucha con uñas y dientes por conservar el monopolio de las películas a base de patentar sus cámaras y proyectores, y de vetar a la competencia. Su Motion Picture Patents Company usa a la policía americana, y a

sus propios detectives privados, para investigar las infracciones de patentes, y Edison lleva a los tribunales a los cineastas independientes por cualquier nimiedad. Tiene a los tribunales de su parte, porque ha hecho amistades entre los legisladores apoyando esas tonterías de los reformistas contra los *nickelodeons*, eso de que son «centros de reclutamiento para el vicio». Pero lo peor es que si no trabajas con la autorización de su compañía no puedes comprar cinta perforada Eastman Kodak, y eso te impide obtener imágenes de calidad. Francamente es la razón de que no me moleste trabajar con Preston Whiteway en Picture World. Así Edison no puede perjudicarme. Las cintas documentales son otro mundo, y Preston es demasiado rico para dejarse intimidar.

—Y demasiado antipático —añadió Bell—. Entonces ¿a quién debería acudir Clyde?

—Ahí está el problema. —Marion volvió a pensarse mucho su respuesta—. Casi no tiene elección. Edison será el único mercado al que Lynds pueda vender, a menos que esté dispuesto a correr el riesgo de asociarse con un independiente al que en cualquier momento pueda aplastar el trust. Usa para algo bueno una parte de la fortuna de tu abuelo.

—En su lecho de muerte, el abuelo Ebenezer me dijo que quien hace de banquero de sí mismo tiene a un tonto como cliente.

—También se lo he oído decir a algunos abogados.

—Sí, ya se lo comenté, y el abuelo respondió con voz entrecortada: «Los abogados robaron la frase a los banqueros». Sus últimas palabras antes de morir fueron: «Gástate todo lo que quieras en vino, mujeres y canciones, pero júrame que no lo invertirás». Vaya, que lo de invertir en Talking Pictures se lo dejo a los profesionales. Ahora bien, se me ha ocurrido que Joe van Dorn podría renunciar a los honorarios de protección de la agencia a cambio de que Clyde comparta una parte de los beneficios.

—¿Dónde está ahora Clyde?

—A salvo, con Archie.

Marion frunció el ceño.

—Lillian me dijo que Archie todavía no se ha recuperado del todo.

—Ha prometido disparar primero y evitar los puñetazos.

—Pero ¿está bien? Lillian me contó que a veces aún se queda dormido.

Bell asintió con la cabeza.

—Le pasó hace una semana en Niza, pero se despertó. La cuestión es que para Archie es importante aportar lo que le corresponde, y eso debo respetarlo —añadió Bell sin alterarse—. Me guste o no. —Una sonrisa cariñosa dulcificó la seriedad de su expresión—. En conclusión, me sobra tiempo antes de que cenemos con el capitán Turner. ¿Te apetece algo especial para nuestro último día de navegación?

Marion se tendió en la cama y levantó el auricular de la base de un teléfono blanco fijado a la pared.



—Si te apetece quitarte esta ropa de *tweed* que rasca tanto, en aquel armario encontrarás una bata de seda que te compré en Selfridges... Ah, sí, buenos días, sobrecargo. Queremos que nos traigan el desayuno a la cama, por favor... Me preguntan qué queremos.

—El especial Luna de Miel.

Aquella noche, la última en alta mar, Isaac, Marion y Lillian Hennessy Abbott cenaron sentados a la mesa del capitán, en el comedor de primera clase. Archibald Angell Abbott IV se excusó por escrito. Tenía que hacer de canguro de Clyde Lynds.

Clyde Lynds vio que Archie Abbott cerraba los ojos, se despertaba y volvía a aletargarse.

Predijo que el amigo pelirrojo de Isaac Bell se quedaría frito en diez minutos. En realidad fueron ocho los que tardó Archie en dormirse profundamente en el sillón encajado en un rincón del camarote de Clyde. Este, percatado de la enfermedad de Archie, se había preparado para la ocasión yendo al despacho del contador y sacando algo de dinero de las carteras que habían dejado en la caja fuerte el profesor y él.

Salió con sigilo e hizo señas a un sobrecargo de cubierta a quien había pedido que esperara; puso un dedo en los labios, en señal de silencio. El sobrecargo se fue enseguida y tardó muy poco en volver con dos oficiales más corpulentos que él, que recorrieron el pasillo sin hacer ruido de pisadas en las baldosas de goma. Los tres sonreían como quien iba a recibir una enorme propina a cambio de un esfuerzo insignificante.

—¿Listos?

—Listos, señor.

—No creo que haya problemas, pero, bueno, por si acaso...

—Usted no se preocupe —lo tranquilizaron los tres.

—Y si buscan problemas, los tendrán.

—¡Por descontado!

Clyde sabía que era una locura, pero tenía que ir a echar un vistazo a la máquina para asegurarse de que no había sufrido ningún percance. Como al pobre profesor la misma idea le había costado la vida, Clyde pagaba bastante dinero a unos sobrecargos corpulentos como garantía de que a él no le sucedería lo mismo.

—¿Sabéis por dónde es?

—Usted síganos.

—¿Adónde pensabas ir, Clyde? —le preguntó de forma campechana.

Al dar media vuelta, Clyde Lynds descubrió, a Archie Abbott despierto y con cara de pocos amigos. Los sobrecargos corrieron a su rescate, pero enseguida se lo pensaron.

—¡Caray!

Archie tenía una pistola pegada al cuerpo.

—Calma, muchachos. ¿Adónde ibas, Clyde?

Clyde Lynds le explicó que había contratado a los sobrecargos para que lo acompañasen a la bodega, donde podría ver su máquina.

—Tengo que comprobar que esté bien, señor Abbott. ¿Lo entiende? Es muy importante, de verdad.

Archie se fijó en la «brigada de protección» de Clyde. Los sobrecargos de segunda clase eran tipos más duros que los que había visto en primera. Uno de aquellos guardaespaldas, en concreto, parecía tener experiencia en el *ring*, aunque no reciente.

—Está bien. —Se guardó el arma en el bolsillo—. Yo vigilo por detrás. Pasad, señores, vosotros delante.

Recorrieron aprisa el pasillo y varias escaleras. Clyde seguía de cerca a los sobrecargos, y Archie a Clyde, no tan pegado a él, jadeando y diciéndose: «Podría estar cenando con mi mujer, en vez de conducir a esta extraña panda a las entrañas de un transatlántico».

El timador y su vigilante dormían como troncos bajo sendas mantas, y ninguno de los dos se movió cuando Archie, Lynds y los sobrecargos entraron en la bodega de equipajes. Archie percibió un olor punzante y acre que no le había llamado la atención en su primera visita. También Clyde lo notó. Se detuvo de golpe ante una hilera de cajas de madera, que era de donde procedía aquel olor.

—Huelo a brea —dijo Archie.

—Puede que el vino se haya echado a perder —aventuró un sobrecargo y se rió—. ¿Por qué no lo probamos, para ver si está bueno?

Archie se fijó en que Clyde no se reía. El joven se humedeció los labios y miró a su alrededor con nerviosismo.

—¿Qué ocurre, Clyde?

—Mmm...

—Parece que hayas visto un fantasma.

—¿Nota usted un olor muy penetrante? —preguntó Clyde.

—Sí, acabo de decirlo. Ellos también. ¿Qué pasa?

—No lo sé —contestó Clyde.

Archie, sin embargo, estaba casi seguro de que lo sabía. Clyde posó una mano con cautela en una de las cajas, se agachó y olisqueó la madera. Cuando se incorporó, Archie tuvo la impresión de que estaba aterrado.

—Señor Abbott, es mejor que abramos todas las puertas y las escotillas de esta bodega. ¡De manera inmediata! ¡Abridlo todo! ¡Ya!

Los sobrecargos miraron a su alrededor sin entender nada.

—¿Qué ocurre, Clyde? —dijo Archie.

—O mucho me equivoco, o estas cajas contienen película de celuloide en bruto. Para el cine. El olor a brea indica que es vieja y se está descomponiendo.

—¿Y?

—Se descompone químicamente en un gas nitrato volátil. Explotará.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Soy científico! Experimento todo el tiempo con película de celuloide. Se fabrica disolviendo nitrocelulosa en alcanfor y alcohol.

—Algodón pólvora —dijo Archie tras haber comprendido—. Altamente inflamable.

—El gas generado por la descomposición hará algo más que arder. Primero explotará. Luego arderá la película. Tenemos que ventilar el gas antes de que algo lo detone.

—¡Abridlo todo! —ordenó Archie a los sobrecargos—. ¡Ahora mismo! No dejéis ni una puerta cerrada.

Obedecieron a toda prisa.

Clyde Lynds levantó la vista hacia una abertura de tres metros por tres en el techo.

—¡La escotilla de carga!

—¿Qué haces? —exclamó Archie.

Lynds se subió a una caja, levantó los brazos y se encaramó a los primeros peldaños de una escalera que ascendía hasta perderse en la oscuridad.

—La escotilla de carga —repitió—. Si consigo abrirla, el conducto succionará el gas como una chimenea.

Muchas cubiertas por encima, y a cien metros a popa, en el comedor de primera, Marion dijo:

—Capitán, me resulta sorprendente que ocho de los doce asientos de su mesa estén vacíos. Seguro que no es por falta de invitados que quieran acompañarlo. La cena es estupenda, y usted, un magnífico anfitrión.

—Gracias, señora Bell —respondió Turner ignorando a propósito a los titanes de la industria, los aristócratas londinenses y los millonarios americanos que intentaban captar su atención desde las mesas contiguas—. Me llevaré a la tumba su adorable cumplido, pero es que solo ceno con los pasajeros cuando me apetece, lo cual no ocurre con frecuencia. Por lo general, son una pandilla de monos, exceptuando la presente compañía.

—¿No se opone la empresa? ¿El capitán no debería ser especialmente atento con sus pasajeros ricos?

—La Cunard se ha percatado de algo muy curioso —contestó Turner, y añadió—: Cuanto más ofendo a los pasajeros de primera clase, más pasajeros de primera quieren navegar en mi barco. Lo mismo ocurría en el *Lusitania*, mi anterior destinación. Por algún motivo, a los ricos, sobre todo a los nuevos ricos, les encanta ser maltratados. Como saben... —Turner bajó la voz y, con un gesto de complicidad, los conminó a que se acercaran—. La White Star pronto botará el *Olympic* y el

*Titanic*. Por supuesto que ninguno de los dos podrá competir en velocidad con el *Mauretania*, pero serán más grandes y, como la novedad siempre resulta atractiva, la competencia será más enconada que nunca. Por eso, teniéndolo en cuenta, he propuesto al presidente de la Cunard hacer subir la venta de pasajes brindando a los pasajeros de primera el placer de los clásicos azotes de la Royal Navy.

Isaac Bell y Marion se echaron a reír.

—Aún no he recibido respuesta —se regodeó el capitán Turner—. Es de suponer que el presidente de la naviera lo esté debatiendo con el consejo de administración.

Un gran impacto cortó en seco sus risas e hizo temblar la vajilla. La cristalería emitió un sonido musical. En el enorme comedor quinientas personas se quedaron en silencio.

Bell pensó que era como si se hubiera estampado algo de mucho peso contra la cubierta enmoquetada que tenían debajo de los pies. O habían chocado con otro barco, o en algún punto de los doscientos setenta metros del casco había explotado algo con una fuerza aterradora. De pronto se oyó el grito más espantoso que pudiera resonar en alta mar.

—¡Fuego!

**Libro dos** **Impresiones**

—¡Fuego! ¡Fuego en la bodega de equipajes de proa!

Isaac Bell bajó corriendo por la escalera de honor.

El capitán Turner la recorría a gran velocidad en sentido contrario, hacia el puente de mando, mientras ordenaba a voz en cuello que el *Mauretania* fuera apartado del viento para evitar que avivase las llamas.

Bell se dirigía a toda prisa hacia el fuego. Su prisionero estaba atrapado en la bodega de equipajes de proa. Tenía que ponerlo a salvo, así como al vigilante.

Un toque estridente de corneta dio la alarma. ¡Fuego! ¡Fuego!

Los pasajeros iban de un lado para otro. Los sobrecargos trataban de tranquilizarlos, pero no tenían respuesta para aquellas preguntas que denotaban miedo. El barco se inclinó a consecuencia de un giro brusco que expuso su popa al oleaje. Las cubiertas daban bandazos. Los oficiales del barco bramaban por sus megáfonos.

—¡Pasajeros a la cubierta de botes! ¡Todos los pasajeros a la cubierta de botes!

Los sobrecargos empezaron a pedir a la gente que se pusiera los chalecos salvavidas.

Una mujer gritó.

Isaac Bell reconoció el olor del humo antes de haberse acercado lo suficiente para ver el fuego. Era una acre mezcla química de brea de carbón y pólvora, con un extraño toque dulzón a *brandy*. De repente vio llamaradas al fondo de un pasillo. Pocas veces había contemplado aquel resplandor, de un intenso color blanco anaranjado. Ya a quince metros de distancia, percibió el calor.

Vio salir de un pasillo cruzado, llevando una manguera, a un grupo de sobrecargos cuyos uniformes se habían visto reducidos a harapos chamuscados. Bell corrió a ayudarlos a atacar las llamas. Los encabezaba un hombre alto, con el pelo medio socarrado, cuyos ojos verdes brillaban intensamente en un rostro ennegrecido por el hollín.

—¿Archie?

—¿Qué tal la cena? —preguntó Archie al tiempo que entraba con paso resuelto en

la bodega de equipajes, lanzando vapor por la manguera.

—¿Estás bien?

—Fenomenal. La explosión ha encontrado en la escotilla una vía de escape parcial. Nuestro chico de seguridad se ha lucido sacando a Block.

—¿Qué se está quemando?

—Películas de nitrato. Clyde dice que se alimentan de su propio oxígeno.

—¿Hay más mangueras? —preguntó Bell.

—Esto es vapor. En la escalera de cámara hay una manguera de agua salada.

Bell la desenrolló y siguió a Archie a la bodega en llamas.

—¿Dónde está Clyde?

—Ha subido por la escalera de la escotilla para ventilar el humo.

Bell miró la abertura cuadrada del techo, por la que se arremolinaba el humo acre, tóxico sin duda.

—¿Se encuentra bien?

—No lo sé. La explosión se ha producido poco después de que él se fuera, pero yo diría que ha conseguido abrir la escotilla..., a menos que haya reventado.

Tres docenas de marineros bajaron de la zona donde se encontraban sus literas, justo encima del fuego. Se les unieron sobrecargos que irrumpieron con largas mangueras en la bodega de equipajes de proa, dirigiendo vapor y agua salada a las feroces y anaranjadas lenguas de humo tóxico y calor intenso que ponían el barco en peligro. El agua tendía a dispersar las películas en combustión. El vapor sofocaba mejor las llamas. Mientras pugnaban por que el incendio no se propagase desde la bodega de equipajes, la pintura de los mamparos comenzó a formar burbujas a causa del calor. Explotaron los tres automóviles y, según vociferó un sobrecargo del comedor, el *brandy* amenazaba con «convertir todo el barco en un *Maury flambé*».

En vista de que la tripulación luchaba contra el fuego y de que su manguera de agua salada no era tan eficaz para sofocarlo como el vapor a baja presión al que Archie no estaba dispuesto a renunciar, Isaac Bell subió corriendo por la escalerilla en busca de Clyde. Vio que la escotilla de acero que partía de la bodega de equipajes y desembocaba más de diez metros por encima, en la cubierta de proa, había encauzado hacia arriba la fuerza de la explosión, como un enorme cañón cuadrado, más allá de los exiguos alojamientos de los marineros y los sobrecargos en la cubierta superior, así como del comedor de oficiales en la cubierta de abrigo. Isaac salió a la zona descubierta de la cubierta de proa. De la escotilla brotaba una columna de fuego y humo que iluminaba el mástil y las chimeneas del *Mauretania* como si fuera de día.

Encontró a Clyde Lynds de bruces sobre el ancla de repuesto, sacándose de los pulmones las emanaciones tóxicas a base de toses y arcadas, y engullendo agua de un cubo que le sostenían dos fogoneros cubiertos de hollín y aceite.

—¡Muy bien! —exclamaban dándole golpes en la espalda mientras le echaban agua encima—. ¡Escupe, muchacho, escupe, que vas a quedar como nuevo!

Explicaron a Isaac Bell que justo cuando salían a respirar aire fresco en la



oscuridad de la cubierta de proa lo habían oído aporrear como loco la escotilla.

—La ha abierto, pero no ha podido levantarla porque pesaba demasiado. Suerte que estábamos nosotros para ayudarlo. La hemos abierto justo a tiempo. Este tío es un héroe como la copa de un pino. Ha salvado el barco. ¡Escupe, muchacho, escupe!

Aquella misma noche Isaac Bell habló con Archie Abbott, Clyde Lynds, el primer sobrecargo del *Mauretania* y, por último, con el ayudante del contramaestre, quien había manipulado la grúa durante la carga de los equipajes por la escotilla de proa el día en que habían zarpado de Liverpool. Después fue al puente de mando e informó en privado al capitán:

—Ya sabe usted que se ha quemado todo el contenido de la bodega de equipajes de proa. El fuego ha sido tan devastador que solo quedan cenizas, pero puedo afirmar con bastante seguridad que la causa del incendio ha sido la explosión espontánea de un gran cargamento de película de celuloide deteriorada. Sin duda estará usted al corriente de que hay contrabandistas de película que se lucran evitando el monopolio de Edison y vendiéndosela a productores independientes que no pueden comprarla directamente a la Eastman Kodak.

El capitán se quedó lívido.

—Como les ponga la mano encima los colgaré yo mismo del mástil de proa del *Mauretania*. Desde hace un año se vienen sucediendo hechos como este que ponen en peligro a los barcos en el mar.

—Había nada menos que ocho cajas de madera con la apariencia de una remesa de libros raros para un bibliófilo de Reistertown, Maryland, un caballero que a buen seguro no esperaba más de una caja. Era una idea ingeniosa, la de los libros, porque pesan mucho, como la película cinematográfica.

—¡Contrabandistas del diablo...! ¿Es que no les merecen respeto alguno tres mil vidas?

El capitán Turner estuvo de acuerdo con los fogoneros en que Clyde Lynds era un héroe. Durante una escueta ceremonia matinal en el puente de vuelo, mientras abajo, en el pique de proa, un grupo de marineros repintaba la escotilla ennegrecida, el capitán lo condecoró con una medalla en el pecho.

—Por su rapidez mental y la valentía de sus actos, que evitaron una explosión catastrófica. De momento le presto una de mis medallas, hasta que la compañía le acuñe una como Dios manda.

—Los fogoneros que me ayudaron también merecen cada uno una insignia.

—Tranquilo, muchacho, que ya se las he dado.

Clyde dirigió una mirada interrogante a Bell. Al detective le extrañó que, siendo el científico por lo general un tanto presuntuoso, pareciera resistirse a aquel honor.

—¿Usted qué opina, señor Bell?

—Que es lo mínimo que te mereces y que espero que compense un poco la pérdida de tu caja en el incendio.

Lo curioso fue que al oír mencionar la destrucción de la caja el joven sonrió de oreja a oreja, algo que Bell no le había visto hacer desde la muerte de Beiderbecke.

—¿Acaso no era importante?

—Gracias, capitán Turner —se apresuró a decir Lynds en vez de responder a Bell—. Y gracias por el préstamo temporal de su medalla hasta que acuñen una para mí. ¿Por qué se la habían dado?

—Señores, que pasen un buen día —exclamó Turner con el fin de despedirlos de manera abrupta—. He prometido a la compañía un recorrido de ida y vuelta rápido de cara a los viajes navideños, así que tengo que llevar el buque a puerto, descargar el pasaje y cargar carbón y víveres para la siguiente travesía a una velocidad de vértigo.

Mientras iba con Lynds por la escalera de honor, después de que sonara el aviso de corneta de la cena, Bell le repitió la pregunta:

—¿No era importante la caja?

—Por supuesto que sí. Contenía el único prototipo de la máquina de Talking Pictures ideada por mí y Beiderbecke.

—Entonces ¿por qué sonrías?

—Porque está todo en mi cabeza. Con algo de tiempo y de pasta podré reproducirlo, incluso sin el pobre profesor Beiderbecke.

Isaac Bell se detuvo en la escalera y tomó a Lynds firmemente por el brazo.

—Clyde, eres tonto de remate.

—¿Cree que fanfarroneo? Mire, no le digo que esté hecho en cuatro días, pero déjeme unos años, con la debida financiación y un laboratorio de primera, y lo conseguiré. Además, será mejor que antes. Después de acabar la máquina pensamos mucho en cómo perfeccionarla. No empezaría desde cero. La mayoría de los grandes problemas ya los resolvimos, y las soluciones están a buen recaudo en mi cabeza. —Lynds se la tocó con un dedo—. Aquí mismo, dentro del cráneo.

—Si tus enemigos lo sospechan —dijo Isaac Bell—, corres más peligro que nunca.

Hermann Wagner rellenó el espacio en blanco del radiotelegrama y se lo entregó a un contador auxiliar.

Este, que antes de zarpar de Liverpool había recibido información exhaustiva sobre la identidad de todos los pasajeros importantes, no se sorprendió de que uno de los principales banqueros berlineses se dirigiera al consulado alemán de Nueva York. Los banqueros tenían secretos que guardar, y ni que decir de los diplomáticos.

Reparó en que a Wagner le temblaban las manos, pero obviamente no hizo comentarios. Hasta de los imperturbables banqueros alemanes se tenía constancia de

que a veces se excedían con el *schnapps* durante la última noche en alta mar. Tras un sueño reparador en tierra firme, por la mañana el banquero podría volver con todas sus fuerzas al trabajo.

—Lo mandarán enseguida, *herr* Wagner. ¿Desea que lo ayudemos a buscar alojamiento en Nueva York?

—No, gracias. Está todo resuelto.

—La única palabra capaz de describir la nueva terminal de buques de vapor tras la reforma de Chelsea es «colosal» —dijo Archie Abbott, un incansable promotor de las bondades de su amada Nueva York, tanto como un publicista de la Cámara de Comercio.

Explicó con entusiasmo que los muelles de la terminal se internaban casi doscientos metros en el río Hudson y ocupaban una franja de sesenta metros a lo largo de un kilómetro, desde Little West 12th Street hasta la calle Veintitrés Oeste, todo ello para dar cabida a dieciséis transatlánticos de las mismas dimensiones que el *Mauretania*.

—Hay espacio hasta para el *Titanic* cuando esté en servicio. ¡Y espera a ver los portales de West Street! ¡De granito rosa! Han adecentado una parte de la costa que daba pena.

—No del todo —puntualizó Isaac Bell, que estaba observando el muelle con unos prismáticos.

De la sala de espera de la primera planta había salido mucha gente para saludar con pañuelos desde el muelle a sus amigos y parientes del barco que se aproximaba.

Antes, al llegar a puerto, Isaac y Marion Bell, así como Archie y Lillian Abbott, habían admirado juntos la ciudad desde la borda de la cubierta de paseo. Hacía buen día. El aire era fresco. Un fuerte viento del nordeste despejaba el humo de carbón que solía cubrir el puerto, y los rascacielos de Manhattan relucían recortados sobre el cielo azul.

Mientras danzaba sobre el agua la música de un grupo de ragtime, y los remolcadores pugnaban por llevar a tierra las treinta y dos mil toneladas del *Mauretania* contra el viento que empujaba su majestuosa superestructura, los detectives se concentraron en que su prisionero y Clyde Lynds desembarcaran sanos y salvos. Después se reunirían con sus esposas en la casa de la calle Sesenta y cuatro Este de Archie y Lillian, donde se alojarían como invitados los recién casados.

—¿Cómo que no del todo? —protestó Archie—. El mes pasado salimos de Hoboken. No has visto los portales de Chelsea, ni las salas de espera, que son una maravilla. Los ascensores son de bronce macizo. Es una reforma urbana sin precedentes.

Bell le pasó los prismáticos.

—Se han olvidado de reformar a las pandillas.

—Siempre hay rateros cerca cuando llega un barco —dijo Archie en son de burla.

—No me refiero a los ladrones. Fíjate mejor.

Un millar de personas esperaba el buque en el muelle 54. Los estibadores ya se disponían a poner manos a la obra: tirar de los cabos, descargar el correo y el equipaje... El nivel inferior del muelle estaba lleno de agentes de aduanas que se preparaban para inspeccionar baúles y maletas por si alguien quería ahorrarse el arancel de sus vestidos y sus joyas. En la grada, a bordo de barcazas con carbón, se habían reunido los paleadores con más antelación que de costumbre para reponer las carboneras del *Mauretania* con vistas al desembarco extrarrápido del capitán Turner. Y en la terraza del primer piso de la sala de espera los contingentes habituales de ladrones de incógnito alternaban con amigos y parientes de los pasajeros, vendedores ambulantes de palomitas, reporteros de prensa y operadores de cinematógrafo. No eran ellos, sin embargo, quienes habían llamado la atención de Bell, sino seis gánsteres de Hell's Kitchen.

—¡Gopher!

Los Gopher (se pronunciaba «gúfer») iban hechos siempre unos pinceles, con trajes ceñidos, bombines de tonalidad gris perla, zapatos elegantes y calcetines de colores.

—¿Quién demonios les ha dado pases para el muelle?

—Puede que conozcan a alguien en Tammany Hall —ironizó Bell. En Nueva York se repartían el pastel políticos, constructores, curas, polis y gánsteres, un sistema que solo trastocaban de vez en cuando los reformistas—. ¿Has visto a quiénes se han traído?

—A las chicas —dijo Archie al enfocar a un grupo de mujeres de enormes sombreros y ostentosos vestidos.

—No es buena señal.

Últimamente la policía se había puesto dura con las armas, y los gánsteres, ante el peligro de ser detenidos si los pillaban con armas encima, habían tomado por costumbre esconder las pistolas en los sombreros y bajo las ahuecadas faldas de sus novias.

—Armados hasta los dientes. ¿Tú a quién crees que han venido a recibir?

Bell recuperó los prismáticos. Los gánsteres miraban muy serios la parte trasera del transatlántico, donde bajarían a tierra los pasajeros de segunda clase. En una estampa que habría sido cómica de no significar que alguien saldría malherido, un Gopher corpulento hacía un barrido de la puerta de desembarque de segunda con unos gemelos de ópera de gran finura, robados en algún sitio.

—Archie, ¿reconoces al matón de los gemelos?

Archie, cuyo orgullo neoyorquino hacía que se congratulara incluso de la mayor ferocidad de sus bandas callejeras, echó un vistazo.

—Podría ser Blinky Armstrong.

—¿Es uno de los jefes?

—Que yo sepa aún no.

—Pues parece que aquí es el que manda. Llama a la oficina en cuanto esté conectada la centralita y di a Harry Warren que venga con su brigada antipandillas.

—¿Por qué?

—Tengo un mal presentimiento.

La centralita telefónica privada del *Mauretania* enlazaría con las comunicaciones de Nueva York en cuanto el barco atracara. La oficina de Van Dorn en Nueva York estaba en la calle Cuarenta y dos, en el hotel Knickerbocker. Aunque el tráfico fuera intenso, la alfombra mágica del tren elevado de la Novena Avenida podía llevar al centro en un abrir y cerrar de ojos al detective Harry Warren y su grupo de especialistas.

—Si es Blinky, Harry lo sabrá.

Los remolcadores, casi superados por el tonelaje de la embarcación y por el viento, tardaron más de media hora en acercar lo suficiente al *Mauretania* por la grada para que la tripulación pudiera echar cabos ligeros, que los estibadores usaron para llevar hasta la orilla los más gruesos.

Finalmente la corneta anunció que estaban amarrados al muelle y los motores se detuvieron.

La pasarela de la clase preferente se alzó desde la enorme sala de espera. Los primeros en bajar a tierra fueron lord Strone y Karl Schultz, que se ignoraron el uno al otro, muy tiesos. El Barón Chimeneas fue recibido por un grupo de chicas guapas; Bell supuso que eran sus nietas, visto el alborozo con que lo tomaban de las manos y se lo llevaban entre risas por la multitud, hasta cruzar la puerta y salir a West Street. Strone bajó solo y siguió con discreción a un joven (que Bell supuso que sería del consulado británico) a la escalera de la cubierta inferior, desde donde el yate de vapor *Ringer*, de Greenwich, que había seguido al barco a partir de la isla de Cuarentena, lo trasladaría a su finca de Connecticut.

Bell supo por los fogonazos de los *flashes* de los reporteros situados a los pies de la pasarela que la prensa había visto desembarcar a Marion y Lillian. Ya se imaginaba por experiencia lo que les preguntarían a gritos. ¿Había vuelto a Nueva York la señorita Morgan para rodar nuevas películas cinematográficas? ¿Era verdad que se había casado con un directivo de una compañía de seguros? ¿Había oficiado la ceremonia el capitán del *Mauretania*? ¿Qué le había parecido a la señora Abbott la nueva moda en Londres? ¿Tenían algo de cierto los rumores de que su padre se había hecho secretamente con una participación mayoritaria en la compañía Atchison, Topeka & Santa Fe?

La pasarela de segunda clase se tendería en cuanto hubiese abandonado el buque todo el pasaje de primera. Marion había dicho a Bell que los de tercera no tendrían más remedio que pasar la noche a bordo. No encontraban a dos nombres de la lista de

pasajeros. Los errores de recuento entraban dentro de lo normal, pero los oficiales retendrían en el barco a todos los viajeros de tercera —fueran inmigrantes o ciudadanos del país, incluida la gente del cine— para volver a contarlos. Como no podía ser de otro modo, Isaac Bell se preguntó si los ausentes eran los cómplices del Acróbata. Probablemente se hiciera la misma pregunta el primer oficial que permanecería liado toda la noche en la sala de fumadores.

—Bueno, Archie, ve a llamar por teléfono a Harry Warren mientras yo voy a buscar a Clyde. Llévate a Block y a nuestro hombre de seguridad. Cuando se hayan calmado las cosas, saldremos todos juntos por la pasarela de segunda clase.

Bell se apresuró a volver a la zona donde estaban los demás pasajeros. En el vestíbulo de embarque encontró a Clyde Lynds. Dio propina a los marineros que el capitán Turner había asignado a su vigilancia.

—A partir de ahora ya me encargo yo, señores. Gracias.

Clyde, nervioso, observaba el gentío con su bolsa de viaje en la mano.

—¿Ves a alguien conocido? —preguntó Bell, atento a su reacción.

—Lo dudo —contestó Clyde, pero no apartaba la vista del grupo de Gopher que miraban hacia él—. Llevaba mucho tiempo sin pisar la ciudad.

—¿Sin estar en el teatro, dijiste?

—Mi penúltimo padrastro era director de escena.

—¿En qué teatro?

—En muchos. En Downtown. En la calle Catorce. Y una temporada en Broadway, en el Hammerstein.

—¿Vivías en el barrio?

Blinky Armstrong había enfocado sus gemelos de ópera justo hacia el lugar donde estaban Bell y Clyde.

—A la vuelta de la esquina, en la calle Cuarenta y seis.

—¿Eso no está cerca de Hell's Kitchen?

Clyde rió con nerviosismo.

—Por suerte no demasiado.

Pero sí lo suficiente para que se haya formado un comité de bienvenida compuesto por Gopher, pensó Bell. ¿Los habría ofendido de alguna manera aquel muchacho? A menos que estuvieran a sueldo de la compañía Krieg, para apoderarse de él en cuanto bajara del *Mauretania*... A juzgar por lo poco que veía Bell por las ventanas de la sala de espera, el número de Gopher había aumentado. Contó a una docena de gánsteres reunidos junto a la parte trasera del barco. Se estaban abriendo camino entre la multitud que rodeaba la base de la pasarela de segunda, en pleno despliegue.

A Isaac Bell le gustaba cada vez menos la situación. De nada le serviría estar armado, porque de producirse un tiroteo podrían morir muchos inocentes. Vio un par de policías que patrullaban por la sala de espera y unos cuantos más desperdigados por el nivel inferior, pero no bastaban para repeler un ataque concentrado, si era lo

que los Gopher planeaban.

Archie entró a toda prisa en el vestíbulo, seguido por el vigilante, que se había esposado a un Lawrence Block de aspecto desolado.

—Harry Warren ya viene de camino.

—Tú quédate con Clyde —susurró Bell—. No le dejes bajar a tierra.

—¿Adónde vas?

—A averiguar por qué los Gopher miran todo el rato a Clyde como si quisieran comérselo a la hora del almuerzo.

Bell se volvió hacia Clyde Lynds.

—Quédate con Archie. No salgas del barco hasta que yo vuelva a buscarte.

—¿Qué pasa?

Bell se abrió paso entre los marineros de la puerta de embarque y saltó a la pasarela de segunda clase, que los estibadores estaban girando hacia el *Mauretania*. Se balanceó mucho bajo su peso porque le faltaba un metro y medio para quedar fijada al casco. Bell descendió corriendo y entró en la sala de espera.

—¡Eh, un momento! —exclamó un empleado de la Cunard.

Isaac Bell pasó a su lado sin hacerle caso y se fue directamente hacia Blinky Armstrong, que se había guardado en el bolsillo los gemelos de ópera para estampar un recio puño en una pétrea palma. Cuando el alto detective estaba a seis o siete metros del gángster, entorpecido su avance por la aglomeración, se oyó de pronto un grito de mujer. El sonido que salió de entre sus labios tenía tanto de exclamación como de alarido, un ruido animal que expresaba más odio que miedo.

Dos gángsteres rodaban peleándose por el asfalto, entre patadas, cuchilladas y golpes de porra, salpicando sangre. Se les echaron encima otros dos, y la gente de a pie huyó a toda prisa del feroz enredo humano. Solo cuando una veloz formación en cuña de gángsteres cortó la multitud, apartando a empujones a los hombres, las mujeres y los niños, y blandiendo puños y tuberías de plomo, Isaac Bell se dio cuenta de que los recién llegados no eran más Gopher, sino atacantes de una banda rival.

La refriega se propagó como un incendio fuera de control. Eran quince los que se habían enzarzado a puñetazos. Se abalanzó sobre ellos un policía alto con la porra en la mano; fuerte y ágil, derribó a tres gángsteres como si fuesen bolos. El agente tropezó con una bota de uno de los caídos y se derribó en medio del amasijo de cuerpos, donde desapareció como si se lo hubieran tragado entero.

Los cuchillos relucieron y provocaron gritos de rabia y dolor.

De pronto se oyó un disparo de una fuerza atronadora.

Los gángsteres corrieron con los ojos como platos hacia sus mujeres, que estaban al margen, animándolos, y una vez con las pistolas en las manos barrieron el muelle a balazos. Los proyectiles se incrustaron en las puertas de hierro corrugado y reventaron los cristales. Aquellos que estaban más cerca se lanzaron al asfalto. De repente Bell vio que tenía vía libre, como si una cosechadora McCormick gigante hubiera segado un campo de trigo ondulado por el viento. Vio correr a Blinky



Armstrong y a dos de sus Gopher hacia las puertas que desembocaban en West Street, pisoteando a la gente que había dado con el cuerpo en tierra y derribando a quienes se habían quedado paralizados por el miedo.

Isaac Bell salió disparado tras ellos.

Se metieron por una escalera a medio camino del área de salida.

Sin renunciar a la persecución, Bell pisó con fuerza los peldaños de acero que llevaban a la cubierta de abajo, la de equipajes. Los Gopher corrían en paralelo al *Mauretania* hacia la hilera de puertas que comunicaban el muelle con West Street. Antes de que pudieran cruzarlas llegaron a toda prisa varias brigadas de la policía, refuerzos de las comisarías de la zona, y los Gopher y los rivales que acababan de atacarlos emprendieron, visto y no visto, la desbandada para no ser detenidos.

En vez de intentar huir directamente por West Street, donde podrían haberse dispersado por las callejuelas, regresaron junto al barco para desprenderse de sus armas. Una serie de revólveres y pistolas de bolsillo y manga chocaron con el casco negro del *Mauretania* y cayeron en el agua.

Isaac Bell atajó el recorrido de los gánsteres y les dio alcance. Estaba bastante cerca para ver las costuras del abrigo de Armstrong. Justo cuando iba a efectuar un placaje contra los tobillos del fornido maleante, pasó junto a la proa del *Mauretania* y observó los sesenta metros que lo separaban del siguiente muelle. Ahí estaban, amarradas, las barcasas que llevarían las sábanas, toallas, servilletas y manteles a las lavanderías de la ciudad, y las de los proveedores que entregarían suministros frescos. Varios remolcadores maniobraban barcasas llenas de carbón, con fogoneros portadores de palas a bordo, para reponer las carboneras del *Mauretania*.

Ajenos al tumulto del muelle (o aprovechando la distracción que les brindaban la huida de los gánsteres y la persecución de los policías), dos colgadores de carteles se acercaron a la proa del *Mauretania*, levantaron escobas de mango largo y empezaron a pegar anuncios en el casco del transatlántico, como si se tratase de una valla publicitaria.

ELECTRIC THEATER

Calle Catorce Oeste, 323

La mejor

SALA DE PROYECCIONES

de Nueva York

«CADA DÍA UNA NUEVA PELÍCULA»

Veinte policías más irrumpieron por las puertas de West Street.

Los Gopher giraron con brusquedad a la derecha.

Lo mismo hizo Isaac Bell en su persecución.

El Gopher que iba por delante de Armstrong saltó del muelle al borde de la grada, perdió el equilibrio y cayó al agua. El siguiente en saltar fue Armstrong, que

consiguió afianzar bien el pie y dejó atrás la proa del *Mauretania*. Bell saltó por la misma esquina inundada y aterrizó sin dejar de correr. Hizo un *sprint* para echarse encima de Armstrong, pero justo cuando iba a abalanzarse sobre él percibió, claramente esa vez, un extraño parpadeo, el movimiento de una silueta siniestra y conocida que se desplazaba por el lateral del buque con tanto aplomo como agilidad.

Isaac Bell frenó de golpe sin dar crédito a lo que veía. A medio casco, cinco metros sobre las barcazas, las tolvas de carbón estaban abiertas y, al pie de cada una, había una plataforma de madera colgada con cuerdas para que los carboneros pudieran apoyarse. En la más alejada de Bell, que quedaba hacia la parte central del *Mauretania*, a algo más de cien metros hacia el río, casi invisible entre las sombras y entre las brigadas que vertían cubos de las barcazas a las tolvas, se agazapaba la silueta casi simiesca del secuestrador a quien el investigador había visto saltar desde cubierta la noche en que habían zarpado de Liverpool.

Buscó el camino más corto. Se tardaba demasiado en volver por el barco. Tendría que cruzar el agua. Vio a los animosos hombres que cubrían de anuncios el *Mauretania* desde la precaria base de una lancha de vapor.

—¡Colgadores de carteles! ¡Eh, vosotros...!

Por su manera de agachar la cabeza, supo que le habían oído. Aun así, la única reacción de aquellos hombres fue trabajar más deprisa. Acostumbrados a que los echaran de propiedades privadas, intentaban pegar el mayor número de anuncios posible antes de tener que huir de los dueños del barco y de los empleados del muelle. Cuando Isaac Bell no había logrado captar todavía su atención, el individuo a quien el profesor Beiderbecke había puesto el apodo de Akrobat se deslizó por una de las cuerdas de las plataformas y se dejó caer con ligereza en una barcaza poco hundida porque los fogoneros acababan de descargarla. Ya se estaba acercando un remolcador con la tripulación pertrechada de cabos para llevarse la barcaza vacía y dejar sitio a una nueva remesa.

Bell reparó en que el Acróbata había sincronizado su aterrizaje con la retirada de la embarcación. Sobornando generosamente a los marineros, se haría pasar por fogonero americano en la barcaza vacía y bajaría a tierra lejos, en un depósito de carbón, saltándose el control aduanero y de fronteras instalado en el muelle del *Mauretania*.

Ahuecó las manos y gritó:

—¡Cincuenta dólares a quien me lleve en barca!

Los ojos de los colgadores de carteles se volvieron hacia él como si fueran focos.

Bell se sacó la cartera del abrigo y les mostró el dinero.

Al instante quedó abandonado un cartel que proclamaba:

TEATRO DREAMLAND  
Calle Nueve Oeste, 9  
CADA DÍA NUEVAS «CINTAS»

Uno de los hombres usó de pértiga su escoba para impulsarse y alejarse del *Mauretania* como si estuviera en llamas mientras el otro ponía las manos en el timón y daba toda la potencia al motor. La lancha salió disparada hacia el muelle. Bell dio un salto de más de dos metros hasta la cubierta de la estrecha embarcación, que a punto estuvo de volcar, y señaló el remolcador pegado a la barcaza vacía de carbón.

—Seguidla.

—¡Primero la pasta! —exclamó el de la escoba.

Bell le estampó los billetes en la palma de la mano.

—¡Vamos!

El motor de vapor empezó a resoplar y la hélice, a girar. La barca, de afilada proa, viró ciento ochenta grados y empezó a deslizarse junto al *Mauretania*. Dejando atrás la última tolva de carbón abierta, donde Bell había visto al Acróbata por primera vez, siguieron la estela del remolcador que impulsaba la barcaza vacía.

Bell oyó un fuerte silbido hecho con dos dedos, un aviso urgente.

El Acróbata señalaba a alguien en el barco.

El investigador enseguida se dio la vuelta para ver quién era su cómplice.

Distinguió algo en una de las tolvas y alcanzó a identificar un trozo de carbón de facetas afiladas y brillantes que volaba en dirección a su cabeza. Se agachó y se volvió, pero iba demasiado rápido. Nadie podía haberlo arrojado con tal fuerza. Tenían que haber usado un tirachinas. Había salvado la cara al moverse, aunque no pudo evitar un corte en el cuero cabelludo ni que del impacto el sombrero se le cayera al agua.

Oyó una explosión sorda, como la de un petardo dentro de un tonel. Después sintió un dolor agudo en la espalda, notó que se le doblaban las rodillas y tuvo la impresión de caer.

—¡Péscalo! —oyó gritar al colgador de carteles que gobernaba la lancha.

Vio tendida la escoba, pero la mano con la que quiso sujetarse a ella le pesaba demasiado para levantarla.

Haciendo acopio de sus últimas fuerzas, levantó un poco, a la desesperada, aquella mano de plomo y, al palpar la escoba, se aferró a ella con toda su energía. Las cerdas resbalaron entre sus dedos, y el alto detective nada pudo hacer para no caer de espaldas en el agua.

Isaac Bell se hundió como una piedra.

La mansa marea que había encontrado el *Mauretania* al llegar al muelle empezaba a bajar, y el agua fría del río formaba remolinos en la grada. Cuanto más hondo se sumergía Bell, más lo empujaba la corriente. Sintió que lo arrastraba por el atracadero hasta hacerlo chocar con algo duro, uno de los pilares en los que descansaba el muelle. La corriente lo pegó a esa columna. De pronto notó un tirón en el pie, suave pero insistente, que hizo que se hundiera un poco más. ¿Lodo?, se preguntó no muy convencido. Ya había llegado al fondo de la grada. Ahí lo quería el lodo, como algo vivo, hambriento.

Empezó a oír golpes. De repente sintió frío en la cara, como si alguien le hubiese arrojado el contenido de una cubitera de agua con hielo. No, «alguien» no, sino Marion. Era su esposa quien le estaba echando agua fría en la cara.

—Despierta, Isaac. ¡Despierta! ¡Despierta! ¡Despierta, por favor!

Se despertó y de repente supo muchas cosas. Los golpes eran los latidos de su corazón. El agua helada era una vigorizante termoclina del río. El lodo indicaba que estaba a diez metros de la superficie. Si no respiraba aire, moriría. Se impulsó tocando fondo por el pilar resbaladizo. Allí el agua estaba más caliente, y la corriente era menos impetuosa. Movié con más fuerza los pies y ascendió más deprisa. Obedeciendo al instinto, se puso una mano en la cabeza para protegérsela. Justo después chocó con una viga transversal que unía dos pilares bajo el agua. Se le había acabado el aire. Su corazón era como un martillo. Su campo visual se reducía. Ya no podía seguir aguantando la respiración. Abrió la boca e inspiró. De repente el sol brillaba ante sus ojos.

—¡Isaac!

Escupió agua y dio una gran bocanada de aire. Tosió, volvió a coger aire y nadó hacia el lugar de donde procedían los gritos. Alguien dijo algo sobre una escalera. La encontró fijada a un pilar y se aferró a ella. Se quedó un momento así, ignorando las voces, mientras respiraba y se recuperaba.

Isaac Bell salió del río de muy mal humor. Se le había escapado el Acróbata, le dolía

la cabeza y los ojos le escocían por la sangre. Para colmo de males, había perdido su sombrero y su Derringer preferida.

—¿Estás bien, Isaac?

Era Harry Warren, el jefe de la brigada antipandillas de Nueva York de la agencia de detectives Van Dorn, un hombre de aspecto voluntariamente anodino, cuyo holgado traje negro reservaba varios bolsillos a las armas de fuego, y cuyo bombín tenía la copa reforzada. Su cara, de costumbre tan inexpresiva como la tapa de un cubo de basura, estaba crispada de preocupación, una expresión calcada en los semblantes llenos de cicatrices de sus curtidos detectives, todos los cuales miraban por encima del hombro de su jefe mientras Isaac Bell apoyaba los pies en el suelo y se tambaleaba al levantarse.

Harry le tendió un pañuelo.

—Estás sangrando.

—Entérate de quién la ha armado con los Gopher —dijo Bell.

—¿Qué?

Bell se limpió la sangre de la cara y se aplicó el pañuelo doblado sobre el surco irregular que separaba su pelo en dos, de donde procedía la hemorragia.

—Quiero saber qué diablos pasa. No nos hemos encontrado por casualidad con una pelea de pandillas. Los Gopher esperaban a alguien del barco. Quiero saber a quién y por qué. También quiero saber por qué los otros han llegado justo en ese momento. ¡Vamos!

Warren se marchó con sus hombres. Bell fue en busca de ropa seca.

A la mañana siguiente, muy temprano, en la biblioteca de Archie Abbott, Marion leyó en voz alta a Isaac Bell lo que decía el *New York Times* sobre el tiroteo del día anterior en el muelle 54. Encauzado por publicistas de la Cunard cuyas instrucciones eran preservar su fama de naviera segura, y amenazado (suponía Bell) por iracundos representantes de la policía y las autoridades portuarias, el periódico atribuía el tiroteo al «descontento de unos estibadores italianos».

Le dolió la cabeza al reírse.

—«En el tumulto lograron escaparse todos los italianos —leyó Marion—. “Las detenciones son inminentes”, han prometido las autoridades».

Apareció el mayordomo de Archie.

—Desea verle un tal Harry Warren, señor —anunció—. Está en la puerta de la cocina.

—Hágale entrar —dijo Marion.

—Lo he intentado, señora Bell, pero no quiere pasar de la cocina.

La cocinera sirvió un café a Harry y se marchó.

Harry miró con cierta sorpresa a Bell, que llevaba su traje de lino habitual y se había peinado de tal modo que su pelo, recio y dorado, ocultaba la hilera de puntos.

—Si no estuvieras tan blanco como el traje, nadie diría que hace poco te han roto la crisma y has estado a punto de ahogarte.

—Está peor de lo que parece —intervino Marion—. El médico afirma que debería guardar cama.

—Me encuentro muy bien —dijo Bell.

Harry Warren y Marion se miraron con expresión angustiada.

—Jefe, es normal que tanto la señora Bell como el médico se preocupen. Con los golpes en el coco hay que andarse con cuidado.

—Gracias, Harry —dijo Marion—. ¿Me ayudas a llevarlo a la planta de arriba?

—¿Qué has averiguado? —inquirió Bell.

—Que los Gopher no se creían que hubiera habido un incendio en el *Mauretania*.

—¿Y qué les importaba a ellos? Pues sí lo hubo, sí. Lo vi con mis propios ojos. Arrasó con todo en la bodega de equipajes de proa, incluida la película de contrabando que lo provocó.

—Es lo que no se creían los Gopher.

Bell miró a Marion. De repente lo entendía todo.

—¿Quieres decir que eran los Gopher los que pasaban la película de contrabando?

—El dinero del envío lo pusieron ellos y, al enterarse del incendio, llegaron a la conclusión de que el hombre a quien habían pagado para llevar el material a Nueva York quería incumplir el trato y vendérselo por más dinero a otro comprador.

—¿De dónde sacaban esa idea?

—¡Son Gopher! Es como piensan. Se creen que les harán lo que ellos hacen a otros. Como la regla de oro pero al revés. Total, que fueron al muelle para cargarse al que pensaban que quería engañarlos.

—¿Quién?

—Clyde Lynds.

Bell intercambió otra mirada con Marion y despertó nuevas punzadas de dolor en su cabeza al sacudirla con rabia.

—Temía que lo dijeras. Clyde notó por el olor que la película se estaba pudriendo y supo exactamente qué era porque el material era suyo.

—El «héroe» que salvó el barco —dijo Marion— es el contrabandista que ha estado a punto de hundirlo.

—Podría resumirse así —convino Harry Warren. Se levantó y se puso su bombín—. Bueno, el caso es que, al ver aparecer a los chicos de Yorkville, los Gopher llegaron a la precipitada conclusión de que pretendían recoger el material cinematográfico que les habían quitado. Y de ahí la pelea.

—Podría resumirse así.

—Gracias por el café.

—¿Quiénes son los chicos de Yorkville?

—Del nuevo barrio alemán de Yorkville, arriba, en East Side.

—¿Alemanes?

—Desde el incendio del *General Slocum* los alemanes se están yendo del centro. Sabes, ¿no? Aquel barco de excursiones que se quemó y en el que murieron tantos niños, pobres. Para el barrio fue muy duro. Desde entonces se han ido retirando hacia el norte y se lo están llevando todo, incluida la cerveza.

—¿Cómo se llama la banda?

—Marzipan Boys.

—¿Como el mazapán?

—Era como se burlaban de ellos las pandillas de antes. Ahora que reparten zurras están orgullosos del nombre. Son duros de pelar.

Harry Warren casi había cruzado la puerta trasera cuando Bell le hizo otra pregunta:

—Pero ¿por qué fueron los Marzipan Boys al muelle 54?

—¿Qué quieres decir?

—Las películas se quemaron en el incendio —explicó pacientemente Bell—. Clyde Lynds no incumplió el trato. Los Marzipan Boys no le compraron el material a espaldas de los Gopher, es decir, que no fueron a recoger unas películas que ni siquiera sabían que existiesen. Entonces ¿por qué la pandilla de Yorkville fue a recibir al *Mauretania*?

La expresión de incompreensión de Harry Warren se acentuó.

—Aún no lo he averiguado.

—¡Pues averígualo! E infórmame en la oficina.

—Isaac —dijo Marion—, el médico ha recomendado que hoy te quedes en casa.

—Vale, pues pasaré el día en casa. Harry, infórmame esta noche en la oficina.



—Clyde —dijo Isaac Bell—, tendrás que devolver la medalla del capitán Turner.

—¿Por qué, señor Bell?

El investigador le dirigió una mirada gélida. Clyde Lynds bajó la cabeza.

—Lo siento, señor Bell, lo siento mucho.

—¿Qué sientes? ¡Venga, dilo! ¿Qué?

—Lo de la película. Era mía.

—Explícate.

—Necesitábamos dinero para huir de Alemania —continuó Clyde—. Bueno, yo tenía tantas ganas de triunfar con Talking Pictures... Pero estaba muerto de miedo de que nos mataran. Cuando el ejército sacó aquella orden falsa, supe que lo tenía crudo.

Bell lo taladró con la mirada, antes de hacerle una pregunta en voz baja:

—¿Lo del contrabando fue idea del profesor Beiderbecke?

—¡No!

—¿Seguro?

—Pobre, ¡si no sabía nada! Se me ocurrió todo a mí. ¿Se acuerda de que le dije que había tenido suerte? Lo que pasó fue que me encontré por casualidad con un Gopher a quien conocía de Nueva York, donde había sido tramoyista en el Hammerstein. Había ido ascendiendo entre los Gopher, que lo habían mandado a buscar película a Alemania. Llevaba la pasta encima. Yo conocía una empresa. Me remitieron a un transportista para que empaquetara y escondiera la película. Hicimos un trato. —Volvió a inclinar la cabeza—. Total, pensé, si todo el mundo se dedica al contrabando de película... ¿Por qué no yo? No sabía que fuera demasiado vieja para ser estable. —Soltó una risa amarga—. Me tomaron el pelo como a un tonto. Siete cajas de basura.

—Basura mortal.

—Le juro que ignoraba que estaba en mal estado. Creo que me dieron el cambiazo. No me habría arriesgado a hacer daño a tanta gente.

—¿Y estás totalmente seguro de que Beiderbecke no tuvo nada que ver?

—No se lo conté hasta después de haber subido el material a bordo. ¿Qué va a hacer?

Isaac Bell suspiró.

—Me temo que no me dejas más opción que contribuir a mantenerte con vida y evitar que te secuestren mientras construyes una nueva máquina de Talking Pictures.

—¿Va a ayudarme? ¿Por qué? Fue muy grave. Podría haber muerto mucha gente.

—¿Que por qué? Porque eres un idiota, pero honrado. Acabo de ofrecerte una coartada fácil y no la has aprovechado. Solo tenías que echar la culpa al profesor... y no lo has hecho. No pido más.

—Alguien ha metido el miedo en el cuerpo a los Marzipan Boys —dijo Harry Warren por la noche a Isaac Bell en el hotel Knickerbocker—, y eso que no es fácil.

—¿Cómo lo han conseguido?

—El cabecilla del asalto al muelle 54...

—¿Qué le pasa?

Como especialista de la agencia Van Dorn en bandas neoyorquinas, conocedor de primera mano de los Gopher, los Duster y los Tong de Chinatown, el detective Harry Warren había visto mucha maldad en los barrios bajos. Sin embargo, le tembló la mano al sacar una petaca de su bolsillo trasero, tomar un largo trago y ofrecérsela a Isaac Bell.

—Lo han quemado vivo en el horno de una cervecería. —Harry recuperó la petaca, la limpió con la manga y dio otro trago—. Me lo ha contado su hermano.

—¿Y por qué te lo ha contado?

—Buena pregunta. Es como si no reconociera el *modus operandi* del que lo ha hecho; como si los Gopher, los Marzipan, los Van Dorn y hasta la propia poli estuvieran a un lado de un agujero muy grande en la calle, un socavón como de terremoto o algo así, y los que han asado a su hermano estuvieran en el otro.

—¿Qué más te ha contado? —preguntó Bell.

—Nada. Se ha cerrado en banda.

—Vamos a verlo —dijo Bell.

Isaac Bell y Harry Warren hicieron la ronda en los tugurios de Yorkville y al final encontraron al hermano del muerto apoyado en la pared de un bar, bajo el tren elevado de la Tercera Avenida. Se estaba hurgando los bolsillos vacíos en busca de dinero. Se llamaba Frank. Era un germanoamericano alto, guapo y ancho de hombros, con cicatrices de matón callejero en la cara y los puños. De una sola mirada calibró a Isaac Bell y asintió con la cabeza, como diciendo que en caso de necesidad se pelearía con el alto detective, pero que no sería por ganas. Bell también apreció algo más en aquel gesto de resignación: la confirmación de lo que le había advertido Harry Warren. El gángster había visto una maldad que lo había afectado hasta la médula.

Entraron con él en el bar y pidieron una botella.

—Lamento lo de tu hermano —dijo Bell.

—Ya.

—¿Tú y Bruno teníais una relación muy estrecha?

—Antes sí, de pequeños. Ahora ya no tanto.

—¿Tu hermano te explicó cuál era el trato en el muelle?

Frank se encogió de hombros.

—Pillar a uno que iba a bajar del barco.

—¿Qué pinta tenía?

—Veintipico años, metro setenta, pelo castaño revuelto, ojos azules y bigote fino. Clyde Lynds hasta el último detalle.

—¿Te contó por qué?

—No.

—¿Tu hermano te explicó para quién teníais que hacerlo?

—No.

—¿Lo habías visto alguna vez?

—¿Cómo iba a verlo? Solo trataba con Bruno.

—¿Tu hermano te dijo cuánto pagaba?

Frank negó con la cabeza.

—Nunca me lo decía. Lo cobraba todo él y luego nos daba lo que le parecía.

—Un hombre duro, tu hermano.

—No tanto como ellos.

—No, supongo que no... ¿Te importa si te hago otra pregunta?

—De momento no se ha cortado.

—Ni tú al contestar. Te lo agradezco, sobre todo en momentos tan delicados.

—¿Qué pasa, que va a por ellos?

—Sí —confirmó Bell.

Frank asintió.

—¿Qué iba a preguntarme?

—¿Tu hermano ya había trabajado para ellos?

Frank vaciló.

—¿Era la primera vez? —insistió Bell.

—No sé. Vaya, que no sé si eran los mismos o alguien que los conocía. ¿Me explico?

—No.

—Quiero decir que a veces montan una fiesta y les vendemos polvo. Les vendemos tías.

—¿Quiénes?

—Podrían ser los que le dieron el nombre de mi hermano.

—Podrían —convino Bell—. ¿Quiénes son?

Frank titubeó de nuevo.

—No quiero liarla con ellos. Quizá no le dieron nuestro nombre. No quiero...

—No quieres fastidiar un buen negocio —concluyó Bell—, y no te lo reprocho.

—Yo tampoco —dijo Harry Warren.

—Eso. Vaya, que el dinero seguro es dinero seguro.

—Con tu hermano fuera de combate no os sobrará el dinero —aventuró Bell—, al menos hasta que se recupere vuestro equipo. Oye, Harry se ha puesto aquí para que no me vean darte esto. Solo son unos cientos de dólares para que vayáis tirando.

—¿Doscientos billetes? Pero, bueno, ¡jefe! ¿Y usted qué saca de esto?

—Al que mató a tu hermano. Si es que puedes decirme quién se lo presentó. ¿Los clientes que os compran cocaína y chicas?

—Sí.

—¿Quiénes son?

—Viven en el consulado.

Bell fue consciente de estar conteniendo la respiración.

—¿Qué consulado?

—El alemán.

Isaac Bell y Harry Warren fueron rápidamente al tren elevado de la Tercera Avenida, que los llevó al centro, a la punta inferior de Manhattan. Bajaron en South Ferry y se pasearon por Broadway. Al pasar junto al bonito edificio Bowling Green, de dieciséis plantas, estaban tan enfrascados en la conversación que apenas se fijaron en su fachada neoclásica de granito, ladrillo blanco y terracota.

A aquellas horas de la noche solo había luz en dos de las trece hileras de ventanas que se sucedían desde el suelo hasta la azotea. Los consignadores de la White Star y la American Line, los ingenieros navales, los banqueros y los abogados que hacían negocios en tan prestigiosa dirección dormían en sus casas. Las dos luces que aún estaban encendidas correspondían ambas al octavo piso, que albergaba las oficinas del consulado general de Alemania.

—Cubre este sitio —ordenó Isaac Bell—. Procura averiguar alguna cosa más.

—Me he enterado de que en 1902 la agencia tuvo un contrato de protección con el cónsul general de Alemania en Nueva York —dijo Isaac Bell al entrar en el despacho forrado con paneles de nogal de Joseph van Dorn, en el hotel Willard de Washington, a dos manzanas de la Casa Blanca.

Últimamente el jefe estaba casi siempre en Washington, consiguiendo encargos del departamento de Justicia, el Congreso y la Marina, y conocía bien los entresijos de la capital.

Van Dorn rió con toda el alma.

—Es verdad, nunca se me olvidará.

De tan alborozado se le enrojeció la cara (una gran luna enmarcada por un recio mostacho pelirrojo y unas magníficas patillas, y rematada por una reluciente calva), y sus ojos hundidos casi desaparecieron tras los pliegues de los párpados. Era un hombre corpulento y de gran fortaleza, cuya afabilidad y risa fácil ocultaban una gran ambición, una inteligencia portentosa y un amor indestructible a la justicia, que lo convertía en el azote de los delincuentes.

—Fue durante una visita del príncipe Enrique de Prusia —explicó con voz sonora, que dulcificaba un levísimo acento irlandés—. Después de tantos asesinatos en Europa no se podía descartar que algún anarquista o loco homicida hicieran puntería con él. Los alemanes tenían sus propios batallones de agentes, claro, y la colaboración de los servicios secretos del departamento del Tesoro, pero nos contrataron a nosotros, a la policía local, a detectives del ferrocarril para que les vigilaran los trenes y a algunas agencias más pequeñas. Fue un auténtico desbarajuste: a Enrique lo cubrían trece tipos de detectives, y la mayoría no se conocía entre ellos. Suerte tuvo de volver con vida a su país antes de que algún pobre agente de la Pinkerton le pegara un tiro por equivocación.

—¿Qué quiere decir con lo de que los alemanes tenían sus propios agentes?

—Los consulados extranjeros traen a su policía secreta para seguir de cerca a los compatriotas que viven o viajan a Estados Unidos, y vigilar a los delincuentes y los anarquistas que podrían regresar a Europa y crear problemas.

—Tengo entendido —dijo Isaac Bell— que los consulados alemanes también asignan espías disfrazados de simples agregados militares y comerciales.

—Igual que los británicos, los franceses, los austríacos, los italianos, los españoles, los chinos y los japoneses. ¿A qué venía la pregunta sobre el contrato?

—¿También tratan con los delincuentes del país?

—Ah, por ahí vas... Yo lo de «tratar con delincuentes del país» no me lo tomaría muy a pecho. Los cónsules y los vicecónsules destinados en cada ciudad no son lo que llaman los alemanes *hoffähig* (caballeros desde la cuna), a diferencia de los diplomáticos aristócratas de las embajadas de Washington. Los cónsules y los vicecónsules tratan con empresarios, con policías y también con alborotadores de todo pelaje con los que los extranjeros que viajan al país se topan.

Bell pareció cambiar de tema.

—He recibido varios telegramas de Art Curtis.

Van Dorn frunció el ceño.

—Me está incordiando a petición tuya para que autorice el desembolso de sumas considerables a cambio de información sobre el funcionamiento interno de Krieg Rüstungswerk GmbH. Información acerca de algo sobre lo que de momento nadie ha considerado oportuno hacerme partícipe —añadió con aspereza—. Por lo que al dueño de esta agencia de detectives no le queda más que especular sobre si será el último en enterarse de lo que sucede y sobre si guarda alguna relación con el incendio a bordo del *Mauretania* o el tiroteo en el muelle 54, o el rumor de que se cayeron dos o tres personas del barco en el que por casualidad navegabas tú, Isaac.

—La información de Art Curtis es oro —dijo Bell—, oro puro. Ha encontrado a un empleado descontento de Krieg, un directivo que asegura que la empresa paga comisiones al personal de los consulados alemanes de Nueva York y Los Ángeles para que actúen extraoficialmente como representantes comerciales.

—¿Oro? —se mofó Van Dorn—. Pero si es lo que se les pide a los cónsules, que engrasen la maquinaria comercial... Es su principal trabajo: el comercio, las presentaciones, vender...

—Sí, pero es que en este caso el personal del consulado no vende nada. Tampoco organiza presentaciones, ni agasaja a la clientela americana. En cambio, cobra comisiones como si lo hiciera. Dicho de otro modo: Krieg está pagando bajo mano a los cónsules alemanes. ¿A usted no le gustaría saber qué tipo de favores devuelve el personal del consulado?

A Isaac Bell le gratificó ver que el jefe ya no reía. De hecho, ni siquiera sonreía, aunque se le habían iluminado los ojos como a un oso pardo cuando olfateaba una presa.

—Interesante.

—Art Curtis es el mejor —afirmó Bell—. No conozco a nadie más capaz de profundizar tan deprisa en los asuntos. Ahora bien, sobornar a informadores de alto rango cuesta mucho dinero. Por decirlo de otro modo, el ejecutivo que Art ha encontrado está acostumbrado a remuneraciones de primera clase.

Van Dorn se apartó de la mesa y se acercó con paso cansino a las ventanas de su

despacho del primer piso, que al estar en una esquina le permitía ver llegar a la gente a las entradas frontal y lateral del Willard. A continuación se acercó a una de las paredes de su oficina e inspeccionó la recepción por una mirilla perforada en el ojo de Benjamin Franklin, cuyo retrato recibía a los visitantes de la agencia de detectives.

Bell se quedó sentado, paciente, callado, quieto como una estatua.

El jefe se volvió hacia él con una expresión interrogante.

—¿Para eso has viajado hasta Washington en vez de hacerme una llamada de larga distancia?

—No. He venido para explicarle algo más interesante.

Hans Reuter, el informador que con tanto esmero cuidaba Arthur Curtis dentro de la compañía armamentística Krieg Rüstungswerk, ya no quiso que se vieran en un *Biergärten*.

—Demasiada gente —repetía—. Nos ve juntos demasiada gente.

Si hubieran hablado cara a cara, en vez de por teléfono, Arthur habría juntado las manos con tranquilidad sobre su barrigón y habría escuchado con semblante comprensivo. En cambio por teléfono tuvo que limitarse a emplear un tono tranquilizador y la simple lógica.

—No saben de qué hablamos. No saben que le pago.

—La última vez me siguieron.

—¿Está seguro? —preguntó Arthur Curtis con una tranquilidad que no sentía del todo.

En realidad, después de su última conversación con Reuter, que había soltado la bomba de que Krieg tenía a sueldo a algunos cónsules alemanes en Estados Unidos, el propio Curtis había tenido la duda de si lo seguían y había dado un rodeo para volver a la oficina sin escatimar esfuerzos para despistar a su perseguidor, si es que era real. Ahora su existencia parecía verse confirmada. Por cierto, era muy sigiloso. Curtis tenía que reconocer que los de Krieg habían tardado poco en dar con su rastro. Sabía que tenía que hacer algo para alejar la amenaza. Pero lo malo era que su temeroso informador aún guardaba mucha y buena información en su amargada mente, aunque la administrase con cuentagotas.

—Estoy completamente seguro —contestó Reuter—. No podemos descartar que ahora mismo estén espionando esta conexión telefónica.

—Tendrían que ser adivinos para saber qué se dice a través de teléfonos públicos de oficinas de correos en extremos opuestos de Berlín.

—No me sorprendería que lo fueran.

—Tengo una idea —dijo Arthur Curtis.

—Basta de ideas. —Hans Reuter cortó la conexión.

Arthur Curtis regresó lentamente a su despacho. Redobló sus precauciones habituales, vigiló los reflejos en los escaparates, cambió varias veces de tranvía y

entró y salió de panaderías y cafés antes de acceder a su edificio, seguro por completo de que no le observaban.

Detrás de su escritorio estaba Pauline, leyéndole el correo.

—Ya deberías estar en tu casa y en la cama. Es tarde.

—No tengo sueño.

—¿Mañana no hay colegio?

—Es que mi madre tiene a un amigo de visita. A medianoche se habrá ido.

—¿Has cenado?

—No tengo hambre.

—Toma.

Dio a Pauline un bollo que se había llevado por si acaso y vio que se lo zampaba como un lobo gris devorando un venado. A continuación ocurrió algo rarísimo. De repente Art Curtis tuvo miedo. No por él, sino por ella, por aquella niña tonta que insistía en seguirlo. ¿Y si lo pillaban cuando Pauline estaba en el despacho? ¿Qué le harían cuando hubieran terminado con él?

—El cine existe desde hace muchos años —protestó Joseph van Dorn.

Isaac Bell acababa de explicar la historia de Beiderbecke y Clyde Lynds y su máquina de Talking Pictures, y de aconsejar que la agencia Van Dorn asumiera el encargo de proteger a Lynds mientras construía una nueva máquina a cambio de una participación en los beneficios.

—Cuando el sonido las convierta en algo tan visceral que despierte emociones, las películas ya no serán espectáculos de feria. La máquina de Talking Pictures es revolucionaria.

Van Dorn se encogió de hombros.

—Una vez, en Cincinnati, fui a ver una película hablada. La llamaban «kinetófono» o algo así; según el anuncio, las canciones se ajustaban a la perfección al movimiento de los labios de los actores, pero en realidad los labios iban por un lado y las palabras por otro, y era imposible seguir el argumento.

—El quid de la cuestión es la sincronización.

—Encima se oía ese chirrido mecánico innatural y discordante que siempre se oye en las máquinas parlantes.

—La amplificación es otro de los problemas que dice haber solucionado Lynds con Beiderbecke.

—¡Vaya si es un problema! En Detroit intenté oír a una compañía de Actologue, y uno de los actores, que era muy malo, no tenía voz suficiente para atravesar la pantalla. Todo lo que decía se perdía en las tramoyas.

—Pero compró entradas —dijo Bell—. Pagó por ver varios intentos de hacer películas habladas, lo cual demuestra que ese tipo de atracción tiene demanda. Lo que ocurre es que tal como lo plantean resulta demasiado caro. Marion afirma que las



compañías de Actologue suelen componerse de al menos ocho personas, incluido el operador de la máquina, el pianista, los cantantes, el director y los actores que reproducen los diálogos detrás de la pantalla. La misma película, proyectada por las máquinas de Talking Pictures de Lynds, podría distribuirse por mil salas a la vez. Los rollos de celuloide no comen, no duermen y no exigen un sueldo. Sería como una fábrica de sartenes que no tuviera que pagar a los obreros porque habría máquinas que las harían automáticamente.

Van Dorn, que como empresario era lo más duro y tacaño que Bell había visto, sonrió al imaginar que no hubiera que pagar mano de obra.

—Eres muy convincente, Isaac. Al explicarlo así me haces pensar que Lynds tiene algo que vale la pena proteger.

El sagaz fundador de la agencia de detectives se acarició la barbilla y caviló en silencio, tocando maquinalmente su teléfono y el tubo acústico.

—Pero el profesor Beiderbecke está muerto. ¿Clyde Lynds puede reproducir Talking Pictures sin él?

—Beiderbecke decía que Clyde es más listo que el hambre. El ejército alemán lo considera capaz, y los cónsules alemanes también.

—Me cuesta creer que el ejército del káiser se esfuerce tanto solo por dinero.

—Estoy de acuerdo —convino Bell—. No son hombres de negocios, sino soldados. Aquí hay gato encerrado.

Van Dorn asintió de manera enérgica.

—Averigua qué pasa —ordenó—. Sigue atento a lo que ocurra en el consulado de Nueva York, que yo husmearé por Washington.

—¿Por qué no invita al embajador alemán a comer en el club Cosmos?

—Lo haré mañana, pero no abrigues demasiadas esperanzas. Es poco probable que Su Excelencia esté al corriente de una operación tan malévola, y menos si es un plan militar.

—¿Dará carta blanca a Art en Berlín?

—Sí, sí, sí —gruñó Van Dorn de mala gana.

—Yo preferiría que no perdiese el tiempo en pedirle permiso para cada pago.

Van Dorn hizo una mueca.

—¡Vale, hombre, vale! Tienes mi autorización para gastar todo lo que necesites.

—No se preocupe, Art no derrochará un solo céntimo.

—Pero ten presente que mientras vosotros intentáis averiguar qué se proponen los alemanes nuestro joven y valioso genio ya está en su punto de mira. Tenlo bien vigilado. ¿Dónde está ahora?

—Con Lipsher.

—¿Quién es Lipsher?

—El chico de seguridad que vigilaba a Block en el barco. Se ha revelado como un buen elemento para casos de necesidad. —Bell se levantó—. Si se pone usted de acuerdo con Dagget, seguiré haciéndome pasar por ejecutivo de seguros y haré correr

la voz de que Dagget, Staples & Hitchcock está invirtiendo en el invento de Lynds. El interés de una compañía tan veterana y conservadora debería aumentar su atractivo.

—¿Dagget, Staples & Hitchcock teniendo tratos con la gente del cinematógrafo?  
—Van Dorn se echó a reír—. Los fundadores se revolverán en sus tumbas. Pero tienes razón. Mejor que nos mantengamos al margen todo el tiempo posible y que no mostremos las cartas hasta que sepamos quién está al otro lado de la mesa.

—Y qué quiere —apostilló Isaac Bell mientras cogía su sombrero y salía a toda prisa por la puerta.

—¿Adónde vas?

—A Union Station. He quedado con Clyde en West Orange, New Jersey.

—¿En el laboratorio de Thomas Edison? Cuidado con los empastes de las muelas.

Isaac Bell se llevó dos sorpresas al llegar al edificio de ladrillo rojo que albergaba el laboratorio de Thomas Edison en West Orange, New Jersey. Nunca se le había ocurrido que los científicos de Edison pudieran ser tan jóvenes. Los laboratorios estaban plagados de gente de la edad de Clyde Lynds, despierta y trajeada. Tampoco se esperaba una sonrisa tan cordial en Edison, que tenía fama de ser un negociador muy duro. Era una sonrisa que ensanchaba su boca con encanto, a la vez que iluminaba sus ojos hundidos.

Lo que no sorprendió a Bell, cuando un funcionario los condujo a una sala de grabación de cilindros fonográficos insonorizada, fue ver que el gran hombre intentaba oír música casi mordiendo la tapa del piano. La sordera de Edison era de dominio público. Se apartó del piano y despidió con un gesto amable de la cabeza a quien lo tocaba.

—No se quede nunca sordo —dijo con voz estentórea pero cordial—, porque no le gustaría nada. Me imagino que es el señor Bell.

Bell estrechó la mano que le tendía.

—Y usted, joven, será el señor Lynds, a quien tanto elogiaba el señor Bell por telégrafo. Muy astuto lo de telegrafíarme, señor Bell. Al teléfono soy un inútil. Bueno, pasen, siéntense y explíquenme a qué han venido.

Clyde había preparado un cuaderno de bocetos con dibujos y textos en mayúsculas. Edison asintió como si fueran de su agrado.

—Esto es aún mejor que el telegrama del señor Bell. —Fue pasando páginas—. ¿Imágenes que hablan? Eso me lo trae todo el mundo. Lo malo es que nunca funcionan.

Clyde Lynds se puso frente al inventor y habló despacio y en voz alta, moviendo de manera exagerada los labios para recalcar cada palabra.

—Esto. Funciona.

—¡No me diga! De acuerdo, enséñemelo. ¿Dónde está?

Lynds dio unos golpecitos al cuaderno y luego a su cabeza.

—Aquí dentro.

—¿Cómo?

Bell quedó admirado al ver que Clyde abría el cuaderno por una página donde

había escrito con antelación: «La primera máquina se perdió. Necesito un laboratorio, talleres y dinero para construir otra».

—¿Qué quiere decir con que se perdió? —vociferó Edison.

Clyde pasó a la siguiente página, donde había escrito: «En un incendio», y la admiración de Isaac Bell fue en aumento. Aquel joven científico sin blanca estaba coreografiando su conversación con el inventor más rico y famoso del mundo.

Edison dirigió una mirada a Bell. La expresión de sus ojos se perdió bajo sus pobladas cejas, pero el investigador percibió un cambio de actitud.

—Señor Bell —dijo resuelto Edison, que de repente no se andaba por las ramas—, sospecho que la conversación puramente científica en la que estamos a punto de embarcarnos le aburrirá. He dispuesto que le enseñen mis laboratorios mientras el señor Lynds y yo profundizamos en lo que diferencia sus películas habladas de las demás.

—Todo un detalle —dijo Bell al levantarse—. Tengo curiosidad por ver cómo trabajan.

Estaba claro que Edison quería librarse de él, pero no estaba menos claro, concluyó Bell, que Clyde sabía cuidarse solo. Además, habían acordado que Clyde no firmaría ningún documento sin que los abogados de Van Dorn lo leyeran con anterioridad.

El empleado irrumpió en el despacho como si hubiera estado escuchando con la oreja pegada a la puerta. Isaac Bell se prestó a una visita rutinaria del laboratorio Edison. Recorrió la planta química, los talleres y los laboratorios. En el almacén vio que un empleado preparaba una tira de piel de manatí que, según le dijo su guía, sería convertida en correas transmisoras. También pudo ver desde una galería el despacho de Edison, que ocupaba dos plantas y estaba repleto de libros. El funcionario señaló la estatua de mármol de un ángel con una bombilla eléctrica que derramaba luz sobre un montón de lámparas de aceite rotas.

—¿Qué es eso? —preguntó Bell.

Estaban pasando al lado de una puerta donde se leía: *LABORATORIO DE KINETOFONÍA*. Vio a través del cristal superior a un hombre mayor y con barba agachado sobre una maraña de cables y poleas que unían un proyector cinematográfico y un fonógrafo. Se acordó de la decepción de Joe van Dorn con un kinetófono.

—Le he preguntado qué es.

—Nada, un experimento.

—Me gustaría verlo.

—No es posible todavía.

—Me da igual —dijo Bell.

Abrió la puerta, ignorando las protestas del guía. El anciano barbudo levantó la vista con un parpadeo de sorpresa, como si no estuviera acostumbrado a las visitas.

—No podemos estar aquí dentro, señor Bell —advirtió el empleado—. El señor

Edison concede gran importancia a este experimento. Hay mucho en juego.

—Pues vaya a pedir permiso al señor Edison —dijo Bell—, yo lo espero aquí. ¡Vamos!

El empleado se marchó a toda prisa.

—Un conocido mío vio uno así en Cincinnati —explicó Bell al anciano—. ¿Lo está arreglando?

—¿Arreglando? No me haga reír. Esta porquería no la arregla ni Dios.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué sostiene que es una porquería?

—Escuche.

El hombre accionó un interruptor eléctrico que hizo que la máquina proyectase en la pared imágenes en movimiento de una cantante. Al mismo tiempo el cilindro fonográfico empezó a girar. Los cables que conectaban las dos máquinas zumbaron. Las poleas traquetearon, y por la bocina del fonógrafo brotó la voz de la mujer, aguda, chillona e irritante, tal como la había descrito Van Dorn. A los diez segundos la voz se adelantó al movimiento de los labios.

—No está sincronizado con la imagen —observó Bell.

—Ni lo estará nunca —añadió el anciano.

La música cesó, pero ella seguía cantando. Una nota sostenida le hizo abrir mucho la boca, mientras una voz masculina decía a través de la bocina: «Qué voz tan bonita tienes». Cinco segundos después apareció un hombre que articuló con los labios las palabras dichas antes y que aplaudió en silencio mientras sonaba un violín invisible. Finalmente se vio al violinista.

—La verdad es que es bastante gracioso —bromeó Bell.

—Se supone que es un drama.

—¿Por qué se esfuerza, si no tiene arreglo?

—Porque es el único trabajo que me da Edison —contestó con amargura el hombre—. Ha puesto a trabajar a otros más jóvenes en experimentos parecidos, pero son todos una porquería.

—¿Por qué no invierte el tiempo en otra cosa?

El anciano miró a Isaac Bell con un brillo extraño en los ojos, como si estuviera tan absorto en sus cavilaciones que no viera lo que tenía delante.

—Edison me arruinó. Yo no podía hacer frente a unos pagos. Edison los saldó, y ahora estoy en deuda con él. No tengo más remedio que trabajar aquí.

—¿Por qué querría el señor Edison que usted se dedicara a algo que no funciona?

—¿No lo entiende? —clamó el hombre. Bell tuvo dudas sobre su cordura—. Me impide inventar cosas que puedan dejarle a él sin trabajo. Me robó mi principal invento y ahora se asegura de que nunca invente nada más.

—¿Qué invento? —preguntó amablemente Bell, compadecido de su angustia.

—Inventé un gramófono barato. Edison lo plagió, pero mal, de manera chapucera. El mío era mejor. Él, sin embargo, bajó el precio e inundó el mercado de copias baratas. Al suyo le puso el nombre de «fonógrafo». La gente se dejó engañar, porque

es muy tonta, y compró el más barato de los dos. Yo me quedé sin trabajo.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Bell.

—Hace mucho, mucho tiempo. —Una mueca retorció las facciones del anciano—. ¡Mi máquina era preciosa! —exclamó—. Es un monstruo.

De repente se abrió la puerta. Era el empleado, que había vuelto en compañía de un fornido vigilante con un abrigo abultado por varias cachiporras y una pistola.

—Vamos, caballero, fuera de aquí —ordenó tomando del brazo a Bell.

El alto detective le dirigió una mirada glacial.

—Ni se le ocurra —masculló.

El vigilante lo soltó.

—Lléveme con el señor Edison.

Cuando Isaac entró en la sala de grabación insonorizada, Thomas Edison no sonreía, y el semblante de Clyde Lynds, tan jovial de costumbre, se había endurecido por efecto de un acceso de ira que le hacía apretar los labios.

—Ah, señor Bell, aquí está. Justamente acabábamos nuestra conversación. Clyde, espero tener noticias tuyas en cuanto haya podido hablar con su abogado. Buenos días, caballeros.

Clyde esbozó una sonrisa burlona al garabatear en su cuaderno «Buenos días».

—¿Me presta usted sus dibujos? —preguntó Edison—. Permítame que los examine con detenimiento.

Para sorpresa de Isaac Bell, Clyde se los entregó.

En el trolebús a Newark estuvo más callado de lo habitual. Bell esperó a que estuvieran en un tren con destino a Pennsylvania Station para hacerle una pregunta.

—¿Qué le ha parecido tu máquina al señor Edison?

—Yo creo que la considera muy, pero que muy valiosa. No lo ha dicho, claro.

—¿Qué ha dicho?

—A cambio de facilitarme un laboratorio exige el control completo de la patente, no solo la licencia para fabricarla. En otras palabras, se la quedaría.

—Son condiciones muy duras.

Clyde sonrió, burlón.

—Yo lo entiendo como un auténtico voto de confianza. Si alguien tan inteligente como Thomas Edison quiere hacerse con Talking Pictures, es que vale una fortuna.

—Le he echado una ojeada a su kinetófono, y no me ha parecido que vaya por muy buen camino.

—Todos los métodos mecánicos de sincronización están condenados al fracaso —afirmó de forma clara Clyde—. El profesor y yo nos dimos cuenta desde un buen principio de que nunca lograríamos sincronizar dos máquinas con precisión. Sabíamos que teníamos que encontrar otra solución. Y la encontramos. Mejor y totalmente distinta.

—¿No ha sido arriesgado entregar tus planos a Edison?

Clyde rió.

—Los que le he facilitado no son los auténticos.

—¿En serio? Muy astuto —dijo Bell—. No me he dado cuenta.

—Son los esbozos de un micrófono acústico en vez del eléctrico del profesor, así como dibujos de un artefacto de sincronización parecido a ese kinetófono que ha visto usted en el laboratorio.

—¿Similar? ¿Cómo lo sabes?

—El profesor y yo estudiamos todos los disparates sobre imágenes habladas (franceses, rusos, alemanes, ingleses...) y cuantos Edison ha copiado.

Isaac Bell estaba llegando a la conclusión de que Clyde Lynds era más astuto de lo que parecía.

—O sea, que no te ha sorprendido la maniobra de esta tarde de Edison.

Clyde Lynds suspiró y de repente puso cara de agotamiento.

—Sorprendido no estoy, pero sí decepcionado. El profesor y yo teníamos la esperanza de que nuestra máquina, superior a todas las demás, convenciera a Edison de tratarnos de igual a igual. Vaya, que tendré que hacerlo solo.

Isaac Bell sonrió.

—No del todo solo.

—¿Qué quiere decir?

—Mi esposa ha tocado algunas teclas por si no salía bien lo de Edison. Te ha concertado una entrevista con un independiente. Lo llaman Pirate King, y es el número uno de los que hacen películas al margen del monopolio de Edison.

—Caramba, qué amable.

—Más que amable. Marion hace campaña por ti. Piensa rodar la primera película verdaderamente hablada.

—No interrumpas a la gente del cinematógrafo cuando hace sol —había advertido Marion a su esposo—. Odian desperdiciar la luz.

Mientras el *ferry* a Fort Lee, New Jersey, cruzaba el Hudson, Isaac Bell buscó en el cielo algún atisbo prometedor de niebla. Un bochornoso viento del sudoeste hacía pronosticar la aparición de nubes. Dijo a Clyde Lynds que, con algo de suerte, el cielo se oscurecería a mediodía.

Alquilaron un automóvil Ford en un almacén con surtidor de gasolina en la entrada y subieron por el acantilado. En el pueblo de Fort Lee pasaron junto a factorías cinematográficas autorizadas por el monopolio de Edison. Tras los muros y los techos de cristal de varias construcciones con aspecto de graneros vieron luces de arco colgadas de vigas, así como hileras de lámparas de vapor de mercurio Cooper-Hewitt como refuerzo de la luz solar. Había dependencias de ladrillo, nada desdeñables por sus dimensiones, destinadas a los decorados y el atrezzo, los talleres de costura, los despachos, los laboratorios de procesamiento de película, los talleres donde se hacía el mantenimiento de las cámaras y las dinamos que alimentaban las Cooper-Hewitt.

Bell siguió conduciendo hacia el norte por estrechas carreteras al borde del acantilado. Siguiendo las indicaciones de Marion se metió por un desvío en pleno campo que los hizo internarse cada vez más por una zona rural. Finalmente frenó junto al establo de una granja de vacas que no se veía desde la carretera. Era donde el independiente Pirate King Jay Tarses rodaba exteriores con un grupo de actores disfrazados de cruzados, árabes y vestales.

Una manada de caballos corría nerviosa alrededor de un corral, asustada por los camellos que Tarses había reunido para sus árabes. Según lo que Marion le había dicho, el camarógrafo tapado por la tela de una inmensa cámara Bianchi en realidad estaba accionando otra con patente de Edison oculta en su interior.

Isaac Bell frenó a cierta distancia para no salir en la filmación. Se acercó nerviosa una ayudante, una de varias chicas menudas y morenas que rodeaban a Tarses.

—Tranquila —le dijo Bell—, no somos rufianes de Edison. Me llamo Isaac Bell. Mi mujer, Marion, nos ha concertado al señor Clyde Lynds y a mí una entrevista con el señor Tarses.

—¡Ah, sí, es verdad! —exclamó ella—. Voy a anunciarle que han llegado.

—No interrumpa el rodaje —dijo Bell—. Esperaremos las nubes.



A la una y media el sol había quedado oculto. Mientras los actores abrían sus fiambreras, la ayudante condujo a Bell y a Lynds hasta Pirate King Jay Tarses, un individuo mal afeitado, en mangas de camisa, con sombrero flexible y chaleco, que estaba hablando con un hombre con gafas y los dedos manchados de tinta.

—Lo máximo que pago por un guión convertido en película completa son veinticinco dólares.

—Yo creo que me merezco cincuenta.

Tarses encendió un puro de cinco centavos.

—Si es un éxito, le mandaremos otro cheque por la misma cantidad.

—Pero es que cuando escribo un relato las revistas me pagan doscientos dólares.

—Los que ven mis películas no saben leer —adujo Tarses mientras daba la espalda al guionista.

Sonrió cordialmente a Isaac Bell.

—Sea quien sea el marido de Marion lo considero mi amigo, señor Bell. Su primera película fue un bombazo. *Esta noche el centro está que arde* tenía mucho interés humano. ¿En qué puedo ayudarlo?

Bell empezó lo que llamaba Clyde Lynds un «rollo».

—Represento a Dagget, Staples & Hitchcock, de Hartford, Connecticut.

—Por desgracia —lo interrumpió Tarses—, nunca he tenido el placer de que me prestaran dinero, porque no son de los que tienen trato con los de mi calaña.

—Su suerte está a punto de cambiar. Dagget, Staples & Hitchcock se está planteando entrar en el negocio del cinematógrafo.

—Soy todo oídos —dijo Tarses.

En un sector donde había que conseguir préstamos diariamente, el dinero era el rey, y a un ejecutivo de seguros de aspecto boyante, con traje y botas a medida, había que dedicarle atención.

—Nuestro primer paso será invertir en la máquina de Talking Pictures del señor Lynds. Estamos buscando socios en el sector cinematográfico, productores experimentados que sepan obtener imágenes de categoría superior con la misma fotografía y el mismo acabado que los franceses. El señor Lynds le explicará los detalles técnicos.

La reacción de Tarses fue cambiar de tema.

—¿Su esposa aún hace películas de actualidad para Whiteway?

—Tenga por seguro que cuando el señor Lynds perfeccione su máquina, Marion hará películas habladas —afirmó Bell antes de ceder la palabra a Lynds.

Correspondía a Clyde vender su plan. Bell no tenía duda alguna de sus dotes innatas como vendedor.

—Un momento —dijo Tarses—. ¿A mí para qué me necesitan?

—Para empezar, el señor Lynds deberá disponer de un laboratorio, un equipo de químicos, talleres y técnicos cinematográficos.

Tarses miró el establo, haciendo un gesto con el puro que abarcaba los caballos,

los camellos y los actores.

—Yo de eso no tengo.

—Puede conseguirlo en un abrir y cerrar de ojos —replicó Bell—. Mi mujer ha elegido con acierto, señor Tarses. Usted conoce a toda la gente del cinematógrafo, en todas las facetas del negocio y de la producción. Además, es un gestor nato. Se dice en el mundillo que si no odiara usted al monopolio de Edison estaría dirigiendo su propia compañía... y que sería de las grandes.

—Bueno, es que no me llevo bien con los jefes.

—Cuando la máquina del señor Lynds esté perfeccionada, él necesitará poner al frente a un productor que conozca el sector como la palma de su mano. Usted será su propio jefe. Filmará las películas y las distribuirá.

—Pero ¿quién necesita películas parlantes?

Clyde se quedó de piedra y miró a Bell con incredulidad. ¿Acaso Krieg y el ejército alemán no habían dejado tristemente claro que las necesitaban?

—¿Que quién las necesita? —exclamó poniéndose rojo de repente mientras buscaba las palabras con las que rebatir tan absurdo comentario—. ¡El mundo! Con las películas habladas, los cineastas podrán lograr imágenes fenomenales, llenas de fuerza e ingenio, de energía, de ímpetu. Contaremos historias a partir de situaciones originales con gran atractivo para los distribuidores, que verán en ellas importantes alicientes para los exhibidores y su público.

Jay Tarses cruzó los brazos sobre su pecho y dio una respuesta terminante:

—Las películas habladas nunca existirán.

—Deme una razón.

—Le daré cuatro. Primero: el público ya está contento. No quieren diálogos de sabios. Lo que quieren son imágenes que se muevan. Segundo: ¿cómo entenderán los extranjeros lo que los actores dicen? Tercero: ¿quién pagará la instalación de máquinas Talking Pictures en cada sala? A los exhibidores no les gusta gastar. Cuarto: ¿quién se atrevería a distribuir Talking Pictures? Si tienen algo bueno, el monopolio de Edison intervendrá.

—Se equivoca —dijo Marion con convencimiento cuando Bell regresó al domicilio de los Abbott y contó el desaire sufrido—. Tarses está tan obsesionado por que no lo pille el *sheriff* que no entiende nada. Cuánto lo siento... Creía que era más inteligente. Isaac, esto es muy importante. Tenemos que ayudar a Clyde.

—¿A quién podemos recurrir?

—Estaba barruntando...

Bell esperó. Se encontraban en la biblioteca de Archie. Del salón llegaban las voces de los invitados de la cena, que se disponían a tomar un cóctel.

—¿Por qué no te vistes? —le propuso Marion—. Déjame pensar.

Cuando Bell volvió con un esmoquin azul oscuro, Marion rebosaba entusiasmo y

confianza.

—En la Biograph hay un director innovador, atrevido y muy inteligente.

—Pero la Biograph forma parte del monopolio.

—Detesta las normas de la compañía. Él quiere hacer sus propias películas. Es un hombre de ideas tan avanzadas (ha inventado todo tipo de trucos fabulosos con la cámara) que quizá comprenda el potencial de la máquina de Clyde.

—Hagámosle una visita.

—Acaba de llevarse a cincuenta personas a California. Está rodando una película para la Biograph en un pueblo de las afueras de Los Ángeles.

—¿Cómo se llama?

—Griffith. Seguro que has visto películas suyas. D. W. Griffith.

—¡Pues claro! ¿Es el que hizo *¿Está ocupado??*

—El mismo.

—No me gusta nada que nos separemos tan poco tiempo después de la boda —se quejó Isaac Bell—, pero será mejor que lleve a Clyde a verlo.

—A mí —dijo Marion— me encantaría ir a ver a mi padre a San Francisco y darle la noticia de la boda.

—¡Maravilloso! Frisco solo está a cinco horas en tren. Nos encontraremos a medio camino.

Marion le ajustó la pajarita y se arrimó a él.

—Supongo que no hay ninguna posibilidad de que viajemos juntos a California...

Bell movió la cabeza con una sonrisa compungida.

—¡Qué más querría yo!

—Me encanta ir en tren contigo. —Marion se echó a reír—. Ahora que estamos casados ya no tenemos que reservar dos compartimentos por decoro.

—Lo malo es que al acompañar a Clyde tendré que compartir uno con él para tenerlo vigilado.

—¿Crees que Krieg intentará secuestrarlo?

—No, no, no, es por simple precaución. No te preocupes que después de haber hablado con Griffith ocultaré a Clyde una semana en la oficina de Los Ángeles, y tú y yo podremos vernos en Santa Bárbara.

—Y yo, después de haber visto a mi padre, bajaré a Los Ángeles para buscar trabajo.

Ya no existía la vieja Grand Central Station. Acababan de demoler su fachada clásica y su nave acristalada de doscientos metros, y ahora las excavadoras de vapor y los mineros escarbaban a veinte metros de profundidad en el esquisto de Manhattan para que cupiera la nueva Grand Central Terminal, con sus dos niveles.

Isaac Bell llevó a Clyde Lynds a una estación provisional que funcionaba junto al Grand Central Palace, un edificio de convenciones y ferias comerciales situado a la

vuelta de la esquina, en la avenida Lexington. Se dirigió a una puerta improvisada donde se leía: 20TH CENTURY LIMITED. El caos de la construcción no había hecho bajar de nivel al lujoso expreso con destino a Chicago. Provisionalidad al margen, su famosa alfombra roja estaba desplegada a lo largo del andén.

—Un momento —dijo Bell—. Se me han desatado los cordones.

Apoyó un pie en una boca de incendios que sobresalía de un muro y empezó a mover las manos sobre la bota.

—¿Cómo pueden haberse desatado los cordones —preguntó Clyde— si sus botas no los tienen?

—No se lo digas a nadie. —Bell se incorporó y fue hacia los teléfonos—. Debo llamar a la oficina. No te alejes.

—He oído que en el tren hay un teléfono.

—Habrá cola de hombres de negocios que querrán llamar a sus oficinas para comunicarles que no han perdido el tren. No te alejes.

—Agencia Van Dorn, hotel Knickerbocker —dijo Bell a la telefonista del mostrador.

Siguió a la empleada a un reservado de madera. Al oír la voz de la operadora de Van Dorn pidió hablar con la persona de servicio.

—Aquí el detective jefe Bell. Me han seguido dos hombres altos y rubios, con traje negro y bombín, por la calle Cuarenta y dos y el Grand Central Palace. Están en la sala de espera, fingiendo no vigilar la puerta del *20th Century*. Uno tiene bigote y lleva corbata verde con nudo americano. El otro va afeitado y lleva pajarita oscura. Volveré a telefonar cuando cambiemos de locomotora en Harmon.

Pagó a la empleada.

—Vamos a comprar unas revistas, Clyde. No, no mires hacia donde están.

A los tres cuartos de hora de haber salido de Nueva York, el *20th Century Limited* se detuvo en Harmon para sustituir el motor eléctrico que lo había sacado de los túneles de Manhattan por una locomotora de vapor Atlantic 4-4-2 que lo haría salir disparado hacia Albany a ciento veinte kilómetros por hora. Mientras los trabajadores del tren y del patio de maniobras desenganchaban la vieja máquina y enganchaban la nueva, Isaac Bell corrió a las oficinas del operador de New York Central, se identificó como detective de Van Dorn y pidió usar su teléfono.

El recepcionista de guardia del Knickerbocker le informó de que la pista de los «señores maleantes» que habían seguido a Bell por la calle Cuarenta y dos estaba siendo rastreada por hombres de Van Dorn.

Así rezaba un lacónico telegrama que esperaba a Bell en Albany, donde el rápido se dotó de una nueva locomotora y un vagón comedor:

*DE MOMENTO NADA*

Después de cenar llegaron a Syracuse, donde tampoco había nada para ellos.

Bell había reservado un compartimento con dos literas estrechas. Se tendió vestido en la de abajo.

—Pues yo habría podido ahorrar durmiendo en un vagón con varias literas —dijo Clyde.

—Te juro, Clyde, que no serías mi primera elección para pasar una noche en un tren expreso, pero así puedo tenerte vigilado.

—¿Quiénes eran? ¿Hombres de Krieg?

—En principio, mañana por la mañana debería saberlo con certeza.

—¿Cómo han podido seguirnos desde su agencia de detectives?

—Nos han seguido desde el hotel, no desde la agencia.

Bell había mantenido oculto a Clyde, por motivos de seguridad, en una habitación del Knickerbocker, al lado de las oficinas de Van Dorn. El hotel era enorme, y los agentes de Krieg no tendrían ningún motivo para relacionar a Clyde con Van Dorn.

—¿Cómo sabían en qué hotel estaba?

—Lo más probable es que nos siguieran hasta Knickerbocker desde el laboratorio

de Edison. ¿Me equivoco o cuando hablaste de tu máquina con Krieg mencionaste a Thomas Edison?

—Sí, claro. Quería que Krieg supiera que podíamos recurrir a otras personas.

—Habrán estado vigilando el laboratorio de Edison desde que el *Mauretania* atracó, en espera de que aparecieses.

Bell cerró la puerta con pestillo y recordó con los ojos cerrados otras noches en el *20th Century* en que Marion y él habían bebido champán en la intimidad de dos compartimentos adyacentes.

En Rochester el telégrafo entregó un bombazo:

SM A AGREGADO EN CA

Isaac Bell sonrió como un lobo.

La traducción del telegrama era que los «señores maleantes» que lo habían seguido hasta el tren habían dado parte a un agregado diplomático a quien los detectives de Van Dorn que vigilaban el edificio de oficinas Bowling Green ya habían identificado en el consulado alemán. En otras palabras, Krieg y el ejército alemán sabían que Bell y Clyde estaban viajando en tren a Chicago. Lo que desconocían era que Bell lo supiera.

A la siguiente parada para cambiar de locomotora telegrafió a la oficina de Chicago.

La «mesa para viajeros» de la sala de desayunos del exclusivo hotel Palmer House de Chicago era como un club privado, pero cualquier representante que en sus viajes pudiera permitirse el mejor hotel de la ciudad era bienvenido en sus butacas. Los miembros del club —hombres de gran valía, que solo trabajaban a comisión y corrían con sus propios gastos— tenían trajes caros, tecs rubicundas y barrigas orgullosas, y se reían con más fuerza y contaban chistes más nuevos que los ricos empresarios del acero y la carne que ocupaban las otras mesas.

El vendedor número uno de la Locomobile Company of America estaba contando una reciente anécdota, oída dos días atrás en la sede de la empresa en Bridgeport, Connecticut, sobre una confusión en la entrega de un envío de guantes y ropa interior de señora de unos grandes almacenes.

Fue interrumpido por el representante de la Victor Talking Machine Company.

—¡Anda, pero si es Fritz!

—¡Hola, Fritz! No te había visto en siglos.

Dejaron paso al recién llegado, un alemán de hombros anchos, ágil, de unos treinta y cinco años, que viajaba por Estados Unidos vendiendo órganos de iglesia y pianos de salón.

—¡Camarero! ¡Camarero! El desayuno del señor Wunderlich.

Fritz Wunderlich era un personaje curioso, con los huesos de las cejas muy salidos, la mandíbula en forma de yunque y unos brazos largos de gorila, aunque cualquier viajante habría dado cualquier cosa a cambio de su sonrisa: amplia como una pradera y luminosa como el sol, una sonrisa que atraía a los clientes como la succión de un barco antes de hundirse.

Fritz trabajaba muy duro —«ocho días a la semana, trece meses al año»— y, a juzgar por su fúnebre traje negro, su inmaculada camisa blanca, su sombrero de fieltro, la cadena de oro macizo de su reloj y el lustrado de diez céntimos de sus zapatos, valía la pena.

—¡Café para Fritz!

—*Mit Schlag!*

—¿Has oído, camarero? *Mit Schlag.*

—¿Qué historria he interrumpido?

El representante de Locomobile volvió a empezar el relato de su anécdota y repitió lo de la confusión en el envío de guantes y ropa interior:

—Y luego a la mujer que recibió los calzones femeninos le llegó una carta del tipo que le había mandado los guantes de regalo... ¿Sabéis qué ponía?

Fritz se adelantó y dijo la última frase:

—«¡Todos los que te los vean puestos admirarán mi buen gusto y tu finurra!».

La mesa estalló en carcajadas, repitiendo: «¡Qué bueno!».

—Pero si es un chiste acabado de inventar —protestó el viajante de Bridgeport—. ¿Dónde lo has oído? He venido directamente de Chicago en el *Pennsylvania Limited.*

—Lo oí la semana pasada en Frisco —respondió Fritz.

—¿Frisco? ¿Cómo puede ser? ¿Alguno de los presentes ya lo conocía?

Todos movieron la cabeza.

—Yo no, Jake.

La explicación la tenía el más joven, que era de Chicago y ganaba mucho dinero con una línea de la Gillette Safety Razor Company.

—Corre más la electricidad que el vapor.

—¿Y eso qué diantres significa? —preguntó el representante de Locomobile.

—Pues —aclaró Fritz Wunderlich— que mientras tú vas en tren tu chiste vuela a San Francisco por los cables del telégrafo.

—¿Quién tiene tanto dinero para telegrafiar chistes?

—No es que se lo gaste nadie, pero de noche, cuando no se usan los cables y los telegrafistas no tienen nada más que hacer, se mandan chistes.

El representante de Quaker Oats asintió con la cabeza.

—Reconocen a sus colegas por el ritmo de las pulsaciones. Uno le telegrafía a otro de ciudad a ciudad, y los chistes van pasando por telégrafo a través del continente.

—¿Qué, Fritz, qué tal por Leipzig?

—Me alegra decir que Estados Unidos sigue siendo un país de creyentes

temerosos de Dios y amantes de la música. Vaya, que en Leipzig van muy bien las cosas. Al menos entre los constructores de órganos, *danke*. ¿*Und* ustedes, caballeros? ¿Todo bien?

—Muy bien, Fritz. Oye, ¿la última vez no intentabas vender un nuevo órgano a aquella iglesia tan grande de Saint Louis? ¿Cómo te fue?

—Era en Detroit, si no recuerdo mal. Y me fue muy bien, gracias.

—¿Compraron el nuevo órgano?

—¡Dos!

—¿Dos órganos para una sola iglesia? ¿Por qué...?

La sonrisa de Wunderlich infundió calidez a la mesa. Su respuesta fue el eslogan del viajante.

—Entonces parecía buena idea.

Rieron a carcajadas. Los vendedores se daban palmadas en los muslos, y los que disfrutaban de una copa hicieron señas a los camareros para que sirvieran otra ronda.

—Tengo que irme. El tiempo es oro. *Ja!* Casi se me olvida. Estoy promocionando un nuevo artículo. Los himnarios. Tomad, páginas de muestra.

Abrió una cartera de piel de becerro decorada con latón macizo e hizo circular hojas sueltas muy bien impresas.

—«Adelante, soldados de Cristo» —cantó mientras guardaba sus cosas. Tenía una voz muy bonita, de tenor lírico, que interrumpió todas las conversaciones de la sala —. «Marchemos como a la guerra».

Los viajeros retomaron el himno, marcando el compás en tazas de café y vasos altos, mientras se despedían con la mano del bueno de Fritz, que ya corría para no perder el tren.

—Ese sí que es un viajante de primera —dijo el representante de Locomobile lo bastante alto para que Fritz lo oyera.

—Ocho días a la semana —bromeó otro cuando el alemán desapareció por la puerta—. Trece meses al año.

—¡El tiempo es oro!

—*Mit Schlag*.

—Aunque es curioso —opinó el de Gillette Razor.

—¿Qué?

—Pasé por una de las tiendas de pianos de su empresa, en Akron, y me dijeron que no aceptaban más encargos porque se les acumulaba el trabajo.

—Ya has oído a Fritz: el negocio va viento en popa.

—Ya, pero es que no era el tipo de tienda que imaginaríais. Era vieja, polvorienta, y detrás del mostrador había un tipo malcarado con más pinta de «encargado» de taberna que de vendedor de pianos. Parecía imposible que en un sitio así hubieran comprado algo alguna vez.

—Quizá fuera un mal día.

—Supongo.



El mayor Christian Semmler, de la división de inteligencia militar del ejército alemán, salió a toda prisa del Palmer House regodeándose en las risas y las afectuosas despedidas de los viajeros. De niño, en el circo, Semmler había aprendido de los payasos que cuando un actor se ponía de verdad en la piel de un personaje su interpretación resultaba creíble.

En todos los buenos hoteles de Estados Unidos había una «mesa para viajeros». En aquel club, él, el supuesto Fritz Wunderlich, vendedor a comisión de órganos y de pianos, recibía un trato fraternal.

Fritz Wunderlich podía viajar a donde quisiera.

Christian Semmler, cerebro del plan Donar, nunca tenía que dar explicaciones.

Isaac Bell y Clyde Lynds hicieron transbordo en Chicago para seguir cruzando el continente por la línea Rock Island a Los Ángeles a bordo del *Golden State Limited*, un tren compuesto íntegramente de coches cama. Los detectives de Van Dorn que los seguían desde la estación de la calle LaSalle del *20th Century* hasta la de Dearborn del *Golden State* eran tan discretos que Bell solo los vio en una ocasión.

Una vez a bordo del *Golden State* preguntó a un agente de Van Dorn disfrazado de revisor si los habían seguido y recibió un no categórico. Pensó que probablemente fuera cierto. Chicago era donde Joseph van Dorn había fundado la agencia. Los detectives que tenían su cuartel general en el Palmer House eran de primerísima clase y se enorgullecían de ello.

El *Golden State Limited* era un expreso transcontinental que tenía una única parada en las principales estaciones de su recorrido de tres mil novecientos kilómetros hacia el sudoeste por la ruta de baja altitud de El Paso. «Peso pesado» de lujo, consistía en un coche cama salón, un segundo coche cama con salón y compartimentos, un coche cama de habitáculos más pequeños —donde Bell había vuelto a reservar una litera superior y una inferior—, el coche comedor y otro con bufet, biblioteca y mirador, que cerraba el convoy. Delante iban los vagones de correo, equipajes y expreso, justo detrás del ténder que transportaba carbón y agua para la locomotora Pacific 4-6-2.

Cinco minutos antes de la hora estipulada de salida de Chicago entró en la nave de la estación de Dearborn un vagón blindado Bellamore, de costados muy rectos, con el nombre del Continental & Commercial National Bank. Sus ruedas de caucho macizo se detuvieron junto al *Golden State*, y varios guardias con armas de fuego descargaron una caja fuerte de grandes dimensiones para introducirla en el coche expreso.

La caja fuerte, larga como un ataúd, tenía como destinación Los Angeles Trust & Savings Bank, en South Spring Street, 561. Tanto el lugar al que iba dirigido como los guardias que con gran esfuerzo, sin decir palabra, subieron la caja al coche expreso permitían afirmar que estaba llena de oro, títulos negociables al portador, billetes de banco o una combinación de las tres cosas por un valor extraordinario. El

comentario cordial del mensajero del coche expreso de que en su última y reciente visita a Los Ángeles el edificio del banco ubicado en la calle South Spring aún estaba en construcción fue recibido con miradas frías y un lacónico «firme usted aquí».

Al mensajero del coche expreso, Pete Stock, hombre sereno que llevaba al cinto una Smith & Wesson bien engrasada, le faltaba poco para jubilarse y esperaba recibir un reloj Waltham de calidad en pago de sus valientes servicios a la compañía. Custodio, a lo largo de su trayectoria profesional, de innumerables cargamentos en monedas, billetes y lingotes de plata y oro (y curtido en más de un tiroteo con pistoleros que pretendían «hacer negocios con el coche expreso»), verificó concienzudamente que los documentos que el brusco guardia de la Bellamore le tendía concordasen con su manifiesto. Solo entonces firmó.

Isaac Bell enviaba y recibía telegramas en cada estación.

En Kansas City llegó el siguiente de Marion, quien nunca malgastaba su dinero en telegrafiar palabras:

GRIFFITH ESPERA A CLYDE.  
LA NOVIA ECHA DE MENOS AL NOVIO

No menos lacónico, a la par que educado, este mensaje de Griffith:

EXPECTANTE

Pensando en el Acróbata, Bell mandó un telegrama a Nueva York, a Harry Warren:

BRUNO NO DIJO A SU HERMANO FRANK QUIÉN LO  
CONTRATÓ. PERO ¿SE LO DIJO A SU NOVIA?

La respuesta de Harry Warren llegó a sus manos la noche siguiente. Estaban añadiendo al tren una locomotora de refuerzo para subir por las montañas a ciento diez kilómetros al este de la frontera con Arizona, en Deming, Nuevo México.

BRUNO HABLÓ A SU NOVIA DE UN FOGONERO CON  
PINTA DE MONO. ¿TE SUENA?

Le sonaba. Y era extraño. Parecía que aquel hombre estuviera en todas partes. Pensó que el Acróbata respondía a una tipología más mortífera de lo habitual, poco frecuente en los bajos fondos: un genio del crimen que se ocupaba personalmente del trabajo sucio. Los que actuaban solos, tratárase de forajidos o de espías extranjeros, eran difíciles de atrapar porque ningún subordinado inepto podía traicionarlos.

Lo rumió mientras asistía al *ballet* ferroviario de precisión ejecutado por los

guardafrenos de Deming al enganchar la locomotora auxiliar. De repente tuvo una revelación. Pese a la precisión militar del ataque que había estado a punto de terminar en el secuestro de Lynds y Beiderbecke en el *Mauretania*, si el Acróbata era un soldado, no era un soldado normal.

Los militares no eran solitarios por naturaleza. Acataban la disciplina de sus superiores y daban órdenes a sus subordinados. Quizá el Acróbata hubiera sido militar, pero ya no lo era; en todo caso, de haberlo sido, había conseguido operar al margen de la supervisión y los impedimentos de un ejército.

Mandó un telegrama a Berlín, a Art Curtis:

¿ACRÓBATA? ¿ARTISTA DE CIRCO TAL VEZ? ¿MILITAR?

¿Y AHORA? ¿HOMBRE DE NEGOCIOS EN KRIEG

RÜSTUNGSWERK GMBH?

Era consciente, por desgracia, de que habría sido mucho esperar que una oficina de un solo hombre pudiera descubrir datos que abonasen tan vagas conjeturas (incluso con un detective tan fabuloso como Art Curtis), así que telegrafió el mismo mensaje a Archie Abbott, en Nueva York. Y justo cuando el *Golden State Limited* daba la doble señal de «en marcha», Bell mandó otra copia a Joseph van Dorn, en Washington.

Un saboteador de trenes manejaba a la luz de las estrellas una llave para pernos. Se encontraba a cuarenta kilómetros al oeste de Deming y a quince de la divisoria continental donde aumentaba bruscamente la inclinación de la línea Southern Pacific, por la que pasaban los trenes entre El Paso y la costa Oeste. Estaba desenroscando una eclisa que mantenía unidos los extremos de dos raíles.

Su compañero extraía los clavos que sujetaban los raíles de acero a las traviesas de madera. Cada perno y cada clavo extraídos debilitaban un poco más la sólida base tendida para soportar la circulación de locomotoras de cien toneladas. Ahora la aplicación de un gran peso a los raíles los separaría. No hacía falta que se movieran mucho. Un simple par de centímetros marcaría la diferencia entre un viaje seguro y otro a la eternidad.

Aun así, para garantizar que saliera todo bien, después de quitar los pernos y los clavos, los saboteadores deslizaron un tornillo más largo por el agujero lateral de un raíl, donde había estado el perno de una eclisa, y lo unieron al último eslabón de una cadena para mover árboles talados. Ya la habían tendido en toda su longitud por un arroyo seco bastante profundo para esconder el Rolls-Royce que habían robado a un turista rico de visita en Lordsburg.

Acabaron justo a tiempo. Al este empezaba a verse el brumoso resplandor de unos faros de locomotora.

Un silbido penetrante, emitido con dos dedos en la boca, puso sobre aviso a otro compañero situado más arriba, en la ladera, junto a los caballos. El cuatrero respondió a su vez con otro silbido. Mensaje recibido: empezaría a cinchar a los animales y a cargarlos con alforjas repletas de comida y agua para el largo viaje a México.

Los saboteadores pusieron el coche en marcha y lo hicieron avanzar para que se tensara la cadena. Después se mantuvieron a la espera mientras el suave murmullo del motor de precisión del Rolls-Royce sucumbía lentamente al crescendo de dos locomotoras Pacific. Cuando el tren estuvo demasiado cerca para detenerse, aunque el maquinista hubiera visto que los raíles estaban sueltos, hicieron avanzar de nuevo el Rolls-Royce. La vía se resistió. Las ruedas derrapaban en la arena. Con un par de centímetros, no obstante, bastaría.

Si el *Golden State Limited* hubiera hecho gala de su velocidad habitual de más de un kilómetro y medio por minuto, todo el tren habría saltado de las vías, se habría deslizado rodando por el terraplén y se habría visto reducido a cenizas después de que el carbón que alimentaba la caldera ardiese y el incendio se propagara, pero los saboteadores, viejos zorros en su especialidad, habían elegido a propósito la pronunciada cuesta que ascendía desde Deming hacia la divisoria. Ni aun con locomotora auxiliar superaba el tren los cincuenta kilómetros por hora cuando inutilizaron la vía.

Las locomotoras, los ténders y el primer coche expreso cayeron por una separación de veinte centímetros entre los raíles y chirriaron por encima de las traviesas, lanzando astillas y balasto. Durante lo que a bordo pareció una eternidad, el tren derrapó en una cacofonía de acero.

El coche expreso se desenganchó del de correo, y se soltaron los cables eléctricos, las conducciones y los tubos neumáticos. Al perder la presión, los frenos de aire de los vagones de cola aplicaron las zapatas a las ruedas. Finalmente, ralentizados por la resistencia adicional, los coches expreso, comedor y cama del *Golden State* se detuvieron rechinando, a medio camino entre las vías y el balasto. Todavía en pie, aunque con una preocupante inclinación, quedaron envueltos en la oscuridad.

Cuando las luces se apagaron, el alemán a quien el profesor Beiderbecke había puesto el apodo de Acróbata salió de la caja fuerte del Continental & Commercial Bank of Chicago. El mensajero del coche expreso, Pete Stock, ya había encontrado una linterna, pero antes de sacarse la Smith & Wesson del cinto vivió medio segundo de incredulidad que resultó fatal.

De una manopla de cuero fijada a su poderosa muñeca, el Acróbata desenroscó un fino cable trenzado que pasó por el cuello de Stock y lo estranguló. Acto seguido salió en busca de Clyde Lynds con la seguridad de que sus hombres lo tenían todo a punto para una huida rápida y ordenada: primero a caballo por la frontera mexicana, después a Veracruz en un tren especial, a continuación en un carguero de la North German Lloyd y por último a Prusia, donde el inventor sería persuadido para que reconstruyera su aparato.

Saltó del tren y corrió a los coches cama, contando vagones a la luz de las estrellas a medida que dejaba atrás los de equipaje, correo y comedor, y dos coches salón con compartimentos. Finalmente trepó al vestíbulo del coche cama, donde el caos del descarrilamiento acababa de despertar a Clyde Lynds.

Isaac Bell tenía por costumbre dormir con los pies hacia la parte delantera del tren. Cuando impactaron contra el mamparo, se despertó de golpe y se puso las botas y el arnés de la pistola.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Clyde, adormilado, en la litera superior.

—Que el tren se ha salido de la vía.

—¿Hemos descarrilado?

Bell sacó su Browning y cargó una bala.

—¿Subiendo despacio por raíles rectos? Dos a uno a que alguien ha provocado el accidente.

—¿Qué está haciendo?

—En cuanto me haya ido echa el pestillo y no dejes entrar a nadie, ni siquiera al revisor.

Bell salió a la oscuridad completa del pasillo y cerró la puerta a su espalda. No

veía a nadie. Se oían gritos procedentes de los compartimentos. La gente parecía más sorprendida que asustada. Aunque los pasajeros de un tren siempre tuvieran presente la posibilidad de sufrir un accidente, el frenazo del *Limited*, pese a ser brusco, no había desembocado en las maderas rotas, los metales retorcidos, los huesos fracturados y la carne quemada que habrían hecho que sus nombres apareciesen en la lista de muertos y heridos de los periódicos del día siguiente.

Bell se quedó quieto, con la espalda apoyada en la puerta. En cuestión de segundos sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Seguía sin haber nadie a la vista. Distinguía el contorno de las ventanas al otro lado del estrecho pasillo, perfilado por la luz de las estrellas que iluminaba apenas el desértico altiplano. Algo se movió fuera, en la oscuridad aliviada por los astros. ¿Le engañaban los ojos o había visto un grupo de caballos muy juntos a cien metros del tren? La distancia y la penumbra no le permitían asegurar que estuvieran ensillados, pero a esas alturas, tan cerca de un estrepitoso descarrilamiento, una manada salvaje ya habría salido en estampida y estaría al otro lado de las montañas. No, eran caballos con jinetes.

Vio en cabeza del vagón una linterna cuya luz inestable le ayudó a reconocer el immaculado uniforme blanco del mozo, Edward, que al parecer acababa de despertarse de una cabezadita echada en la despensa. Bell cerró un ojo para acentuar su visión nocturna. Percibió movimiento detrás de Edward. Sin que Bell tuviera tiempo de avisarlo, el mozo se desplomó en silencio, y su linterna, al caer junto a él, recorrió el pasillo con el haz luminoso hasta enfocar al investigador.

De repente se abrió la puerta de un compartimento y salió un hombre gordo en pijama.

—¡Mozo! —exclamó.

Fueron abriéndose más puertas y saliendo pasajeros al pasillo oscuro. Bell comprendió que el plan del Acróbata se había visto frustrado en cuestión de segundos. La sombra que había tumbado a Edward se movía de manera extraña, tendiendo un brazo a la vez que se cubría la cara con el otro.

Bell reconoció el olor y se tapó los ojos. Después oyó un ruido como el de una botella de champán al ser descorchada. Un intenso fregonazo blanco iluminó el pasillo. Los pasajeros, deslumbrados, se echaron hacia atrás, hacia sus compartimentos, entre gritos de miedo y de consternación.

Nadie salvo Isaac Bell se interponía entre el Acróbata y la puerta de Clyde Lynds.

El investigador había recordado de la época que pasó en el circo el peculiar olor del algodón *flash*. A los payasos les encantaba el truco de prender fuego a una tela impregnada de nitrocelulosa para arrojar fuego por los dedos. Bell había reconocido a tiempo aquel olor para que la luminosidad brusca y momentánea no lo deslumbrase.

Se lanzó en la oscuridad hacia la forma simiesca del Acróbata, alumbrada por las estrellas.

—¡No veo nada! —gritó el hombre gordo de nuevo en el pasillo, dando tumbos.

El alto detective chocó con él. Perdieron los dos el equilibrio y cayeron enredados

al suelo. Bell hizo una voltereta y volvió a levantarse. El hombre gordo lo sujetó por el tobillo con una fuerza sorprendente.

Bell se soltó, corrió hasta el principio del vagón y entró en el siguiente a través de los vestíbulos. Al fondo, la llama del hornillo para té del cuarto del mozo de aquel coche iluminó una silueta de hombros anchos y brazos largos que pasó rápidamente. También aquel mozo estaba en el suelo, inconsciente o muerto. El detective levantó la pistola y no perdió el tiempo en ordenar al Acróbata que se detuviese.

Apuntó a las piernas y apretó el gatillo.

Justo cuando el percutor bajaba hacia el borde del cartucho para detonar la carga de su interior, Isaac Bell levantó la pistola con todas sus fuerzas. Acababa de salir de un camarote una mujer cuya bata blanca relucía a la luz de las estrellas. Gritó, y Bell vio que su gorro de dormir salía disparado de su cabeza.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, horrorizado.

Era una pesadilla. Una inocente se había interpuesto en su línea de fuego. Corrió hacia ella, guiándose a tientas por las sucesivas puertas de los compartimentos. De pronto notó unos pinchazos en la mano. Eran las astillas que la bala había dejado en la puerta de la pasajera. Su alivio fue enorme al comprender que una mujer con un disparo en la cabeza no habría podido chillar de aquel modo. Tras confirmar que estaba ilesa, la acompañó amablemente hasta su litera y echó a correr en persecución del Acróbata.

A diferencia de Isaac Bell, al alemán no le estorbaron los pasajeros que salían desconcertados y asustados de sus compartimentos, exigiendo a voces una explicación al mozo. Aquel individuo los arrollaba a su paso, los tiraba por el suelo y dejaba un reguero de cristales rotos al lanzar a más de uno por la ventana. Nadie podía verlo, ya que con el descarrilamiento las luces se habían apagado. En ese momento, sin embargo, ni su propia esposa lo habría reconocido, tan crispado por la ira tenía el rostro. Era la segunda vez que Isaac Bell desbarataba una operación tan compleja en sus detalles como precisa en su ejecución.

Corrió hacia la cabecera del tren y al llegar al coche correo, que tenía rotos los enganches, saltó al balasto y dejó atrás los coches expresos y el ténder. Oyó a su espalda los pasos de Isaac Bell. Era una oportunidad de oro para acabar de una vez con sus intromisiones, así que trepó por un lado de la locomotora auxiliar.

De improviso un guardafrenos lo asió por un tobillo.

El alemán lo tumbó con una patada tan fuerte que le partió el cuello, pero el impacto le hizo perder el equilibrio y empezó a caer hacia atrás. Reaccionando con serenidad, y con una economía de movimientos digna de un gato, echó la mano izquierda hacia delante. Separándose de la manopla fijada a su muñeca, el peso situado al final del cable que, previamente, había empleado para estrangular al mensajero del coche expreso se enroscó en una baranda.



Isaac Bell vio saltar al Acróbata a la barra del cilindro que conectaba el pistón a las ruedas motrices de la locomotora de refuerzo; acto seguido vislumbró que caía al suelo un ferroviario que había intentado detener al secuestrador. Durante un segundo le pareció que también caía el Acróbata, pero no fue así: levantó el brazo, dibujando un extraño movimiento, y de pronto pareció volar sobre las ruedas desde la barra hasta un asidero situado encima de ella. El Acróbata se aferró a este último y realizó una voltereta hacia atrás. La simiesca silueta tapó la luz de las estrellas sobre el gran motor de la locomotora. En unos instantes había desaparecido como el humo.

Bell salió en su persecución. La locomotora estaba repleta de asideros y escalones para que los operarios pudieran llegar a todas las zonas que hubiera que engrasar, limpiar y ajustar. Por encima de las ruedas motrices de la Pacific, que medían más de dos metros, había un saliente junto a la caldera. Bell saltó a la barra, subió al saliente y, puesto en pie, levantó las manos hacia el pasamanos. Solo después de haberse aferrado a este, cuando empezaba a flexionar los brazos para impulsarse, vio la sombra de una bota que se proyectaba hacia su cara. El Acróbata no huía; lo estaba esperando arriba.

Bell echó la cabeza hacia atrás y de lado, como si esquivase un puñetazo.

La puntera pasó junto a su oreja e impactó en su hombro. Bell se percató de que el Acróbata llevaba botas con suela de caucho y talón; de haber sido de cuero, un golpe de aquella fuerza le habría partido el hueso.

El impacto lo lanzó de la locomotora. Se precipitó de espaldas, hecho un ovillo para protegerse la cabeza. Encogido, retorciéndose, intentó recuperar el equilibrio en el aire. Si lograba caer en el lado inclinado de la vía, y no en la parte plana, quizá sobreviviera. El cielo tachonado de estrellas giraba sobre él como un caleidoscopio en blanco y negro. El suelo oscuro estaba cada vez más cerca. Chocó con el borde donde empezaba el desnivel del terreno y resbaló por la cuesta hasta caer en una zanja.

Se quedó en el suelo mientras seguían girando las estrellas. Después oyó una especie de golpeteo, como unos cascos de caballo, y se preguntó si había vuelto a fracturarse el cráneo, pero no; de hecho, la cabeza era prácticamente lo único de su cuerpo que no le dolería en una semana. Al ponerse en pie, ignorando las punzadas en los hombros y las rodillas, oyó alejarse el ruido. Caballos, por supuesto. Los había

visto a la luz de las estrellas. Eran la manera más rápida de cruzar terrenos abruptos.

Subió por el terraplén y se encontró cara a cara con Clyde Lynds.

—¿Está bien, señor Bell?

—Te he dicho que te quedaras en el compartimento y que echaras el pestillo.

—Se han ido. Montados a caballo.

—¿Por casualidad le has visto la cara a alguno de ellos?

—No, pero... mmm...

—Pero ¿qué? —inquirió de manera brusca Bell con la esperanza de obtener alguna pista.

—Uno de los caballos no tenía jinete —respondió Lynds mientras miraba con temor a los pasajeros agolpados junto al tren descarrilado—. Puede que aún esté por aquí...

—No, Clyde. La silla vacía estaba reservada para ti.

—¡Oiga, señor —vociferó el capataz de la brigada de reparación, un gigante pelirrojo—, si baja podremos arreglar el tren!

El alba encontró a Isaac Bell examinando minuciosamente con una lupa la locomotora de refuerzo del *Golden State*. Por fin había llegado de Deming, pendiente arriba, un tren de reparaciones, seguido poco después por otro de Lordsburg, al oeste. Entre los dos se disponían a encarrilar de nuevo, pieza a pieza, el *Limited*.

—Solo necesito un minuto —dijo Bell.

—¡Baje de mi tren! —bramó el gigante mientras trepaba a la locomotora por el protector de las ruedas motrices.

Bell se volvió, sonriente, y le tendió la mano.

—Mike Malone... Ese acento irlandés lo reconocería hasta en medio de una tormenta de rayos.

—Pero, bueno, si es Isaac Bell... Choque esos cinco.

Se dieron un apretón de manos: dos hombres altos, uno de ellos delgado como un raíl y el otro con brazos y piernas como traviesas.

—¿Qué hace aquí?

—De acompañante —respondió Bell de forma imprecisa.

Conocía a Mike de cuando habían estado en un tris de ser hechos pedazos por la dinamita ingeniosamente oculta bajo las vías de la Southern Pacific de Osgood Hennessy.

—Disfrazado —añadió para disuadir así a Mike de preguntar qué tenía que ver la lupa de Bell con acompañar a alguien, por no hablar del mensajero del coche expreso que había aparecido estrangulado dentro del vagón, ni del automóvil Rolls-Royce encadenado a un raíl roto.

Malone le hizo un guiño.

—No se hable más.

Bell le enseñó una muesca en el pasamanos.

—¿Usted qué cree que ha dejado esta marca?

El ferroviario pasó por encima una palma callosa.

—¿Una sierra?

—¿Qué tal un cable trenzado?

Malone encogió sus poderosos hombros.

—Podría ser.

—¿Por casualidad no llevará en su tren de rescate unos alicates pequeños que pueda prestarme?

—¿Le sirven unos universales?

—Mientras estén muy afilados y sean lo bastante pequeños para metérmelos en la manga...

—Tan pequeños nunca los he visto. Pediré a mi tornero que le haga unos. ¿Adónde se los envió?

—A Los Ángeles.

Isaac Bell estaba seguro de que el objetivo del ataque había sido secuestrar a Clyde Lynds, no hacerle daño, pero les había faltado poco para conseguirlo, y ahora Clyde estaba muerto de miedo. El susto le había quitado cualquier asomo de fanfarronería o de soberbia. Miraba a todas partes con ojos inquietos en busca de consuelo, pero solo encontraba miedo.

Bell no pensaba apartarse por nada del mundo de la investigación sobre Krieg, pero su sentido del honor lo llevó a preguntar al joven científico si no prefería tomar el camino más seguro y vender su máquina a Thomas Edison, para que dejaran de perseguirlo los alemanes.

Clyde quiso saber si se proponía abandonarlo.

—En absoluto. Lo que estoy diciendo es que te has librado por un pelo y que el próximo ataque podría tener éxito, aunque la agencia Van Dorn, y más concretamente yo, estemos dispuestos a jugar nos la vida para protegerte.

—¿Por qué? ¿A ustedes qué les importa? Pueden pasar años antes de que Van Dorn obtenga algún dinero de Talking Pictures.

Para Isaac Bell los inocentes eran sagrados, y siempre había que protegerlos. Sin embargo, su respuesta fue echarse a reír.

—Ya te lo expliqué. Marion espera que tu invento le ayude a hacer películas cada vez mejores, y eso para mí es bastante.

—Si usted lo dice —contestó Clyde sin dejar de mirar a todas partes—, supongo que para mí también.

—¿Estás seguro, Clyde? Yo no puedo garantizar tu integridad. Lo único que puedo asegurarte es que haré todo lo necesario para proteger tu vida, pero no que tengamos éxito. El Acróbata no se queda atrás.

Clyde se esforzó por sonreír.  
—¿Y el lema de Van Dorn? «Nunca nos rendimos. ¡Nunca!».  
—Ah, no, si al final lo pillaremos —dijo Bell con otra sonrisa.  
—De poco me servirá si me pilla antes a mí...  
—Por eso te preguntaba si estás seguro.  
Clyde respiró profundamente.  
—Estoy seguro.  
—Así me gusta.

En Berlín, Arthur Curtis entró y salió del Tiergarten cruzando dos veces en veinte minutos la enorme puerta egipcia del parque. El timorato Hans Reuter no se había presentado a la cita. Curtis había tenido la esperanza de que la codicia le infundiera coraje, si no lo hacía el odio a sus jefes. El elegante y barrigudo agente de Van Dorn se dispuso a entrar por tercera vez en el parque, pero renunció al darse cuenta de que había llamado la atención de un policía de paisano.

Nadie, al ver el desenfado con que caminaba, habría adivinado que Arthur Curtis se hubiera puesto en situación de alerta máxima, ni que emplease todos los trucos que conocía para averiguar si lo seguían antes de regresar a su despacho. Podía haberlo delatado su contacto. Existía la remota, pero no nula, posibilidad de que hubiera confesado a sus jefes que vendía secretos de Krieg. Hasta podía haber acudido a la policía: los culpables eran propensos al pánico, y el pánico hacía cometer tonterías.

Cruzó con cautela el barrio diplomático contiguo al parque, recorriendo sin prisa las hermosas calles a las que se asomaban las mansiones de los embajadores. Era una zona llena de oficiales del ejército. Parecía que uno de cada dos alemanes llevara uniforme. Se encontró por pura casualidad a un conocido, un empleado de bajo rango de la embajada británica, aficionado al coñac francés.

—Hoy vas hecho un pincel, Arthur. ¿Qué pasa, es que te ha tocado la lotería?

Curtis le guiñó el ojo.

—No, es que vengo de visitar a una amiga.

La respuesta del otro hombre fue una sonrisa pícaro y una frase previsible:

—¿No tendrá una hermana?

—La próxima vez se lo pregunto —dijo Curtis.

Se despidieron riendo. Al llegar a una zona comercial, Curtis prestó atención a los reflejos en los escaparates. Todo parecía ir bien hasta que apareció delante, por la acera, un individuo con una gabardina de buena calidad en quien Curtis se había fijado hacía veinte minutos.

Iba muy bien vestido para ser detective o policía secreto. Claro que Krieg y el ejército alemán podían permitirse lo mejor, ¿no? Al ver que un agente uniformado y a caballo señalaba a alguien con la cabeza, Arthur Curtis cogió un tranvía, en parte para reflexionar y en parte para ver quién lo seguía. Un hombre corpulento, con un

sombrero caro de fieltro, subió en la siguiente parada, sudoroso por haber corrido. Curtis tuvo la seguridad de que, o bien estaba siendo paranoico, o bien tenía problemas; en cualquier caso, debía actuar como si los tuviera.

Por otro lado, pensó, con una sonrisa que irradiaba inocencia, que llevaba quince años metido en el juego de la investigación privada (casi veinte, si se contaba su aprendizaje en una agencia de Denver especializada en vigilar envíos de lingotes y dirigida con mano de hierro por dos antiguos guerreros indios) y desde su llegada a Alemania había dedicado hasta el último minuto de su tiempo libre a memorizar los entresijos de los barrios berlineses. Bajó del tranvía y subió a otro.

El tráfico pasó de estar compuesto de automóviles a estar dominado por las bicicletas y los carros de caballos. Se apeó en un barrio obrero, de edificios de cinco plantas y algunas carboneras, donde los sombreros de fieltro y las gabardinas habrían desentonado muchísimo. Iba con paso decidido, como quien volvía a casa o —vista la calidad de su ropa— iba a cobrar el alquiler. Enfiló varias calles palpando el sujeta billetes de su bolsillo. A la vuelta de una esquina hizo señas a un adolescente en bicicleta y se la compró por el doble de lo que valía. A continuación pedaleó tres veces más deprisa de lo que cualquier perseguidor haría, con la esperanza de que ningún policía hubiera mostrado su placa a otro ciclista a su espalda.

Tenía la sensación de haber protagonizado una huida impecable. Sin embargo, no era lo mismo huir que hacer su trabajo. Isaac Bell lo presionaba mucho, y Arthur Curtis tenía ganas de cumplir. Ahora bien, si no era capaz de acorralar a Hans Reuter, ¿cómo podría preguntarle si había un alto cargo de la compañía que hubiera sido oficial del ejército?

El primero en bajar del *Limited* en Los Ángeles fue Isaac Bell.

Pisó el andén antes de que el convoy hubiera entrado del todo en la estación La Grande y, llevando del codo con firmeza a Clyde Lynds, intercambió un discreto saludo con un detective de Van Dorn disfrazado de mozo y salió de la estación a una mañana soleada. Buscó un trolebús verde aceituna de Santa Mónica donde pusiera *HOLLYWOOD*. Media hora después bajaron en una cochera de ladrillo que prestaba servicio a la localidad rural del mismo nombre.

Mientras el trolebús se alejaba a toda velocidad del pueblo, Bell examinó a los turistas que habían bajado con ellos y obtuvo luz verde de un detective de Van Dorn que estaba comprando postales. Después entró en el más próximo de los diversos hoteles y pensiones que se arracimaban en torno a la cochera e hizo una pregunta al recepcionista:

—¿Dónde está rodando el señor D. W. Griffith?

—Aquí mismo, a la vuelta de la esquina. Es una cinta de dos rollos que se llama *En la vieja California*. Pero no le dará trabajo. Ya hay catorce actores esperando. Yo soy el número doce.

—Gracias por avisar. Ven —dijo Bell a Clyde.

Lynds se había repuesto del susto del tren.

—¿A quién diablos le importa la vieja California? A Griffith le convendría un título con más garra, como *Las chicas de la vieja California*.

—No te alejes —le aconsejó Bell.

Localizó la filmación de Griffith por el zumbido de una dinamo que alimentaba las luces. Era un gran rodaje al aire libre, en un solar vacío con vistas de montañas majestuosas en la lejanía. Bell contó a más de cincuenta participantes: caballistas, mecánicos, actores, tramoyistas... También un camarógrafo a quien reconoció, un buen profesional, apellidado Bitzer, que había trabajado para Marion y tenía fama de ser el mejor dentro de su profesión.

Griffith, un hombre larguirucho de unos treinta y cinco años, dirigía sentado en una silla, con un enorme sombrero de paja de ala blanda que le tapaba la cara. Tenía un leve acento de Kentucky y un revólver metido en la cintura.

—Vamos a ver, señorita —dijo a una actriz con un vestido de damisela española a

la antigua usanza y un mantón—, intente caminar otra vez desde donde está hasta aquel árbol de allí.

—Sí, señor Griffith.

Griffith se llevó a la boca un megáfono de más de medio metro.

—¡Luces!

Las Cooper-Hewitt duplicaron el efecto de pleno sol al encenderse.

—¡Cámara!

Bitzer enfocó y empezó a girar la manivela.

—¡Velocidad!

El camarógrafo alcanzó una velocidad que hacía pasar la película ante el objetivo de la cámara al ritmo de cien metros en cuatro minutos y diez segundos.

—¡Acción!

La damisela española señaló el árbol.

—¡Corten!

Bitzer dejó de girar la manivela. Griffith se arrellanó un poco más en la silla.

—La cámara de Billy la mostrará de cerca —dijo amablemente pero con firmeza, con un tono gangoso—. A cambio de ese honor agradecería un poco de contención en las expresiones.

—Es que tengo que señalar al público adónde voy.

—Ni los más impacientes tardarán mucho en ver adónde va. No señale. Y deje de mirar hacia la cámara.

—Sí, señor Griffith.

—¡Velocidad!

Llegada ya al árbol la española, y anunciada la hora de comer, Griffith se refugió bajo una sombrilla y, al quitarse el sombrero blando, dejó a la vista un pelo muy negro, unas entradas incipientes, una nariz aguileña y los ojos hundidos y expresivos de un galán, a los que infundió calidez con una sonrisa cuando le presentaron a Bell.

—Permítame que lo felicite por haberse casado con una mujer maravillosa y una muy buena directora.

—Gracias, señor Griffith. Durante nuestra fiesta de boda en el *Mauretania* tuvimos el placer de ver *¿Está ocupado?* presentada por una compañía de Humanova.

Griffith puso los ojos en blanco.

—¿Con el director haciendo sonora la mudez de mis actores?

—Me temo que sí. Es de lo que venimos a conversar. Le presento al señor Clyde Lynds, que ha inventado una máquina estupenda para rodar y proyectar películas habladas.

—Ya se ha intentado.

—Pero mi máquina funciona —afirmó Clyde.

—Nunca he visto sincronizarse más de cinco segundos la voz y las imágenes.

—Con la mía lo verá durante cinco rollos.

Griffith derramó la mirada desde el joven y arrojado científico hasta los ojos serenos del alto detective.

—Mi compañía, Dagget, Staples & Hitchcock, está convencida de que funcionará —dijo Bell—. Clyde ha desarrollado un nuevo proceso con el difunto profesor Franz Beiderbecke, científico electroacústico del Imperial-Real Instituto Politécnico de Viena.

—Me encantaría rodar películas habladas —aseguró Griffith—. En los momentos de más intensidad la voz humana es una aportación maravillosa. Aun así, no dispongo de medios para hacer una inversión.

—Yo no necesito su dinero —replicó Clyde—. Lo único que me hace falta es un laboratorio como el que ha montado en aquel cobertizo. Y un taller como el que tiene para las cámaras. Y...

—Por encima de todo —lo interrumpió Isaac Bell—, Clyde necesita a un director importante que ruede una película con su invento.

—Soy el candidato perfecto —dijo Griffith—, pero es que solo estaré aquí hasta que acabemos *En la vieja California*. Luego regresaré a Nueva York y dudo mucho que la Biograph tenga algún interés en una máquina que estaría en competencia con el señor Edison. De todos modos... —Hizo una pausa teatral, subrayada por un dedo en alto—. Se da la coincidencia de que ayer mismo se puso en contacto conmigo la Imperial Film Manufacturing Company con una oferta para apartarme de la Biograph.

Bell desconfiaba de las coincidencias.

—¿Imperial? ¿Quiénes son?

—Me enseñaron su estudio cinematográfico, y puedo decirle que es la mejor fábrica de películas de todo el Oeste. Cuatrocientos trabajadores, todo un cuerpo de directores de escena, unos escenarios magníficos, laboratorios completos, cuartos oscuros y talleres. Todo ello instalado a un coste que debe de haber sido altísimo, gracias al respaldo económico del Artists Syndicate.

—¿Qué es el Artists Syndicate? —preguntó Bell.

—Una asociación empresarial formada por banqueros de Wall Street a quienes no les gusta nada el monopolio de Edison. Ya lo verán ustedes. En Imperial andan sobrados de nuevos equipos capaces de rodar metros y metros de película, y han contratado a estrellas tanto serias como de vodevil. Piensan ir a lo grande, con películas más largas, de varios rollos.

—Parece que estos de Imperial están a la última —dijo Clyde a Isaac Bell.

—¿Podría concertar una entrevista, señor Griffith?

—Haré algo mejor: les anunciaré que rodaré la primera película con sonido en cuanto usted lo haya perfeccionado. Debería llamarles la atención.

—¿No tiene contrato con la Biograph?

Griffith se puso la mano derecha sobre el corazón.



—Prometo que romperé mi contrato con la Biograph en un santiamén a cambio de la oportunidad de dirigir películas que puedan reproducir el sonido de la voz humana. Ahora bien, señor Bell, venderles la máquina es cosa de usted, y perfeccionarla, señor Lynds, de usted. Voy a llamar ahora mismo por teléfono a Imperial.

—Antes de que llame —dijo Bell—, ¿puedo devolverle el favor?

—¿De qué manera?

—Me he fijado en que lleva usted una pistola de seis balas.

—Es una vieja costumbre de antes de que la Biograph se uniera al monopolio —bromeó Griffith con una sonrisa burlona y un guiño teatral—. Hace años que no le pego un tiro a ningún rufián de Edison.

—¿Me permite verla?

—Por supuesto.

Griffith se sacó el revólver de la cintura. Bell abrió el tambor, contó seis cartuchos y extrajo uno.

—Los caballeros que en mi círculo llevan al cinto una pistola de seis balas tienen la costumbre de que el percutor quede en una cámara vacía. Al menos si tienen la intención de ser padres.

Isaac Bell dejó a Clyde Lynds al cuidado de la oficina de Los Ángeles de Van Dorn y acudió solo a su cita con Imperial Film, decidido a formarse una idea objetiva del premio inesperado que habían recibido. Encontró un edificio nuevo de nueve plantas, hecho de arenisca roja, con un ático acristalado que dominaba una manzana recién trazada de parcelas en venta. El barrio parecía destinado a convertirse en el próximo centro de una ciudad en auge como aquella, y la sede, francamente moderna, podía verse como la demostración de que aquel estudio cinematográfico independiente tenía bastante respaldo en Wall Street para enfrentarse al monopolio de patentes de Edison.

Varios mensajeros en moto y sidecar llevaban y traían rollos de película de la estafeta de la planta baja, llena de carteles donde se leía *PROHIBIDO FUMAR*, aunque ninguno de los motoristas que distribuían a los exhibidores rollos altamente inflamables les hacía caso. En el directorio del edificio figuraban despachos y altillos en las plantas superiores, con laboratorios, talleres de fabricación y de reparación, almacenes de utilería y vestuario, así como un estudio principal en el ático acristalado, con el Escenario 1 y el Escenario 2.

Todo el primer piso estaba ocupado por la sala de proyecciones del estudio, llamada Imperial. Los artículos de prensa colgados en el vestíbulo la describían como un «palacio del cinema». Mientras Bell se impregnaba de las particularidades del edificio, y observaba el ir y venir de la gente, leyó descripciones sobre relucientes y dorados querubines que adornaban «un espacio dotado de todas las comodidades, que

hará las delicias de las clases más acaudaladas, las que no asisten a las proyecciones cinematográficas si no es en alguna incursión por los ambientes populares».

Los porteros que patrullaban por el vestíbulo eran más duros de lo que hacían prever sus uniformes, tan generosos en dorados como el del capitán Turner. El hecho de que a cinco mil kilómetros de New Jersey se considerase una sabia precaución tener un cuerpo de matones decía mucho del poder del monopolio Edison. Uno de ellos vio que Bell estaba leyendo las críticas y se acercó muy erguido a investigar.

—Aquí pone —dijo Bell— que las señoras que bajan de compras al centro pasan una hora en la Imperial.

—Y la siguiente vez se traen a sus amigas. ¿En qué puedo ayudarlo, caballero?

—Estoy citado con el director.

—Sexta planta, señor.

Los ascensoristas sorprendían por su juventud y buena forma física. En la sexta planta un recepcionista con aspecto de haber aprendido el oficio en una cuña de fútbol americano lo acompañó al otro lado de una puerta cerrada, donde una secretaria le hizo pasar a un gran despacho protegido del ardiente sol con cortinas. Para sorpresa de Isaac Bell, el director que se levantó sonriente al otro lado de la mesa no era otro que Irina Viorets, la guapa amiga rusa de ojos negros de Marion.

Llevaba un traje muy elegante, con falda larga y chaqueta ceñida, y se había recogido su hermosa melena en la nuca, como solían hacer las directoras para poder mirar por el objetivo de la cámara.

—Te veo sorprendido, Isaac —dijo a modo de saludo, con una risa cálida—. Te aseguro que la más sorprendida soy yo.

Bell estrechó la mano que le tendía.

—¿Me permites que te felicite por tu éxito, sin duda el más rápido en la historia de la inmigración? Esto es lo que se llama «caer de pie», y me quedo corto.

—Pura suerte. Me encontré a un viejo amigo que conocía mi trabajo en Rusia y me presentó a un banquero. El banquero me presentó a un grupo de hombres de Wall Street que ya se habían subido al carro del cine, y de repente tenían este estudio sin nadie que lo dirigiera. Aproveché enseguida la oportunidad. Todas las películas se harán en California. Aquí hace cada día sol.

—Menudo salto —se admiró Bell—: de hacer películas a dirigir todo el estudio.

—Bueno —dijo Irina bajando la vista con modestia—, yo en San Petersburgo tenía experiencia comercial, pero tampoco me hago ideas falsas sobre el cargo. La partitura la ponen los banqueros de Wall Street desde Nueva York. Yo me limito a interpretarla o, a lo sumo, a hacer los arreglos. Queman los cables del telégrafo mandando exigencias noche y día a través del continente. ¿Dónde está tu encantadora esposa? ¿Rodando el paisaje de Jersey?

—En San Francisco, visitando a su padre.

—¿Y después qué hará?

—Aún no lo ha decidido.

—Perfecto. Tenemos que conseguir que Marion se nos una y haga películas sobre algo más atractivo que «el paisaje de Jersey».

—Supongo que le gustaría. A mí sí, te lo aseguro.

Bajaron en ascensor a un economato donde se abastecían actores vestidos de plutócratas, policías, lavanderas, condesas, vaqueros e indios. Muchos iban pintados, con los labios morados, la piel verde y el pelo naranja, para compensar la luz verdosa de las Cooper-Hewitt. Irina circulaba grácil entre ellos, saludando amablemente con la mano o de viva voz. De ahí pasaron a un comedor privado que era una exquisitez. Parecía trasladado de un club londinense y reconstruido hasta el último detalle en el nuevo edificio.

—¿Clyde te dijo algo en el barco sobre su máquina de Talking Pictures? —preguntó Bell.

—Lo justo para que al recibir la llamada del señor Griffith pensara que podía ser con exactitud lo que buscan mis inversores del Artists Syndicate.

Isaac Bell disfrutó del ambiente insinuante de su almuerzo con Irina Vioets, al tiempo que le dejaba claro que era hombre de una sola mujer y que esta era Marion. De todos modos, se llevó la impresión de que las sonrisas de Irina, sus miradas ardorosas y sus roces en el brazo, más que ir en serio, eran pura apariencia.

—Una pregunta que ya quería hacerte en el barco: ¿cómo es que hablas un inglés tan interesante? A veces casi parece que hayas nacido aquí.

—Casi, pero no del todo. Aunque voy mejorando. Es un idioma fabuloso.

—¿Cómo lo aprendiste?

—En San Petersburgo mi padre tocaba el piano en la embajada americana y yo tenía muchos amigos entre los niños.

Por alguna razón, barruntó Isaac Bell, preferiría que lo verificase Van Dorn. De hecho, todo aquel montaje tenía algo que se le antojaba un poco falso. Quizá solo fuera la increíble rapidez con que se había desplegado la buena suerte de Irina, o bien la coincidencia, la cruz de todo detective. A menos que se tratara tan solo del recuerdo de Marion diciendo que la historia de Irina sobre su huida de la Ojrana cambiaba con cada copa de vino, aunque en aquel almuerzo no hubo vino, únicamente zumo y agua.

—¿Cuándo fue eso?

—Déjame pensar... —dijo Irina—. Uy, Isaac, qué vergüenza... Cuánto tiempo... Ni siquiera había subido al trono el maldito Nicolás.

—O sea, que antes de... ¿Cuándo fue, en 1894?

—No mucho antes —respondió Irina separando los labios con una efusiva sonrisa—. Permite cierta laxitud con la edad a una mujer.

—Disculpa.

También Bell sonrió, satisfecho de que pronto Grady Forrer (el brillante director

de investigación de Van Dorn, un hombre corpulento ante cuya presencia tendían a sofocarse de inmediato las peleas de taberna, así como un verdadero sabueso cuando de seguir un rastro se trataba) consultaría a los empleados de la embajada estadounidense que habían servido en Rusia cuando todavía reinaba el zar Alejandro III.

—Una pregunta, Irina: ahora que estás al frente de todo el tinglado, ¿echarás de menos dirigir películas?

—¿Que si echaré de menos buscar el mejor emplazamiento para la cámara y esperar horas a que salga el sol para que pueda plasmar en un negativo toda su belleza? Sí, mucho. ¿Que si echaré de menos que el banquero que me prestó dinero para tener la cámara durante horas en el mismo sitio me diga que sería mejor que no la pusiera aquí, sino allí? ¡No! En absoluto. Ahora mi único «jefe» es el Artists Syndicate, y está a cinco mil kilómetros, en Nueva York.

—¿Y quiénes ponen el dinero en el Artists Syndicate?

—El sindicato se prodiga muy poco. Yo no conozco a nadie. Ni siquiera sé cómo se llaman.

—¿Por qué dirías que son tan reservados?

—Por dos razones —contestó Irina con una risa que no disimulaba, pensó Bell, cierta incomodidad—. Probablemente sean banqueros respetables que no quieren que sus mujeres, sus consocios de club y su círculo de reformistas sepan con quiénes se codean. No olvides que a quienes producen películas se los considera atrevidos, o contaminados por ganancias pecaminosas en el *nickelodeon* o por trayectorias que arrancan de las mascaradas y el más barriobajero vodevil. Me han contado que es una actitud que solo se ve en Estados Unidos, pero en Londres encontré el mismo esnobismo.

—¿Y la segunda razón?

—La segunda razón sospecho que es la auténtica: el miedo. Pese a ser tan ricos carecen del poder de Thomas Edison y, si los socios de este último averiguan quiénes son, temen que el trust contraatacará excluyéndolos de sus demás negocios, no solo del cinematógrafo.

Bell se fijó en Irina. Aquella rusa tenía algo que le gustaba; supuso que era su sentido de la decencia, además de su vivacidad. Tampoco tenía mal aspecto, para qué negarlo. Aun así, se preguntó si alguna vez cuestionaría la naturaleza de los inversores en los que se apoyaba su sueño de ser jefa o si sus ambiciones silenciarían sus dudas.

—Hay un proverbio —dijo Bell— según el cual al que cena con el diablo le conviene llevar una cuchara larga.

Irina Violets le quitó importancia con una risa.

—En Rusia también hay un proverbio parecido: «Cuando el diablo encuentra a una mujer perezosa, la pone a trabajar». Yo me reconozco muchos defectos, pero no el de la pereza. Tampoco se me olvida nunca otra cosa que decimos los rusos: «Dios

protege al que se protege a sí mismo».

Isaac Bell sospechó que había abierto una brecha en la armadura de Irina. De todos modos, mandaría otra petición por telegrama a Grady Forrer:

¿¿¿QUIÉN PAGA LAS FACTURAS DE IMPERIAL FILM???

Después de comer fueron al grano, y Bell interpretó su papel de ejecutivo de seguros de Dagget, Staples & Hitchcock con grandes deseos de invertir en el mundo del cine. Recordando el rechazo sin ambages de Pirate King Tarses, empezó por la encendida defensa de Marion.

—Sin películas habladas, la pantalla reduce a la pantomima el drama, la tragedia, la comedia y la farsa.

—Pero la pantalla —dijo Irina Viorets— es democracia, cuando no socialismo. Estamos reproduciendo las tragedias, las comedias y las farsas de los ricos en pantomimas al alcance del hombre de a pie.

—Clyde ha inventado una manera de hacerlo con palabras y música en vez de con pantomima —explicó Isaac Bell.

Irina asintió con la cabeza.

—He oído que tu compañía de seguros está invirtiendo en la máquina de Talking Pictures de Clyde. Por eso me intrigó que el señor Griffith me llamara, si quieres que te diga la verdad.

—¿Dónde lo has oído?

—De gente del cine a quien se lo estabas vendiendo en New Jersey.

—Pues entonces también habrás oído que mi compañía busca productores que sepan obtener imágenes de categoría superior con la misma fotografía y el mismo acabado que los franceses.

Irina Viorets tendió un brazo por encima de la mesa y posó en el de Bell una de sus bonitas manos.

—Te prometo, señor Bell, que Imperial será más francés que los franceses. Ahora mismo te lo enseño —dijo antes de embarcarse en una visita guiada por el edificio Imperial que despejó cualquier duda en Bell de que la rusa estaba al mando de una empresa solvente.

Le mostró los laboratorios y los talleres de mecánica, reparaciones y carpintería que Griffith ya había puesto por las nubes. Bell vio instrumentos de impresión y de perforación en los cuartos oscuros; almacenes de atrezzo y vestuario para centenares de soldados, policías y vaqueros; y en el departamento de escenografía, múltiples hileras de bastidores pintados en blanco y negro. En el tercer piso había una sala de grabación insonorizada, como la de Edison, con paredes acolchadas y suelo de baldosas de corcho, así como varias bocinas acústicas para captar el sonido.

Después Irina se lo llevó afuera. Junto al lado sur del edificio, en un solar vacío, había una falsa calle orientada al sol que podía adoptar el aspecto de Nueva York,

Londres o el París medieval.

Al lado del edificio había una red de seguridad como las que usaban los bomberos para recoger a las personas que saltaban de los edificios en llamas, con la diferencia de que aquella era fija.

—Para recoger a los actores —aclaró Irina entre risas señalando el parapeto del edificio, a treinta metros del suelo—. Justo donde no alcanza la cámara.

Bell citó a Clyde Lynd:

—Situaciones originales con gran atractivo para los distribuidores.

Volvieron a entrar y subieron diez plantas en ascensor, hasta la azotea.

—Las mejores cintas del futuro —vaticinó Irina— serán las que se creen dentro de un estudio cinematográfico.

En el estudio de rodaje había espacio para varios escenarios a la vez y techos de cristal que aportaban luz natural. En uno de los laterales del ático había un muro de piedra que podía servir de precipicio o de edificio. Bell se asomó y miró hacia abajo. Lo saludó la red de seguridad, no mayor que una moneda de diez centavos desde allí.

—Aún tengo que enseñarte algo más.

Irina lo llevó a la séptima planta, a un reluciente taller de fabricación de cámaras y proyectores con un laboratorio adjunto.

—Es todo de última tecnología. ¿Quieres usar nuestras instalaciones, Isaac?

—¿Lo permitirá el Artists Syndicate?

—Trataré yo con ellos; tú y Clyde, conmigo.

—Hecho —aceptó Isaac Bell—. Con una condición: que mi compañía aporte los mecánicos del taller de Lynds.

—Como quieras, aunque ya tenemos a los mejores de Los Ángeles.

—Y también traeremos a nuestros propios vigilantes.

—¿Para qué? Este edificio es una fortaleza.

—Ya me he dado cuenta, pero es que mis jefes no quieren riesgos y exigirán que hagamos todo lo posible para proteger el invento de Lynds.

—Quizá puedas convencerlos de que el edificio es seguro.

—Aún se acuerdan de lo que pasó en el *Mauretania*. El profesor Beiderbecke fue asesinado, y la máquina quedó destruida en un incendio. Ya podrás imaginarte por qué insisten tanto en que protejamos nuestra inversión.

—Lo entiendo —aceptó ella a regañadientes.

—Espero que estas condiciones no sean causa de problemas con el Artists Syndicate.

—Ya te he dicho que con el sindicato trato yo. Cerremos el acuerdo con un apretón de manos.

Al volver al cuartel general de Van Dorn, Isaac Bell alquiló una casa bastante grande para que Clyde Lynds la compartiera con Lipsher y otros dos hombres de los servicios de protección.

Irina Viorets cerró con pestillo la puerta de su despacho del edificio de Imperial Film y, al sacar de su biblioteca una edición de *Guerra y paz* encuadernada en piel, hizo bascular la estantería, tras la que apareció una escalera privada. Dos tramos de escalones la llevaron a una *suite* oculta en el octavo piso, con tupidas cortinas que proporcionaban una fresca penumbra. Una europea del norte agradecía aquel respiro del calor y el sol de Los Ángeles.

El hombre que esperaba ser informado por Irina estaba sentado tras la mesa, y no se le veía la cara.

—Lo siento —dijo ella—. Bell insiste en traerse a sus propios vigilantes.

**Libro tres** **Hollywood**



El mayor general Christian Semmler se rió de Irina Viorets.

—Pues claro que quiere traerse a sus propios guardias. Es cauto. ¿Qué esperas de un «ejecutivo de seguros»?

—¿Qué sé yo lo que hay que esperar? Soy una simple artista, no una militar.

—Eres una «simple artista» de la misma manera que una cobra es una «simple serpiente».

—No tiene usted derecho a burlarse de mí. He hecho exactamente lo que me pidió.

—Y seguirás haciéndolo. —Christian Semmler vio que Irina hacía acopio de valor y acto seguido frustró todo su empeño—. ¡No! La respuesta a la pregunta que se está formando en tus bonitos labios es que no tengo ningún mensaje de parte de tu novio.

—Me lo había prometido —se quejó ella, desolada.

—Te prometí que intentaría conseguir un mensaje.

Semmler vio que se le empañaban los ojos y se apiadó de ella, pero en el fondo no era compasión, solo otra manera de tenerla a raya.

—Lo que puedo decirte es que aún está sano y salvo en Alemania.

—En la cárcel.

—Si a mí me persiguiese la policía secreta del zar —respondió Christian Semmler con un desprecio hiriente por el necio de su novio—, preferiría estar en una cárcel alemana que a la intemperie. La Ojrana es tan resuelta como cruel. Vaya, que si te sirve de consuelo ten presente que tu joven amigo está a salvo en una cárcel del ejército imperial alemán, en plena Prusia, y que en esa cárcel no entra nadie sin mi autorización expresa. Ni entra ni sale, dicho sea de paso.

—¿Ya puedo irme? —Irina se levantó de la silla con firmeza y dignidad.

Había que reconocer que era una mujer de gran fortaleza. Semmler había elegido bien. Mejor que ella. El botarate con quien estaba prometida en matrimonio, uno de los miles de príncipes empobrecidos de su ignorante país, había fracasado en su quijotesco ataque al zar en nombre de alguna oscura amalgama rusa de democracia y socialismo, lo cual daba a Semmler el poder que necesitaba para que Irina Viorets estuviera al servicio del plan Donar.

—Puedes irte —anunció—. Instala de inmediato a Lynds en su laboratorio y haz todo lo preciso para que produzca.

—¡Isaac! ¿Qué haces tú en Los Ángeles?

—Confiar en que me ayudes, tío Andy.

—No me llames tío Andy, que me envejece, y además no soy tu tío.

Bell miró con afecto al truhán de Andrew Rubenoff.

—Eres el mejor amigo de mi padre, y eso a mis ojos te convierte en tío.

Rubenoff era un hombre moreno, de más de cuarenta años, con un traje de estambre impecable, hecho a medida, y un disco de terciopelo sobre la cabeza, la kipá de su fe hebrea. Banquero, como el padre de Isaac, estaba trasladando sus inversiones en el carbón, el acero y el ferrocarril a los tres sectores más nuevos del país: el automóvil, las máquinas voladoras y el cinematógrafo. Sus colegas, que ya lo habían tomado por loco antes de que duplicase su fortuna, estaban horrorizados de que hubiera apostado por Los Ángeles en detrimento de Nueva York. En palabras del padre de Bell, hacían «como si el presidente Taft se hubiera ido de la Casa Blanca a Tokio, cuando la verdad es que Andrew emigró de Rusia a Nueva York y luego a San Francisco, y luego otra vez a Nueva York; tiene algo de gitano».

—Necesito que me ayudes —dijo Bell—. ¿Te gustaría ser detective?

—Preferiría tocar el piano en un burdel de Barbary Coast.

—Eso ya lo has hecho, tío Andy. Te ofrezco una nueva experiencia.

Andrew Rubenoff señaló por las ventanas de su mansión las colinas. Con ello hacía referencia a lo mucho que le gustaba el panorama montañoso del norte y el este, el llano litoral que se extendía hasta el azul del Pacífico y la brumosa silueta de la isla Catalina. En el interior de su opulento despacho convivía el mejor mobiliario con óleos de dos artistas radicales, Marcel Duchamp y John Sloan, y con su querido piano de cola Mason & Hamlin, que había viajado con él desde Nueva York.

—Con esta experiencia ya disfruto, muchas gracias. ¿Te apetece un té, Isaac?

Un secretario con buena planta les sirvió té en vasos altos. Bell recordó que en Nueva York la secretaria era una señora mayor. Rubenoff sorbía su té a través de un terrón de azúcar. Lo mismo hizo el investigador, que como siempre se quemó la lengua.

—¿Qué sabes de la Imperial Film Manufacturing Company?

—Esta mañana me han dicho que se retirará del nombre la palabra

«Manufacturing». Lo están haciendo todas las compañías cinematográficas. Han caído en la cuenta de que las películas son más interesantes que las fundiciones de yunques. Y mucho más complicadas.

—¿Antes de esta mañana qué habías oído sobre Imperial?

—Que es grande y próspera.

—Pero si están comenzando... Han construido un edificio caro, pero acaban de empezar a distribuir películas. ¿Cómo se han hecho tan grandes y tan prósperos?

—Por el Artists Syndicate.

—¿Quiénes son los inversores del Artists Syndicate?

—Por fin una pregunta interesante... aunque difícil de responder.

—Nadie mejor que tú para darle respuesta —dijo Bell sin rodeos.

—¿Sabes algo de películas? —indagó Rubenoff—. Aparte de estar casado con una mujer que las rueda.

—Marion me ha enseñado muchas cosas —dijo Bell—. Ah, por cierto, gracias otra vez por la cubertería de plata. Nos vendrá de perlas la próxima vez que invitemos a cenar a treinta y seis personas.

Rubenoff quitó importancia al agradecimiento con un gesto de la mano.

—Era lo mínimo... Hay algo que me parece inquietante, Isaac. No sé quién invierte en Artists Syndicate e Imperial Film.

—¿Inquietante?

—Debería saberlo. Potencialmente son la competencia o mis futuros socios. Debería saber si me enfrento con un hatajo de peleteros de Manhattan, un grupo industrial de distribuidores de Springfield, un magnate de los muebles de Ohio que conoce a una joven con madera de estrella, fabricantes de ropa de Filadelfia, guanteros de Gloversville o franceses que hacen de pantalla para la Pathé..., o lores ingleses quedándose la enésima empresa americana. ¿Por qué es tan celoso de su intimidad el Artists Syndicate?

Bell asintió, preocupado. El banquero confirmaba su propio temor de haber metido a Clyde Lynds por vericuetos peligrosos. Aunque Grady Forrer hubiera encontrado a gente del departamento de Estado que daba veracidad a lo dicho por Irina Violets acerca de su infancia entre los niños de la embajada americana, los investigadores de Van Dorn no habían hecho ningún avance sobre la cuestión de quién pagaba las facturas de Imperial Film.

Por otra parte, no podía olvidar que al principio de todo Arthur Curtis le había comentado en un telegrama que Krieg Rüstungswerk tenía «hambre» de empresas de sectores completamente ajenos al suyo.

—En serio, Andrew, ¿puedo convencerte de que juegues a hacer de detective para mí?

Rubenoff volvió a hacer gala de su sonrisa picarona.

—¿Tendré que llevar una pistola?

—Solo si te da miedo ver a una mujer guapa.

Arthur Curtis abrió un sobre que contenía un cablegrama en clave de Isaac Bell. Pauline lo leyó en voz alta por encima de su hombro, descifrándolo con una rapidez de la que él habría sido incapaz. A esas alturas ya había quedado claro que la joven tenía verdadera memoria fotográfica, tanto para lo visual como para lo auditivo.

NECESITO MÁS SOBRE KRIEG RÜSTUNGSWERK.

NECESITO A HOMBRE DE KRIEG EN AMÉRICA.

EL JEFE AUTORIZA PAGAR LO QUE SEA.

¡MANOS A LA OBRA!

—¿Qué significa «manos a la obra»? ¿Es en sentido literal?

—Sí, en sentido literal. Ponerse a trabajar enseguida.

—¿Y en qué obra va a poner usted las manos, detective Curtis?

—A la de mandarte a tu casa y ponerme a trabajar.

Curtis se enfundó el abrigo y se palpó los bolsillos, buscando las dos manzanas que había comprado.

—¿Lo acompaño? —preguntó Pauline.

—Vete a tu casa, es hora de acostarse. Toma. —Le entregó las manzanas—. Da una a tu madre.

La acompañó a la salida y cerró la puerta con pestillo. Después apagó la luz y miró por la ventana hasta que la chica desapareció por la esquina. A esas horas no había gente por la calle ni nadie que estuviera vigilando el despacho. Salió por la ventana trasera a la escalera de incendios y se apresuró a ir a un *Kintopp* del barrio con la esperanza de que la suerte le sonriera.

A cambio de un *Groschen* le dieron un *Topp* de cerveza de casi medio litro y la entrada al *Kino* donde proyectaban películas en un espacio largo y estrecho formado por tres apartamentos unidos entre sí. Aquella noche las películas en pantalla no habrían superado el trámite de la licencia policial. Arthur Curtis tenía bastante experiencia como detective para no albergar más que un vago interés por lo que en su infancia habrían llamado «películas verdes». A quien le gustaban, en cambio, era a Hans Reuter, su infiltrado en la oficina de Berlín de Krieg; aquella sala de proyecciones para público obrero quedaba bastante lejos, sobre todo a pie, de la zona cara donde Reuter vivía, de modo que no había peligro en frecuentarla ni vecinos que se lo contaran a su esposa. Así pues, Arthur Curtis fue bebiendo su *Topp* trago a trago mientras se fingía absorto en las escenas que parpadeaban en la pantalla a la vez que observaba a los hombres que entraban desde la cervecería.

Permaneció sentado dos horas en la oscuridad. La sala se había vaciado un poco. Empezaba a luchar contra el sueño cuando de repente entró Hans con una cerveza en las manos, buscando sitio en el banco de la última fila que gozaba de sus preferencias. Curtis se acercó. *Herr* Reuter no apartaba la vista, entre sorbo y sorbo.

El detective de Van Dorn, bajo y rechoncho, se mantuvo tan silencioso como la película hasta la irrupción de los camareros, que ofrecían cerveza en voz alta. Durante el torrente de respuestas afirmativas se inclinó hacia Reuter.

—El triple —susurró.

—¿Qué? —Reuter se volvió y se le tensó la boca al darse cuenta de que el hombre a cuyo lado había estado sentado desde el principio era Arthur Curtis—. Ya le dije que basta.

—Ahora puedo pagarle el triple —susurró de nuevo Curtis—. Tres veces más. Si le interesa, nos vemos en el bar.

Reuter le hizo esperar, pero no mucho. Según las inmortales palabras del investigador jefe Isaac Bell, la codicia hacía milagros.

—¿El triple? —repitió Reuter con incredulidad.

Arthur Curtis le pasó la nueva *Topp* que había pedido y bebió de la suya.

—El triple. Pero solo por algo especial.

—¿Como qué?

—Algo único. La situación de su empresa la conoce usted, que es el más indicado para proponer algo que pueda hacerme falta de verdad. ¿O no?

Hans Reuter puso cara de preocupación.

—Pero ¿cómo voy a adivinarlo?

Curtis se encogió de hombros.

—Déjemelo a mí. ¿Cuántos ejecutivos y directores de Krieg han sido oficiales del ejército?

—Muy pocos.

—¿Conoce usted a alguno?

—Personalmente no. Vaya, que en las oficinas de Berlín no hay ninguno.

—¿Podría averiguar sus nombres?

—Tendría que pensármelo.

—Mientras lo hace, piense también en cuál de esos directores podría viajar al extranjero —propuso Curtis.

Reuter parecía inquieto. El investigador dedujo que estaba tocando un tema delicado, como si a Reuter se le hubiera ocurrido un nombre que temía.

—Una de sus responsabilidades es el envío de fondos al extranjero, ¿verdad?

—¿Cómo lo ha sabido?

—Preguntando —contestó Curtis con una tranquilidad que distó mucho de contagiarse a Reuter.

Se jugó el todo por el todo.

—Necesito un nombre.

—¿Un nombre?

—El nombre del receptor. —¡Aprieta! Apriétale bien. No le des tiempo de cambiar de idea, pensó Arthur Curtis—. Dos días —dijo—. Quedamos aquí a las siete.

—Es arriesgado.

—No se preocupe, que será la última vez que se lo pida.

—¿La última? —preguntó Hans, entre el alivio y la decepción de no recibir más dinero.

—Además del triple —añadió Curtis—, solicitaré que me autoricen un plus. De gratitud.

El segundo apellido de Reuter era Codicia. De pronto tuvo valor.

—Pero tendré que pagar a otra persona a cambio del nombre que usted quiere.

Mentía, el muy bobo, pensó Curtis. Reuter ocupaba un cargo bastante importante en Krieg para saber él mismo el nombre.

—Está bien —dijo Curtis—. Si no hay más remedio, también pagaré a esa «otra persona».

Quizá Reuter mintiera o tal vez no. Con algo de suerte, la avaricia le haría correr un gran riesgo.

De regreso a la oficina Art Curtis pasó por el despacho de telegrafía abierto las veinticuatro horas de una estación de tren para enviar un telegrama a Isaac Bell:

MANDA FONDOS AUTORIZADOS.

POSIBLE NOMBRE EN DOS DÍAS

Andrew Rubenoff hizo saber a Isaac Bell cuánto le había impresionado Irina Viorets.

—Estoy sorprendido —reconoció Bell—. Me había parecido sospechoso que le hubieran dado tan de prisa el trabajo de dirigir una empresa tan grande.

—Da muestras de una aguda comprensión del negocio del cinematógrafo; no solo de rodar películas, sino de distribuir las y exhibirlas, dos aspectos esenciales para obtener beneficios. Otro elemento igual de importante es que entiende que no hay que limitarse a introducir un par de nuevos espectáculos con cada cambio. Los clientes no aguantarán mucho más tiempo que la exhibición se actualice con tres o cuatro cintas. Los exhibidores tienen que poder decir que es nuevo todo el espectáculo. «Hay que ir refrescando y actualizando el espectáculo —me ha explicado—; es la única manera de llenar las salas».

—Suena como si quisiera venderte algo.

—Me he hecho pasar por un exhibidor con varias salas de proyección en Indiana.

—Buen detalle. —Bell estaba admirado.

—No tanto —contestó Rubenoff con una sonrisa de modestia—. Controlo locales en Detroit, Toledo, Battle Creek e Indianápolis.

—¿O sea, que consideras que ella supera la criba?

—En este negocio hay gente que por hacerse la interesante va diciendo que una película puede hacerla cualquiera, cosa que no es verdad, como está aprendiendo poco a poco, y a un alto precio, el señor Thomas Edison. Del mismo modo, distribuir

películas no puede hacerlo todo el mundo. *Mademoiselle* Viorets conoce el sector, pero lo más importante es que conoce el futuro del sector.

—¡No te habrás colado por ella, tío Andy!

—Forma parte de mi modo de ser —respondió Rubenoff— poder admirar a una mujer hermosa sin desearla.

—¿Cómo ha aprendido tanto Irina sobre el futuro del sector?

—Parece que en Rusia hacía películas de un rollo, más o menos como tu mujer cuando no está rodando sus noticiarios *Picture World* para la mala bestia de *Whiteway*.

—Pero ¿cómo aprendió una directora rusa de cine los entresijos de la distribución y la exhibición?

Rubenoff sonrió.

—Tú como tu padre, Isaac: siempre directo al grano. —Se puso muy serio. Isaac Bell recordó que Rubenoff había amasado más de una fortuna desde su llegada como inmigrante a aquellas costas, y por lo visto se aprestaba a hacerse con otra—. Me da que Irina Viorets lo ha aprendido todo sobre la distribución y la exhibición escuchando atentamente a alguien que ha dirigido una compañía moderna para controlar de principio a fin la cadena de producción y marketing.

—¿Quién, por ejemplo?

—La integración vertical de las compañías la inventó en gran medida Andrew Carnegie.

—Suponiendo que esa mujer no se sentara en las rodillas del viejo filántropo, ¿quién más podría haberle enseñado? ¿Algún alemán?

—¿Alemanes? La gran referencia de la integración vertical alemana es Krupp.

—¿Y *Krieg Rüstungswerk*?

—No es tan grande como Krupp, pero está mejor relacionada con el círculo del káiser. En todo caso, al margen de dónde haya asimilado sus ideas, esa señorita tiene claro que el futuro del cinematógrafo es de quienes controlan todos sus aspectos, desde la contratación de actores hasta la proyección en la sala. Es la única manera de poder garantizar un lugar donde se vea nuestro producto.

—Oyéndote parece que también estés trabajando en la integración vertical, tío Andy.

—De tus labios al oído de Dios, joven Isaac. Pero no vayas pregonándolo.

—¿Seguirás indagando sobre quién está detrás de Irina?

—Ya he empezado a investigar —contestó Rubenoff.

—Más silencioso que una iglesia —informaron los agentes de los servicios de protección Van Dorn cuando Bell pasó por el laboratorio del edificio Imperial donde Clyde Lynds avanzaba con ahínco en su máquina—. Entre el desayuno y la cena no para ni un momento, y a veces se queda la mitad de la noche. Trabaja a destajo, este



chico.

—¿Habéis visto a alguien por aquí?

—No, solo estamos él, nosotros y sus ayudantes, y ya sabe que los investigamos a fondo.

—¿Nada sospechoso de camino a casa?

—No, señor Bell. Tampoco ha entrado nadie, y los que vigilan el edificio no han visto a ninguna persona con pinta de poder ser peligrosa. ¿Usted cree que habrán desistido y se habrán ido?

—Me sorprendería mucho —dijo Bell—. No bajéis la guardia. Acordaos de que cuando se vigila a alguien lo más importante es no olvidar que el ataque puede producirse en cualquier momento, de día o de noche.

Aun así, en su fuero interno Bell empezaba a tener dudas. ¿Los de Krieg habían desistido? ¿O dejaban pasar el tiempo, pensando que una vez instalado en un laboratorio Clyde Lynds no se movería hasta haber acabado la máquina, en cuyo caso habrían conseguido su objetivo?

Joseph van Dorn llegó inesperadamente en tren.

Isaac Bell dedujo por su expresión que el jefe dudaba de que su principal investigador fuera por buen camino. Aun así, la primera andanada de Van Dorn fue más tibia de lo habitual en él y bastante indirecta.

—Nuestros amigos de Dagget, Staples & Hitchcock están alarmados por las preguntas de varios individuos de aspecto dudoso.

—¿Qué tipo de individuos de aspecto dudoso?

—El otro día entraron con todo el descaro del mundo un peletero y un primo suyo que se dedica a los guantes y pidieron un préstamo para construir una planta de fabricación de películas. Gracias a tu farsa de la financiación, en el mundillo cinematográfico corre la voz de que Dagget tiene dinero que prestar.

—¿Está seguro de que no eran agentes de Krieg que nos seguían la pista?

—Los he investigado, como te imaginarás, pero todo parece normal.

—¿Normalmente dudoso? —preguntó Bell con una sonrisa.

—Te lo acabo de decir: un peletero y un vendedor de guantes. ¿Cómo le va a Clyde con la máquina?

—Va avanzando. Se le ve muy entusiasmado con un proyecto de fotografiar de manera directa el sonido en la película cinematográfica.

—Espero que avance más deprisa. No es barato vigilar a alguien día y noche.

—¿Y a usted cómo le fue con el embajador alemán?

—Íbamos los dos con pies de plomo: yo fingía que mi interés por los agregados consulares que hubieran sido oficiales del ejército era simple curiosidad, y el embajador fingía no extrañarse de que yo fingiera simple curiosidad. Salí del club Cosmos con la clara impresión de que no tiene la menor idea de lo que se proponen sus cónsules, menos aún el ejército alemán. Tampoco quiere tenerla.

—En otras palabras: el trabajo sucio lo hacen los cónsules.

—Ya te lo dije en Washington.

—Total, que del embajador ninguna novedad.

Van Dorn suspiró.

—Oye, Isaac, ¿es posible que Krieg y compañía hayan tirado la toalla?

—No. Están esperando su momento.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que a Clyde le falte poco para terminar.

—¡Podrían ser años! —estalló Van Dorn—. El propio Clyde lo dijo.

—Dudo que esperen tanto. De momento trabaja en la máquina, y cabe pensar que los de Krieg esperarán hasta que él haya progresado lo bastante para que estén seguros de que funciona de verdad.

—¿Cómo lo sabrán? Lo has puesto en un fortín, rodeado a todas horas por detectives caros: en el laboratorio, de noche, cuando duerme y en sus desplazamientos.

—Les bastaría un solo espía en el edificio Imperial, que observara y les pasara información. Hay decenas de empleados con acceso al laboratorio de Clyde. Solo haría falta uno para tenerlo vigilado, alguien con conocimientos técnicos o mecánicos.

—Si es así, Clyde Lynds estará a salvo mientras trabaje en su máquina.

—Temporalmente a salvo —replicó Isaac Bell—. Cada vez que han intentado echarle el guante ha quedado claro que querían llevárselo a Alemania, donde lo tienen todo preparado para que se ponga a fabricar la máquina. Ahora lo hemos puesto a trabajar nosotros, y por eso de momento se mantienen a la espera, vigilantes. El desencadenante de la siguiente tentativa será, o bien que Clyde haga algún avance, o bien que nosotros bajemos la guardia.

—Es muy difícil estar en guardia mucho tiempo, Isaac.

—Por eso estoy investigando las actividades de Krieg Rüstungswerk en América. Cuando averigüemos cuáles son, y las frenemos, Clyde y la máquina parlante tendrán el camino despejado.

Van Dorn volvió a suspirar.

—¿Y si sus «actividades en América» se reducen a secuestrar a Clyde y su aparato? Lo que quieren es la máquina. Si no se lo hubieras impedido tú en el barco, estarían tan tranquilos en algún castillo prusiano mientras Clyde y Beiderbecke trabajarían a punta de pistola. El resto del mundo no se enteraría de nada hasta que los alemanes proyectasen películas habladas.

—Los alemanes ya han estado aquí —observó Bell.

—¿Aquí? ¿Qué quieres decir?

—Aquí en América, mucho antes de que yo frustrase el secuestro.

—¿Por qué afirmas eso?

—Piense en la operación para secuestrar a Clyde en el *Golden State Limited*. En Chicago escondieron al Acróbata en el coche expreso. Solo treinta y seis horas después, en Nuevo México, casi en la otra punta del continente, hicieron descarrilar el tren, y tenían jinetes y caballos apostados para llevarse a Clyde al otro lado de la frontera mexicana y subirlo a otro tren. Me apuesto cinco a uno a que un barco los esperaba en Veracruz. Y toda esa operación la organizaron en pocos días, después de que Clyde se escapara de sus Marzipan Boys en Nueva York. ¿No se da cuenta, Joe?

Es una organización gigantesca, de alcance continental. Me apuesto diez a uno a que Krieg, secretamente, tiene fábricas, granjas, ranchos y hoteles en América donde se ocultan sus agentes.

En un silencio sepulcral, con tal agilidad de movimientos que se habría dicho que se deslizaba con la fluidez del aceite, Christian Semmler subía y bajaba por una escalera oculta en el centro del edificio Imperial. El hueco secreto tras la estantería en el despacho de Violets le permitía entrar en todas las plantas, desde el sótano hasta la azotea. Podía observarlo todo sin ser visto. Al llegar al ático aproximó el ojo a una mirilla. El camarógrafo estaba filmando la escena de una pareja que se despedía con un beso en la sala de estar de su casa porque él se iba a la guerra.

Semmler bajó tres plantas para espiar a Irina Violets, muy ocupada en su escritorio, con un teléfono pegado a la oreja, rodeada por taquígrafas y un mensajero que llevaba las notas a un telégrafo atareado en un rincón. Aunque las paredes que delimitaban la escalera secreta eran gruesas, Semmler se imaginó que olía su perfume.

Fue bajando piso a piso, espionando a través de distintas mirillas los talleres de escenografía, de carpintería y de costura, así como al ejército de químicos que trabajaban bajo luces rojas en los cuartos oscuros, y también la introducción de las películas en latas... Se detuvo a mirar un rollo entero de diez minutos que estaba siendo mostrado a varios comerciales de la Imperial Company para que se lo ofrecieran a exhibidores y distribuidores de Estados Unidos. Todo era de última tecnología, la manera más actualizada de hacer las cosas, con una excepción flagrante: el estudio de grabación de la tercera planta.

Christian Semmler lo contempló con ojo experto. Era anticuado (a pesar de que los equipos fueran los más nuevos del mercado) porque ahí se grababan las palabras y la música tan mal como hacía treinta años, cuando Edison y sus competidores habían empezado a hacer pruebas con fonógrafos y gramófonos. No había prueba más triste de lo trasnochado del sistema que la composición de la banda de trompetas, clarinetes y saxofones que estaba tocando por una bocina acústica. ¿Dónde estaban los violines? ¿Y el contrabajo? ¿Y el piano? ¿Y los timbales? ¡En ninguna parte! Ninguno de aquellos instrumentos podía grabarse con fidelidad. El saxofón suplía al contrabajo y el clarinete, a los violines, en principio. El ritmo procuraban marcarlo los banjos. Un oyente no instruido del disco de cera grabado daría por supuesto que aún no existían los pianos.

El mayor general Semmler volvió a subir al séptimo piso para echar otro vistazo a la persona que podía cambiarlo todo. Espió por la mirilla y vio correr de un lado a otro a los solícitos ayudantes de Clyde Lynds. Al parecer, Lynds había hecho que le pusieran un camastro para poder quedarse hasta altas horas de la noche. Emitió un gruñido de aprobación. Aquel científico, pieza clave para superar las limitaciones de

la tercera planta, era lo que elogiosamente llamaban los amigos de Fritz Wunderlich «un nervio». Lynds, pensó Semmler sonriendo con frialdad, estaba trabajando con el mismo empeño que si estuviera en una mazmorra prusiana con una pistola en la sien.

Se deslizó escalera arriba hasta su guarida de la octava planta, confiado en tener a Clyde Lynds justo donde lo necesitaba para salvar a Alemania del fatal defecto de *Der Tag*. Pese a las reiteradas interferencias de Isaac Bell, el ambicioso programa del plan Donar se estaba ejecutando como era su destino.

El mayor general Christian Semmler había corrido mundo como militar. Combatiendo en China y África había visto de primera mano las debilidades y las fortalezas de los extranjeros, y sabía mejor que cualquier otro oficial del ejército del káiser que era imposible que Alemania sobreviviera a una guerra contra el resto del mundo.

El plan Donar, la estrategia de Semmler para salvar a su país, había cobrado forma durante una tormenta en Katrinahall, el pabellón de caza en el bosque de Rominter Heide que era la joya de la dote de su esposa. El káiser Guillermo II había ido a cazar jabalís. Las visitas reales eran un singular honor, muy disputado entre los nobles de la corte. Con ese fin, Semmler había provisto su finca de animales, aunque lo cierto era que el káiser siempre había mirado con buenos ojos al más joven de sus mayores generales. Decía de Semmler que era un hombre y un soldado hecho y derecho, y se burlaba de los rumores sobre duelos mortales en la academia y peleas encarnizadas en Pekín o con los bóers, en el frente inglés.

Semmler sospechaba que el favor de su majestad tenía otra causa. Nadie era más consciente que el propio Semmler de la longitud de sus brazos y lo simiesco de sus cejas. Sabía que su aspecto de «gorila» o de «mono» habría condenado a un militar normal a no medrar en un ejército que reverenciaba la apostura característica de las razas superiores y ridiculizaba a los feos, pero el propio aspecto físico del káiser se resentía por un defecto de nacimiento: un brazo atrofiado que le colgaba del hombro como el de una muñeca. ¿No sentirían alguna afinidad aquellos dos renegados del espejo?

Cuando la lluvia los hizo entrar, Semmler invitó al káiser a su biblioteca y lo entretuvo con películas de caballería a galope, trenes blindados, los nuevos aparatos voladores y los acorazados de la amada Flota de Alta Mar de Guillermo, que aparecían surcando el oleaje.

—Majestad, contemplad la más nueva de todas las armas.

El káiser aguzó la vista frente a la pantalla.

—¿Dónde está?

—Las películas son un arma, majestad.

—No entiendo.

—Ya sabéis que las clases superiores siempre han disfrutado con el teatro y la ópera.

—Como debe ser.

—Pues la resonancia del cinematógrafo en la vida de los trabajadores es aún mayor. Millones de personas llenan los *Kintopps* y los cines de barrio para ver cualquier cosa que aparezca en la pantalla. Están hipnotizados. Imaginaos a millones y millones de personas reunidas a diario para contemplar lo mismo... y con ganas de ser hipnotizadas. Es lo que desean. Están a punto para la propaganda.

—¿Propaganda? —El káiser había fruncido el ceño—. En Inglaterra presumen de que las películas son propaganda de la democracia.

—Aún son mejores como propaganda del amor y el odio, majestad. De la amistad y la guerra. Son millones los que miran. Podrían ver vuestro mensaje.

—¿Qué mensaje, mayor general?

Christian Semmler miró de hito en hito al káiser Guillermo.

—La amistad.

—¿La amistad...?

Semmler respiró hondo para recordarse que la virtud más letal del cazador era la paciencia. Sofocó su impulso de asir al káiser por la pechera de la camisa y gritarle que si la propaganda lograba convencer a los alemanes de que pagaran una flota de barcos de guerra que no necesitaban, podía convencer de cualquier cosa a cualquiera. Sin embargo, no podía gritarlo en esos términos sin destruir al instante su especial relación con el emperador.

—Con el debido respeto al poder de vuestros magníficos ejércitos, majestad, y de vuestra Marina, cuando amanezca *Der Tag* casi seguro que tendremos que luchar contra Inglaterra, Alemania y Rusia de forma simultánea.

—Y venceremos —dijo el káiser—. Nuestras líneas de ferrocarril llevarán a nuestras tropas de un frente al otro, del este al oeste y del oeste al este. No hay nada que temer de una guerra en dos frentes.

—Sin duda, majestad, pero ¿y en tres frentes? Incluso a Alemania le resultará difícil combatir en tres frentes a la vez...

—América.

—Así es, majestad: América.

Por fin el káiser lo entendió.

—¡Aliados!

—Aliados, majestad. Las películas pueden derrotar a los enemigos de Alemania sembrando entre ellos la discordia. Proyectaremos películas de propaganda que presentarán a los alemanes, y a la inmensa minoría germanoamericana, como amigos de América, y a los británicos, franceses y rusos como sus enemigos. ¿Se imagina algún arma más potente? Alemania amiga e Inglaterra enemiga.

El káiser había clavado en él una mirada penetrante.

—Lo tiene usted muy pensado, ¿verdad? No es que se le acabe de ocurrir.

—Así es, majestad. Hace tiempo que no pienso en casi nada más. *Der Tag* tiene que ser el principio de Alemania, no su final.

El káiser pasó su brazo sano por los hombros de Semmler.

—Adelante —dijo—. Utilice todo lo necesario.

—Necesito al ejército, al cuerpo diplomático, a los bancos y a las compañías navieras.

—Estarán todos a su servicio.

Entre los dones de Semmler estaba el de saber interpretar de manera infalible el carácter y los deseos de las personas. En vez de reaccionar con un saludo militar tendió una mano fuerte. Se dieron un apretón, mirándose a la cara.

—Hago un juramento sagrado: no fallaros, majestad.

Guillermo II, sin embargo, era de humor cambiante, como de sobra era sabido. Antes de que Semmler, en vista de que ya no llovía tanto, pudiera proponer que se reunieran de nuevo con los otros cazadores, la expresión del káiser se volvió soñadora y formuló lo que resultaría ser una gran premonición.

—¿Verdad que sería bonito que en las películas se oyera música?

—¿Música, majestad?

—¡Música! Para que los miles de espectadores que acudieran a salas inmensas también pudieran emocionarse con ella. La música es esencial para una propaganda eficaz. La música es visceral.

—Naturalmente, majestad, tenéis razón. Lo investigaré.

Por desgracia, las salas de la mayoría de las localidades de Estados Unidos eran pequeñas, y pocas tenían una orquesta. El sonido de lata de un piano no serviría para despertar emociones. Al investigar la posibilidad de que las propias películas pudieran contar con música, Semmler descubrió la lamentable historia de las tentativas en aquel sentido.

Pero de pronto ocurrió algo rarísimo. Semmler ya había puesto en marcha el plan Donar para mostrar películas proalemanas al público americano. Ya había fundado la Imperial Film Manufacturing Company. Mientras integraba a los distribuidores y los exhibidores para controlar la producción, de repente (como un cometa desgarrando la atmósfera) llegaron de Viena noticias sobre el *Sprechendlichtspieltheater*, una máquina de películas habladas que, esa vez sí, funcionaba.

Prácticamente lo había predicho el propio káiser, y ahí estaba: el invento bautizado como Talking Pictures por Beiderbecke y Lynds dotaría a las películas de voces, mucho más poderosas, que persuadirían y engatusarían a la gente, jugando con sus emociones. La unión de la música y la voz humana con las imágenes en movimiento azuzaría a millones de personas a que entrasen en guerra en nombre del amor.

Arthur Curtis llegó al *Kintopp* una hora antes de su cita con Hans Reuter. El *Kino* ya estaba lleno: cien espectadores en su exiguo espacio, de ambos sexos esa vez, atentos a Sarah Bernhardt. Se acercó a la pantalla con su cerveza en la mano, simulando buscar un asiento más próximo aunque en realidad quería localizar una salida al

fondo. El hecho de que no la hubiera convertía en peligrosa la hipótesis de un incendio, y más aún las consecuencias de ser delatado por Reuter.

Lo más seguro era quedarse fuera del *Kino*, tomando cerveza en el bar. Salió de la oscuridad de la sala atenazado por un mal presagio y se sentó. A las siete menos cuarto entró un carpintero con su caja de herramientas y el hombre con pinta de mono y cubierto de serrín; pidió cerveza y se dispuso a beberla despacio, ajeno a la entrada del *Kino*, entre miradas esporádicas a la puerta de la calle como si esperase a un amigo. Arthur Curtis lo estudió con gran detenimiento. El mal presagio se intensificó, pero Curtis tardó demasiado en reconocer su causa.

Finalmente comprendió que lo que no le cuadraba era el serrín. Los trabajadores alemanes eran gente precisa que al final de cada jornada lo limpiaba todo. Jamás se habrían presentado en público cubiertos de serrín, por mucha prisa que tuvieran en volver a casa, y aquel no la tenía. Apenas tocaba la jarra con los labios.

Art Curtis se acabó la cerveza, hizo un saludo informal con la cabeza a la camarera y salió a la calle por la puerta principal. Respirando el aire del anochecer, paseó la mirada por el barrio, lleno de tiendas y de bloques de pisos.

Quiso la suerte que Hans Reuter llegara temprano. Caminaba deprisa y con la cabeza gacha. O no tenía miedo de que lo siguieran o, como los avestruces, esperaba que no le afectara lo que no veía.

Decidiéndose de golpe, Curtis corrió el enorme riesgo de confiar en el acierto de su primer vistazo a la calle, cuando no había detectado nada sospechoso.

Reuter dio un respingo al notar en el brazo la mano de Art Curtis.

—Mejor que demos una vuelta.

—¿Por qué? —preguntó Reuter.

Su ansia de dinero, sin embargo, no le dejaba más remedio que permitir que fuera Curtis quien marcara el rumbo.

—En medio minuto podremos zanjar nuestro negocio. Dígame el nombre y yo le entregaré lo convenido. Después cada uno se irá por su lado.

Más que «se irá», Curtis debería haber dicho «correrá»: en su caso directamente a la frontera francesa, y que se las compusiera la agencia Van Dorm. Con todo, revelar a Reuter que estaban siendo observados no era la mejor manera de lograr que se arriesgase.

—El nombre.

—Lo llaman el Mono.

Isaac Bell lo había calificado de acróbata.

—¿Cómo se llama de verdad?

—No lo sé.

—Por un «No lo sé» no pago —replicó Curtis mientras miraba a ambos lados de la calle.

Vio obreros que volvían a sus casas, tenderos con su mercancía, parejas que convergían tomadas de la mano en el *Kintopp*... Lo curioso era que no hubiera



policías.

—Es oficial del ejército.

—Eso ya lo sé.

—Pero lo que no sabe es que es mayor general —contestó Reuter, pagado de sí mismo.

—Sin nombre, el rango no me sirve de nada —mintió Curtis.

Si era cierto, tan alto rango reduciría las posibilidades a unas pocas.

—¿Aceptaría una descripción? —preguntó Reuter.

—Más vale que sea precisa.

Estaban pasando bajo una farola y Curtis vio perfectamente la cara de Reuter, cuyo tono de suficiencia casaba con lo confiado de su expresión.

—Treinta y cinco años, estatura mediana, constitución robusta, pelo rubio, ojos verdes y brazos largos como un mono.

Treinta y cinco años eran muy pocos para un mayor general del ejército alemán, pero el resto de la descripción era demasiado incongruente para ser falsa.

—Si puede decirme todo eso, es que sabe su nombre. Es imposible que haya dos oficiales de su edad con ese aspecto. Sin nombre no hay dinero.

Dos hombres que pasaban en bicicleta sacaron unas pistolas Luger P08 de la cesta fijada al manillar. Tras él, Arthur Curtis oyó salir al carpintero del *Kintopp* y dejar caer al suelo su caja de herramientas.

Hans Reuter echó a correr.

Abatido a tiros por los dos ciclistas, cayó rodando en la cuneta. Los transeúntes gritaron al lanzarse contra los adoquines y guarecerse en las tiendas. Art Curtis ya había sacado su Browning. Se volvió y tumbó al carpintero de un disparo certero en el pecho. Después dio media vuelta y disparó dos veces, hiriendo al ciclista que tenía más cerca. A quien no acertó fue al otro, quien le devolvió el disparo.

Art Curtis sintió el mazazo de una bala de nueve milímetros y de repente se encontró de espalda contemplando el cielo del anochecer. Si alguien hubiera gritado *Polizei!*, quizá se habría quedado en el suelo, pero nadie lo hizo. Los ciclistas tenían pistolas del ejército. Los policías habían recibido la orden de salir del barrio, señal de que los ciclistas habían sido enviados para matarlo. Fue ese miedo el que le dio fuerzas para levantarse. El hombre que le había disparado puso cara de sorpresa, alzó la pistola y apuntó con calma.

El tiempo era demasiado valioso, y el detective de Van Dorn no lo perdió en apuntar a un blanco situado a un metro y medio. Apretó el gatillo de su Browning, saltó por encima del cuerpo y corrió.

—¡Estás más blanco que un fantasma, amigo mío! —exclamó el viejo sargento del ejército cuando Arthur Curtis se desplomó a su lado en una silla de madera curvada.

—Anoche me pasé con el *schnapps*.

No dejaba de decirse que era solo una herida en el hombro, pero notaba en sus pulmones que la bala, alojada todavía en su cuerpo, le había causado daños más graves. Al menos no le había roto ningún hueso, y por alguna razón no había sangre en su abrigo, solo un agujerito que podía ser perfectamente de polilla. Sin embargo, le dolía respirar, la cabeza le daba vueltas y a duras penas había conseguido ir caminando al *Biergarten* del sargento.

—¡Eso lo arregla una buena lager alemana! ¡Camarera! Cerveza para mi amigo.

Arthur Curtis descansó hasta que le trajeron la jarra. La inclinó en dirección al anciano y le hizo una pregunta con los dientes apretados.

—¿Te acuerdas, de antes de retirarte, de un mayor general al que apodaban el Mono?

El viejo sargento negó con la cabeza.

—No.

—Lo oí el otro día. Es un apodo muy raro para un oficial de alto rango.

—Bueno, es que entonces no era tan alto.

—¿Qué? ¿Cómo que entonces no era tan alto? ¿A quién te refieres?

—Yo me retiré hace... ¿Cuánto, seis años? Entonces solo era coronel, y muy joven. ¡Qué hombre! ¡Qué soldado! Nunca has visto luchar a nadie así. Dicen que renunció al nombramiento de oficial para combatir en África. Participó en la guerra de los Bóers.

—¿Tú lo conociste?

—¿Yo? ¿Un sargento de Berlín iba a conocer a un aristócrata prusiano? ¿Cómo se te ocurre, amigo mío?

Curtis se aferró a la mesa para no perder el equilibrio por culpa de una punzada de dolor que estuvo a punto de hacerlo caer de la silla. Invirtió toda su energía en hablar con sosiego.

—Quería decir que si estuviste a sus órdenes.

—Solo lo conocía por su fama. Era muy admirado, y seguro que sigue siéndolo.

—¿Por qué lo llamaban el Mono?

—A la cara no —dijo con sorna el sargento—. *Mein Gott!*, el coronel Semmler les habría rebanado las orejas y se las habría hecho comer.

—Semmler... Pero ¿por qué lo llamaban el Mono?

—Porque lo parecía. Tenía unos brazos enormes y unas cejas grandes como de mono. —El sargento miró a ambos lados y bajó la voz—. No acababa de dar el tipo de aristócrata prusiano de pura cepa, no sé si me explico; parecía más bien un recio campesino, como yo.

—Creía que Semmler era un apellido prusiano.

—Por supuesto, y se comentaba que también era un Roth; sangre prusiana superior a litros, aunque no lo fuera su físico... ¿Te encuentras bien, amigo? Parece que vayas a morirte.

—¿Cuál es su nombre de pila?

—Christian.

Arthur Curtis sacó fuerzas de flaqueza para levantarse.

—Me parece que no ha sido solo el *schnapps*. Ostras en mal estado. Este mediodía me he comido una docena. No sé si... Será mejor que me vaya. Déjame pagar.

—No, no, amigo mío, que siempre pagas tú. Casi no has tocado la cerveza. Ya pago yo y me la acabo por ti. Vete a casa y métete en la cama.

Las oficinas de telégrafo de las principales estaciones de ferrocarril no cerraban en toda la noche. Mandaría un telegrama a Isaac Bell con el nombre y la descripción de Semmler, a través de la oficina de Nueva York, y por si acaso también a la de París. Se dirigió a la estación más próxima con la esperanza de que en aquellas calles tan iluminadas no llamara la atención su manera de tambalearse. Nada más cruzar la entrada principal se detuvo para mirarse en el espejo de un quiosco, a fin de comprobar que no hubiera manchas de sangre notorias en su abrigo. En ese momento vio al otro lado del enorme vestíbulo que la policía estaba pidiendo los papeles a los que hacían cola en la oficina de telégrafos. Seguro que harían lo mismo en todas las que estuvieran abiertas durante la noche y también, comprendió con cierto pánico, en los hospitales. A medida que se vaciaban las calles, los bares y los restaurantes, pararían a los transeúntes rezagados.

La frontera francesa, a setecientos veinte kilómetros al oeste, era una quimera. A duras penas podía caminar. Tampoco podía ir a su pensión, llena como estaba de inquilinos cotillas, por no hablar de la dueña, un ogro que metía la nariz en todo. Cualquiera persona que lo viera a la luz de la recepción informaría de su estado. Reprochándose no haber cambiado la comodidad de la pensión por la intimidad de un piso amueblado, Arthur Curtis, cada vez más asustado, se convenció de que podría atrincherarse en su despacho, donde tendría la oportunidad de descansar, recuperar fuerzas y salir por la mañana hacia la frontera o la costa del mar del Norte. Berlín tenía un millón y medio de habitantes. Al amanecer, cuando todos fueran a trabajar, las estaciones de tren estarían demasiado abarrotadas para que la policía pidiera los papeles. Se dirigió a la parada del tranvía, concentrándose en poner un pie delante del otro. Circulaban hasta las once. Tenía tiempo. Subió con un esfuerzo hercúleo, bajó trastabillando en su parada, logrando no caerse, y caminó hacia su oficina.

En la acera de enfrente había un hombre con impermeable.

Art Curtis metió la mano hasta el fondo de su bolsillo y cerró los dedos en torno a su Browning, que tenía una bala en la recámara y dos en el cargador. Buscó al otro secuaz y lo vio en un portal. Entonces bajó de la acera y caminó por la calzada para hacer salir de su escondite a ambos atacantes, quienes, después de mirarse, actuaron deprisa. Dejó que se acercaran. Cuando sacaron sus armas —otra vez unas Luger del ejército—, Curtis disparó dos veces a través de la tela de su traje, dejándolos secos a ambos, y entró dando tumbos en el edificio. Se arrastró escalera arriba, consiguió encajar la llave en la cerradura, empujó la puerta y la cerró, extrañado de tener aún bastante fuerza en las manos para recargar el arma. En cualquier momento llegarían otros.

Se encendió la lámpara del escritorio. Arthur Curtis dio media vuelta para disparar su última bala.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Pauline con los ojos nublados por el sueño y las

marcas de la manga en una mejilla.

—Nada. Vete a casa. ¡Venga, sal!

—Lo siento. Es que estaba haciendo los deberes y me he quedado dormida. No puedo irme a casa porque el amigo de mi madre...

—¡Que te vayas! —bramó Curtis.

La joven se estremeció, a punto de llorar. Curtis empezó a toser. Al ponerse una mano en la boca se le manchó de sangre.

—Dios mío —susurró Pauline—. Le han pegado un tiro.

—Apaga la luz.

Lo hizo enseguida.

—¿Vienen hacia aquí?

—No tardarán en llegar —dijo él—. Vete. Sal por la ventana.

Pauline se había levantado bruscamente y estaba de pie al otro lado de la mesa. Curtis vio su silueta recortada en la luz del callejón. No movía ni un músculo.

—Deprisa —la azuzó—. Márchate.

—No puedo dejarlo así.

—¡Vete!

—Venga conmigo.

—Ojalá. No daría ni un paso y aún menos sería capaz de bajar por la escalera. Vete. Por favor, vete antes de que lleguen.

—No puedo dejarle.

—Te matarán, Pauline.

La muchacha hurgó en su bolsa de libros y sacó algo. Curtis oyó el fuerte chasquido de un percutor.

—¿Qué diablos es eso?

—Me he comprado una pistola.

Arthur Curtis sintió morir algo en su interior. Esta niña tonta se va a quedar aquí como si yo fuera Sherlock Holmes y morirá conmigo. No se me ocurre peor manera de irse de este mundo que arrastrando a una cría, pensó.

Solo había una manera de lograr que Pauline se fuese.

—¡Dámela!

Ella se la tendió por la culata. Era un pequeño revolver. Curtis notó que tenía

oxidado el seguro.

—Baja la persiana. Hazlo desde un lado. Muy bien. Bueno, a ver, inclina la lámpara de la mesa hasta que solo ilumine el escritorio. Enciéndela.

Difundía poca luz.

—Déjame sentarme. —Curtis se tambaleó hasta la mesa y se dejó caer en la silla. Apartó la pistola de Pauline, buscó la suya en su abrigo y la dejó sobre la mesa—. Mira.

Sacó el cargador y el cartucho de la cámara, y extrajo del cañón la corredera y el muelle de retroceso. Después de limpiar las piezas con un trapo del kit de limpieza que tenía en el escritorio, volvió a montar el arma y, tras poner un nuevo cargador, la empujó hacia Pauline.

—Ahora tú.

La muchacha reprodujo paso a paso el desmontaje de la pequeña Browning. A Curtis no le sorprendió. Nunca había conocido a nadie tan espabilado.

—Muy bien. Acuérdate de comprobar siempre que no haya balas en la recámara, porque si no te volarás la cabeza por error. Vale. Levántala. Mira cómo se amartilla.

Guió las manos de Pauline, aliviado al ver que era bastante fuerte para mover la corredera y meter una bala.

—Tienes las manos menudas, como yo. El arma te encaja muy bien en ellas. Mantenla siempre limpia. Toma, un cargador de repuesto. —Lo sacó del cajón—. Vale. Cuentas con catorce balas.

—¿Me está dando su pistola?

—Si alguien intenta quitártela, y seguro que tratarán de hacerlo porque pareces una cría, haz lo siguiente: apúntale a la cara y mira a través de él como si no existiera, como si no lo vieses, como si fuera de cristal. Entonces creerá que estás dispuesta a matarlo. ¿Lo has entendido?

Pauline asintió solemnemente.

—¿Todavía quieres ser detective?

—Más que nada en el mundo.

—A partir de ahora mismo eres aprendiz de detective para Van Dorn. Tu primera misión es esta: informar a la oficina de Van Dorn en París.

—¿París?

—En la rue du Bac. La dirige con mano de hierro mi viejo amigo Horace Bronson, que se ocupará de ti. Es un primer espada. Antes estaba al frente de la oficina de San Francisco. Ten, dinero. Lo necesitarás. —Puso en las manos de Pauline los billetes de su cartera y las monedas de sus bolsillos. Después abrió de golpe otro cajón de la mesa—. Y ten esto, unos cuantos francos franceses. Di al señor Bronson que tienes un mensaje para el investigador jefe de Van Dorn en América...

Intentó recuperar el aliento. Empezaba a resultarle muy difícil meter aire en sus pulmones.

—El mensaje es este: «El agente de Krieg Rüstungswerk GmbH en Estados

Unidos es un mayor general del ejército imperial que se llama Christian Semmler». ¡Repítelo!

Pauline lo repitió al pie de la letra.

—Segunda parte del mensaje: «A Semmler lo llaman el Mono. Tiene treinta y cinco años, y es de estatura mediana y constitución fuerte, con el pelo rubio, los ojos verdes y los brazos largos. Como un mono». ¡Repítelo!

Lo repitió.

—Y ahora vete.

—Pero no puedo dejarlo...

—Los aprendices de Van Dorn siempre obedecen las órdenes. —Tomó la cara de la muchacha entre sus manos temblorosas y, muy serio, la miró a los ojos—. Es de vital importancia, Pauline. Eres la única que puede resolver el caso y salvar vidas. Vete. Vete, por favor.

La empujó.

Mordiéndose los labios, ella se puso el abrigo y el sombrero, y se guardó la Browning en el bolsillo. Curtis apagó la luz. Fue un alivio enorme oír que Pauline abría la ventana trasera. Oyó crujir los peldaños de la escalera de incendios. Aguzó el oído para identificar los pasos de la joven en el callejón, pero lo que percibió fueron botas pisando con fuerza en la escalera del edificio.

Arthur Curtis levantó el revólver oxidado de la joven y apuntó a la puerta con la esperanza de que no le estallase en las manos. De hecho, daba igual, pero, cuanto más tiempo los entretuviera, más lejos correría ella.

—Un cablegrama de París, señor Bell.

Bell lo aceptó con una sonrisa divertida. El aprendiz de detective de Van Dorn que le había entregado el cablegrama, un joven delgado con una camisa blanca inmaculada y unos pantalones y una pajarita azul lavanda, ejemplificaba el esplendor indumentario por el que la oficina de Van Dorn en Los Ángeles era famosa. Solo le faltaba un bombín de ese color, para el que probablemente estuviera ahorrando su sueldo.

—Espera que conteste, por favor.

Isaac Bell rajó el sobre.

LA POLICÍA ALEMANA INFORMA DE QUE ART CURTIS HA MUERTO DE UN DISPARO. HE MANDADO A UN HOMBRE A BERLÍN PARA SABER MÁS DETALLES.

*BRONSON*



—¿Cuál es su respuesta, señor Bell?

Isaac Bell oyó al aprendiz como si lo llamara desde una azotea. Se volvió hacia él y su mirada iracunda amedrentó al joven.

—¿La respuesta, señor? —repitió con valentía el aprendiz.

—Manda esto por cable:

REPATRIAD EL CADÁVER A DENVER.

PAGO YO.

BELL

—Apúntatelo, hijo.

El alto detective se dio la vuelta para disimular su pena.

El muchacho se palpó los bolsillos, presa súbita del pánico.

—Hijo —dijo Bell—, no salgas nunca sin un lápiz. Si quieres ser detective, tendrás que anotar tus pensamientos y tus observaciones. ¿Cómo te llamas?

—Aprendiz de detective Adams, señor. Mike Adams.

—Toma, Mike, usa el mío.

Bell le prestó su lápiz y le dio una hoja de papel del escritorio que se había agenciado.

El aprendiz Adams escribió el mensaje, lo releyó y se fue corriendo.

Isaac Bell se volvió hacia la ventana y se quedó mirando el trajín de First Street sin ver apenas el desfile de tranvías, automóviles, camiones y carros, ni el escuadrón de policías con cascos en bicicleta.

Joe Van Dorn entró en el despacho sin llamar a la puerta.

—Acabo de enterarme. Lo siento, Isaac. Sé cuánto lo apreciabas.

—He visto con mis propios ojos la demostración de la crueldad del Acróbata —dijo Bell—. Le vi arrojar a uno de sus hombres al mar para que no se supiera su identidad. ¿Qué me hizo pensar que no asesinaría a Art Curtis por la misma razón?

Joseph van Dorn negó enérgicamente con la cabeza.

—Una vez vi a Art en un tiroteo. La mayoría de los hombres pierden la perspectiva cuando empieza a volar plomo, pero Art no.

—Se lo agradezco. Ya sé que Art podía cuidarse solo, pero es que trabajaba para

mí.

—No hace falta que te diga —respondió Van Dorn— que tienes permiso para no reparar en medios hasta que atrapemos al culpable.

—Gracias.

—Mientras Bronson no averigüe otra cosa en Berlín, tenemos que partir de la premisa de que a Curtis lo ha matado Krieg.

—O el ejército alemán.

—¿No te gustaría saber qué averiguó para que lo mataran? —se preguntó Van Dorn.

—Lo que averiguó fue un nombre —respondió Bell.

—¿Cómo lo sabes?

—Anteayer me cablegrafió para pedir más dinero. Me informó de que en dos días recuperaríamos el dinero o tendríamos un nombre.

—¿Cómo contestaste?

—Con un cheque en blanco.

—Pues si consiguió el nombre se lo llevó a la tumba.

—Eso me temo.

—¿Y ahora? —inquirió Van Dorn.

—Como no entre por la puerta la propia Fortuna —dijo Isaac Bell—, tendré que empezar desde cero.

Llamaron a la puerta. Era el recepcionista, con un chaleco rojo y un arnés a juego.

—Señor Bell... —exclamó—. Ah, está usted aquí, señor Van Dorn. Está al teléfono el jefe de policía. Llama de Levy's Café y quiere saber qué le ha pasado.

Van Dorn sacó su reloj.

—Telefona al restaurante y comunícales que llegaré dentro de diez minutos. Comeré con el jefe —explicó a Bell—. Luego —dijo mientras salía a toda prisa— me voy a Chicago en el *Limited*. Tenme informado.

—Señor Bell, ha venido alguien a verlo. Un señor judío, con uno de esos gorros tan raros.

—Se llama «kipá». Hazlo pasar.

Andrew Rubenoff entró sonriendo, pero al ver a Bell junto a la ventana se le borró la sonrisa.

—No tienes buena cara, Isaac.

—Ha muerto un amigo mío —respondió lacónico Bell—. ¿Qué has averiguado?

El recién designado banquero productor de películas pasó a tratar directamente el objeto de su visita.

—Para mi gran alivio —dijo—, no existe nada llamado Artists Syndicate.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que un sindicato del que yo no sabía nada, pero creía que debía informarme, es un engaño. Solo existe sobre el papel. Sus supuestos inversores de Wall Street son fantasmas.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Entonces ¿quién pagó el edificio de diez plantas de Imperial Film?

—Aún no lo sé, pero no fue el Artists Syndicate.

—Alguien ha metido mucho dinero en Imperial.

—Eso está claro, si bien de momento Wall Street ha acogido mis preguntas sobre la identidad de ese alguien con un muro de silencio.

—¿Protegen a Imperial?

—No, no, no. Casi seguro que el dinero de Imperial procede de otro sitio que de Wall Street. Yo sospecho que del extranjero.

—¿Alemania?

—Puede ser, aunque nuestra mayor fuente de fondos extranjeros son los banqueros ingleses. Invierten en ferrocarriles, ranchos y minas estadounidenses. ¿Por qué no van a hacerlo en películas?

—¿Y los alemanes?

—A ti obviamente los que más te interesan son los alemanes. Ya veremos. Tranquilo, que acabo de empezar.

—Haré que también husmee en eso nuestro departamento de investigación.

Rubenoff sonrió con modestia.

—Estoy seguro de que el departamento de investigación de Van Dorn será... útil.

—¿Cómo has averiguado tan deprisa que en el Artists Syndicate no hay intereses de Wall Street?

—¡Isaac! Estás hablando con Andrew Rubenoff. Cuando venga el Mesías, me pedirá que le recomiende un corredor de bolsa. —Se serenó enseguida—. No es que quiera darte falsas esperanzas. Lo de Wall Street ha sido fácil. El extranjero es mucho más difícil. Ya he empezado, pero no puedo aportar resultados con la misma rapidez.

Bell oyó un ruido de caballos en la calle, cosa rara en el centro de Los Ángeles, y volvió a mirar por la ventana. Estaban pasando al trote veinte actores vestidos de vaqueros, con sombreros blancos, y de indios con pinturas de guerra y el torso al descubierto. Parecían dirigirse a algún rodaje en el parque Elysian, que quedaba cerca. Los vio pasar, ceñudo de concentración. Después levantó el teléfono intercomunicador Kellogg.

—Mandadme a un aprendiz.

Llegó uno enseguida. Era el chico de la pajarita azul lavanda.

—Mike, envía un telegrama por la línea privada a Texas Walt Hatfield. En la oficina de Houston sabrán dónde encontrarlo.

El muchacho sacó lápiz y libreta.

—Sí, señor Bell. ¿Cuál es el mensaje?

VEN A L. A.

BUSCA TRABAJO EN IMPERIAL FILM PARA PAPELES DE VAQUERO

—Nada más, Mike. Ya puedes irte.

—¿Firmo «Bell»?

—Firma «Isaac».

Mike Adams se fue corriendo.

Andrew Rubenoff arqueó una ceja con mirada interrogante.

—Walt Hatfield —explicó Bell— estuvo en los Texas Rangers antes de trabajar para Van Dorn. Será un vaquero creíble en busca de trabajo como extra en películas del salvaje Oeste. ¡Hasta puede que lo conviertan en una estrella! Parece que lo hubieran tallado de un cactus.

—Supongo que Texas Walt será un viejo amigo tuyo.

—¿Por qué lo dices?

—A veces necesitamos tener cerca a un viejo amigo.

—Es posible, pero yo lo que más necesito ahora es un detective fuera de serie dentro de Imperial Film.

—¿Qué puede hacer un solo detective? Imperial es una empresa enorme, con cuatrocientos empleados.

—No estará solo.

Bell mandó un mensaje a Grady Forrer por el telégrafo privado de Van Dorn para saber qué había de nuevo sobre los banqueros de Imperial.

El temible jefe del departamento de investigación le respondió:

MIS CHICOS ESTÁN BUSCANDO A FONDO.  
RECUERDA QUE A LOS BANCOS LES GUSTAN LOS SECRETOS.  
ESPERO QUE PRONTO HAYA ALGO MÁS.  
SIENTO LO DE ART. BUEN HOMBRE

Esta fue la respuesta de Isaac Bell:

CONCENTRAOS EN BANCOS ALEMANES EN EL EXTRANJERO RELACIONADOS CON EL  
EJÉRCITO  
BUSCAD CONEXIÓN KRIEG-IMPERIAL

Pauline Grandzau despertó sobre un montón de paja con cuatro pinchos de horca a pocos centímetros de su cara. El acero brillaba por el uso y lo habían afilado hacía poco. Tres de los pinchos acababan en una punta como de alfiler. El cuarto estaba torcido, como si la horca del granjero hubiera topado accidentalmente con una piedra en medio de la paja.

Se preguntó cuál de las posibilidades a su alcance era la más conveniente en un momento así.

Lo mejor era que funcionase su disfraz. No parecía una chica, sino un chico, un duro obrero berlinés con gorra de tela y chaqueta y pantalones de lana basta. La noche anterior había cambiado su vestido, su abrigo y su bonito sombrero por la ropa del hermano de su amiga Hilda, y le había comprado la mochila con cinco Groschen, que eran parte de los marcos que le había dado Art Curtis. En la bolsa llevaba unos calcetines secos, un jersey de lana, una manzana y unas galletas (que ya se había comido), una revista *Strand*, un mapa de Francia, la guía Baedeker de París y sus alrededores —adquirida en una estación de tren— y la pistola del detective.

Lo cierto fue que, finalmente, su disfraz dio tan buen resultado que el granjero se asustó. El montón de paja estaba detrás del granero. Al otro lado del campo había un bosque muy frondoso y, más allá de este, las vías del tren, que traían de Berlín a vagabundos, gitanos y alborotadores.

¿Y ahora qué?, se preguntó Pauline. ¿Qué habría hecho Sherlock Holmes después del éxito de su disfraz? Adoptó un tono más grave:

—¿Por qué me apuntas con una horca? —preguntó con voz gutural.

—¿Quién eres? —demandó el granjero.

¿Que qué habría hecho Sherlock Holmes? Respuesta: observarlo todo, no solo las púas de hierro que tenía delante de la cara. Vio que el hombre era joven. No era el granjero, sino su hijo.

—¿Quién eres tú? —inquirió Pauline—. ¿Por qué me amenazas? ¿Qué clase de alemán eres? ¿No te da vergüenza?

El joven parpadeó.

—Pero ¿qué haces aquí?

—No te lo diré hasta que hayas apartado esta cosa de mi cara.

El muchacho bajó la horca.

Pauline se levantó sin prisas, observando. El joven tenía las piernas cortas. Las de Pauline eran más largas. Podría correr más deprisa. Vio un bulto en la chaqueta de él y tela blanca asomándole por un bolsillo. Era un paquete de los que preparaban las madres.

—Tengo hambre —gruñó Pauline—. ¿Tienes algo de comer?

El joven se sacó el paquete del bolsillo. Pauline olió a jamón. Estaba entre dos rebanadas de pan con mantequilla. Mordió el bocadillo con ansia: dos bocados enormes, deliciosos.

—¡Hans! —gritó un hombre—. ¿Qué haces?

Solo podía ser el padre de Hans, y él no se dejaría engañar.

Pauline corrió hacia el bosque que había cruzado a ciegas desde las vías, cuando aún era de noche y el tren al que se aferró había pasado traqueteando por un cambio de agujas y se había detenido en una vía muerta, desprovisto de su locomotora, que había regresado a Berlín.

Oyó gritar a los hombres.

—¡Atrápalo! —exclamó el granjero.

Hans sacaba el máximo partido a sus piernas cortas. Su padre iba con bastón, cojeando.

Pauline vio la vía muerta entre los árboles y el vagón en el que había huido de Berlín, desenganchado del convoy. Lo dejó atrás y saltó a la línea principal. Después corrió por las traviesas hasta que le dolieron las piernas y los pulmones, y le latió con tal fuerza la sangre en las sienes que no oyó acercarse aquel tren a gran velocidad.

En Griffith Park, un lugar agreste de los montes del norte de Los Ángeles, Jay Tarses se quejó a la mujer menuda y morena que era a la vez su amante y su gerente comercial:

—Quiero volver a New Jersey.

—¿A Jersey? ¿Tú estás loco? Lo mejor que hemos hecho en la vida ha sido largarnos a California. Esto es muy bonito. Ha hecho sol todo el día. Ya has impresionado doscientos cincuenta metros de cinta. Acabarás toda la película antes de que se haga de noche. Y mañana empezará una del Oeste.

—Es el peor día de mi vida.

El ayuntamiento de Los Ángeles acababa de multar a Tarses con veinticinco dólares porque un tiroteo entre sus franceses de la Legión Extranjera y sus árabes raptos de la protagonista había asustado a los alces en Griffith Park. Después sus camellos habían provocado la estampida de una manada de caballos que no estaba acostumbrada a su olor. Y ahora, justo cuando sus vaqueros acababan de reunirlos para que pudiera reanudarse el rodaje, bajaba un escuadrón de rufianes de Edison de un automóvil Marmon con muchas ganas de sacar las cachiporras si no rodaba con

una cámara Edison exageradamente cara.

El jefe, un matón callejero larguirucho y de puños huesudos con acento de Hoboken, se dio cuenta a simple vista de que no lo estaba haciendo.

—¿Crees que California está tan lejos de Jersey que el señor Edison no se da cuenta?

—Dejad que se vayan las chicas —dijo Tarses—, que ya me llevo yo la paliza.

—Esta vez la paliza os la vais a llevar todos. Vamos a dar ejemplo para el resto de los independientes.

Tomó a Tarses por las solapas y se dispuso a asestar el primer golpe.

—¡Un momento! —gritó alguien.

La esperanza de Jay Tarses de haber sido salvado se desvaneció al ver salir del bosque con andares chulescos a Joe McCoy, el rufián número uno de Edison. Tarses nunca había conocido a ningún hombre de Edison tan desaprensivo como McCoy, que respondía directamente ante el señor Dyer, abogado de Edison y la persona que aseguraba con mano de hierro el cumplimiento de las restricciones del monopolio. McCoy tenía hombros de fogonero y menos compasión en el semblante que un bloque de hormigón.

—Señor Tarses —dijo mofándose—. Reconocería un rodaje tuyo en cualquier sitio, por la peste a camello.

—¿Alguna posibilidad de soborno? —preguntó Tarses con la mirada fija en la cachiporra de McCoy.

Este levantó un brazo poderoso. La cachiporra silbó al bajar desde las alturas, y el rufián de Edison que sujetaba por las solapas a Tarses chocó con un camello y se cayó de bruces. Tarses percibió vagamente que él aún estaba de pie, sin haber recibido ningún daño. Aparte de eso no tenía la menor idea de lo que ocurría.

McCoy le tendió una tarjeta de visita. Jay Tarses leyó a través de una mancha de sangre dejada por la cachiporra:

SERVICIO DE PROTECCIÓN DE IMPERIAL FILM «EL AMIGO DE LOS INDEPENDIENTES»

—Detrás está el número de teléfono. Hay telefonista a todas horas.

—¿Ya no trabajas para Edison? —preguntó Tarses.

—¿No te has enterado? —McCoy sonrió de oreja a oreja—. Ahora soy un reventa trusts, igualito que Teddy Roosevelt.

—¿Qué demonios es el Servicio de Protección de Imperial Film?

—El Amigo de los Independientes. ¿No sabes leer?

—¿Amigo? Seguro. ¿Cuánto me va a costar?

—Nada.

—Venga, Joe... ¿De qué va el tema?

McCoy le pasó uno de sus fuertes brazos por los hombros.

—Jay, a caballo regalado no le mires el diente. ¡Y no preguntes tantas tonterías!

Tarses era consciente de tener muchos defectos, pero no se encontraba entre ellos la estupidez.

—Gracias, Joe —dijo.

—No me las des a mí, dáselas a Imperial. Bueno, hace sol. Seguro que estás impaciente por seguir trabajando. Por cierto, ¿cómo se llama la película?

—*El jinete imperial*.

McCoy saludó con el sombrero a la guapa gerente comercial de Tarses, se echó al hombro al matón inconsciente y se lo llevó.

Tarses gritó a los actores que subieran a los animales.

—Cámara...

Por la tarde, cuando Tarses pagó a sus extras, el último de la fila le hizo una pregunta con voz gangosa:

—¿Quiénes eran los que te han dado el meneo?

Justo cuando Tarses iba a decirle que se metiera en sus cosas, reconoció en el extra al vaquero alto y flaco como un alambre con quien su encargada de vestuario había cambiado un kepi de la Legión Extranjera francesa por un sombrero de vaquero, con la promesa de que después del trabajo volverían a intercambiárselos tomando una copa. Tarses se había fijado en que montaba como si lo hubiera hecho toda la vida. Ahora, viéndolo de cerca, reparó en que a la luz del sol poniente sus facciones ofrecían un aspecto feroz.

—¿Cómo te llamas?

—Tex.

—Pues vuelve mañana, Tex, que voy a hacer tomas para una película del salvaje Oeste.

Texas Walt Hatfield entró pausadamente en la oficina de Los Ángeles y tras una mirada fulminante al petimetre de la recepción saludó a Isaac Bell con un apretón de manos.

Bell se dio cuenta de que al contacto daba un respingo.

—¿Y esta herida?

—Me la he hecho al caerme del caballo. Lo asustó un camello.

Bell se quedó atónito. No había mejor jinete en todo el oeste.

—¿Cuánto tiempo hacía que no te caías de tu montura?

—Descontando las veces que me han bajado a tiros de ella... —calculó Texas Walt—. No me caía desde que tenía tres años, y el caballo no estaba domado.

—¿Has averiguado algo sobre Joe McCoy?

—Sí, y es verdad lo que Tarses me contó: antes hacía de matón para Edison o, como afirmaba él, estaba «contratado por el departamento jurídico del señor Edison». No sé si se fue o lo echaron. La cuestión es que vino aquí y encontró trabajo con el Servicio de Protección de Imperial Film. Según él, están machacando a los de Edison.



—Acabo de ver a unos cuantos chicos de Edison que se volvían al este en tren, hechos polvo —dijo Bell—. ¿McCoy tiene alguna idea de qué es todo eso de la protección de Imperial?

—No es muy hablador, pero que yo sepa es un tipo legal.

—¿Y ellos?

—Lo único que sé es que no piden dinero a cambio de la protección. Pero si no es una mafia, ¿por qué se pone Imperial del lado de los independientes en la guerra con el monopolio? ¿Por buenos sentimientos?

—Sospecho —aventuró Bell— que la verdad está impresa en sus tarjetas de visita.

—¿«El Amigo de los Independientes»? ¿Por qué?

—Si una empresa que distribuye y exhibe filmes se hace amiga de todos los independientes, podrá alquilar muchas películas.

Texas Walt volvió a ajustarse el sombrero vaquero.

—Como el mayorista de ganado que se queda con todas las cabezas al llegar el tren.

—Y como la cárnica de Chicago que compra convoyes enteros. El Amigo de los Independientes podría controlar la distribución y la exhibición de todas las películas de los independientes.

—¿Estás seguro de que es la misma Imperial que tú estás investigando?

Bell asintió de manera enérgica.

—Larry Sanders ha logrado que la centralita de Los Ángeles identifique su teléfono, y es el mismo que el del edificio Imperial.

—¿Y estás seguro de que Imperial Film es una tapadera? —preguntó Hatfield.

—Es lo que vamos a averiguar —dijo Isaac Bell.

—Supongo que pretendes que siga haciendo de jinete para Tarses.

—No, lo que pretendo es que entres en el edificio. En el ático hay estudios de filmación. Preséntate a una prueba para hacer de actor dentro del edificio Imperial.

—No es tan fácil trabajar de actor, Isaac. Hay hombres y mujeres que hacen cola en todos los rodajes.

—Tú tienes ventaja, Walt. Pareces hecho para las películas. Además, ya has trabajado en alguna. Entra en Imperial mañana mismo, a primera hora.

Texas Walt vaciló.

—¿Qué pasa? —inquirió Bell.

—Pues que no deseo dejar plantado a Tarses.

—¿Tarses? ¿Qué tiene que ver Tarses con Talking Pictures?

Texas Walt deslizó la bota por la alfombra.

—Me ha dicho que me quiere para un papel más importante.

—¿Por qué no pides una excedencia al señor Van Dorn? —preguntó Bell en voz baja y aterciopelada, que Texas Walt Hatfield malinterpretó.

—¿Tú crees que el jefe aceptaría?

—Después de haber resuelto el caso.

Texas Walt hizo un profundo surco en la alfombra.

—Perdona, Isaac. No pretendía negarme a acompañar a casa a la chica a la que llevé al baile.

—Te lo agradezco, Walt. Las cosas están así: tengo a los muchachos vigilando a Clyde en la séptima planta del edificio Imperial. A ti te quiero en los estudios del ático. He visto el despacho de *mademoiselle* Violets en el sexto piso, y ahora voy al tercero, donde graban.

—¿Cómo te las arreglarás para entrar?

—Ya estoy dentro.

Los tipos duros de elegante uniforme que vigilaban el edificio Imperial no se mostraron muy simpáticos con Isaac Bell, pero este había visitado bastantes veces a Clyde Lynds para que lo reconocieran y lo llamaran por su nombre.

—Buenas tardes, señor Bell —lo saludó el portero antes de endurecer su tono al dirigirse al grupo de fornidos individuos que se agolpaban a espaldas del investigador con estuches de instrumentos como una trompeta, un saxofón, un clarinete, un violín y un contrabajo—. ¡Un momento, caballeros! Ahora mismo los atiendo.

—Vienen conmigo —afirmó Bell.

—¿Todos?

—El señor Lynds ha pedido una orquesta.

—Abran los estuches.

—Señores —dijo Bell con afabilidad—, aquí son un poco suspicaces. Enseñenle sus instrumentos.

Una vez abiertos los estuches, quedaron a la vista varios instrumentos relucientes: una trompeta y un saxofón, un clarinete, un pequeño violín y un enorme contrabajo.

—Al tercer piso —indicó Bell al ascensorista, un hombre malcarado que buscó con la vista el permiso del portero general antes de llevarlos a la tercera planta.

Clyde Lynds esperaba impaciente en la sala de grabación.

—¿Por qué han tardado tanto?

—Los porteros son tan desconfiados que pensaban que los chicos querían entrar con ametralladoras Gatling.

—Qué imbéciles. Bueno, venga, sentaos alrededor de la bocina de grabación. El más próximo a ella, el violín. Aquí la trompeta, y aquí, al fondo, el saxofón y el bajo.

—¿Yo dónde me pongo? —preguntó el clarinetista, un individuo menudo a quien Bell había visto por última vez despojando de sus escopetas a dos ladrones de bancos.

—Tú detrás del violín —señaló Clyde— y no entres hasta que te lo diga.

El bajista, que en la agencia de detectives Van Dorn era conocido sobre todo como infiltrado en la corrupta policía de San Francisco, tocó un la en un diapasón de lengüeta para que empezaran a afinar.

—Para las grabaciones acústicas —explicó Clyde— tenemos que sustituir los violines por trompetas y clarinetes, y reforzar el bajo con un saxofón bajo y la batería con banjos. Uno de mis objetivos es sustituir los sistemas acústicos mecánicos inventados por Edison. Los aparatos de Edison no pueden grabar la cuerda ni la batería; tampoco el piano, que en realidad solo son cuerdas y martillos. Los sonidos se escuchan planos, metálicos.

Isaac Bell echó un vistazo por encima del hombro. Tenía la inquietante sensación de estar siendo observado, pero solo vio entrar a los ayudantes de Clyde con una caja de la que colgaban cables. Mientras empezaban a conectarlos a un aparato cortador de discos, Bell se asomó por la puerta. No había nadie en el pasillo. Aun así, seguía teniendo la impresión de que lo observaban.

Los ayudantes de Clyde llegaron con una caja de madera en la que había un grueso disco agujereado encima y la pusieron junto a la trompeta.

—Esto es un micrófono de carbón, como los de los teléfonos, pero mucho más grande. Dentro de esta caja hay una válvula de vacío de cristal con carga eléctrica que reproduce y amplifica lo que el micrófono capta. Tengo la teoría de que una grabación eléctrica añade una octava de reproducción sonora, lo cual nos permitiría grabar violines y, en el futuro, si todo va bien, el piano. Tarde o temprano haré un micrófono que a diferencia del de Edison no haga que la onda sonora tenga que esforzarse mucho. De la bocina de Edison el sonido sale exhausto, como un pobre jornalero. Bueno, chicos, ¿y si afináis mientras acaban de conectar los cables?

Clyde se reunió con Bell en la puerta. Salieron al pasillo y fueron a una sala que el joven inventor había insonorizado al lado del estudio de grabación. Tenía una ventana hecha con varias capas de cristal, por donde se veía a los músicos. También había una bocina enorme de gramófono sobre una caja de madera. Bell se fijó en que salían unos cables que pasaban al estudio a través de la pared.

—¿A qué viene el disco de cera? —preguntó—. Creía que pensabas poner directamente el sonido en la película.

—Cada cosa a su tiempo. Primero necesito una grabación eléctrica nítida. No tiene sentido incorporar una grabación acústica a la película si no puedo reproducirla lo bastante alto para que la oiga el público de una sala grande.

—¿Cuándo calculas que podrás hacerlo?

—Escuche.

Clyde activó el interruptor de cuchilla situado sobre la caja donde estaba la bocina, que emitió la cacofonía discordante de los músicos al afinar los instrumentos de cuerda y viento. Bell prestó atención para tratar de distinguir el sonido musical.

—No percibo grandes diferencias entre el violín y el clarinete.

—El simple hecho de que oiga usted el violín me indica que voy por buen camino. —Clyde cortó el sonido al levantar el interruptor—. Comuníquese al señor Van Dorn que podríamos vender una versión de este micrófono a Alexander Graham Bell para hacer llamadas a mayor distancia; entre Los Ángeles y Nueva York, por

ejemplo.

—Así lo haré —contestó Bell—. También le diré —añadió, cáustico— que por lo que oigo aún falta mucho trabajo.

—Habían fabricado un micrófono mejor, pero me lo han robado.

—¿Robado? ¿Quién?

Clyde se encogió de hombros.

—No lo sé. Ayer por la mañana, cuando llegué, ya no estaba el mejor que he hecho hasta ahora. Ninguno de mis chicos había visto nada, y los de usted tampoco.

—¿Crees que entró alguien mientras dormías?

—Volví a la casa para darme un baño y descansar toda la noche. Es posible que lo tiraran a la basura las mujeres de la limpieza, aunque ellas aseguran que no.

A Isaac Bell le preocupó no poder estar seguro de si el joven científico decía la verdad o inventaba excusas por la lentitud de sus avances.

—Pondré vigilancia por las noches, cuando no estés aquí —dijo.

—No me voy muy a menudo.

—Ya lo sé. El señor Van Dorn está impresionado con tu dedicación. ¿Has sabido algo nuevo en lo referente a Imperial?

En los pasillos, y en los ascensores, mientras consideraba los arduos aspectos científicos de su máquina de Talking Pictures, Clyde Lynds había hecho muchas amistades, como era habitual en él, y compartía las sospechas de Bell sobre aquella empresa tan boyante como misteriosa.

—He conocido a un director de Imperial que está rodando una película aquí fuera. Le dieron el trabajo por ser amigo de alguien bien situado dentro de la compañía. Quizá sepa algo. O solo sea un empleado más.

—¿Cómo se llama la película?

—*La hija del cervecero*.

—¿De qué va?

—El protagonista se casa con la hija de un inmigrante alemán, viven felices y comen perdices.

—Lo investigaré.

Isaac Bell se aplicó al bigote una mezcla de betún negro de zapatos y cera Pinaud Clubman, se cubrió su pelo rubio con un casco de cuero de piloto y ocultó sus ojos azules tras unas grandes gafas de aviador. A continuación montó en una reluciente motocicleta negra Indian y salió disparado a velocidad de vértigo por entre los tranvías, automóviles, camiones y carros de Second Street. Era un nuevo modelo de motocicleta, con bomba de gasolina automática, transmisión de dos velocidades para arranques fulgurantes y un manillar con amortiguadores que esperaba que lo ayudase en los saltos.

Giró y atajó hacia Aliso por las vías de la compañía de ferrocarriles Southern Pacific. Después de meterse como una flecha en Aliso, fue directamente a un cruce ocupado por una enorme fábrica de cerveza de ladrillo rojo, con su planta de embotellado. Aceleró. Al acercarse al edificio vio una lona sobre un solar vacío, delimitado con cuerdas.

IMPERIAL FILM

LA HIJA DEL CERVECERO

Extras, aguarden aquí

Alrededor del solar pululaban un sinfín de extras: malos con bigote, policías con casco, hombres gordos con trajes estridentes, decenas de vaqueros polvorientos (muchos de ellos practicando con sus lazos), numerosos payasos de circo y nada menos que tres especialistas montadas a caballo, con sus pantalones de gamuza. Texas Walt Hatfield tenía razón: había mucha competencia. En Los Ángeles todo el mundo quería salir en alguna película. Para conseguir trabajo había que destacar.

Bell vio al camarógrafo en la verja de hierro forjado de la fábrica, girando la manivela a gran velocidad. Lo flanqueaban un director con su megáfono y una deslumbrante batería de lámparas Cooper-Hewitt. Llegó una limusina Pierce-Arrow de la que se apeó una guapa actriz con vestido de noche, bajo la cruda luz de aquellos focos.

Isaac Bell accionó el acelerador y puso la Indian en primera con el pie. Encorvado

en la máquina, fijó su rumbo en una larga rampa por donde bajaban camiones y carros de cerveza, salidos del primer piso de la fábrica. Sorteando los carros y esquivando los caballos, dio un giro brusco, subió por la pendiente a gran velocidad y volvió a girar. El motor de la Indian chirrió en protesta por haberse despegado del pavimento.

La motocicleta salió despedida por el borde de la rampa y surcó el aire por encima del capó del Pierce-Arrow. A punto estuvo Bell de chocar con el vehículo antes de aterrizar con fuerza en los adoquines y quemar neumático al frenar ante la cámara.

Al ver que el camarógrafo, a pesar de su sorpresa, había tenido la presencia de ánimo de no detener la manivela, Bell hizo una educada reverencia y, sin quitarse los guantes, tendió una mano a la bella actriz, quien disimuló su sorpresa al estrecharla, como si diera por supuesto que Bell era un ingrediente más (desconocido, en aquel caso) de la cinta.

—Pero ¿se puede saber qué haces? —bramó el director.

—Buscar trabajo —respondió Isaac Bell imitando el tono de un paleta con ganas de triunfar en la gran ciudad.

—¿Estás loco?

—Me han dicho que en esta obra que rueda, *La novia de la cervecería*, hay una persecución.

—Se llama *La hija del cervecero*. ¡Eh, un momento! ¿Cómo te has enterado de que voy a rodar una persecución?

—Por un tipo que se dedica a esto.

Uno de los conocidos de pasillo de Clyde Lynds era aquel director de la Imperial, que se había ufano de sus planes de que la pareja se fugara en bicicleta, perseguida por camiones de cerveza y carros de los que caían toneles.

—¿Dónde trabaja?

—Para el señor Griffith.

El director sonrió orgulloso.

—¿D. W. se ha enterado de que haré una escena de persecución?

—Fue lo que me dijo.

—¿El señor Griffith hizo algún comentario en concreto?

—«Si la rodara yo, usaría algo más emocionante que una bicicleta».

El director dejó de sonreír de golpe y se puso de mal humor.

—Ah, ya lo pillo: crees que necesito a un loco en motocicleta.

Isaac Bell señaló al camarógrafo.

—Mire esa filmación y luego me dice si no soy el mejor motociclista que hay en todo el mundo del cine.

En una vía muerta, solitaria, había un *Bremserhäuschen*, una vagoneta de

guardafrenos, o un *caboose*, como lo llamaban en Estados Unidos (según le había dicho el detective Curtis a Pauline). Tenía ruedas grandes y con radios, como los vagones de mercancías; una pequeña cúpula en un extremo, tres ventanillas cuadradas, una chimenea de zinc y una serie de ventiladores en el techo que giraban con el viento. Vio una puerta en medio y una en cada plataforma, la delantera y la trasera.

Ya volvía a llover, y oscurecía. Pauline tenía frío y hambre. Aún faltaban cientos de kilómetros para llegar a Francia. Se preguntó cuál era su mejor baza en un momento así.

En ninguna de las ventanillas se veía luz. Tampoco salía humo por la chimenea.

No había nadie cerca. Durante todo el día se había sorprendido al ver tan despoblado el campo a ambos lados de las vías. Durante los pocos años de vida de Pauline la población alemana había crecido enormemente. Lo lógico, a su modo de ver, habría sido que los convoyes de mercancías la hicieran transitar por urbes concurridas y suburbios bulliciosos, pero no, su viaje había sido un lento traqueteo entre granjas con más animales que personas. Aquel vagón vacío era un golpe de suerte inesperado. Dentro estaría seca y a resguardo del viento. Quizá incluso encontrase comida en él.

Tras comprobar por décima vez que no hubiera nadie cerca, corrió lo más rápido que pudo por el campo embarrado y subió los escalones de la plataforma trasera. Imposible abrirla. Fue a la parte delantera del vagón y al subir descubrió que también aquella puerta estaba cerrada.

Tenía tanto frío que empezó a tiritar. ¡La cúpula! ¿Y si contaba con una escotilla que se hubieran olvidado de cerrar? Había una escalera. Subió por los peldaños de metal mojado y se arrodilló para inspeccionar la pequeña bóveda. No vio ninguna escotilla. Descubrió, sin embargo, que todo el techo era una escotilla, con bisagras, y que nadie las había asegurado. Accedió al interior, bajó unos peldaños en penumbra y cerró tras de sí para que no entrase la lluvia.

Sus manos palparon un candil y unas cerillas. Al principio no quiso encenderlo por miedo a que la descubrieran, pero luego pensó que era la vagoneta donde los guardafrenos dormían cuando no trabajaban. En las ventanas había cortinas. Se acercó a tientas, las corrió, volvió a por el candil y encendió la mecha.

Lo que vio la dejó estupefacta.

Era un espacio pulcro, acogedor, como una casa de muñecas. En las paredes había literas con mantas de abrigo, así como una estufilla de queroseno con una tetera. De pronto se dio cuenta de que se moría de ganas de beber algo caliente. En la tetera había agua. Acercó una cerilla al queroseno y, mientras el agua se calentaba, encontró una lata de té y otra de azúcar. Al ver un tarro de mermelada de moras pensó que lloraría de felicidad.

Mientras la degustaba a cucharadas, su inquieta mirada se posó en un mapa de la red ferroviaria colgado en la pared, y comprendió por qué el recorrido era tan

solitario. Las vías dibujaban una línea sorprendentemente recta al sudeste de Berlín, pasando por Gústen, Wetzlar y Koblenz hasta llegar a Metz, en Alsacia y Lorena. El tren de Berlín a Metz evitaba ciudades como Leipzig y Frankfurt en aras de una ruta más directa. Por eso la llamaban la *Kanonenbahn*, la línea estratégica del ejército, con curvas suaves y pocas pendientes, para facilitar el transporte rápido de cañones y soldados a la frontera en caso de una invasión francesa. Al mirar hacia el este en el mapa vio otras líneas similares que unían Berlín con Polonia, cuya finalidad era mantener a raya a los rusos en la frontera.

Entre sorbos de té (lo primero caliente que bebía en dos días) siguió el recorrido que había hecho desde Berlín y se le cayó el alma a los pies al ver cuánto le faltaba para llegar a París. De repente se oyó el silbido de un tren. Venía del este e iba hacia Francia. Pauline apagó el candil, abrió el pestillo de una puerta, saltó a la vía muerta y se escondió detrás del furgón con la esperanza de subir al tren que se acercaba. Ya lo había hecho dos veces. Y había sobrevivido gracias a que una noche en que ella no podía irse a casa el detective Curtis, más hablador que de costumbre, le había dicho que a su edad, cuando «hacía las vías», los vagabundos le habían enseñado a saltar a la parte delantera de los vagones, no a la trasera. Caerse por delante era caerse de lado. Caerse por detrás era hacerlo bajo el tren.

Se agazapó en el terraplén, protegiéndose los ojos para no ser deslumbrada por el faro de la locomotora. Sonaba como si fuera demasiado rápido, pero en el mismo momento en que la máquina pasó junto a ella Pauline echó a correr y se abalanzó hacia la escalerilla de un vagón de carga. Tropezó con una traviesa, cayó rodando por el terraplén y se incorporó. Demasiado tarde. El tren ya estaba lejos.

Abatida, se refugió otra vez en el furgón, envuelta en mantas, y se quedó dormida sobre un colchón duro. Durmió sin moverse, completamente exhausta. En plena noche soñó que la zarandeaban. Luego soñó que estaba en un tranvía que traqueteaba al cambiar de raíles por una calle de Berlín. El tranvía se detuvo y al cabo de un rato volvió a moverse.

Se incorporó de golpe, despierta por completo. La vagoneta se movía. Fue corriendo hacia una ventana y al apartar la cortina vio luces borrosas. El vagón pasaba por una población a sesenta kilómetros por hora, enganchado por detrás a un tren que aceleraba.

¿Al oeste, hacia París?

¿O al este, hacia Berlín?

Oyó en la puerta un ruido metálico más fuerte que el traqueteo de las ruedas. Eran los guardafrenos que habían enganchado el furgón al tren y ahora abrían la puerta.

Irina Viorets y Christian Semmler estaban viendo la última película de Imperial en una pantalla del apartamento de él en la octava planta, antes de mostrársela a los distribuidores. Acababa en una gran persecución con toneles caídos de camiones de



cerveza, una locomotora en marcha y una motocicleta que saltaba sobre los toneles y aterrizaba junto a una limusina Pierce-Arrow. Una mujer bajaba de ella con un largo vestido de novia y montaba en la moto, que perseguida por camiones de cerveza se metía a gran velocidad en unas vías y era perseguida entonces por un tren.

Semmler se irguió bruscamente y fijó la mirada en el parpadeo de la pantalla.

—¿Quién es el motorista?

—Espero que un extra, no un buen actor —contestó Violets—, porque no vivirá mucho tiempo.

—Se parece a Isaac Bell.

—Pero, tras esas gafas, ¿cómo lo ha reconocido?

—Por su forma de montar.

—Isaac Bell es un ejecutivo de seguros de Connecticut... No puede ser él.

—No, claro —dijo Semmler, pensativo—. No me imagino a ningún agente de seguros trabajando en algo tan peligroso.

La película tenía final feliz: la pareja fugada se casaba en una iglesia luterana y se embarcaba en un transatlántico de Estados Unidos a Hamburgo para pasar la luna de miel en Alemania.

—Irina, quiero que contrates a Marion Bell.

—¿La mujer de Bell?

—¿Cuánto tiempo tardarías en traerla?

—Si ella quiere, mañana estará aquí. Se encuentra en San Francisco, visitando a su padre.

—Debería encargarse de nuestra historia del ferrocarril en el Oeste.

—¿Por qué ella?

—Seguro que está lista para cosas importantes.

Irina Violets miró a Semmler, sentado en la penumbra. Las actividades del general alemán aún eran más extrañas que él, pero a menudo tenía buenas ideas. Se desempeñaba bien en el negocio cinematográfico. *El caballo de hierro*, la cinta de Imperial que relataría la historia del ferrocarril en el Oeste, sería una película ambiciosa, de dos o tres rollos. Marion Morgan aportaría al relato su sensibilidad de documentalista y todos los conocimientos necesarios para rodar hechos reales en exteriores.

—Le haré una llamada telefónica de larga distancia. Espero que Preston Whiteway aún no la haya fichado.

—Dile que si deja a Whiteway puede tener a su disposición una flota de locomotoras. Prométele que contratarás a Theda Bara, King Baggot y Florence Lawrence.

—No es de las que incumplen sus contratos.

—Dile que si le apetece puede atar a una locomotora a Billy Bitzer y su cámara. Pero ¡tráela! Inmediatamente.

—Voy a llamar por teléfono a San Francisco.

—Y después ponte a escribir un guión donde salgan germanoamericanos guapos que trabajen en el ferrocarril.

—Eso —dijo Violets— ya me lo había imaginado.

Cuando se fue, Semmler atrancó la puerta.

Para ser un rico ejecutivo de una compañía de seguros, Isaac Bell había aparecido demasiadas veces justo en el peor momento con una pistola en la mano. Ahora se hacía pasar por extra, nada menos que en una película de la Imperial.

Bell ya había dado que pensar a Semmler, que en un mensaje por la línea privada de telégrafo del vicecónsul alemán en Los Ángeles había ordenado al cónsul general en Nueva York que investigase Dagget, Staples & Hitchcock. El cónsul general le había informado de que era realmente una compañía de seguros de Hartford y de que Isaac Bell aparecía en la lista de socios.

Semmler no había quedado convencido. También la Leipzig Organ & Piano Company parecía real. ¿Y quién era más «de los nuestros» que Fritz Wunderlich, el representante de Leipzig en Estados Unidos, tan querido por todos?

Isaac Bell le había impedido secuestrar a Lynds y al profesor Beiderbecke en el *Mauretania*. Isaac Bell le había impedido llevarse a Lynds del *Golden State Limited*. Y ahora un hombre muy parecido a Isaac Bell se hacía pasar por especialista de cine. Christian Semmler estaba decidido a averiguar si era él.

Mientras no estuviera seguro de ello, sin embargo, el mayor general quería tener cerca a la esposa del detective.

Al oír que los guardafrenos abrían la puerta del furgón, Pauline subió por la escalera llevándose una manta; salió por la escotilla y se encaramó al techo justo cuando entraban, y enseguida se quejó del frío. El viento levantado a su paso por el tren la golpeó como un puño. Olía a humo de carbón y a lluvia. El cielo, sobre bosques y campos, estaba cuajado de nubes más negras que el propio humo de la locomotora. Pauline intentó guarecerse detrás de la cúpula.

¿Qué harían al ver su taza de té y el tarro de mermelada abierto?

La velocidad del tren no permitía saltar; y aunque hubiera estado quieto, el techo era demasiado alto.

Miró hacia atrás. El cielo estaba gris.

Miró hacia delante. Bajo las nubes bajas, el convoy parecía una larga serpiente oscura. Al fondo la locomotora echaba chispas. Nunca había ido en un tren tan veloz. Descubrió la causa de la velocidad gracias a la vaga luz del alba que se filtraba por las nubes de tormenta: era un tren militar, con vagones abiertos que transportaban o un solo cañón largo o cureñas de artillería con dos ruedas. Cuando una larga curva dejó a la vista el lado del convoy, Pauline vio vagones de ganado, que debían de transportar los caballos de los soldados de artillería, y también de pasajeros, repletos

sin duda de soldados.

¿Qué era lo mejor?

¿Tener esperanza? La esperanza de que supusieran que eran vagabundos los que habían entrado a robar comida... ¿Y cómo se habían ido, si estaban cerradas las puertas? ¿Por la escotilla de la cúpula? Era lo mejor que Pauline podía invocar: la creencia de que los guardafrenos no leyeran las historias de Sherlock Holmes.

Varios relámpagos desgarraron las nubes. Sintió el aliento gélido del viento. Arrebujándose los hombros con la manta que había cogido, rezó por un milagro, pero en respuesta al mayor de sus temores la escotilla empezó a levantarse. Era un guardafrenos que subía a mirar si había algún vagabundo escondido en el techo.

Un trueno hizo temblar de manera brusca el furgón mientras comenzaba a caer un aguacero.

La escotilla se cerró de golpe.

Un rayo alcanzó la locomotora. Los truenos se sucedían como si el propio Thor se hubiera fijado en el tren y este no fuera de su agrado. Sin embargo, Pauline era la chica más feliz del mundo: el dios del trueno la había salvado del guardafrenos.

Otro relámpago envolvió en fuego azul la locomotora, que frenó bruscamente. El tren se detuvo con estrépito a la vez que se oía el impacto de los enganches.

De las ruedas de la locomotora brotaron bolas de fuego eléctrico que saltaron a un árbol cercano a las vías. Se hizo astillas con el estallido de la savia, convertida en vapor a causa del calor extremo. Pauline vio que una llamarada verduzca se le venía encima a través de la cubierta de los vagones y notó el incipiente cosquilleo de un *shock* eléctrico. Aferrada a su preciada mochila, bajó por la escalerilla y se internó corriendo por el bosque.

Isaac Bell tomó en sus brazos a Marion, que acababa de apearse del *Coast Line Limited* de San Francisco. Se besaron una vez, y otra. Bell tomó la bolsa de Marion y entregó al mozo el resguardo del baúl, junto con el nombre de su hotel y una succulenta propina.

—Es usted muy generoso, señor.

—Es que me alegro de ver a esta mujer tan guapa que tengo.

—Me extrañaría que no se alegrara, señor.

La pareja se dio otro beso.

—Andrew nos ha encontrado una casa de alquiler cerca de donde él vive, en Bunker Hill —dijo Bell a Marion—. Mientras la arreglan he reservado habitaciones en el Van Nuys.

Se alejaron del andén cogidos de la mano.

—¿Qué fue lo primero que pensaste —preguntó Bell— cuando Irina te llamó por teléfono y te ofreció trabajo?

—En lo contenta que estaba... porque te vería.

—¿Y después?

—Pensé que *El caballo de hierro* sería un gran reto. Es mucho que contar para tres rollos, y se me ocurrió enseguida que quizá podría convencer a Irina de que se arriesgue a que sean cuatro.

—¿Y lo siguiente que pensaste?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Pues es un poco técnico, pero pensé que me gustaría revivir las *traveling pictures* de hace años, esas en que la cámara se mueve al mismo tiempo que la acción. Han pasado de moda. Ahora todo el mundo está prendado de los primeros planos de los personajes, pero al poder usar vagonetas para que la cámara se deslice sin sobresaltos por raíles, y como quiero que empiece el guión antes de la existencia de los ferrocarriles del Oeste, con jinetes del Pony Express y diligencias... Ya me entiendes. Es técnico, pero es lo que pensé.

—¿Te preguntaste por qué te contrataba Irina?

—No.

—¿No te sorprendió lo más mínimo?

—En el mundo del cine hay muchas mujeres, pero aún hay más hombres, y me he dado cuenta de que a las mujeres les gusta trabajar con mujeres. Además, Irina sabe que, dado que he hecho películas documentales, no me molesta rodar a salto de mata. ¿Por qué lo preguntas?

Bell sonrió.

—Creo que ya sabes lo que pienso sobre las coincidencias.

—Te desagradan profundamente.

—Irina trabaja para una compañía que ha llamado mi atención en el caso Talking Pictures.

—Imperial. Donde tienes escondido a Clyde.

—Sí, es que está resultando ser todo un enigma. En Imperial gastan mucho más de lo que ganan. Nadie sabe de dónde sacan el dinero. Han constituido un ejército de detectives privados que está expulsando de Los Ángeles a los rufianes de Edison.

—¡Fabuloso!

—Parece que lo hacen para ganarse a los independientes.

—Una manera muy astuta de asegurarse de que haya mucha oferta nueva.

—Y de repente ofrecen trabajo a mi mujer. Da que pensar.

—Ah... Bueno, pues en ese aspecto puedes estar tranquilo, porque Irina no me telefoneó para ofrecerme trabajo.

—¿No?

—Llamó para preguntarme cuándo venía a Los Ángeles, para saludarme y pedirme que le aconsejara a alguien para dirigir *El caballo de hierro*. Yo le facilité unos cuantos nombres que según mi criterio podían hacerlo bien. Por ejemplo, Christina Bialobrzesky. ¿La recuerdas?

—La «condesa polaca» con acento de Nueva Orleans.

—Irina me dio las gracias y, justo cuando nos despedíamos, como si se le acabara de ocurrir, me preguntó si podía interesarme.

—¿Por qué no te lo había preguntado antes?

—Porque pensaba que estaba comprometida con Preston. Yo le aseguré que no. En fin, resumiendo, que aquí estoy. Eso sí que es una coincidencia de aúpa, ¿eh?

—Me alivia saberlo —reconoció Isaac Bell—. De todos modos, aunque solo sea por si acaso, ¿te gustaría ser una verdadera detective?

—¿A tus órdenes?

—Más o menos —dijo Bell correspondiendo a su sonrisa.

—¿En qué consistiría?

—En estar atenta a todo lo que se salga de lo normal, sin olvidar tu propia seguridad.

—Debo aclarar que todo lo que Irina me contó sobre *El caballo de hierro* entraba dentro de lo previsible en una compañía que se dedica a hacer películas.

—Quiero saber qué hacen aparte de películas.

La oficina de la agencia de detectives Van Dorn en Los Ángeles estaba en un almacén de dos plantas de Second Street, al lado de una zona dedicada a la madera, la maquinaria y la pintura, y aunque los detectives de Los Ángeles echasen en falta una ubicación menos bulliciosa y tan elegante como las de sus homólogos de Nueva York, Chicago y Washington, tenían la ventaja de que una tupida red de accesos por callejones y otros negocios del barrio permitía que sus movimientos pasaran desapercibidos a quienes no debían conocerlos.

Texas Walt Hatfield entró tranquilamente y usó su pañuelo para quitarse el serrín de las botas mientras llegaba Isaac Bell limpiándose las suyas de virutas de metal. Ambos iban caracterizados: Hatfield con ropa de vaquero y Bell con su casco, sus gafas de aviador y un ancho cinturón de motorista.

Hatfield no informó de nada nuevo o sospechoso en el estudio de filmación del ático del edificio Imperial. Tampoco Bell tenía nada que añadir. Aquella tarde habían terminado el rodaje de *La hija del cervecero*, y el mismo director de la Imperial le había ofrecido otro trabajo en una película, aún sin título, en la que aparecían una motocicleta y un tren de mercancías desbocado.

—Me gustaría hacerte una pregunta, Walt.

—Dispara. —Walt de repente era todo oídos porque Isaac Bell no solía iniciar sus interrogatorios con «Me gustaría hacerte una pregunta», así que dedujo que algo fuera de lo común debía de preocupar al investigador jefe.

—¿No has tenido nunca una sensación un poco rara en el estudio?

—¿Rara? ¿En qué sentido?

—Como si te estuvieran...

Bell dejó de hablar y miró a la cara al alto texano. No se lo habría preguntado a cualquier detective, pero Walt Hatfield era un cazador nato, criado por indios comanches, y con diferencia el más sensible a su entorno de todos los detectives de Van Dorn con quienes había trabajado.

—¿Observando?

—Sí, ¿verdad?

—Ahora que lo dices sí, lo noté, aunque en ese momento, con tanta cámara y tanta manivela, no le hice mucho caso.

De repente los ojos de Bell eran como dos brasas.

—¿Tú también, Isaac?

—Algo he notado.

—¿Dónde?

—En la sala de grabación del tercer piso.

—¿Y en el laboratorio de Clyde?

—Quizá, pero no con tanta intensidad.

—¿Tú crees que alguien espía por un agujero desde la habitación de al lado?

—Hay una manera de averiguarlo.

Bell cruzó el pasillo para hablar con Larry Sanders, que acababa de ser ascendido a jefe de la oficina de Los Ángeles. Era un hombre delgado y elegante que vestía un traje de lino blanco como el de Bell, acorde con el calor que hacía en la ciudad, aunque, a diferencia del de Bell —cortado con habilidad para ocultar una pistola automática de buen tamaño y un cargador de repuesto, con sitio para una pistola de manga y una en cada bolsillo si lo requería la ocasión—, el de Sanders era tan ajustado que al detective de Los Ángeles le habría costado mucho esconder un arma mayor que un estilete. En su perchero había un bombín blanco y varias corbatas de seda. Bell confió en que hubiera sitio en el bombín para una Derringer, porque en sus zapatos de charol seguro que no.

—Larry, ¿a quién me aconsejas que envíe al ayuntamiento para examinar los planos del arquitecto del edificio Imperial?

—A Holian.

—Creo que lo conozco. ¿Es un tipo barrigudo con pinta de tabernero?

—Ese, aunque una vez también le vi dar el pego como portero de burdel.

—No quiero que el propietario del edificio se entere.

—No se preocupe, señor Bell, que a Holian le comen de la mano los funcionarios del ayuntamiento. En Los Ángeles no hay ningún cadáver enterrado que Holian no fuera capaz de encontrar con una pala. Harán todo lo que él les pida y con una sonrisa. —Sanders se tocó un fino bigote que Texas Walt había comparado, a su espalda, con «la caja de una corista»—. Le vendría bien poder ser un poco generoso mientras fisgonea.

—Carga todo lo que haga falta en la cuenta de Talking Pictures. Di a Holian que quiero los planos de la tercera y la séptima plantas, y del ático, con todas las

habitaciones y todos los armarios.



Isaac Bell recibió un informe largo y especulativo de Grady Forrer por telégrafo, un medio cien veces más veloz que el correo, pero sin la sutileza ni la precisión de una carta y con pocas ocasiones para el toma y daca de una conversación por teléfono. Clyde Lynds había dicho que algún día su micrófono eléctrico derivaría en aparatos que amplificarían corrientes eléctricas débiles para que las conversaciones telefónicas a larga distancia abarcasen todo el continente. Isaac Bell no veía la hora de que así fuera.

Las transmisiones iban y venían por la línea telegráfica privada de Van Dorn. En resumidas cuentas, Grady había encontrado el nombre de un banco comercial privado alemán (Hamburg Bankhaus) del que el departamento de investigación sospechaba que canalizaba dinero en Imperial Film.

¿SEGURO?

BASTANTE.

¿CONEXIONES KRIEG-IMPERIAL?

AÚN NO.

¿CONEXIONES KRIEG-HAMBURG BANKHAUS?

DE MOMENTO NO

Isaac Bell telefoneó a Andrew Rubenoff y lo puso al corriente de las sospechas del departamento de investigación.

—¿Existe de verdad ese Hamburg Bankhaus o se trata de un engaño?

—¿Puede saberse dónde has oído hablar de él?

—En el departamento de investigación de Van Dorn.

—Estoy impresionado —contestó Rubenoff—. Me quito el sombrero. Hamburg Bankhaus es poco conocido fuera de los círculos profesionales.

—Transmitiré el cumplido a los chicos. ¿Es auténtico entonces?

—Lo es. Ese banco trabaja mucho con empresas alemanas que hacen negocios en Estados Unidos. Es el principal prestamista de Leipzig Organ & Piano Company.

—¿Los de las tiendas de pianos?

—Seguro que las has visto. Leipzig Organ se ha expandido muchísimo en

América. Han abierto un montón de sucursales donde venden pianos de salón. De todos modos, me parece curioso que me lo preguntes.

—¿Por qué?

—El otro día quise comprar partituras en una de sus tiendas, pero se les habían acabado las de «Ah! Sweet Mystery of Life».

—Es muy famosa.

—Cuando a una tienda de música se le acaba una nueva canción de Victor Herbert, es que tiene graves problemas.

—O los tiene la editorial.

—La editorial echará la culpa a la tienda, claro, por no encargar bastantes partituras o por no pagar, pero en este caso quizá tenga razón. El surtido de la tienda era muy pobre. Lo más reciente que encontré fue «I Love My Wife, but, Oh, You Kid!», que ya es tan vieja que el papel estaba amarillento.

—¿Qué tal los pianos?

—Para lo que son los verticales, bastante correctos. Buena calidad alemana.

—¿Dónde está la sede de Leipzig? —preguntó Bell.

—En Leipzig, como su nombre indica.

—Me refiero a la sede americana.

—Tendrán un representante.

—¿Cómo funcionan?

—El representante trabaja a comisión y hace todos los negocios que tengan que cerrarse aquí. Del resto se encargan en Leipzig.

—¿Leipzig Organ no será de Krieg, por casualidad?

—Si lo fuera, dudo que pidiera créditos a Hamburg Bankhaus. Podría conseguir mejores tipos de interés a través de Krieg.

Bell reflexionó sobre sus siguientes movimientos.

—Tío Andy, háblame de pianos.

El escaparate de la Leipzig Organ & Piano Company, constató Isaac Bell al pasar rápidamente a su lado, estaba impecable. Más allá de su escasez de partituras no se le podía reprochar nada, al menos desde la acera. Se detuvo a mirar a través del cristal, sacó de su bolsillo un reloj con cadena de oro macizo, fingió consultar si disponía de tiempo y entró.

En las paredes se alineaban sólidos pianos verticales, todos con el nombre *LEIPZIG* en pan de oro. Entre dos expositores giratorios de caoba para partituras había una vitrina con metrónomos e himnarios.

El encargado, que estaba al lado de la puerta del fondo, se levantó de su silla tras el mostrador. Era un alemán de mediana edad, porte militar y actitud distante.

—¿Sí? —preguntó.

—Quiero comprarle un piano a mi sobrina, que tiene muy impresionada a su

profesora.

—Hay lista de esperra parra nuevos pedidos.

—¿Cuánto tardará?

—Es difícil concretarlo.

—¿Un mes? ¿Dos meses?

—Más bien entre seis meses y un año, señor. Nuestros pianos están hechos con muchísimo esmero.

—¿Llevan cuerdas Stahl und Drahtwerk?

El vendedor apretó la mandíbula.

—¿O Moritz Poehlmann, de Nuremberg? —preguntó Bell.

El hombre siguió mirando al frente, muy concentrado en el nudo americano de la corbata de Isaac Bell.

—Eso no lo sé —respondió finalmente—, pero las placas son de hierro fundido.

—Lo supongo —dijo Bell—. ¿Podría interpretar para mí alguna pieza en varios de ellos? Así percibiré la diferencia.

—Puede hacerlo usted mismo.

—Es que no toco, por desgracia. Si me hiciera usted el favor...

Otra vez la mandíbula apretada.

—No es posible —reconoció al cabo de un instante el vendedor.

—¿Vende pianos y no los toca?

—Tengo la mano lesionada.

—Cuánto lo siento... ¿Sería mucha molestia llamar por teléfono a su representante?

—¿Para qué?

—Es que deseo preguntar si puedo comprar un instrumento en menos de seis meses.

—No está cerca.

—Entonces quizá puedan ayudarme en la central.

—No.

—En ese caso, ¿sería tan amable de darme la dirección de su representante, para que le escriba yo mismo?

—Está de viaje.

Bell se acercó al escaparate y estuvo un buen rato sin moverse.

De repente llegó por la acera un distinguido y bullicioso grupo de jóvenes de ambos sexos que irrumpió por la puerta. Tras llamar jovialmente al vendedor, hablando todos a la vez, se entretuvieron mucho en explicarle que tenían que alquilar un piano para aquella misma noche y, al ser informados de que la tienda no alquilaba pianos, se echaron a reír.

—¡Pues compramos uno!

—Podemos hacer fondo común.

—Ya lo compro yo, que tengo el cheque de papá.

—¿Qué tal este? —exclamó una chica.

Rodearon el piano. Dos de los jóvenes se dejaron caer en la banqueta, levantaron la tapa y empezaron a tocar un ragtime a dos manos.

—No está en venta, no está en venta —repetía con insistencia el vendedor.

Cuando logró sacar por la puerta al último integrante de la acaudalada horda, descubrió que el caballero alto y de pelo rubio que quería comprarle un piano a su sobrina se había marchado en el bullicio.

En buena hora, pensó, y cerró la puerta con pestillo.

—Bien hecho —dijo Isaac Bell a los aprendices y las secretarias de la oficina de Los Ángeles, así como a sus novias y novios—. Habéis estado perfectos como «juventud dorada» que ha salido a divertirse. Al pobre vendedor le ha dado un patatús.

—¿Ha encontrado lo que buscaba, señor Bell?

Todas las miradas se concentraron en el legendario investigador jefe de la agencia de detectives Van Dorn.

—Gracias a vuestra ayuda he encontrado una carta y una tarjeta de visita encima de su mesa. El representante de Leipzig Organ & Piano Company es un tal Fritz Wunderlich, un viajante cuya dirección postal corresponde al hotel Brown Palace de Denver.

Isaac Bell telegrafió a todos los despachos de Van Dorn del país para que investigasen las otras tiendas de pianos de Leipzig Organ. Las oficinas bastante grandes para tener aprendices darían instrucciones a estos últimos de que fingieran querer comprar algo para su escuela o su iglesia. En las más pequeñas, aquellas que contaban con uno o dos hombres, los agentes lo harían para sus sobrinas o hijas, como Bell.

Tomó el expreso a Salt Lake City, hizo trasbordo un día después al *Overland Limited*, llegó a Denver a primera hora de la mañana y recorrió a pie la breve distancia que llevaba por Broadway al hotel Brown Palace, uno de sus favoritos. El socio gerente, Omar P. Armstrong, lo invitó a desayunar.

—¿Conoces a un representante que se llama Fritz Wunderlich? —preguntó Bell mientras cruzaban un gran atrio de mármol y hierro fundido, sobre el que se elevaban varios pisos de balcones que acababan treinta metros más arriba en una claraboya.

—¿Fritz? Claro que sí.

Con esa esperanza había hecho Bell el viaje a Denver. Omar P. Armstrong conocía a todas las personas interesantes al oeste del Mississippi.

—¿Lo has visto últimamente?

—Pasa por aquí cada dos o tres semanas.

—¿Cómo es?

—Muy simpático —contestó Armstrong con una sonrisa neutra.

Isaac Bell era consciente de que para dirigir un gran hotel había que ser tan observador como el vigía de un barco ballenero y tan discreto como la *madame* de un burdel de primera. La expresión de estudiado desinterés de Omar decía que si Isaac Bell quería hacer averiguaciones acerca de los huéspedes del Brown Palace sin dejar de ser conocido como inocente ejecutivo de una compañía de seguros, allá él, pero que Omar P. Armstrong no había nacido ayer.

—¿Lo conoces desde hace tiempo?

—Si te interesa *herr* Wunderlich, ¿por qué no preguntas a sus amigos?

Se detuvieron en la entrada del comedor. Los huéspedes del Brown Palace estaban desayunando en mesas con manteles impolutos, cubertería reluciente y porcelana fina. Omar señaló con la cabeza hacia donde Bell sospechaba que lo haría. En el hueco que formaba una ventana había una mesa con tres vendedores bien vestidos y afeitados que conversaban animadamente.

—Si quieres, te presento.

Bell sonrió de oreja a oreja.

—¿Has visto alguna vez a un representante que necesite ser presentado?

Fue directamente a la mesa de los comerciales.

—Buenos días, señores. Isaac Bell. Seguros. ¿Me permiten?

Se fijaron en su traje a medida, el lustre de sus botas y el aplomo de su sonrisa.

—Siéntese, hermano, siéntese. ¡Camarero! Café para el señor Bell. O algo un poco más fuerte, si le apetece.

—No, un café me parece bien. Tengo un día muy largo por delante.

Intercambiaron apretones de manos y se presentaron: un representante de la Gillette Safety Razor Company, un comercial de Locomobile y un viajante de cereales.

—Señor Bell —intervino el caballero de Locomobile—, corríjame si me equivoco, pero ¿usted no conduce un Locomobile?

—Ya me parecía que lo había reconocido, Jake —dijo Bell—. Nos conocimos en Bridgeport, cuando lo recogí en la fábrica.

—Uno rojo, si mal no recuerdo.

—Como el fuego.

—¿Qué tal responde?

—De fábula. El mundo es un pañuelo, ¿eh? El otro día me encontré con un viajante y nos pusimos a hablar de automóviles. Cuando le dije cuál tenía yo, me comentó que conocía a alguien que llevaba la línea. Tal vez fuera usted.

—Probablemente. ¿Cómo se llamaba ese viajante?

—Era alemán. Fritz Wunderlich.

—¡Fritz! Sí, lo vimos hace poco en... ¿Dónde lo vimos?

—¿Chicago?

—Eso, en Chicago. ¿A que es todo un personaje? «*Mit Schlag!*»

—«¡El tiempo es oro!».

—«Ocho días a la semana».

—Me pareció un buen vendedor —opinó Bell.

—Sí, vale mucho, no le quepa duda. Vale mucho.

—Suerte tiene de sonreír así —bromeó el viajante de cereales.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Bell.

—Bueno, ya me entiende... Fritz da el callo como el que más, pero tiene cierto aspecto de mono.

—¿Cierta aspecto? —repitió Jake riéndose—. Afirmaría que parece un orangután de la selva.

—¿Se refieren a sus brazos largos? —preguntó Bell.

—Brazos de mono. Y la cara también.

—Pues no lo vi yo tan parecido a un mono... —protestó suavemente Bell.

—Yo sí.

Isaac Bell sacó de su bolsillo una libreta y abrió su pluma estilográfica Waterman.

—No, Fritz es más bien así. —Intentó esbozar un rostro de hombre con las cejas protuberantes—. Más o menos. El dibujo no se me da muy bien.

El viajante de cereales cogió su libreta de pedidos y su pluma.

—No, más bien es así.

—Ninguno de los dos sabe un pimiento de dibujo —se burló el vendedor de Gillette. Sacó su libreta de pedidos y empezó a hacer trazos laboriosos con la pluma—. Fritz es así.

El viajante de cereales disintió vehementemente.

—No se parece en nada —dijo Bill—. ¿Usted qué opina, Jake?

Jack, el de la Locomobile de Bridgeport, cogió también su libreta. Isaac Bell lo observó sin respirar. Jake era su última oportunidad de ver un retrato realista de Fritz Wunderlich. Seguro que alguno de los caballeros de la mesa sabía dibujar. Resultó que Jake tenía cierto talento artístico.

—Así —concluyó.

Con pocas líneas plasmó un rostro simiesco de mejillas largas y ojos hundidos. A continuación movió el lápiz a un lado y sombreó una ceja muy marcada.

Los otros se lo quedaron mirando.

—Lo has calcado, Jake —se admiró uno—. Es Fritz. Casi exacto.

—Creo que tiene razón —afirmó Bell con una mirada al viajante de cereales, en busca de confirmación.

—¡Por supuesto que la tiene!

—¡Anda con Jake, pero si es un artista!

Jake estaba radiante.

—¿Puedo verlo? —Bell levantó la libreta y observó el dibujo a la luz de la ventana—. Sí, yo diría que es él. Cierta que es usted todo un artista, Jake.

El aludido se sonrojó.

—No, qué va. Es que antes de vender trabajé en un taller de dibujo. ¿De verdad que le parece bueno?

—Por supuesto. ¿Le importa que me lo quede?

—¡Debería pagárselo! —El hombre de Chicago se echó a reír—. Es una obra de arte.

—Tiene razón. —Isaac Bell buscó su cartera—. ¿Cuánto es?

—No, no, no —dijo Jake—. Quédeselo.

—De acuerdo, pero cuando necesite un automóvil nuevo sabré a quién acudir.

—A Fritz no se lo enseñe, ¿eh? —dijo entre risas el tipo de los cereales.

—Da igual que tenga esta pinta —comentó Jake—. Gracias a su sonrisa, se lo compran todo.

—Pues no lo tengo tan claro —intervino el de Gillette.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Bell.

—Es que en las tiendas a las que su firma sirve no parece que vendan tantos pianos ni tantas partituras. No es una empresa bien llevada. Al menos por lo que yo he visto.

—En Los Ángeles tienen una tienda de aspecto muy elegante —explicó Bell.

—Pues intente comprar un piano y se encontrará con una lista de espera más larga que su brazo.

—¡O que el de Fritz! —dijo Jake para regocijo de todos los presentes.

—¿Dónde está él ahora? —quiso saber Bell.

—Espero que no esté sentado a la mesa de al lado, oyéndonos —dijo Jake.

Los otros miraron inquietos a su alrededor.

—Estoy intentando acordarme de cuándo lo vi —insistió Bell—. Debe de hacer dos semanas, como mínimo. El tiempo vuela. ¿Alguien de ustedes ha coincidido con él hace poco?

—Me parece que en Chicago comentó que se iba a Los Ángeles.

Isaac Bell llevó el dibujo de Fritz Wunderlich realizado por Jake al edificio de correos de Denver y pagó a un retratista de prensa para que le hiciera copias. Después llevó estas a las estaciones de tren. La agencia de detectives Van Dorn tenía muy buenas relaciones con las empresas de paquetería porque los detectives a menudo viajaban de gorra en los coches de correos, cuyos mensajeros se alegraban de poder contar con un arma de fuego más. A mediodía las copias ya viajaban por todo el continente, por cortesía de Adams Express, American Express y Wells Fargo, rumbo a las oficinas que cubrían los consulados alemanes de Nueva York, Boston, Chicago, Cincinnati, Saint Louis, San Francisco y la mansión del vicecónsul en Los Ángeles.

En Jersey City, New Jersey, un aprendiz bajo y orondo de la oficina de Van Dorn en Nueva York, de nombre Nelson Mills, deseó haber incumplido la norma de la agencia

que prohibía a los aprendices de detective llevar armas de fuego. Mills, que tenía cara de bebé, acababa de cumplir su primera misión «en solitario»: investigar la tienda de Leipzig Organ & Piano en el barrio de Heights. Caminando deprisa para no perder el Hudson Tube a Manhattan, consultó sus notas y compuso en su mente la primera frase del informe: «El año de espera para los pianos, la falta de órganos y las partituras de 1905 se unen para indicar que Leipzig Organ & Piano Company es la tapadera de un negocio turbio que aún no ha sido identificado».

De repente se acordó del consejo que el detective Harry Warren le había dado, según el cual la mejor manera de que los jefes leyeran sus informes era usar una palabra en vez de tres. Entonces tachó mentalmente «se unen para indicar» y sustituyó la frase por «sugieren». Justo cuando se planteaba suprimir «turbio», chocó en la acera con un hombre corpulento.

—Lo siento, perdone.

A cambio de su disculpa, Nelson Mills recibió un puñetazo en la cara.

Cayó de espalda en el pavimento; le sangraba la nariz. La rapidez del ataque lo había dejado atónito. El dolor era tremendo. Las lágrimas le nublaban la vista. Intuyó que no quedaría ahí la cosa. Vio cernerse sobre él al individuo que le había pegado.

—¿Por qué? —empezó a preguntar.

El hombre le quitó la libreta de la mano, rompió las páginas y dejó caer los trozos sobre su camisa manchada de sangre.

—Eh, que es mi...

Una pesada bota se incrustó en su costado y le provocó un agudo dolor. Cuando Nelson Mills se dio cuenta de que los atacantes eran dos, ya era demasiado tarde para salvarse. Se ensañaron con él a patadas.



Al llegar a la oficina de Los Ángeles, Isaac Bell se encontró con todo un fajo de iracundos telegramas. Los agentes de Van Dorn en Cincinnati, Chicago, Ohio y Jersey City referían palizas a sus aprendices cuando volvían de haber investigado las tiendas de Leipzig Organ & Piano. Había dos jóvenes en el hospital, y en Jersey City un muchacho ya había recibido la extremaunción mientras su familia lo velaba junto a la cama.

Los detectives, furiosos, pedían permiso para detener a los dependientes de las tiendas, pero un rápido intercambio de telegramas dejó claro a Bell que no había pruebas que pudieran inculparlos. Los ataques se habían producido en calles y callejones alejados de todas aquellas tiendas.

Como investigador jefe, lo máximo que podía hacer era telegrafiar un recordatorio de las órdenes de Van Dorn sobre los matones y las pandillas que asaltaban a los detectives privados una vez que se hubiera despejado cualquier duda acerca de su identidad:

DISUADID A LOS CULPABLES DE QUE REPITAN LOS ATAQUES

Larry Sanders asomó la cabeza por la puerta del despacho de Bell. Llevaba unos planos bajo el brazo.

—¿Qué tal por Denver?

Bell le tendió el dibujo del comercial de Locomobile.

—Entrega esto a los chicos que cubren la mansión del vicecónsul. Wunderlich existe. Últimamente no lo ha visto nadie. ¿De qué se ha enterado Holian en el ayuntamiento?

Sanders desenrolló los planos sobre la mesa de Bell. Los sujetaron con sus pistolas.

—Tercera planta. Séptima planta. Ático. No considero probable que hayan podido instalar una mirilla. Lavabos y escalera abierta. Quizá en el trastero del séptimo piso.

Tras estudiar los planos, Bell se mostró de acuerdo con Sanders.

—A Holian —dijo Larry— le ha parecido que el funcionario que le dio estos planos se mostraba un poco susceptible.

—¿Y él cómo lo interpreta?

—Cabe pensar que el funcionario supiera algo que no deseaba revelar. Holian quiere husmear un poco más. Le he comunicado que ya me encargo yo.

Bell dirigió una mirada inquisitiva a Sanders.

—Los funcionarios saben que Holian es de Van Dorn —dijo este último—. En cambio a mí no me conocen de nada.

—Adelante —lo autorizó Isaac Bell.

Mientras Sanders se iba a toda prisa, entró el recepcionista.

—Acaba de entregar esto un mensajero del coche expreso de la compañía de ferrocarriles Southern Pacific, señor Bell.

Era un paquete de dimensiones reducidas envuelto en papel marrón. Para su tamaño pesaba mucho, y olía a aceite de maquinaria. Bell lo sopesó, pensativo.

—¿Has reconocido al mensajero, por casualidad?

—¡Y tanto! Era Benson, que lleva muchos años en la línea.

—Entonces ¿podemos estar seguros de que no es una bomba? —preguntó Bell con una sonrisa.

Abrió el paquete con su cuchillo para lanzar. Dentro había una caja de madera. La abrió. Contenía una pequeña herramienta del color del acero envuelta en algodón.

—¿Qué es, señor Bell?

—Unos alicates.

También había una nota de Mike Malone, en letra grande y suelta: «Perdone que haya tardado tanto. Hacerlos de este tamaño ha sido muy complicado. Espero que le gusten».

—Nunca los había visto tan pequeños —dijo el recepcionista—. ¿Usted cree que funcionarán?

Mike había incluido un trozo de cable trenzado. Bell encajó las tenazas de la herramienta en él y apretó el mango. El cable se partió con un chasquido.

Pauline Grandzau bajó de un tren de mercancías en la antigua ciudad fortificada de Metz por miedo a los vigilantes del patio de maniobras. Bordeó las murallas cubiertas de maleza y de altos árboles, que la protegían de los policías y de otras miradas indiscretas, y continuó a pie las ruinas todavía más antiguas de un acueducto romano, que en el mapa de los guardafrenos aparecía en paralelo a las vías desde allí hasta el río Mosela. Recorrió muchos kilómetros mientras se ponía el sol; se orientaba siguiendo los montones de piedras y, de vez en cuando, alguna hilera solitaria de dos, tres o más arcos que se mantenían en pie.

De repente se le echaron encima varios perros que salieron ladrando de una granja en Jouy-aux-Arches. Asustada, trepó a los sillares romanos para huir de ellos y, encaramada a la arquería, acabó de comerse el queso que había robado en Koblenz. Después se quedó dormida. Se despertó al alba a más de diez metros del suelo, con

un amplio panorama del río.

Francia, teñida de oro y carmesí luminosos por el sol que despuntaba a su espalda, parecía el paraíso.

Hasta había dejado de caer la fría lluvia que la había seguido a lo largo y ancho de Alemania, como si no se atreviera a ser vista desde la frontera. Desde la atalaya que el acueducto le ofrecía observó un suave paisaje de colinas. Más allá de los tejados rojizos de Novéant-sur-Moselle, que se apiñaban a orillas del Mosela, había granjas, campos, bosques y viñedos. Sobre el río había un puente colgante. Más al oeste, donde ya no le alcanzaba la vista, debía de estar la localidad de Batilly; allí encontraría la estación francesa de ferrocarril. Con los cuarenta francos del detective Curtis para comprar el billete podía soñar con viajar cómodamente hasta París, que distaba trescientos kilómetros.

Dos banderas se izaron en el mástil de un edificio, al otro lado del puente colgante. El rectángulo rojo, blanco y negro de la Alemania imperial y la cola de golondrina del servicio de aduanas marcaban la última avanzada de los alemanes, una aduana de frontera. Cualquiera persona que cruzase el puente en tren, a pie o en bicicleta tendría que mostrar su documentación.

Miró más allá del pueblo, contemplando el río, los cultivos y los bosques. El Mosela estaba rodeado por tierras inundables. La planicie situada a la derecha de Pauline era muy amplia. Del lado oeste, a donde tenía que ir, se estrechaba y la cortaba de forma brusca una cordillera. En la cima más alta de esta última, a casi dos kilómetros al oeste del Mosela, se distribuían los siniestros parapetos de piedra de Fort Driant, cuyos gigantescos cañones dominaban el valle del Mosela. Eran la primera defensa de Metz contra un ataque francés desde el sudoeste. De pronto comprendió que estaba abandonando su patria para huir a tierras enemigas. Pero no, en realidad no se escapaba, ni abandonaba tampoco su patria. Estaba trabajando como detective privado al servicio de la agencia y de un cliente que merecía su ayuda. También estaba vengando al detective Curtis. A condición, naturalmente, de llegar a París...

¿Qué era lo mejor que podía imaginarse? ¿Qué veía?

A ambos lados del río las orillas bajaban en suave pendiente hasta el agua. *Opa* Grandzau, su abuelo, que le había enseñado a esquiar en los Alpes, también le había enseñado a nadar en gélidos lagos de montaña. En comparación con ellos las aguas del Mosela parecían templadas y mansas. Trazó una ruta desde su atalaya, buscando el punto donde más estrecho fuera el río y pudiera salir sin ser vista a una punta de tierra cubierta de bosque que penetraba en el río.

Tras elegir el recorrido descendió por las piedras del acueducto al tiempo que se admiraba de haber sobrevivido a la escalada en plena noche. Por lo visto el miedo tenía la fenomenal virtud de concentrar la mente tanto como el cuerpo.

A partir de la base del arco se dirigió hacia el oeste por el bosque, manteniendo a su espalda la luz moteada del amanecer. Cruzó caminos con surcos de carretas y

luego las vías del tren, después de asegurarse de que no se aproximaba ninguno, y corrió por campo abierto rezando por que no la descubriera ningún granjero.

Al encontrar la punta de bosque, y vislumbrar agua a ambos lados a través de los árboles, aceleró y tardó muy poco en llegar a la apacible orilla. Al borde del río se le hicieron evidentes dos dificultades que no se advertían desde lo alto del acueducto. El estrechamiento del cauce hacía que el agua corriera más deprisa. La corriente la arrastraría río abajo, a las partes más anchas. Por otro lado, si alguien miraba en aquella dirección desde el puente colgante, o desde las casas del borde del pueblo, podía verla nadar.

Tenía que cruzar de noche.

Y necesitaba una balsa.

Buscó ramas caídas por el bosque. Había pocas y estaban muy desperdigadas, seguramente porque los granjeros las recogían como leña. Tardó dos horas en amontonar bastantes para hacer una balsa de un tamaño que le permitiera aferrarse a ella mientras flotaba en la oscuridad y que sostuviera su mochila.

Sacó sus calcetines de repuesto y los palpó hasta encontrar un agujero en el algodón. Estiró el hilo y lo enrolló con cuidado para que no se hicieran nudos. A continuación formó un cuadrado con las ramas, añadió otra capa en sentido contrario y ató los trozos en cada intersección. Cuando el hilo de algodón se le acabó, tuvo que deshilar otro par de calcetines. Al terminar obtuvo una balsa cuadrada, de algo más de un metro de lado, demasiado flexible. Sabía que no podría soportar su peso, pero esperaba que la ayudase a flotar. Ahora tendría que esperar varias horas a que anocheciese. Tenía hambre, un hambre canina. Pasó saltando un conejo. Pauline tenía en las manos la última rama que estaba pensando en añadir a su balsa. Miró al conejo y se dijo que tanta hambre no tenía. Cerró los ojos y trató de dormir.

Se despertó con frío. El sol ya se había puesto. Se quitó toda la ropa, tiritando, y la metió en la mochila junto con los zapatos. Después ató la mochila a la balsa, con la abertura hacia arriba para que con algo de suerte no se mojase la pistola del detective Curtis. Lo siguiente que hizo fue sacar la balsa a rastras del bosque y bajarla por la arena de la orilla, procurando desplazarla con bastante suavidad para que no se rompiera ninguno de los hilos.

En la superficie ondulante del río se reflejaban las luces de las casas. Si al final la corriente la apartaba de su rumbo, al menos se alejaría del pueblo. Se metió en el agua oscura. Estaba fría. Arrastró la balsa. De repente quedó a flote, liviana y fácil de manipular. La corriente casi se la arrancó de las manos, pero la sujetó con fuerza. Al dar un paso hacia aguas más profundas, la balsa salió lanzada río abajo, y Pauline con ella.

Las luces eran una bendición; sin ellas no habría tenido la menor idea de adónde se dirigía. Durante todas las vueltas que la corriente le hizo dar no las perdió ni un momento de vista; fueron su estrella del Norte. Parecía que la balsa atrajera las iras del río, como si le diera algo a que aferrarse. Ahora bien, si Pauline la soltaba y

trataba de cruzar el Mosela a nado, se irían con ella su ropa, su dinero y la pistola, así que se asió a la balsa e hizo acopio de paciencia. Sin duda aquellas aguas se amansarían al ensancharse el río. Seguro.

Las luces parecían encontrarse ya muy lejos cuando notó una brusca disminución de la corriente. Partiendo de su posición, calculó que el agua no solo la había desplazado río abajo, sino también hacia el centro del cauce. Se soltó de una mano y empezó a impulsarse con ella y con los pies. El esfuerzo la hizo entrar en calor. Al poco tiempo entrevió la otra orilla. Poco después rozó el fondo con los pies. Salió del río como mejor pudo, desató la mochila, se secó con la chaqueta y se puso la ropa, los zapatos y los calcetines.

Aún no estaba en Francia, pero le faltaba poco.

En el cielo había estrellas. Al norte las tapaba el enorme Fort Driant, encaramado a la colina. Mantuvo la fortaleza a su derecha para ir hacia el oeste. Pronto reconoció la auténtica estrella del Norte. Manteniéndola a su derecha, dejó atrás la fortaleza y llegó finalmente a una alambrada en un campo, lejos de cualquier camino. Pasó a través del alambre de púas y echó a caminar hacia París, evitando las luces de las granjas y aguzando el oído por si percibía el silbido de algún tren que pudiera llevarla a la estación de Batilly.

—¡Luces! —vociferó por su megáfono el director de *Rayos y truenos*.  
La dinamo hacía un ruido infernal. Las Cooper-Hewitt brillaban cegadoras.  
—¡Cámara...! ¡Velocidad!

Isaac Bell, con el atuendo negro, el casco de aviador y las gafas que ya lo caracterizaban, giró el acelerador del manillar para imprimir rapidez a su motocicleta.  
El camarógrafo accionó la manivela.

El director miró otra vez. La locomotora estaba en su sitio, sobre unas vías elevadas que habían alquilado en un remoto depósito de mercancías de Southern Pacific. La chimenea expulsaba humo y vapor. El maquinista sacó la cabeza y los hombros de la cabina. Fuera del alcance del objetivo de la cámara había un ventilador eléctrico gigante que dirigía el humo y el vapor a través de la locomotora y separaba en dos la larga barba del maquinista, dando la impresión de que la máquina iba a toda velocidad por los raíles.

La motocicleta de Isaac Bell escupió una bocanada blanca por el tubo de escape. Bell vio con el rabllo del ojo la atención con que lo observaba todo Marty, el menudo mecánico de Imperial Film que había trucado el motor en doble V para que saliera humo. El mecánico levantó el pulgar y se alejó a toda prisa, cumplido su trabajo.

Bell aceleró al máximo y soltó el embrague.

La moto salió disparada hacia las luces y ofreció un espectáculo impresionante con el tubo de escape mientras Bell rodeaba de cerca la locomotora y hacía saltar su vehículo cada vez que cruzaba los raíles elevados a más de sesenta kilómetros por hora. En el cuarto aterrizaje notó que la rueda delantera se movía. El camarógrafo seguía dándole a la manivela, y las luces continuaban encendidas. Bell aceleró para el último salto.

La rueda se soltó.

La motocicleta impactó con la horquilla delantera en el suelo. La parte trasera del vehículo salió impulsada hacia arriba y catapultó a Isaac Bell por encima del manillar.

El investigador voló hacia la locomotora. Intentó dar una voltereta para atenuar el golpe con las botas en vez de chocar con la cabeza, pero iba a casi setenta kilómetros por hora. Fue como si para el alto detective el tiempo se detuviera. De pronto parecía

que el camarógrafo girase más despacio la manivela, descansando el brazo, y ralentizase la película. Bell vio deslizarse perezosamente el suelo bajo él. Distinguió la Indian apoyada en la parte delantera, con la rueda de atrás girando en el aire. Vio la cámara sobre su recio trípode. Vio el ventilador y a los actores, los tramoyistas, los maquinistas y los caballistas, mirando todos como si no pasara nada, como si fuera algo cotidiano que los especialistas en motocicleta salieran volando hacia las locomotoras.

Todo su campo visual lo acaparaba el coloso de acero, negro como la noche y grande como el cielo. Al cabo de un momento impactó en él. Un dolor muy intenso le indicó que su cabriola le había salvado el cráneo. Rebotó en la caldera, cayó en la vía y rodó por el terraplén de balasto, arañando con los brazos y las piernas la grava.

Se quedó aturdido, tirado en el polvo, oyendo gritos.

Se incorporó para que no cundiera la alarma. Le dolía todo el cuerpo, pero pensó que en uno o dos minutos podría sostenerse en pie.

Todos los gritos se apagaron salvo los del director, que aún vociferaba por el megáfono.

—¡Ha sido fabuloso! ¡Vamos a repetirlo!

Isaac Bell se levantó entre grandes dolores, dio tumbos hasta la motocicleta rota y se arrodilló para inspeccionarla.

Al palparse la chaqueta notó que la Browning seguía en su arnés. Gracias a sus reflejos, veloces como el rayo, acababa de sobrevivir a la versión de Los Ángeles de los ataques sufridos en Cincinnati, Chicago y Jersey City por agentes de Van Dorn que habían ido de compras a tiendas de Leipzig Organ.

—¡Deprisa —gritó el director—, que se nos va la luz!

—En cuanto me consiga una motocicleta nueva —dijo Bell mientras se iba cojeando en busca del mecánico que se la había trucado.

La compañía de *Rayos y truenos* había instalado un taller provisional en un furgón abandonado en una vía muerta y oxidada. Ignorando su dolor de tobillo, Bell subió por la rampa que el mecánico había instalado para subir y bajar la motocicleta, y con un brusco movimiento se internó en la oscuridad.

—Marty —exigió en voz baja, amenazadora—, dime quién me ha serrado el eje delantero.

Marty no contestó.

Bell lo encontró en el suelo, junto al banco de trabajo, con los ojos muy abiertos. Encendió una lámpara y lo miró de cerca. Lo habían desnucado con un cable que le había seccionado el cuello. Al parecer, el Acróbata había silenciado a su cómplice con el mismo alambre con el que había asesinado en Nuevo México al mensajero de *Golden State Limited*. También lo había utilizado para saltar por encima de la locomotora y para «volar» desde la cubierta del *Mauretania*.

Isaac Bell habló en voz alta, dirigiéndose al Acróbata como si el asesino aún estuviera en el furgón:

—Empiezo a preocuparte —dijo mientras revisaba mentalmente los múltiples cabos de la investigación y se preguntaba por cuál de ellos el asesino se sentía amenazado—. Te estoy dando miedo.

Por lo visto el Acróbata veía que los cabos formaban una red. ¿Cuáles?, se preguntó Bell. ¿Cuáles, de todos los que había, lo habían asustado?

Grady Forrer estaba indagando sobre la conexión entre Hamburg Bankhaus e Imperial Film. Andrew Rubenoff había establecido una relación entre Hamburg Bankhaus y Leipzig Organ & Piano, y ahora iba tras la pista de los banqueros extranjeros de Imperial. Las oficinas de Van Dorn habían destapado el engaño de Leipzig Organ. El propio Bell había seguido el rastro de Fritz Wunderlich hasta Denver, y gracias a él los hombres que vigilaban los consulados disponían de un retrato del alemán. Joe van Dorn estaba recurriendo a sus contactos en Washington para saber más sobre los vínculos con el consulado alemán. Larry Sanders estaba sondeando al ayuntamiento sobre los planos del edificio Imperial. Texas Walt había cubierto el Servicio de Protección de Imperial Film y en aquel momento trabajaba como extra en los estudios situado en el ático del edificio.

Si el Acróbata había ordenado matar a Art Curtis en Berlín, era señal de que sabía que los agentes de Van Dorn lo perseguían. Sin embargo, el sabotaje de la motocicleta de Bell indicaba que al Acróbata tampoco lo había engañado el disfraz de Bell como directivo de seguros y que lo veía como colaborador, cuando no detective, de la agencia Van Dorn.

—Sigo sin saber qué te propones, pero me falta menos de lo que crees para averiguarlo.

Lo comprendió de golpe. Si (como parecía probable, aunque distara mucho de estar demostrado) Imperial Film actuaba en connivencia con el Acróbata y Krieg Rüstungswerk, el trabajo de Marion en Imperial no era casual, sino el frío as en la manga del Acróbata.

Bell usó el funicular de Angels Flight para salvar las dos manzanas de empinada cuesta hasta el barrio residencial de Bunker Hill, donde había alquilado una mansión después de que Marion aceptase el trabajo en Imperial que Irina Violets le había ofrecido. Disimulando su cojera, subió por la escalera trasera y entró con un salto en la cocina.

—Justo a tiempo para nuestra primera comida casera como matrimonio —lo saludó Marion—. Ay, Isaac, qué día más maravilloso... —Le dio un fuerte abrazo y un beso—. ¿Te apetece un cóctel, para lo que le hayas hecho a tu pobre pie?

—Ya los preparo yo —dijo Bell con una sonrisa compungida, consciente de que si las mujeres eran más observadoras que los hombres, a las que hacían películas no se les pasaba por alto nada en absoluto.

Los ojos de Marion brillaban de felicidad.



—Es como si me hubiera muerto y hubiera ido al cielo. Irina me da todo lo que quiera: locomotoras, coches Pullman, reatas de mulas, carromatos... Hasta me ha conseguido a Billy Bitzer como camarógrafo.

—Enhorabuena.

—Billy se ha traído a su principal ayudante, Dave Davidson, para la segunda cámara; o sea, que tengo a los dos mejores del sector. Y como guinda del pastel... ¿Te acuerdas de Franklin Mowery?

—El viejo constructor de puentes. Pues claro que sí. Trabajaba para el padre de Lillian.

—Se jubiló aquí, y lo he invitado al rodaje para hacerle unas preguntas. Es una enciclopedia ambulante de la historia del ferrocarril porque la ha vivido casi toda en persona. Tiene unas anécdotas fantásticas. Y ahora viene lo mejor: Dave Davidson tiene ojo de retratista. Solo con mirar una vez el perfil granítico de Franklin empezó a darle a la manivela sin decir nada, haciendo como si la ajustase o algo así. Luego me enseñó seis metros de película de Franklin Mowery. Enamora a la cámara. Por eso voy a sacarlo en la película. ¡Estoy muy emocionada, Isaac!

—Claro... —Bell se preguntó cómo podía pedirle que renunciase a aquel encargo solo por una sospecha.

—No te preocupes —dijo ella—, ya he avisado a Franklin Mowery de que trabajas disfrazado y de que no revele que eres de Van Dorn.

—Lo más seguro es que ya no importe.

—¿Por lo que te ha pasado en el pie?

—Mi tobillo ha salido bien librado en comparación con mi motocicleta —aclaró Bell.

Después de explicarle lo ocurrido expuso una por una las líneas de la investigación sobre Talking Pictures, desde Grady y Rubenoff hasta los esfuerzos de él mismo y Texas Walt por espiar Imperial desde dentro.

—¿Ahora qué crees que intentará, visto que no ha podido matarte? —preguntó Marion.

Isaac Bell miró a los ojos de su bella esposa.

—Dímelo tú.

—Ya sé qué piensas, Isaac. Te preocupa que pueda estar en peligro porque se da la «coincidencia» de que ruedo películas para la misma compañía donde has instalado a Clyde Lynds, y empiezas a arrepentirte.

—Ni yo mismo lo diría mejor —contestó Bell—. En Imperial pasa algo raro.

—Ya, pero me resisto a creer que Irina sea capaz de participar en algo que me perjudique. Además, tampoco estás seguro de que Imperial no sea una empresa legal.

—Sus finanzas son muy sospechosas.

—Como todas en el mundo del cine. Es un sector que acaba de nacer, y nadie tiene las cosas muy claras. Inventamos sobre la marcha. Por eso los banqueros solo conceden préstamos para una película cada vez.

—¿Estás segura de no haber notado nada raro mientras rodabas *El caballo de hierro*? ¿Nada fuera de lo normal? ¿Nada que se aparte de lo previsible o de lo que hayas visto en otros trabajos?

Marion reflexionó.

—Solo una cosa me parece extraña: hay escasez de película. Ahora mismo es la comidilla de todo Los Ángeles. Desde hace un mes, más o menos, es difícil conseguir película y sale muy cara. Ayer vinieron a verme Billy y Dave con caras largas. Su celuloide era viejo. Olía fatal, y decían que las imágenes quedarían tan sobreexpuestas que el resultado sería espantoso. Yo llamé a Irina por teléfono. En menos de una hora llegó a toda velocidad un camión con más rollos de los que podíamos usar, y recién fabricados. La cinta tenía un perforado de precisión y olía más fresca que un prado. Deberías haber visto a Billy y Dave frotándose las manos como Silas Marner contando su oro.

—¿De dónde la sacaron?

—Era película Eastman Kodak.

—Pero Imperial es independiente. Eastman tiene un acuerdo con el monopolio de Edison y no vende a independientes.

—No sé dónde la consiguieron, pero en todo caso para Imperial no hay escasez. Bueno, oye, que si quieres pasar cojeando al comedor, traeré la cena.

—¿Cuál es el primer menú casero de nuestra vida conyugal?

—El mismo que nuestro primer menú casero a secas. ¿Te acuerdas de lo que te preparé?

—Me acuerdo de que me invitaste a cenar e hiciste carne guisada con verduras. Estaba deliciosa, aunque tengo el vago recuerdo de que nos entretuvimos en otra cosa antes del postre... Marion, seguro que en *El caballo de hierro* tienes algún vaquero.

—A barracones llenos.

—¿Te queda sitio para otro?

—¿Texas Walt?

Bell asintió con la cabeza.

—Solo por si acaso.

—Si así estás más tranquilo, no tengo inconveniente.

—Estaría mucho más tranquilo si te vigilase mi buen amigo y mortal pistolero.

Marion sonrió.

—Puede que a Walt ya no le quede mucho tiempo como mortal pistolero. Ahora mismo, entre la gente del cine, se habla mucho del «tejano alto» que hace papeles de vaquero. Hay quien le ve madera de estrella.

—Por favor, no permitas que se le suba el humo a la cabeza antes de que estemos seguros de que no corres peligro.

Justo cuando estaba memorizando la parte sobre Saint Germain de su guía Baedeker, Pauline Grandzau tuvo que escaparse de un gendarme que le exigió su documentación durante una parada del tren. Los últimos kilómetros de un viaje que en principio debería haber durado doce horas se prolongaron otro día entero, que pasó aferrada a la parte inferior de un tren de carbón, un convoy lento que acabó dejándola cerca de un mercado al aire libre de París, en pleno aguacero. Gracias a la guía turística, y al mapa plegable, encontró al anochecer la rue du Bac, subió por una escalera empinada y entró, dando tumbos, exhausta, mojada y hambrienta, en la oficina de París de la agencia de detectives Van Dorn.

—¿Qué viene buscando, señorita? —preguntó un tipo enorme que estaba sentado junto a una luz intensa.

Al menos a Pauline le sonó que había dicho eso. Él hablaba francés, y ella no. Sin embargo, vio en los ojos de aquel hombre lo que él estaba pensando: que había entrado a hurtadillas en el edificio una golfilla de manos y cara sucias, trenzas greñosas y nariz llena de mocos, bien para mendigar, bien huyendo de la policía.

El francés repitió la pregunta. La luz era tan intensa que deslumbraba a Pauline. Cuando él se levantó, toda la sala, que tenía suelo de linóleo, y en la que había una mesa, una silla y una puerta que llevaba a alguna parte, empezó a dar vueltas.

—¿Esto es la oficina de la agencia de detectives Van Dorn en París? —preguntó ella.

El hombre puso cara de sorpresa al oírla hablar en inglés.

—Sí —contestó con un acento como el del detective Curtis—. ¿En qué puedo ayudarla, señorita?

—¿Es usted el detective Horace Bronson?

—Sí, soy Bronson. ¿Y usted es...?

Pauline se irguió en todo su metro cincuenta y siete de estatura.

—Aprendiz de detective de Van Dorn Pauline Grandzau, informando desde Berlín.

Trató de hacer un saludo militar, pero le pesaba el brazo y se le doblaban las piernas. Vio acercarse el linóleo a su cara. Con una rapidez inusitada, Bronson la sujetó antes de que se desplomase.

—Un cablegrama de la oficina de París, señor Bell.

Era de Bronson.

Largo y detallado.

Isaac Bell lo leyó dos veces.

Sus ojos brillaron como los de un cazador, y su rostro severo se iluminó con una sonrisa de lúgubre satisfacción, como el reflejo del sol en un río helado. Juró a Fritz Wunderlich, Krieg Rüstungswerk, el káiser Guillermo II y, sobre todo, al mayor general del ejército imperial Christian Semmler que la muerte del detective de Van Dorn Arthur Curtis no habría sido en vano.

**Libro cuatro**

**¡Luces! ¡Cámara! ¡Velocidad!**

—¡Telegrafista, deprisa!

Isaac Bell llamó al hombre que mandaba y recibía mensajes en Morse por el telégrafo privado de la oficina.

—Envía esta nota a Joseph van Dorn: «Pregunte al ejército y al departamento de Estado por el mayor general alemán Christian Semmler. Muéstrelas el dibujo de Wunderlich». Manda este otro mensaje a Grady Forrer, jefe de investigación, en Nueva York: «¿Quién es el mayor general alemán Christian Semmler? Obtén fotografía o retrato de prensa». Envía también un cable a Horace Bronson, de la oficina de París, con el mismo contenido: «¿Quién es el mayor general alemán Christian Semmler? Obtén fotografía o retrato de prensa». Y telegrafía esto al detective Archie Abbott, en Nueva York: «Pregunta a lord Strone por el mayor general alemán Christian Semmler. Enséñale el dibujo de Wunderlich». Envíalo todo. ¡Deprisa!

De entre el aluvión de respuestas que recibió durante las siguientes veinticuatro horas, la que más intrigó a Bell fue la del jefe. Joe van Dorn había descubierto que el mayor general Semmler estaba casado con Sophie Roth Semmler, única heredera de la fortuna de Krieg Rüstungswerk. Tanto poder y riqueza explicaban que aquel lobo solitario pudiera actuar con mucha más independencia que de haber sido un simple oficial germano.

Sin embargo, los informadores de Joseph van Dorn en el ejército y el cuerpo diplomático poco más sabían de Semmler. El mayor general no buscaba protagonismo. Un observador del ejército estadounidense en China había oído decir que Semmler tenía una excelente hoja de servicios en la rebelión de los bóxers. Un agregado de la embajada jubilado repitió los rumores sobre lo temible de su reputación en la guerra de Sudáfrica, en la que supuestamente Semmler había encabezado comandos bóxers en las líneas británicas. De nada sirvió en Washington, no obstante, el retrato de Fritz Wunderlich, ya que ninguno de los informadores que Van Dorn tenía en la diplomacia y el ejército había llegado a conocer en persona a Semmler.

Los investigadores de Grady Forrer habían buscado infructuosamente fotografías o retratos de prensa, lo cual, señaló Grady, no era insólito: los periódicos americanos solo se habrían fijado en el militar si hubiera sido un miembro destacado de una delegación alemana en el país o un agregado en la embajada ante el káiser.

Bell esperaba que Bronson le enviara algo más suculento desde París, puesto que tenía acceso a periódicos y revistas europeos, pero el cablegrama que le mandó refería la misma penuria de imágenes. Ni siquiera el nuevo hombre en Berlín lograba encontrar fotos o dibujos en la prensa alemana. Considerando el alto concepto en que se tenía en Alemania a los militares, todo apuntaba a que Christian Semmler hacía todo lo posible por no atraer la atención.

Bell quedó decepcionado, pero en absoluto sorprendido. Como detective acostumbrado a evitar las cámaras, esperaba lo mismo en un militar con experiencia en la guerra de guerrillas, lejos del frente. Ahora, sin embargo, sabía que Semmler era rico. E independiente, como había sospechado. En contrapartida, aunque aquel militar y espía de treinta y cinco años, y físico robusto, tuviera ojos verdes, pelo rubio y brazos largos «como un mono», nadie había identificado aún su cara con el dibujo de Fritz Wunderlich, así que seguían sin poder demostrar que este y Semmler fueran la misma persona.

—Qué poco invita a entrar —dijo Lillian Hennessy Abbott al pisar el freno de su gran Thomas Flyer K 6-70—. ¿Tú crees que estará cerrada con llave?

—Me han asegurado que sí —respondió Archie.

La doble puerta que, entre altos pilares de piedra, impedía el acceso a la finca de Greenwich del conde de Strone estaba hecha de pesadas barras de hierro forjado pintadas de negro. Archie Abbott pensó que parecía cerrada no solo con llave, sino a cal y canto.

Se apeó del gran turismo con el que habían hecho el viaje hasta Connecticut y se detuvo para recobrar el equilibrio, apoyándose en el guardabarros. Lillian se había desvivido por conducir sin sobresaltos; de hecho, había elegido aquel automóvil por su gran distancia entre ejes, prefiriéndolo a su querido y veloz Packard Wolf, pero las carreteras eran infernales.

—¿Te encuentras bien, Archie?

—De maravilla.

Archie hizo salir una cuchilla de acero flexible de lo que parecía una simple navaja y forzó la cerradura. Después abrió las dos hojas de la verja lo suficiente para que pasara el Thomas Flyer. Cuando Lillian estuvo al otro lado, las cerró.

—Sigue conduciendo.

Tras casi medio kilómetro por una vía de acceso en curva, pavimentada con trozos de pizarra, vieron una gran mansión de ladrillo adornada con piedra cuyo estilo recordó a Archie el palacio de Enrique VIII en Hampton Court.

La gran puerta de madera maciza no tenía aldabón. Para no lastimarse los nudillos, Archie usó la culata del Colt automático del calibre 45 de la Marina que llevaba desde que casi lo habían matado a tiros. Al oír que abrían la puerta enfundó el arma con sigilo y sacó una tarjeta de visita de su chaleco.

Un fornido mayordomo —con aspecto de sargento mayor retirado—, embutido en una chaqueta con faldones, se asomó con expresión nada amistosa.

Archie le tendió la tarjeta.

—Tenga usted la amabilidad de informar a lord Strone de que han venido a tomar el té Archibald Angel Abbott y señora.

—No tengo constancia de que los esperen, señor.

—Navegamos con lord Strone en el *Mauretania* y nos invitó visitarlo si estábamos alguna vez por esta zona. Ahora lo estamos.

El mayordomo contempló a Lillian al volante del Thomas. Se había quitado el sombrero y el velo, y sus ojos brillaban como dos zafiros. El hombre se dijo que la próxima vez que viera una sonrisa como la de Lillian sería al otro lado de las puertas del Paraíso.

—Pase usted, por favor. Voy a informar a lord Strone.

—Y yo a buscar a mi mujer.

Archie ayudó a Lillian a salir del automóvil.

—Tengo la vaga sensación de ser un proxeneta —dijo.

Lillian le dio un beso en los labios.

—Se te daría estupendamente. Por suerte para mí tienes otros talentos. ¿Seguro que te encuentras bien?

—Estoy vivo, enamorado y en la campiña un día soleado.

Strone iba vestido de *tweed*, con una escopeta apoyada en el brazo.

—Encantado de volver a verla —saludó a Lillian.

Con Archie estuvo más brusco.

—Salía a caminar por las marismas. Si quieren, pueden acompañarme.

Se puso una gorra de cazador y se alejó por un sendero del jardín. Después cruzó el césped hacia una gran marisma que desaparecía en la bruma del estrecho de Long Island.

—Creía que la verja de la finca estaba cerrada con llave.

—Nosotros la hemos dejado cerrada —dijo Archie.

—Caminemos despacio —pidió Lillian—, pues mi marido aún se está recuperando de un accidente.

—Cuánto lo siento. Por supuesto que iremos más despacio. ¿Qué tipo de accidente, Abbott?

—Me topé con una Webley-Fosbery.

Strone se detuvo y miró a Archie.

—Mmm... En el barco no me lo comentó.

—Los revólveres automáticos no son un buen tema de conversación en una boda.



—Oiga, ¿trabaja usted en los seguros, como su amigo Bell?

—Isaac Bell y yo seguiremos en el mundo de los seguros mientras usted continúe estando «retirado».

Una sonrisa hizo temblar los mofletes rojos y el bigote gris de Strone.

—Del retiro no se sale de cualquier manera.

—¿Y si le doy un buen motivo?

—Me jacto de ser un hombre que atiende a razones. Por otra parte, la razón de un hombre puede ser el veneno de otro.

—Pues entonces no voy a darle una razón. Le daré un nombre.

—¿Un nombre?

—Semmler —dijo Archie sin observar que se moviera nada en el rostro de Strone, salvo una pasajera contracción de las pupilas.

—No puedo afirmar que me suene, joven —mintió Strone.

—Christian Semmler.

—No, me parece que...

—El coronel Christian Semmler. Era el rango que tenía cuando usted estaba destinado en Sudáfrica.

—¿De dónde saca usted que yo haya estado destinado en Sudáfrica?

—*Oberst* Christian Semmler, como se dirigían a él nuestros amigos los alemanes.

—Yo no tengo amigos alemanes.

—Yo —dijo Archie— renuncié hace poco a los míos. Desde la guerra de Sudáfrica, Semmler ha sido objeto de varios ascensos y ahora es mayor general.

Strone desistió bruscamente de seguir fingiendo.

—Sí, ya lo sé.

—Está conspirando en Estados Unidos.

—¿Conspirando para qué?

—No lo sabemos.

Strone tensó la mandíbula.

—Es muy escurridizo y muy valiente, el desgraciado. Nunca nos habíamos encontrado a nadie con tanta sangre fría. Hostigaba a nuestras columnas y disparaba contra nuestros piquetes. Y si capturaba a algún explorador..., que Dios lo cogiera confesado. A su lado, los bóers parecían tiernos colegiales.

—¿Lo reconocería si lo viera?

—Solo lo vi una vez y de muy lejos, con prismáticos.

—Lillian... —dijo Archie.

Lillian sacó una libreta de su largo guardapolvo y la abrió en la página donde estaba el dibujo de Fritz Wunderlich.

—¿Se parecía a este hombre?

Stone sacó unas gafas con montura de alambre de los pliegues de su ropa de caza y estudió la copia del esbozo del viajante.

—Este es mayor —dijo finalmente—. Claro que han pasado... ¿Cuánto?

—Casi diez años —aclaró Archie—. ¿A qué distancia lo tenía?

Strone contempló en silencio la marisma, moviendo la boca con mirada lúgubre.

Archie y Lillian se miraron. Archie le hizo señas para que no dijera nada.

—A cien metros —acabó por contestar Strone—. Creíamos que a esa distancia estábamos a salvo de su rifle y que podíamos acercarnos más con nuestros caballos. Además, estaba solo... ¿Por qué han venido a verme?

—Isaac Bell tenía la corazonada de que era usted algo más de lo que aparentaba ser. Y estaba en lo cierto. Al ahondar un poco hemos averiguado que por aquella acción recibió usted una medalla.

Strone se puso rojo de rabia.

—Sandeces.

—¿Cómo que sandeces? Lo condecoraron con la Orden del Servicio Distinguido.

—Repito, sandeces. Semmler nos atrajo a un puente que había minado con dinamita. A los heridos los acribilló con su fusil. Mi medalla se la dieron al único a quien no acertó aquel puerco asesino.

Isaac Bell se reunió con Texas Walt Hatfield, Larry Sanders y un grupo selecto de hombres de este último.

—Los datos de Art Curtis y su aprendiz de Berlín, ampliados por Archie Abbott y el departamento de investigación, demuestran que el asesino a quien llamamos el Acróbata, el viajante Fritz Wunderlich y el mayor general Christian Semmler, del ejército imperial alemán, son la misma persona. Por otra parte, el señor Van Dorn ha determinado que el mayor general Christian Semmler no solo es agente de Krieg Rüstungswerk, sino uno de sus mandamases. Para decirlo sin rodeos, se casó con la hija del jefe.

»El alias de Semmler, Fritz Wunderlich, ahucó el ala al enterarse de nuestras visitas a sus tiendas y de mi presencia en su hotel de Denver. Antes de que nos felicitemos por que Wunderlich haya perdido una red de establecimientos que proporcionaban a él y sus cómplices una manera de moverse sin peligro por el continente, recordemos que los consulados alemanes brindan al mayor general Semmler lugares todavía más seguros para esconderse, conseguir dinero, descansar, comer y dormir. Perseguir a Semmler no será como buscar el escondrijo de un vulgar delincuente. Aunque nos gustase mucho reventar las puertas de los consulados de un país soberano, no podemos hacerlo.

»Ya he mandado copias de este retrato de “Wunderlich” a todas las oficinas que cubren los consulados alemanes de Nueva York, Chicago, Saint Louis y San Francisco, así como el viceconsulado de Los Ángeles. Ahora los he informado de que es un retrato de Semmler.

—La voz de Isaac Bell exuda confianza —dijo Christian Semmler—. ¡Escuche! Tendió el auricular a Hermann Wagner.

La mano de Wagner, muerto de miedo, tembló al sujetarlo. Hasta aquella noche el banquero berlinés no había visto la cara del líder de Donar. Barajaba, eso sí, la hipótesis de que el misterioso cabecilla era Semmler, debido sobre todo a los rumores sobre el afecto del káiser por aquel oficial apodado el Mono. Sus marcadas cejas, su mandíbula protuberante y sus brazos alargados acababan de aportarle la temible confirmación. El líder, en efecto, era el favorito del káiser, el mayor general Christian Semmler. Por algún motivo este le había permitido ver su cara, y ahora Wagner temía que pensara matarlo al terminar la reunión.

—¡Escúchele!

Se pegó el teléfono a la oreja.

Wagner y Semmler estaban encorvados a ambos lados de una mesa del sótano de la mansión del vicecónsul de Alemania en Los Ángeles. El vicecónsul se encontraba en el piso de arriba, sin una idea muy clara del uso que estaban dando a su edificio y probablemente muy aliviado de que le hubieran prohibido entrar en su propio sótano.

A través de la línea privada del vicecónsul, Christian Semmler había conectado aquel teléfono a un micrófono robado a Clyde Lynds, que un electricista a sueldo había escondido en la agencia de detectives Van Dorn. Como un tabernero poniendo una espita en un barril de cerveza, había bromeado Semmler al explicar el sistema de espionaje a Hermann Wagner, quien no daba crédito a sus aclaraciones.

Parecía milagroso o, mejor dicho, imposible. Wagner, sin embargo, estaba oyendo hablar a Isaac Bell con sus investigadores privados, a pesar de que entre la agencia de detectives Van Dorn y el consulado alemán hubiera una distancia de más de tres kilómetros.

—¿Lo oye?

—Un poco. No muy bien.

—¡Eso ya lo sé! —replicó Semmler—. El micrófono de Lynds aún no está del todo perfeccionado, pero va por buen camino. Si presta usted atención, percibirá la confianza de la voz de Bell. ¿Por qué no iba a estar tan seguro de sí mismo? Con todo lo que ha averiguado en los últimos días...

—Es verdad —asintió Wagner, nervioso.

—Las cosas no siempre salen como se han planeado —dijo Semmler—. Es propio de los planes y de las acciones. —Levantó la vista con un brillo divertido en sus ojos verdes—. Me acuerdo de que una noche en Sudáfrica, en el *veldt*, me acorralaron tres soldados rasos británicos y me escapé tal como tenía planeado, pero nada más matarlos noté que algo me arrastraba por el brazo, arrojándome al suelo. No podía creerlo. ¡Me había atacado un león, como caído del cielo! ¡Un león! Lo había atraído el olor de la sangre de los soldados.

Semmler tendió un brazo por encima de la mesa y apoyó una fuerte mano en el brazo de Hermann Wagner.

—Relájese, *herr* Wagner, que parece aterrado.

—Lo estoy —reconoció el banquero—. En el *Mauretania* me avisó de que nunca lo mirase a la cara y esta noche acaba de enseñármela. ¿No es normal que piense lo peor?

—No se preocupe, que es usted útil con vida. Aún lo necesito. Más que nunca. Hay mucho por hacer.

—¿Qué se puede hacer? Bell le pisa los talones y ya está muy cerca de Imperial Film.

Semmler arrebató el teléfono al banquero y escuchó. Su extraña cara se iluminó con una sonrisa radiante que dio brillo a sus ojos y ensanchó su boca; radiante pero fría como un relámpago lejano, pensó Wagner.

—Bell —dijo el líder del plan Donar— no sonaría tan seguro de sí mismo si supiera que lo oímos.

—¿Puedo volver a ver el dibujo, señor Bell?

El investigador tendió el retrato de Wunderlich a un agente de Van Dorn de Los Ángeles disfrazado de vendedor de periódicos ciego, con ropa remendada y gafas de cristales oscuros. Se las quitó y estudió el dibujo.

—Bueno, mucho no es que se parezca, pero podría ser él.

—¿Cuándo?

El falso invidente abrió su libreta y leyó sin alterarse: «El sábado a las 20.10 entró en la residencia del vicecónsul alemán un individuo que tal vez se asemejara al retrato de Fritz Wunderlich facilitado por el señor Bell. El detective Balant llegó a la conclusión de que no era él».

—¿Las 20.10 de hoy?

—Sí, señor.

—¿Cuándo ha salido?

—No ha salido.

Todos los detectives de la sala buscaron sus sombreros. Bell ya estaba junto a la puerta.

—¿No ha salido? ¿Estás seguro?

—El acceso principal lo vigilaba yo. Está justo enfrente de mi puesto de periódicos, al otro lado de la calle. Cuando he necesitado que me relevaran para venir aquí, Joe Thomas, un policía que nos echa una mano, ha prometido cubrir la entrada hasta mi regreso.

—Venga, chicos, vamos a echar un vistazo.

Se apretujaron en dos automóviles Ford y cruzaron deprisa la ciudad.

—¿Tenemos alguna manera de entrar en el consulado? —preguntó Larry Sanders a Bell.

—Solo a costa de armarla a escala internacional.

Bell mandó que los coches se detuvieran a una manzana de la residencia del vicecónsul alemán, recientemente designado por el cónsul general de San Francisco.

—Esperad aquí. No quiero que al mirar por la ventana vean a la mitad de los detectives de California.

Caminó un trecho, hasta el puesto de periódicos del agente supuestamente ciego.

Dentro estaba el policía Joe Thomas, bostezando.

—Van Dorn —dijo Bell mientras se servía de la edición vespertina de *Los Angeles Times* para que nadie le viera mostrar el dibujo—. ¿Este hombre ha salido del consulado?

—Acaba de escapársele —contestó el policía—. Ha salido pitando, como si se hubiera incendiado la casa.

—Isaac Bell te pedirá cuentas —advirtió Christian Semmler a Irina Viorets—. Tendrás que estar preparada.

—Ya lo estoy.

—Te aconsejaría que reaccionaras con una mezcla de incredulidad y firmeza.

—He dicho que estoy preparada.

—Yo que tú jugaría la carta de J. P. Morgan.

—Es lo que pienso hacer.

—No sería exagerado decir —añadió Semmler con una sonrisa— que peligra la vida de tu «príncipe».

Irina no tuvo que esperar mucho. Los vigilantes del vestíbulo la telefonearon por el sistema Kellogg del edificio Imperial.

—Muy bien —contestó—. Que suba ahora mismo el señor Bell. —Y anunció a sus secretarías—: No quiero que me interrumpa nadie.

Bell entró con actitud resuelta y más alto, espigado y apuesto que nunca, pese a la severidad de su expresión.

—Isaac —bromeó una sonriente Irina al apartarse de la mesa—, parece que esta mañana te hayas levantado con el pie izquierdo.

—Irina, vuestros «inversores» son unos banqueros de Hamburgo que canalizan dinero del ejército imperial alemán.

—No es verdad.

—La entidad se hace llamar Hamburg Bankhaus.

—Isaac, por favor, no digas tonterías.

—La operación la dirige tu jefe, el mayor general Christian Semmler.

Irina lo miró a los ojos sin flaquear.

—No conozco a ningún Christian Semmler. Imperial Film es una empresa solvente. Estamos montando una gran compañía a escala nacional para producir, distribuir y exhibir películas cinematográficas.

Bell no cedió un ápice.

—Si no conoces a Christian Semmler, ¿a quién rindes cuentas?

—Rindo cuentas al responsable del Artists Syndicate.

Irina Viorets dejó alargarse el silencio. Después se sentó al otro lado de su mesa, levantó un gran abrecartas de plata y lo hizo girar lentamente en su mano, señalando primero a Bell, luego a sí misma y de nuevo a Bell.

El detective rompió el silencio.

—Artists Syndicate es un engaño. No existe.

—Pues al hombre que lo dirige le sorprenderá.

—¿Qué...? ¿Quién es?

—Singleton Brooks.

Isaac Bell estaba desconcertado, constató Irina. Casi parecía que reconociera aquel nombre; era lo último que ella esperaba. Sin embargo, a juzgar por su reacción, era evidente que Bell conocía al tal Brooks. Tanto mejor, pensó profundamente aliviada. Un buen plan, ideado para desbaratar las sospechas de Bell, había tomado de forma inesperada un cariz aún mejor. Su príncipe estaba de suerte. Lo sentía en lo más hondo de su ser.

A Isaac Bell le sonaba el nombre de Singleton Brooks, pero sin saber de qué. Lo recordó de golpe. Acababa de volver a su memoria una desagradable entrevista en Wall Street en el transcurso de la investigación del caso del Saboteador.

—Singleton Brooks trabaja para J. P. Morgan.

Irina lo dejó desconcertado con una bella sonrisa y una respuesta jactanciosa.

—No veo que el señor Morgan sea ningún engaño.

—Haré que se lo pregunten al señor Brooks en Nueva York.

—No hace falta. Llega esta noche en el *Golden State Limited*. Puedes ir a recibirlo a la estación y preguntárselo tú mismo. ¿Querías algo más, Isaac? Si no, haz el favor de dar recuerdos a Marion.

Bell se rehízo con una sonrisa, dio la mano a Irina y salió del edificio. Al parecer, Christian Semmler había sido mucho más concienzudo de lo que imaginaba.

Fue directamente a Bunker Hill, tomó el funicular Angels Flight e irrumpió en la mansión de Andrew Rubenoff, que estaba al piano cantando «That Mesmerizing Mendelssohn Tune».

—Este Irving Berlin tiene un don.

—¿Singleton Brooks aún trabaja para J. P. Morgan?

—Que yo sepa sí, y si se hubiera ido me habría enterado.

—Según Irina Viorets, Brooks representa al Artists Syndicate, que tú dijiste que no existía.

—Yo no dije que no fuera a existir nunca. Cuando lo investigué, no existía. Ahora quizá sí.

—Pero ¿qué narices está pasando?

—El grupo naviero de Morgan tiene pérdidas. El gobierno británico y el Congreso de Estados Unidos han echado un buen rapapolvo a International Mercantile Marine. Es posible que Morgan vea una oportunidad en Imperial Film. Al margen de cómo se haya financiado, Imperial está en situación de hacerse con una participación mayoritaria que controlará gran parte de la producción, la distribución y

la exhibición de películas independientes, que es el tipo de golosina que más tienta a Morgan.

—Pero Krieg y el ejército alemán...

—Las cosas cambian, Isaac. No siempre salen como en principio se habían planeado.

La estantería del despacho de Irina Viorets se deslizó en silencio sobre sus raíles y sus cojinetes. Semmler salió de la escalera.

—Mañana por la noche —dijo—, cuando la compañía de *El caballo de hierro* haya vuelto del rodaje, quiero que pidas un favor a la señora Bell.

—¿Qué clase de favor?

—He espiado a nuestro director de arriba justo cuando amenazaba con irse, ahora que el barco y el muelle están recién construidos.

—¿Por qué?

—Afirma que el guión no funcionará. Algo sobre los reflectores en la oscuridad. Quiero que lo echen mañana mismo. Luego quiero que pidas a la señora Bell que te ayude quedándose hasta tarde para rodar imágenes de la escena de la llegada de los inmigrantes. Así los carpinteros podrán desmontar el barco y el muelle, y construirle a ella el escenario de *El caballo de hierro*.

—¿Y si se niega?

—Sabes tan bien como yo que Marion Bell no se negaría nunca a nada beneficioso para su producción. Tampoco desaprovecharía jamás la oportunidad de rodar a oscuras con luz de reflectores. Aceptará el reto, sobre todo cuando puedas revelarles que el primer director ha renunciado por no estar a la altura.

Los ojos oscuros de Irina Viorets destilaban temor.

—¿Qué va a hacerle?

—¡Nada! *Gott im Himmel*, pero ¿qué te crees? ¡Te lo prometo! No haré nada que vaya en contra del éxito de *El caballo de hierro*. Tú asegúrate de que cuando hables con Marion ya se haya marchado aquel vaquero del demonio.



Minutos antes de que Isaac Bell fuera a esperar el tren de Singleton Brooks en la estación La Grande, el jefe de la oficina de Los Ángeles, Larry Sanders, le informó de que el encargado del registro de la propiedad, de quien había esperado que reconociera la existencia de planos secretos del edificio Imperial, había muerto tras ser atropellado por un vagón del funicular Angels Flight.

—Según la poli, estaba como una cuba e intentó subir caminando por la vía, pero con lo empinada que es me esperaba más un numerito así de un marinero borracho que de un funcionario de mediana edad y con sobrepeso. Lo siento, señor Bell. Era mi principal candidato. De todos modos, seguiré intentándolo.

Bell reflexionó unos instantes.

—Larry —dijo finalmente—, quiero que te encargues en persona, desde ahora mismo, de los hombres del servicio de protección de Van Dorn que vigilan a Clyde Lynds.

El distinguido Sanders preguntó por qué.

La respuesta de Isaac Bell no dio lugar a discusiones.

—Porque tengo un mal presentimiento sobre esta noche.

Acto seguido Bell cambió de táctica en la estación La Grande.

La hora prevista de llegada del tren de Singleton Brooks eran las nueve. En vez de abordar a Brooks sin más, Bell decidió ordenar que lo siguieran. Podía ser muy revelador ver adónde iba. Él creía que Brooks podía llevarlo hasta Christian Semmler. A menos que fuera una simple esperanza... En todo caso, lo más probable era que Brooks reconociese a Bell y, aunque este tratara de pasar desapercibido con su traje negro de motorista, corría el riesgo de que Irina hubiera puesto a Brooks sobre aviso de las sospechas del detective.

Así pues, encargó el seguimiento a Texas Walt Hatfield, que en aquel momento estaba justo en el acceso principal de la estación cómodamente instalado en un bar. Bell le señalaría a Singleton. También había otro agente de Van Dorn al lado de un taxi Oldsmobile, por si acudían a recoger a Singleton en automóvil, mientras que si tomaba el tranvía sería Balant, el agente camuflado de vendedor ciego de periódicos, quien seguiría al banquero neoyorquino, disfrazado de turista papamoscas.

Dentro del puesto de periódicos del ciego se encontraba el joven detective de Van Dorn Chuck Shipley, recién llegado de la oficina de Kansas City y con muchas ganas de demostrar su valía. La gorra que llevaba se la había alquilado a un inquilino de su misma pensión que se ganaba la vida vendiendo prensa por la calle. El señor Sanders había animado a Shipley a buscarse un monedero con baño de níquel y a ponérselo en la cintura para mejorar el disfraz. En cambio el detective Balant le había prohibido llevar gafas oscuras, alegando con irritación que aunque los alemanes que ocupaban la mansión del vicecónsul fueran tontos (hipótesis que no se sustentaba en ningún indicio) no dejaría de extrañarlos que el puesto de periódicos recién instalado en la esquina solo diera trabajo a invidentes.

—Dicho de otra manera, Chuck: créate tu propio personaje.

Aparte de la gorra y del monedero, Shipley había adoptado una marcada cojera, pero al estar sentado dentro del puesto no le era fácil exhibirla, ya que el único momento en que podía salir era cuando llegaban los camiones con las nuevas ediciones. Ahí venía uno, justamente, con paquetes de ejemplares de *Los Angeles Examiner*. El conductor permaneció al volante. El mozo se puso un paquete bajo el brazo y lo dejó al lado del puesto, bloqueando la puerta e impidiendo a Chuck Shipley presumir de cojo.

—¿Dónde está el ciego?

—Esta noche libra. Tiene a su viejo enfermo.

—Traigo algo para él. Dáselo.

—¿Qué es?

—Mira.

El mozo tenía algo por debajo de las rodillas. Chuck miró, pero solo vio la mano del mozo, que de pronto se cerró en un puño provisto de unas nudilleras metálicas que se dirigieron hacia su mandíbula como un cohete. Desprevenido, Chuck vio destellos de colores y después solo la oscuridad de la noche.

El mozo lo tendió en el suelo y fue a buscar más paquetes al camión para ocultar el cuerpo.

Acto seguido el camión del *Examiner* cruzó la calle y frenó delante de la mansión del vicecónsul alemán. Seis hombres corpulentos, con sombreros flexibles y trajes holgados de diversas hechuras, salieron de la mansión por la puerta del sótano. La mayoría llevaba una barba corta, y todos tenían en común los ojos azules y la mandíbula marcada de los holandeses de Sudáfrica. Se apretujaron dentro del camión, que fue directamente al edificio Imperial, y accedieron los seis al vestíbulo por la entrada lateral. Los porteros los saludaron con efusión, como a antiguos compañeros de armas.

El *Golden State Limited* entró a la hora prevista en la estación La Grande.

Bell vio saltar del coche cama donde los agentes de investigación habían

averiguado que Brooks viajaba a un individuo bajo y compacto que le resultó familiar. Abriéndose camino entre el gentío del andén y del vestíbulo de llegadas, Brooks accedió a la entrada de la estación.

Bell hizo una señal con la cabeza a Texas Walt. Brooks subió a un taxi. Walt entró en el Oldsmobile, y el conductor de Van Dorn se alejó de la estación siguiendo al taxi de Brooks. Balant, que esperaba junto a los raíles del tranvía, paró otro taxi y salió en pos de ellos a gran velocidad.

—Señor Bell, señor Bell...

El detective reconoció al mensajero de Van Dorn que se acercaba corriendo sin resuello.

—Hijo, mejor que al dirigirte a un colega de servicio lo hagas en voz baja —lo reprendió Bell sin dureza, tomándolo del brazo—. Camina a mi lado mientras averiguamos si alguien se ha dado cuenta... ¿Qué te parece aquel tipo del sombrero de paja? ¿Nos vigila...? Ah, no, que le está dando un beso una mujer. Bueno, pues no hay moros en la costa. ¿Cuál es el mensaje?

—Telefonee lo antes posible al señor Clyde Lynds.

Bell entró rápidamente en la estación y llamó al laboratorio. Lynds parecía más nervioso aún que el mensajero.

—Venga a ver lo que he hecho. He sincronizado el sonido con la imagen.

—Ahora mismo salgo para allá.

Sin embargo, al abandonar la estación para ir al edificio Imperial se topó con Texas Walt.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Has perdido a Brooks?

—Qué va.

—Entonces ¿dónde está?

—Ha entrado a cenar en Levy's Café. Lo está vigilando Balant.

—No lo pierdas de vista. Yo estaré en el edificio Imperial.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—A ver si adivinas con quién está cenando.

—Con Irina Viorets.

—Qué va. Comparte mesa con alguien que me reconocería en medio segundo.

—¿Quién?

—El que me dirigió en aquellas películas del Oeste, Pirate King Jay Tarses en persona.

Bell hizo un gesto de incredulidad con la cabeza.

—Creía que iría a ver a Irina antes que nada. Y tenía la esperanza de que nos llevara hasta Semmler. ¿Qué hace con Tarses?

—Balant ha ocupado otra mesa cercana. Hemos hablado en el callejón de atrás y me ha dicho que no oye a Tarses porque habla demasiado bajo, pero que Brooks lo hace por los codos.

—¿De Imperial?

—No. J. P. Morgan va a montar una factoría de películas y quiere que Tarses esté al frente. Brooks está cargando las tintas sobre lo mucho que lo necesitan. Vaya, que a mí no me parece que Brooks haya venido a Los Ángeles para hacer una visita a Imperial. A lo que ha venido es a montar un nuevo negocio.

—Quizá se reúna con Irina mañana —dijo Bell, aunque no parecía muy convencido.

—Oye, Isaac, ¿y por qué no voy y se lo pregunto directamente?

—Ya lo haré yo. Conozco un poco a Brooks y prefiero poder observarlo por si miente.

—¿Me quieres de apoyo?

—Yo diría —contestó con ironía Bell— que entre Balant y yo podremos ocuparnos de un banquero del Este... Walt, ¿me harías un favor?

—Pues claro, Isaac. ¿Qué necesitas?

—Consigue un automóvil y aparca fuera de la casa que hemos alquilado en Bunker Hill.

—¿Para vigilar a Marion?

—Te lo agradecería.

—¿Entro?

—No. Se levanta tan temprano que a estas horas lo más probable es que duerma. Límitate a vigilar desde fuera.

Bell fue sin perder más tiempo a Levy's Café. Había muchas mesas vacías porque se estaba acabando el segundo turno. Haciendo sonar sus botas en el suelo de baldosas, se dirigió directamente a la mesa de Tarses, que escuchaba al banquero de Morgan sin disimular su recelo. Bell acercó una silla. Tarses alzó la vista y se acordó de Bell, pero sin saber de cuándo. También Singleton Brooks lo reconoció... y resultó tener muy buena memoria.

—Detective Bell, ¿qué hace usted aquí?

—Eso mismo iba a preguntarle —exclamó Isaac Bell—. ¿Por qué está cenando con el señor Tarses y no con la señorita Irina Violets?

Jay Tarses puso mala cara, como si viera confirmadas todas sus sospechas.

—¿Por qué no me contó que también mantenía conversaciones con Imperial?

—Yo no hablo con Imperial. Ya le he dicho que vengo especialmente para hablar con usted.

—¿Ah, sí? Pues entonces ¿por qué va a reunirse con Irina Violets, si da la casualidad de que es la directora de Imperial?

—No voy a reunirme con ella —protestó Brooks—. Ni siquiera la conozco.

—Pero sabe quién es.

—Pues claro que sé quién es.

Tarses miró a Isaac Bell.

—Señor Bell, ¿qué tendrán las películas, que premian a los peores y castigan a los

mejores?

—¿Qué insinúa usted? —exigió saber Brooks.

—Un momento, señores —dijo Isaac Bell—. Les debo una disculpa. Si me responde una pregunta más, señor Brooks, podré asegurar al señor Tarses que es usted de fiar. ¿Representa al Artists Syndicate?

—Ni siquiera sé qué es el Artists Syndicate. Sea lo que sea, está claro que no lo represento.

—¿Y no conoce a *mademoiselle* Violets?

—Sé quién es, pero no recuerdo haber hablado nunca con ella.

—Se acordaría —aseguró Tarses—. Es guapísima.

—Estoy casado —advirtió Brooks con frialdad.

Bell se levantó.

—Una prueba más de que es un hombre de fiar, señor Tarses. Disculpen que los haya interrumpido mientras cenan.

—Señora Rennegal —dijo Marion a su operadora preferida de las Cooper-Hewitt —, se supone que es una escena portuaria, al lado de un barco, una noche de niebla, a la luz siniestra de los reflectores. Esto parece una cena romántica con velas para dos.

—Pero, señora Bell —se excusó Rennegal bajando de la escalera, cansada del enésimo ajuste en las Cooper-Hewitt colgadas a gran altura sobre un escenario decorado para representar la llegada de los inmigrantes a la isla de Ellis—, el señor Bitzer y el señor Davidson no han dejado de quejarse de que los reflectores sobrexponen la película.

—Por eso he mandado al señor Bitzer y al señor Davidson a que vayan a cenar..., antes de que pegue un tiro a alguno de los dos. Pretendo que entre nosotras dos podamos probar algunos trucos de luces distintos para la escena.

Davidson había dicho en broma que sería más fácil arrojar de la azotea a los actores suplentes con unas cámaras en las manos, para que rodasen su propia caída hacia la red o sus inmediaciones, que simular una noche de niebla en el estudio, con la ventaja añadida de ofrecer más emoción a los exhibidores.

—¿Y si pintamos este lado del barco de un color más oscuro?

—Lo siento mucho, señora Bell, pero no puedo quedarme más rato. Mi marido hace turno de noche, y no contamos con nadie que se ocupe de la criatura.

—Márchese. Gracias por haber permanecido todo este tiempo. Ya se me ocurrirá algo. Nos vemos mañana por la mañana en *El caballo de hierro*. Ya volveremos a intentarlo por la noche. Cuanto antes acabemos, antes podrán desmontar el barco y montar nuestra locomotora. Buenas noches y gracias otra vez. ¡Buenas noches a todos y gracias!

Se fueron todos al ascensor: Rennegal, la ayudante de Marion, los tramoyistas y los electricistas, coreando «Buenas noches, señora Bell».

El ascensor bajó al vestíbulo y dejó a Marion en silencio. Se paseó por el escenario vacío. ¿Y si prescindía del humo? ¿Suavizaba la luz o la intensificaba?

La verdad era que tenía que irse a casa y descansar para el día siguiente, pero aunque estuviera agotada no podía dejar de pensar.

Abrió la puerta de la pared de cristal que daba al norte y salió a la estrecha terraza. Una brisa fría de las montañas se coló en su blusa. Cruzó los brazos para entrar en calor y se asomó a la baranda para mirar el pequeño círculo de la red, a treinta metros.

Iluminada por el resplandor de las luces de la estafeta de la planta baja, la lona brillaba como un dólar de plata. La miró fijamente. Tenía que haber una manera de representar los haces de los reflectores sin que anulasen la oscuridad.

—Bienvenidos, *Bittereinders* —saludó Christian Semmler a los combatientes a quienes había hecho ir del viceconsulado.

Eran los seis últimos de los llamados *Bittereinders*, los soldados que se habían negado a rendirse después de que los ingleses derrotasen a los ejércitos regulares de los bóers y que al empeñarse en su lucha habían prolongado las hostilidades con su acoso al lento avance de las columnas británicas, cortando las vías de comunicación y matando a los centinelas.

Hacía diez años que la guerra había terminado, diez años de vagar por el mundo y luchar a sueldo allí donde se premiara a un mercenario disciplinado. Curtidos por toda una década de experiencia en aquellas tareas, se habían convertido en tiradores rápidos y diestros, profundos conocedores de las más modernas armas, valientes cuando era necesario y sin miedo a nadie. Semmler, sin embargo, les daba que pensar. Algunos lo habían visto en acción, y todos conocían su reputación. Ni uno solo de los seis dejó de prometerse en su fuero interno que haría exactamente lo que le pidiera aquel alemán de extraño aspecto, ya que, a pesar de su deslumbrante sonrisa, exhibía una ligereza y fluidez de movimientos que prometía estallidos de violencia memorables por su rapidez y su ferocidad.

Los proveyó de armas, revólveres americanos de gran calibre, limpios y engrasados, y de cortas tiras de dinamita con sus correspondientes mechas.

Les mostró en un mapa cómo se salía del edificio Imperial por una puerta secreta y se iba a un vagón de la terminal de mercancías de Southern Pacific, que quedaba cerca. Allí había un tren especial preparado para trasladarlos al puerto de San Pedro, donde los esperaba un barco listo para zarpar. A continuación les enseñó planos del edificio.

—Vigilaremos el estudio de grabación por esta mirilla. Cuando tengamos localizados los objetivos, entraremos por esta pared, que se abre deslizándose hacia la derecha.

»Bajaremos los aparatos por esta escalera secreta. Al salir del edificio lanzaremos

la dinamita por las ventanas de la estafeta.

Uno de los bóers sujetó con desprecio su cartucho entre dos dedos.

—¿Y esto tan pequeño qué hará, aparte de ruido?

—La película cinematográfica es altamente inflamable. Cuando la dinamita le prenda fuego, reducirá el edificio a cenizas.

Semmler tenía alma de guerrillero, y eso le hacía ser realista. Intuía que Isaac Bell le estaba echando la soga al cuello. La cruda realidad era que un simple infortunio — la aparición de Bell en la cubierta de botes del *Mauretania* justo en el peor momento — amenazaba con desbaratar el plan Donar. Todos los fallos que se habían producido a partir de entonces podían atribuirse a aquella noche en el barco, y tarde o temprano el detective denunciaría la argucia de Imperial Film para extender la propaganda proalemana.

Sin embargo, el sistema de producción, distribución y exhibición de películas propagandísticas de Imperial Film solo era un medio. Más valía que lo destruyese el propio Semmler, quemando así todos los vínculos que lo relacionaban con el ejército alemán. El negocio cinematográfico era tan volátil que acogería con los brazos abiertos un nuevo «Imperial Film» con cualquier otro nombre y so cualquier pretexto. La clave del plan Donar seguía siendo la máquina de Talking Pictures que convertiría las películas en algo irresistible.

Con Talking Pictures en su poder, Semmler aún podría hacer realidad su objetivo original de usar la propaganda para dividir a los enemigos de Alemania. Matando tres pájaros de un tiro, se vengaría de Isaac Bell, destruiría todas las pruebas y huiría a Alemania, su país, con el instrumento propagandístico que necesitaba para empezar de cero.

Hizo señas a sus combatientes de que se acercaran.

—Observad muy atentamente esta fotografía.

Les enseñó una imagen de Clyde Lynds hecha por un fotógrafo publicitario de Imperial durante una visita del inventor al estudio del ático.

—A este hombre no se le puede tocar ni un solo pelo de la cabeza. Es el principal objetivo de esta incursión. Por lo tanto, fijaos bien en dónde está cuando asaltemos el estudio. Nos lo llevaremos a él junto con sus instrumentos: él ileso y el material intacto. ¿Está claro?

Los miró a los ojos uno a uno hasta que contestaron:

—Sí, mi general.

Isaac Bell telefoneó a Irina Viorets.

—Tenía la esperanza de que te hubieras quedado a trabajar hasta altas horas —dijo al oír su voz.

—Siempre lo hago.

—He hablado con el señor Brooks.

Irina Viorets lo sorprendió.

—Pues entonces ya sabes que te he mentado —afirmó.

—¿Por qué?

—Creo que deberías venir a verme. Ahora.

—De acuerdo. Comunica a los porteros que me dejen entrar.

—No, aquí no. Quedemos en la calle.

Impresionado por la fría confianza de Isaac Bell en que faltaba poco tiempo para el desenlace, Larry Sanders había cambiado su chaqueta a medida por una prenda elegante pero más holgada en la que cabía un Colt del calibre 45 en un arnés y dos pistolas de bolsillo. Como precaución adicional se hizo acompañar por el mejor de sus hombres, el temible Tim Holian, quien, siendo como era el único detective de la oficina indiferente a su aspecto, iba arrastrando los pies por la ciudad con una chaqueta de trabajo abultada por las armas de fuego.

Al llegar al edificio Imperial descubrieron que Clyde Lynds y su guardia de los servicios de protección habían bajado del laboratorio para instalarse en el estudio de grabación insonorizado de la tercera planta. Fue allí donde se reunieron con ellos.

Al principio de la noche el recelo cundía entre los detectives, pero cuando Clyde Lynds solicitó un mensajero para que buscara a Isaac Bell y le permitiera ponerse en contacto con él, incluso Sanders y Holian se dejaron llevar por el entusiasmo del científico.

Los detectives, los agentes del servicio de protección y Clyde Lynds se reunieron en torno a la máquina de este último, que estaba proyectando una película en una pared blanca. A ambos lados de la pantalla improvisada había bocinas de fonógrafo, unas sobre otras.



—¡Escuchen! —exclamó Lynds y, con los ojos brillantes de alegría, puso la mano en la manija de un interruptor eléctrico y lo accionó hacia él.

Una voz de mujer se oyó a través de las bocinas. Sonaba ronca, lejana, pero todos los ojos presentes en la sala se posaron en la imagen de sus labios, que se movía en perfecta sincronía con las palabras que estaba pronunciando.

Larry Sanders fue consciente de que se le abría la boca de sorpresa. Era una visión fascinante.

—Cuando lo vea Bell... ¡Parece viva!

Clyde Lynds sonrió orgulloso.

—Estamos avanzando —dijo—. Vamos por buen camino.

La pared donde se proyectaba la mujer parlante se movió.

Clyde Lynds se la quedó mirando, perplejo.

La pared se deslizó hacia la izquierda y dejó ver tras ella una oscuridad que parecía tragarse la película. De pronto el rostro de la mujer desapareció y en el lugar que había ocupado se vio la sonrisa del alemán a quien el profesor había apodado Akrobat.

Al Acróbata lo flanqueaban hombres armados.

Larry Sanders y Tim Holian se colocaron delante de Clyde Lynds para protegerlo mientras desenfundaban sus pistolas. Sanders sacó su Colt del arnés con una rapidez increíble.

Los hombres de Christian Semmler dispararon todos a la vez, como uno solo. Se oyeron seis detonaciones ensordecedoras. El jefe de la oficina de la agencia de detectives Van Dorn en Los Ángeles cayó sin vida al suelo con seis balas en el pecho.

La segunda andanada derribó a los dos agentes del servicio de protección, que sorprendidos por el asalto aún buscaban sus armas. Después las pistolas se volvieron hacia Holian, a quien habían temido disparar porque estaba al lado de Clyde Lynds. Holian sacó el máximo provecho de aquel par de segundos de respiro. Erguido, con revólveres llameantes en una y otra mano, acorraló a los asaltantes. Uno de los *Bittereinders* fue abatido, y otro cayó hacia atrás gritando de dolor. Los otros cuatro devolvieron a Holian los disparos. El corpulento detective dio algunos pasos erráticos por el laboratorio e hizo astillas una mesa al derrumbarse sobre ella.

Clyde Lynds echó a correr. El Acróbata saltó sobre los cuerpos de los hombres derribados y lo persiguió ágilmente hasta atraparlo por el brazo. Entonces atrajo con fuerza hacia él al asustado inventor, lo apretó hasta arrancarle un gemido y lo fulminó con la mirada.

—Ya lo tengo, *herr* Lynds. No se resista, que le haría daño. ¿Dónde está la máquina de Talking Pictures?

—Delante de sus ojos —dijo Lynds, resentido.

—Eso es la parte que proyecta las películas parlantes. —Semmler indicó mediante señas a sus hombres que se la llevaran abajo—. ¿Dónde está la parte que las produce?

Le estrujó el brazo con más fuerza, apretándole los músculos contra el hueso. Lynds, sin aliento, lo condujo hacia una cámara apoyada en un trípode.

—Esto es para las imágenes —reconoció Semmler—. ¿Qué es lo que capta el sonido?

Lynds señaló un micrófono de carbón sobre una alta caja de madera.

—Y por último —dijo Semmler—, ¿dónde está la máquina para imprimir los

sonidos en la película?

Clyde Lynds perdió aplomo en manos de Semmler. Aquel monstruo lo sabía todo. Era como si hubiera estado mirando por encima de su hombro. Sintió un aguijonazo de dolor cuando Semmler lo zarandeó como a un pelele.

—¿Dónde?

—Arriba, en el laboratorio.

Semmler era implacable. Apretó con más fuerza, restregando dolorosamente la carne de Lynds contra su hueso.

—¿Dónde están los planos? —preguntó.

A Clyde Lynds se le cayó el alma a los pies al comprender que después de los últimos fracasos el alemán desconfiaba demasiado de él para sucumbir a un nuevo engaño.

—¡Allí! —Sin aliento, señaló una cartera llena de dibujos y esquemas.

Creyó haber apaciguado al Acróbata, pero pronto se dio cuenta de su error.

—¡Vámonos!

Semmler lo arrastró hacia el hueco que había aparecido con tanta brusquedad en la pared.

—¿Adónde?

—Arriba, al laboratorio, a buscar la máquina de imprimir, y después a Alemania, nuestra patria.

—Alemania no es mi patria —protestó Lynds.

—Lo será hasta que la máquina sea absolutamente perfecta.

En Nueva York, los gánsteres Gopher habían enseñado a Clyde Lynds su truco favorito. Lo habían hecho en broma, pensando que era un chico amanerado y demasiado estudioso, pero Clyde lo había aprendido bien, ávido de que lo respetasen. Al no tener nada que perder lo puso en práctica tan inesperadamente que hasta el Acróbata se llevó una sorpresa. Se levantó sobre las puntas de los pies y estampó la frente contra la gran mandíbula del alemán. Durante las décimas de segundo en las que Semmler aflojó la presión en su brazo, Lynds se zafó de él y echó a correr. Tropezó con el cadáver de Larry Sanders, frenó la caída con una mano y recogió una pistola que estaba en el suelo.

Oyó una detonación.

Parecía venir de muy lejos. La oyó mucho después de ser consciente de que sus piernas ya no se movían y de que el disparo lo había dejado postrado. Intentó levantarse. Vio que quien le había disparado, un holandés de barba rubia y sombrero flexible, aún tenía el arma en la mano mientras sacudía con fuerza la cabeza. Justo detrás estaba el Acróbata, con el rostro desencajado por la rabia y el enorme esfuerzo de seccionarle el cuello con el cable.

—Llévoslo todo al tren —ordenó Semmler a los hombres que quedaban—. Yo

subo al laboratorio.

Apartó a un lado el cuerpo del bóer y se arrodilló para levantar a Clyde Lynds, a quien necesitaba para identificar la máquina de impresión correcta. El científico había perdido la conciencia. La sangre le salía a borbotones del pecho. La herida era mortal.

Maldiciendo una vez más al necio de gatillo fácil que había pegado un tiro a Lynds, y recordando los engaños de este último, registró la ropa del inventor agonizante y encontró bajo su camisa un objeto plano envuelto en hule con esmero. Al abrirlo halló una sola hoja de grueso pergamino en la que, por suerte para él, había diagramas y esquemas con anotaciones de fórmulas matemáticas, todo escrito con una letra diminuta, pero pulcra y legible.

La envolvió de nuevo con el hule, cuidadoso hasta la devoción. Seguro que era el auténtico plano de la máquina de Talking Pictures. Si no, ¿por qué lo habría envuelto de aquel modo el desconfiado de Lynds? ¿Por qué lo habría escondido? Semmler se lo guardó dentro de la camisa. Se lo llevaría a Alemania junto con la cartera llena de planos y la propia máquina, para que los científicos determinasen su autenticidad.

Isaac Bell vio a Irina Viorets justo al borde del haz de luz que proyectaba una farola, con la cabeza muy levantada para mirar los últimos pisos del edificio Imperial. Llevaba un abrigo demasiado grueso para el tiempo que hacía y tenía a sus pies una bolsa de viaje.

—Parece que te vayas de la ciudad.

Bell se había acercado por detrás.

Irina se volvió al oír su voz. Tenía los ojos empañados.

—No digas nada —respondió con voz temblorosa—. Ya hablo yo.

Con un escepticismo que fue dejando paso a la piedad, Bell la oyó explicar que su prometido estaba encerrado en la prisión militar de Semmler, en Prusia.

—Semmler opina que es tonto, pero lucha por una causa digna. Sus sueños son justos. Ahora sé que no está hecho para sobrevivir en el mundo donde ha elegido luchar. Soy su única esperanza.

—Irina, ¿por qué me lo cuentas?

—Por la remota posibilidad de que si acabas con Semmler no haya nadie más que pueda mandarles que maten a mi príncipe.

—Soy detective privado, Irina, no asesino.

—Ya lo sé, Isaac, pero si te enfrentas a Christian Semmler solo sobrevivirá uno de los dos. Ponle el nombre que quieras: defensa propia... Me da igual. Eres mi única esperanza.

—Para enfrentarme con él primero tengo que encontrarlo.

—Voy a explicarte cómo hacerlo. Hay una escalera oculta que va desde el sótano hasta el ático. Semmler merodea por ella y la usa para espiar. Su base secreta la tiene en la octava planta. Ya puedes buscarlo.

—¿Dónde está la entrada del sótano?

—¿Te acuerdas de la red que te mostré, la que está detrás del edificio para cuando saltan los actores?

—Sí.

—Pues justo debajo hay una trampilla.

—¿Y por qué esta noche? —preguntó Bell—. ¿Por qué me lo cuentas esta noche?

—Porque he hecho algo muy grave, y eres el único que puede salvarme.

—¿Qué?

—Semmler me pidió que me asegurase de que esta noche Marion estuviera en el edificio.

—¿Marion, aquí? Imposible. Está en casa.

—En el último momento le he dado trabajo en el estudio del ático. Está allí arriba, donde Semmler quería. Lo siento mucho, Isaac, pero mi...

Bell dio media vuelta y corrió con todas sus fuerzas hasta el final de la manzana. Vio salir un camión de International Mercantile Marine por la puerta de la valla de madera que rodeaba el solar vacío de detrás del edificio. La puerta estaba vigilada por uno de los porteros uniformados del vestíbulo, quien se aprestó a cerrarle el paso.

—¿Se puede saber adónde va?

Bell le asestó dos puñetazos, cruzó la verja y pasó como un relámpago al lado de los estudios provisionales al aire libre. Distinguió la red a la luz de una ventana. La tela estaba tensada a un metro y medio del suelo, entre cuerdas elásticas. Se agachó y encontró la trampilla, curiosamente abierta.

Isaac Bell se metió en el agujero y bajó por una escalerilla de acero fijada a una pared de cemento. Al llegar al fondo vio luz al final de un pasadizo angosto. Corrió hacia ella, desenfundando su Browning. El pasadizo acababa en una escalera estrecha y poco iluminada. Los peldaños subían en cerrada espiral hasta lo más alto del edificio. El revestimiento de caucho amortiguó sus pasos.

Al final del primer tramo había un rellano muy estrecho donde vio varias puertas cuadradas, de treinta centímetros de lado, a la altura de la cabeza. Abrió una y descubrió la mirilla cuya existencia ya había sospechado. Desde allí se veía el vestíbulo. Cuatro porteros bloqueaban la puerta principal, la escalera y los peldaños que llevaban a la sala de proyecciones. Los ascensores estaban abiertos, con la luz apagada, fuera de servicio.

Abrió la puerta de la pared opuesta y observó por la mirilla. A aquellas horas no había nadie en la estafeta. La entrada para mensajeros en motocicleta estaba cerrada por una reja plegable de acero. Irina le había explicado la única manera de saltarse las medidas de seguridad del edificio.

Subió un tramo más y se topó de frente con el detective Tim Holian. Este pasó de largo arrastrando los pies, con heridas de bala en los brazos y las piernas.

—Hospital, hospital —murmuraba, blanco por el susto—, tengo que ir al hospital.

Bell pensó fugazmente que Holian debía de ser uno de los pocos afortunados que

habían sobrevivido a una descarga cerrada solo con heridas superficiales.

—¿Dónde está Sanders?

—Muerto. Como todos.

Bell subió en tromba. En el tercer rellano había desaparecido la pared, corrida a un lado. Al cruzarla abrió mucho los ojos, atónito de horror. El estudio de grabación era un matadero.

Larry Sanders yacía sin vida en el suelo. También estaban muertos dos desconocidos aferrados a sus revólveres, con sus sombreros flexibles al lado. A otro lo habían estrangulado; su cuello ostentaba el sangriento tajo que caracterizaba al Acróbata. De pronto Bell vio a Clyde Lynds echado de espalda y con el pecho cubierto de sangre, lívido el semblante.

—¿Clyde?

Isaac Bell se arrodilló junto a él con la pistola en la mano. Enseguida comprendió que al joven y arrojado inventor la vida se le escapaba y tuvo la horrible sensación de haberle fallado.

Clyde abrió los ojos.

—Isaac —susurró—, esta vez no ha llegado a tiempo al rescate.

—Lamento haberte metido en todo esto —dijo Isaac Bell—. Ojalá hubiera insistido en que apostararas por Edison.

—Al menos Edison no me habría matado.

—¿Se han llevado tu máquina?

Clyde respondió despacio, bisbiseando con tan poca fuerza que Bell tuvo que colocarse a pocos centímetros de él.

—Se han llevado una chapuza hecha con alambres. Sus científicos se volverán locos. Al Acróbata le ha salido el tiro por la culata. He vuelto a engañarlo. Y me he quedado con los nuevos planos. ¡Isaac!

—¿Qué?

—Tiene que mantener a salvo los planos.

—Así lo haré.

—Prométamelo.

—Te lo prometo. ¿Dónde están? —preguntó Bell.

—Aquí.

—¿Dónde?

Clyde levantó la mano como si fuera a señalarse la cabeza, como recordaba Bell que había hecho en el *Mauretania* al asegurarle que los atesoraba en su mente, y añadir que solo necesitaba tiempo y dinero para acabar la máquina de Talking Pictures. Pues de poco iba a servirles. Esa vez desaparecían con él. Pero no, Clyde se estaba dando unas palmadas en el pecho. Justo después se tapó la boca y emitió una tos seca que sacudió su cuerpo de los pies a la cabeza. La tos acabó de golpe en una brusca aspiración, seguida de una larga exhalación. El joven inventor murió sin haber podido decir a Isaac Bell dónde había puesto los planos.

Bell cerró los párpados de Clyde Lynds y le cubrió la cara con un pañuelo. Acto seguido le registró la ropa en atención a su promesa.

—¿Busca algo, detective?

El Acróbata había hablado justo a su espalda. Tenía un inglés fluido, casi sin acento.

—Deje su pistola sobre Lynds.

Isaac Bell puso su Browning en el pecho de Clyde y levantó ambas manos. En el momento en que la derecha pasaba junto a su cabeza se sacó la Derringer del sombrero, se volvió y descargó los dos cañones hacia la voz de Semmler. Las balas hicieron un ruido metálico al atravesar una bocina acústica de latón.

El Acróbata se echó a reír.

Esa vez Bell lo vio al fondo de la sala: un hombre de pelo tan rubio como él y con unos ojos verdes y brillantes como esmeraldas. Estaba detrás de un micrófono de disco montado sobre una caja de madera, con la sonrisa de Fritz Wunderlich que tanto entusiasmaba a los viajantes. El dibujo de Jake no captaba el magnetismo de su presencia. Tampoco las cejas abultadas ni la mandíbula prominente de mono. Pensó que Semmler, el Acróbata, parecía la obra de un gran escultor más seducido por la estructura interna de su bloque de piedra que por la superficie. Le vino a la cabeza la palabra «poderoso». Aquel hombre tenía algo, un aura de poder que le hacía parecer sobrehumano.

Semmler sostuvo su mirada interrogante mientras se le ensanchaba la sonrisa y se le iluminaban los ojos. Bell se acordó de Art Curtis. Pese a medir quince centímetros menos que Semmler, y no ser larguirucho, sino orondo, Art había tenido una sonrisa igual de convincente. También había sido un luchador, con unos ojos que podían ser fríos. Los de Semmler, sin embargo, eran de otra índole, fríos y extintos como las estrellas.

Sus manos estaban escondidas detrás de la caja.

Bell no vio si estaba armado.

—¿Verdad que el micrófono de Clyde es bastante eficaz? Ha creído usted que era mi voz.

—La de un asesino.

—Yo no soy un asesino —contestó Semmler con tanta convicción que Bell supo que tenía delante a un loco—. Soy un soldado al servicio de mi país y de mi káiser.

Bell recogió las piernas, preparándose para saltar.

—Eso es un insulto a todos los soldados que han existido. Usted ha asesinado a



ocho personas, empezando por su propio cómplice en el *Mauretania*.

—Ninguna de ellas habría muerto de no ser un estorbo —replicó Semmler—. Todas esas muertes las lleva usted sobre su conciencia.

Bell se levantó de un salto y se lanzó sobre el Acróbata con una sucesión perfecta de movimientos.

Semmler levantó una pistola automática Webley y le apuntó al pecho.

—Lleva balas de punta hueca del calibre 455. Me han contado que su amigo Abbott nunca se recuperará del todo de su encuentro con una como esta.

Bell se detuvo a su pesar.

—Ahora saldremos del edificio —dijo Semmler—. Usted delante. Baje primero por la escalera.

El detective no tuvo más remedio que cumplir sus órdenes. Al menos cada paso escalera abajo alejaba a Semmler de Marion. Descendieron tres pisos, hasta el vestíbulo, y uno más, hasta el sótano. El alemán señaló el estrecho pasadizo y al llegar a la escalerilla de subida a la trampilla ordenó que intercambiaran las posiciones.

—Subiré yo primero.

Trepó ágilmente de espaldas mientras cubría a Bell.

Una vez agachado debajo de la red le hizo señas con la Webley de que lo siguiera.

—Palpe la base de la pared —indicó una vez que el detective hubo salido—. Hay algunos ladrillos sueltos. Saque uno.

Bell salió de debajo de la red, dio dos pasos hasta la pared del edificio, se agachó y la palpó en la oscuridad hasta encontrar un ladrillo. Después se levantó, contento de tener un arma más en la mano izquierda. La derecha la reservaba para su cuchillo de lanzar, que sacaría de su bota en cuanto viera la ocasión.

—Su injerencia —dijo Semmler— ha echado por tierra varios años de meticulosa planificación. Me ha costado tiempo y bienes, y ha empañado mi prestigio. Las promesas a mi káiser, mi ejército y mi familia se han visto incumplidas. Ahora que tengo en mis manos Talking Pictures me rehabilitaré, pero no debería haber tardado tanto.

Hizo un gesto con la pistola.

—Antes de que se le ocurra la tontería de machacarme el cráneo con ese ladrillo, arrójelo por la ventana.

Al levantarlo, Bell estuvo muy pendiente de la postura de Semmler, buscando la décima de segundo de distracción que necesitaba para sacar su cuchillo, pero el alemán lo observaba atentamente, con una sublime confianza en su dominio de la situación. Bell cambió de táctica.

—¿Meticulosa planificación de qué? No entiendo nada. ¿Qué pretende?

—Salvar Alemania de los necios bienintencionados. Tire el ladrillo.

Bell hizo otro intento.

—¿Qué...?

Semmler le apuntó al pecho con la pistola.

—Tire el ladrillo o se quedará convaleciente como Abbott.

Bell lo arrojó a la ventana iluminada. Roto el cristal, cayeron esquirlas del marco dejando un boquete irregular.

—Y ahora elija entre otras dos opciones: seguir persiguiéndome o intentar salvar lo que más quiere.

Christian Semmler levantó su mano libre para enseñársela a Bell. Tenía una caja de cerillas entre el pulgar y el índice. Había algo más debajo, en su ancha palma: un cilindro oscuro que a la vaga luz de la ventana rota le pareció a Bell un trozo serrado de un cartucho de dinamita, con una mecha y un detonador. Semmler movía sus dedos con la habilidad de un mago. Encendió una cerilla y aplicó la llama a la mecha.

Llovieron chispas cuando se encendió. Semmler arrojó la dinamita a través de la ventana rota. Bell oyó que impactaba en el suelo. Primero hubo un momento de silencio y después una fuerte explosión. Una brusca llamarada de un blanco anaranjado iluminó el espacio contiguo a la ventana donde ambos estaban como si fuese de día.

Christian Semmler miró a Isaac Bell a la cara.

—Podría haberme limitado a dispararle, pero prefiero la venganza, así que de usted depende, investigador jefe Bell. Sígame el rastro como un buen detective o deslícese por la trampilla como un buen marido y suba a la azotea con la esperanza de rescatar de entre las llamas a su bella esposa antes de que muera en el incendio. Si en la escalera hay demasiado humo, siempre pueden saltar de la azotea y confiar en aterrizar en esta red. Aún no hemos convencido a ningún actor de que la pruebe, y me sabe mal no tener tiempo de asistir a la caída. ¡Adelante, elija!

Isaac Bell giró sobre sus talones, se lanzó bajo la red que ocultaba la trampilla y se dejó caer con los pies por delante a través de la boca del agujero. Al rozar los primeros peldaños de la escalerilla sacó su cuchillo de lanzar de la bota y, sin interrumpir su rápido descenso, lo arrojó por encima de su cabeza hacia el cuello de Semmler.

El cuchillo de Bell surcó el aire como una descarga eléctrica plateada.

Una rapidez sobrehumana salvó al Acróbata de morir al instante.

Pero nada en el mundo podía salvar su cara.

El cuchillo de Bell se le clavó en la mejilla y en la lengua, y rechinó contra sus dientes.

Desesperado por llegar a tiempo hasta Marion, Bell no se había entretenido en mirar.

Pero al llegar al último peldaño y volverse hacia el estrecho pasadizo que llevaba a la escalera, oyó gritar a Semmler. Fue un grito de consternación, agudo de dolor,

nítido como la nota de un clarinete; un quejido que de pronto se hizo más sordo, denso y gutural al ahogarse en sangre.

Delicadamente, pero con un esfuerzo que le hizo temblar, Christian Semmler se extrajo la afilada cuchilla de la cara. El dolor estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio. Se acercó a trompicones a la red, se apoyó en ella con el codo para no caer y escupió sangre. Después se rasgó una manga de la chaqueta con el afilado cuchillo. Tras escupir más sangre, enrolló el trozo de tela, se lo metió en la boca y lo mordió con fuerza para detener la hemorragia.

Tenía que seguir en movimiento. Debía marcharse. Ya se acercaban los bomberos. Tuvo miedo de desmayarse, pero una nueva explosión, que hizo saltar los cristales de otras ventanas, produjo en él el efecto electrizante de hacerle comprender que el incendio se propagaba a tal velocidad que, aunque Isaac Bell se las ingeniase para llegar a la azotea antes que las llamas, la única manera que su esposa y él tendrían de bajar sería saltando a la red.

Se echó a reír y al hacerlo sintió por toda la cara intensos pinchazos, pero no pudo evitarlo. Era el pago perfecto a todo lo que Bell le había hecho. Usó el cuchillo del propio detective para cortar las cuerdas que sujetaban la red.

Un humo blanco ascendía por la escalera secreta. El hedor acre, como de alquitrán, del nitrato gaseoso quemaba los pulmones a Bell. Justo cuando pasaba corriendo al lado de la estafeta, las llamas hicieron saltar la tapa de una mirilla y penetraron por el orificio como una ardiente flecha. Bell la esquivó y siguió subiendo los escalones de tres en tres, perseguido por el humo y el fuego. Pasó al lado de la abertura del estudio de grabación. Las llamas, que se le habían adelantado por algún hueco de ascensor o por otra escalera, ya lamían los cadáveres. Rezó por que Marion no hubiera abandonado la seguridad provisional del estudio del ático para intentar bajar, ya que era una tentativa condenada al fracaso.

En ese rellano de la tercera planta, a media altura ya del edificio, el incendio, que se alimentaba de los centenares de rollos de la estafeta, reventó una caja fuerte e hizo detonar las toneladas de película que contenía. La explosión hizo temblar la escalera donde se hallaba Bell. La onda expansiva subió por el hueco de la misma y levantó al detective de los peldaños de caucho.

Bajó rodando medio tramo hasta ponerse nuevamente en pie y correr más que antes, dejando atrás el despacho de Irina, en la sexta planta; el laboratorio de Clyde, en la séptima; y la guarida de Semmler, en la octava. Un tramo más y llegó a lo más alto, casi sin respiración, rodeado por paredes. A través de una mirilla vio un estudio en penumbra dominado por la sombra de un barco y varias torres con baterías de luces Cooper-Hewitt. Marion, cuya silueta se recortaba sobre un cielo cárdeno, estaba cruzando la puerta de la gruesa pared de cristal que daba al norte para salir a la terraza orientada a la red.

Bell gritó, pero Marion no pudo oírlo.

Recordó la pared corrediza del tercer piso y localizó el lugar donde esta se ensanchaba para albergar la puerta deslizante. Buscó una palanca, pero no vio ninguna. Tampoco le sirvió de nada pegar las palmas a la pared e intentar desplazarla hacia un lado. De pronto vio en el rodapié algo que parecía un interruptor eléctrico. Al accionarlo, la pared se movió.

—¡Marion!

Otra explosión sacudió el edificio.

Bell recorrió el estudio de punta a punta, esquivando los cables y los raíles de las cámaras. Tropezó con un saco de arena que servía de contrapeso. Se levantó y abrió la puerta de la pared de cristal. Marion estaba subiendo por los peldaños que se habían construido con la esperanza de convencer algún día a un extra de que probase la red.

—¡Marion!

—¿Isaac? Dios mío, eres tú. ¡Date prisa! Están bloqueadas todas las escaleras y no hay manera de que los ascensores suban. Tenemos que saltar.

Bell se plantó a su lado de inmediato y la tomó en sus brazos, abrumado por el alivio de encontrarla con vida. La red parecía aún más pequeña que la última vez que la había visto desde aquella altura. Las llamas que salían por muchas ventanas la iluminaban con nitidez. En la lona blanca había manchas oscuras en las que no había reparado hasta entonces.

—Es bastante resistente para dos personas —aclaró Marion—. Irina quería un «salto de los enamorados».

—O nos abrazamos con mucha fuerza o chocaremos el uno con el otro al rebotar.

—Qué bien que estés aquí. No sabía si tendría el valor de saltar.

—¿Qué es eso oscuro? Aquellas manchas.

—Brilla —dijo Marion—. ¿Será líquido?

El edificio fue sacudido por una tercera explosión. Parecía un terremoto. Mientras Bell miraba fijamente la red, desconcertado por las manchas, vio brotar grandes torrentes de fuego por las ventanas del quinto piso. Les quedaba muy poco tiempo para saltar antes de que la Imperial se viniera abajo.

—Ahora mismo vuelvo, Marion. No te vayas sin mí.

—Aquí no podemos quedarnos, mayor general —dijo Hermann Wagner intentando convencer a Christian Semmler.

Por un extremo de la calle llegó un carro de bomberos con dos caballos zainos y, por el otro lado, varios policías en bicicleta.

El chófer de Wagner, tan nervioso que no dejaba de mirar hacia atrás, corrió el cristal que lo separaba de los pasajeros.

—Impedimos el paso. Tenemos que salir de aquí.

—¡Espere! —gritó apenas Semmler con la voz ensordecida por el trozo de manga ensangrentada que apretaba contra su cara—. No mueva el coche.

—Pero verán que está usted herido, mayor general.

Semmler no se dignó contestar lo que era obvio.

—No hay guerra sin heridas —dijo—. Por eso les he ordenado que se mantuvieran al margen. No me decepcionen... ¡Miren! —Señaló el parapeto de la Imperial. Avivadas por un viento cada vez más intenso, las llamas ya rebasaban la azotea. De repente algo se movió delante de ellas. Era un hombre vestido de blanco, subido a la baranda—. ¡Miren! ¡Allá va!

Lo tapó un momento el humo. Después se despegó del parapeto como si se hubiera impulsado con todas sus fuerzas para alejarse del edificio y saltó.

—Creo que son los dos.

—Es verdad... Dios mío.

Hermann Wagner aguantó la respiración. Pareció que tardaran una eternidad en ir dejando atrás las ventanas invadidas por el fuego. Cuánto miedo debían de tener de no acertar con aquella red tan diminuta... Para inmenso alivio de Wagner, la pobre pareja no falló. Cayó justo en el centro de la red. Sin embargo, en vez de rebotar chocaron contra el suelo.

—Justo en el blanco —dijo Christian Semmler.

—¡La red se ha destensado! —exclamó Wagner—. No ha resistido.

Se quedó mirando el lugar de la caída, pero no vio moverse a nadie. Lógico. ¿Cómo iban a moverse? Al cabo de un momento se vino abajo un trozo del muro del edificio y, con gran estrépito, sepultó bajo una montaña de ladrillos los cuerpos de la pareja.

La primera reata de caballos de los bomberos llegó junto al automóvil.

—¡Arranque!

El chófer de Wagner tenía tanta prisa por marcharse que casi se le caló el motor.

—¿Y ahora adónde vamos, mayor general? —preguntó Wagner, mirando por encima del hombro el edificio en llamas, contento de que la valla de madera le impidiera ver dónde habían muerto Bell y su esposa—. ¿A la terminal de mercancías?

—Llévenme a un médico y, mientras me sutura esto, reserve usted un tren especial a Nueva York. En Los Ángeles ya hemos acabado. Por ahora.

Sorprendía, pensó Wagner, el tono de satisfacción de Christian Semmler, teniendo en cuenta que acababa de ver cómo se quemaba todo el fruto de sus esfuerzos. Por

otra parte, se comportaba ante sus graves heridas con la indiferencia de un dios. O de una máquina... Era como si no sintiera el dolor.

Semmler lo sorprendió mirándolo.

—Pues claro que duele —dijo escupiendo sangre para poder hablar—. Debería rezar por no sentir nunca nada así.

—Nos estamos quedando sin cable. ¡Aguanta! Veré qué puedo hacer.

Isaac Bell soltó los últimos centímetros de los veinte metros de cable para focos Cooper-Hewitt, que había conseguido hacer a base de anudar trozos. Se deslizó por esa especie de cuerda y, tras una caída de tres metros, aterrizó en el techo de la marquesina del Palacio del Cinema Imperial, situado en la acera de enfrente. Todo el impacto lo recibió en las plantas de los pies. Miró hacia arriba. Por las ventanas junto a las que había pasado hacía un momento salían llamaradas.

—Suéltate, que estoy aquí.

Marion se deslizó hasta el final del cable, destrozándose sus ya ajados guantes, y se dejó caer. Bell la tomó en brazos para amortiguar su caída y, tras depositarla en el suelo, la abrazó, feliz.

Un repiqueteo de cascos de caballo y un murmullo de bombas de vapor anunciaron la llegada de los bomberos.

—¡Bomberos! —los llamó Bell—. ¿Por casualidad habéis traído una escalera?

—Sigo sin poder dormir —susurró Marion—. Veo constantemente el saco de arena al reventarse en el suelo. Podríamos haber sido nosotros.

Bell se abrazó a ella.

—Pero no lo éramos. Tranquila, no nos pasará nada.

Marion rió.

—No, si ya estoy tranquila. Además, ya sé por qué no puedo dormir. Es tan maravilloso estar despierta... Isaac, menos mal que viste la sangre de Semmler en la red. Pero ¿qué te hizo pensar que había cortado las cuerdas? Lo lógico era que se hubiera escapado, más aún estando tan malherido para sangrar así.

—Es un asesino. Se hace llamar «soldado», pero ante todo es un asesino. De hecho, seguro que esperó hasta que nos vio caer.

—Cuando se entere de que probaste la red con un saco de arena, se llevará una gran decepción.

—Algo más se va a llevar —prometió Bell, muy serio, mientras bajaba de la cama y le daba un beso de buenas noches—. Que duermas bien.

—¿Adónde vas?

—A Nueva York.

—¿Por qué a Nueva York?

—Christian Semmler ya tiene lo que vino a buscar y regresa a Alemania.

—¿Cómo lo sabes?

—Me preguntó para burlarse: «¿Busca algo?». Yo estaba registrando el cuerpo de Clyde, que antes de morir me dijo que conservaba los planos auténticos. ¿«Busca algo» no te da a entender que Christian Semmler ya había dado con ellos?

Marion se incorporó.

—Y puesto que lo preguntó al verte registrar el cuerpo, deduces que los encontró en la ropa de Clyde.

—Sí, y también que es posible que él los lleve bajo la ropa.

Bell se vistió a toda prisa. Llenó sus bolsillos, enfundó su Browning de repuesto dentro de la chaqueta, se metió un nuevo cuchillo en una bota y recargó la Derringer vacía que había conseguido esconder sin que el Acróbata se diera cuenta.

—Por el modo como gritó, juraría que ahora llevará un buen vendaje. De hecho, confío en que haya necesitado puntos de sutura. Muchos.

—Pero ¿cómo sabes que va hacia Nueva York?

—Seguro no estoy, pero es bastante probable. Si Clyde llevaba los planos encima, Semmler debe de viajar con poco equipaje. Y si viaja con poco equipaje, la manera más rápida de volver a Alemania es cruzar el continente en tren y embarcarse en Nueva York.



Joseph van Dorn dio la bienvenida a Isaac Bell en el cuartel general de Nueva York con palabras que este último podría haber interpretado como una felicitación, de no ser por la expresión de disgusto del jefe.

—Excelente razonamiento —dijo Van Dorn—. Intrigante, incluso: un asesino con poco equipaje y muchas vendas, culpable de haber matado a dos de mis mejores hombres, recorre a toda prisa el continente tras robar los planos de una máquina revolucionaria en la que he invertido mucho dinero y se embarca en un vapor rumbo a Alemania. Nuestro departamento de investigación no repara en medios. Cubrimos todas las estaciones de ferrocarril entre Los Ángeles y Nueva York. Recurrimos a todos nuestros contactos en el gobierno para conseguir los manifiestos de pasajeros de todos los transatlánticos alemanes y franceses que navegan hacia el este. Hacemos un pacto con el diablo (disfrazado actualmente de conde y agente de la inteligencia militar británica) para obtener las listas de pasajeros de los barcos ingleses. Pedimos a los empleados de las compañías navieras que estén atentos por si reserva pasaje a Europa un hombre que encaje con la descripción de Semmler. Pagamos sumas enormes de dinero a policías y aduaneros para que nos ayuden a vigilar los buques en cuestión cuando nuestras fuerzas ya no den más de sí. ¿Y qué encontramos?

—De momento a nadie —contestó Bell.

—¿Se te ha ocurrido pensar que puede haberse ido en el otro sentido para embarcar en San Pedro, en cuyo caso ahora estará navegando a todo trapo hacia el canal de Panamá?

—Es lo que está haciendo una máquina de Talking Pictures —contestó Isaac Bell— a bordo de un carguero alemán que dentro de diez días llegará al canal. Cuando lo hayan cruzado, lo más probable es que la carguen en un barco de guerra. El ejército imperial alemán tiene una escuadra apostada frente a las cosas de Venezuela.

—¿Qué? —Van Dorn estalló—. ¿Tiene la máquina? ¿Cómo lo sabes?

—Tim Holian y sus chicos han seguido el rastro del ingenio, así como de un grupo de pistoleros, desde la terminal de mercancías de Southern Pacific en Los Ángeles hasta San Pedro y el barco. Holian está seguro de que Semmler no iba con ellos.

—Me habían contado que Holian recibió cuatro disparos.

—Parece que no acabaron con él. Sus heridas solo eran superficiales.

—Bueno, la última vez que lo vi tenía carne donde recibirlas... O sea, que tienen la máquina, ¿eh? —Van Dorn sonrió acariciándose la barba—. Creo que podré tocar algunas teclas en la Zona del Canal, para que retengan el carguero.

—No, señor —dijo Bell.

—¿Cómo que «No, señor»? ¿Por qué no?

—Clyde cambió las máquinas. Entregó a Semmler una chapuza que los dejará perplejos durante una buena temporada. Más vale permitir que se la lleven a Alemania.

—¿Dónde está la auténtica?

—Se quemó en el incendio.

—Destruida —se lamentó Van Dorn con cara de circunstancias.

—Menos los planos.

—Que los tiene el mayor general Semmler.

—Eso me temo.

Van Dorn suspiró.

—¿Y aquella mujer rusa, Isaac? ¿No podría estar ayudándolo?

—Ha desaparecido. Los de la oficina de Los Ángeles la están buscando, pero no la encuentra en ningún sitio.

—O sea, que quizá esté con él.

—No es probable. Lo traicionó con la esperanza de que yo lo matara.

—Sentimiento que muchos comparten en esta oficina, Isaac. Por desgracia, primero tienes que encontrarlo. Vi en los telegramas que mandaste y recibiste durante el recorrido que piensas que Semmler puede haber reservado un tren especial.

—De momento no hemos descubierto nada —dijo Bell—. El problema es que, aunque vigilemos como halcones los consulados alemanes, podrían haberle reservado el pasaje sus contactos privados, que son empresarios o viajantes compatriotas.

—Resumiendo, que el mayor general Christian Semmler, de la inteligencia militar del ejército imperial alemán, a lo mejor está durmiendo justo encima de nuestras cabezas en una de las *suites* palaciegas del Knickerbocker.

—Yo no lo descartaría —reconoció Bell—. Es un guerrillero, que siempre actúa al margen. Pero, bueno, tampoco podemos hacer salir del hotel a todos los huéspedes sin que la dirección del hotel se dé cuenta y ponga fin a nuestro contrato de arrendamiento.

—Muy bromista te veo para ser un sabueso que no tiene la menor idea de dónde está su presa.

—Está en Nueva York o de camino, y se embarcará rumbo a Europa.

—Cuentas con pocos indicios para mostrarte tan seguro.

—Tengo más frentes abiertos.

—Pues yo al leer tus telegramas no encontré ninguna referencia a todos esos frentes, más allá del consejo evidente de estar atento a los médicos.

—No todo se comunica a través de la electricidad —dijo Bell.

Fue a buscar su sombrero.

—¿Qué significa eso? Isaac, ¿puede saberse adónde vas?

—A Harlem.

La Logia Monarca de la Benévola y Protectora Orden Mejorada de los Alces Negros brindaba un refugio en la calle Ciento treinta y cinco Oeste a los mozos de la Pullman que pasaban la noche en Nueva York. Se podía comer correctamente y dormir en un camastro limpio. También se podía fumar en una sala grande, sentado en un cómodo sillón, e intercambiar anécdotas, verídicas o imaginarias, con amigos de todo el país empleados en el sector ferroviario. Era verdad que la Benévola y Protectora Orden de los Alces Blanca tenía interpuesta una denuncia contra los Alces Negros para que se les prohibiera usar un nombre parecido, pero de momento la Logia Monarca seguía siendo un refugio. Allí nadie exclamaría «George» para exigir que le sirvieran, como si los negros no tuvieran nombre. De hecho, era poco probable que el umbral de los Alces negros lo cruzase un hombre que no fuera de color, y por eso todos levantaron la vista cuando llamó a la puerta uno alto con traje blanco, que se quitó el sombrero al entrar.

—Disculpen que les interrumpa —dijo educadamente—. Me llamo Isaac Bell.

Varias cabezas se volvieron. Muchos se levantaron para verlo mejor. Conocían su nombre. ¿Quién no? Se contaba que una oscura noche en que el *Overland Limited* avanzaba por Wyoming a ciento treinta kilómetros por hora un pasajero llamado Isaac Bell, ganador de una gran mano en una partida de póquer, había dado mil dólares de propina a un mozo. Aunque aquel mozo de la Pullman fuera el hombre mejor pagado de su barrio, no dejaba de tener que trabajar dos años para ganar mil dólares, y por eso en el salón de los Alces pocos lo habían creído, hasta que vieron allí al mismísimo Bell.

—Si pudiera hablar con el señor Clement Price... —pidió el detective—. Ah, aquí está, señor Price.

Cuando Clem se acercó, Bell le tendió la mano.

—Me alegro de volver a verlo. ¿Ha habido suerte?

—Yo también acabo de llegar —explicó Price, un joven en buena forma física, aficionado a las faldas, de quien los demás desconfiaban un poco.

Clem siempre decía que les resultaría beneficioso formar un sindicato, pero otros, más sensatos, tenían miedo de que la compañía Pullman respondiese despidiéndolos en bloque, como tantas veces en el pasado.

Price habló para todos:

—El señor Bell está buscando a un hombre rubio y de ojos verdes que viaja a Nueva York y lleva en la cabeza o el cuello un vendaje reciente. En Denver han visto a un individuo así, y puede que haya pasado alguien parecido por Kansas City, pero

ayer, cuando el señor Bell me lo preguntó, no conseguí hablar con nadie en Chicago que supiera algo.

—¿Un vendaje? —repitió un hombre mayor, de mirada sagaz, que se fijó mucho en Bell antes de preguntarle con una sonrisa—: ¿Como si hubiera chocado con algo?

—Conmigo —respondió Bell, lo que provocó guiños cómplices y risas.

—¿Va en vagón abierto o en compartimento privado?

—Casi seguro que en compartimento.

Los mozos se miraron, negaron con la cabeza y se encogieron de hombros.

—Yo no lo he visto.

—Yo acabo de llegar de Washington y tampoco lo he visto.

—Viene del oeste —puntualizó Bell—, aunque podría estar dando un rodeo.

—Yo vengo de Pittsburgh y no he dado con ese hombre. Tampoco he oído hablar de él a nadie.

—Habrían reparado en ese tipo, y no solo por la venda —contestó Bell—. Tiene los brazos más largos de lo normal. La verdad es que albergaba la esperanza de que su presencia hubiera dado que hablar. Brazos largos y cejas salidas. Y una sonrisa capaz de vender hielo en Alaska. Miren, un retrato.

Se pasaron el dibujo, sacudiendo la cabeza.

—Si lo hubieran visto, se habrían fijado en él —dijo el mozo recién llegado de Pittsburgh.

—A lo mejor viaja con otra persona —aventuró Bell—, posiblemente un médico.

—¿Un médico?

—Para la herida.

—Pues es curioso que diga lo del médico, señor Bell.

—¿Por qué? —se apresuró a preguntar el detective.

—Yo he visto a dos hombres como los que describe, pero no iban en un Pullman. Al menos en servicio regular.

—Quizá haya reservado un tren especial.

—El que he visto lo era. En New Jersey, en la terminal de Elizabeth. Iban caminando al lado de un especial que acababa de llegar. Me parecieron vagabundos, pero es posible que hubieran bajado del tren. El otro llevaba un maletín pequeño, como los de los médicos.

—¿Iba vendado?

—No lo sé, pero ahora que lo pregunta me estoy acordando de que tenía el cuello de la chaqueta levantado y el sombrero bien calado.

—¿Era rubio?

—No sabría decirle, por el sombrero; era de esos flexibles, con el ala ancha vuelta hacia abajo.

—¿De qué compañía era el tren? ¿Se fijó?

—Creo que era privado, pero no me fijé mucho, la verdad.

—Supongo que no vio el número de motor...

—Lo siento, señor Bell; ya me gustaría, pero es que la locomotora apuntaba al otro lado.

—Es raro pensar —comentó Bell a Archie— que a quien el mozo vio en la terminal de Elizabeth fuera a Semmler... Si cruzó el continente en un especial, ¿por qué bajó tan lejos?

Archie estaba de acuerdo.

—Lo lógico sería acercar más el tren al muelle de vapores y pasar de la intimidad de un especial a la de un camarote de primera.

—Y una vez a bordo tomar las comidas en su habitación. No lo vería nadie hasta desembarcar en Inglaterra, o Francia o Alemania: de Los Ángeles a Berlín en primera clase y sin ser visto.

—Entonces ¿por qué se apeó en la terminal de Elizabeth?

Bell bajó del techo de la biblioteca de Van Dorn un mapa regional.

—Desde Elizabeth podía ir a cualquier sitio. En Newark hay una comunidad alemana. Los vapores alemanes atracan en Hoboken. También podía ir a Manhattan en tren o en metro. Son muchas las opciones.

—Pero con menos intimidad y no en primera clase.

Bell subió el mapa, se volvió y miró fijamente a Archie con un brillo de comprensión en los ojos.

—Es que Christian Semmler no llegó a América en primera clase.

—¿Qué quieres decir?

—Que no desembarcó del *Mauretania* en el muelle 54 con los pasajeros de primera clase.

—Porque no era pasajero —dedujo Archie—. No tenía la intención de quedarse en el *Mauretania*. Si no se lo hubieras impedido tú, se habría llevado a Clyde y Beiderbecke del barco en la bahía de Liverpool.

—Cruzó el mar en el cuarto de calderas del *Mauretania* y desembarcó en una gabarra de carbón sin dejar ningún rastro de su llegada. ¿Y si vuelve por la misma ruta? Entre los fogoneros nadie hará preguntas por una herida de cuchillo. Apuesto a que la mitad de los que vuelvan al barco lo harán magullados por peleas de bar y riñas de taberna. Así que mientras nosotros preguntamos a las navieras, a los vendedores de billetes y a los agentes de aduanas, Semmler se irá de Estados Unidos tal como vino.

Bell echó mano del auricular Kellogg.

—Con el detective Eddie Tobin. ¡Deprisa!

Eddie Tobin, detective de Van Dorn cuyo rostro torcido y ojo izquierdo entrecerrado se debían a una brutal paliza de los Gopher cuando era aprendiz en la brigada antipandillas, era de Staten Island, un barrio aislado y remoto de la ciudad. Su familia, un extenso clan de hombres llamados Tobin, Darbee, Richards y Gordon, se dedicaba a la recogida de ostras en Saint George, el punto más al norte de la isla, donde tenían sus barcas. Muchas de ellas se usaban para esos menesteres, pero algunas, que, por ser pequeñas y de poco calado, pasaban desapercibidas, ocultaban bajo sus cubiertas potentes motores de gasolina que les permitían ser más rápidas que las embarcaciones de la policía portuaria y dedicarse así al contrabando de artículos sujetos a aranceles, a la huida de fugitivos, al contrabando de carbón y a la recuperación de mercancía caída de los muelles. Pese a una infancia entre tíos oportunistas y primos delincuentes, el joven Eddie era honrado, y eso lo convertía en un guía de valor incalculable en el enorme e inabarcable puerto de Nueva York.

Isaac Bell le preguntó de dónde podían venir las gabarras de carbón que proveían a los transatlánticos de la Cunard en los muelles de Chelsea.

—De Perth Amboy, Joisey, donde entran en la bahía Raritan y el estrecho Arthur Kill.

—¿Conoces a alguien en las carboneras?

—Sí, claro.

—¿Cómo llegaríamos antes?

—En barca.

—¿Tu tío Donny está fuera de la cárcel?

—Sí. Aceptaría encantado. El pobre tiene la barca a punto, pero como la policía portuaria lo vigila no tiene trabajo.

Eddie Tobin llamó por teléfono a una taberna de Tomkinsville, de donde salió corriendo un niño con dirección a los muelles. Bell y Eddie fueron a Battery en la línea que recorría la Novena Avenida y esperaron en el muelle A, en la punta de la isla de Manhattan, cotilleando con un policía de la brigada portuaria de Nueva York, un tal O’Riordan, cuya lancha de vapor saltaba con las olas que el viento y el paso de los barcos levantaban.

Al fijarse en el tráfico del puerto, Bell cayó en la cuenta de que se enfrentaban a

una tarea poco menos que imposible. El Acróbata podía elegir entre muchos barcos que estaban a punto de zarpar: transatlánticos y cargueros americanos y británicos en el lado oeste de Manhattan; embarcaciones alemanas y francesas en Hoboken, al otro lado del río; y cientos en Brooklyn, más allá de Lower Bay. Y a todos los proveían centenares de barcazas y gabarras. Cada pocos minutos se oía el estruendo de la sirena que anunciaba la partida de algún buque.

La mirada de O’Riordan se tornó de pronto suspicaz. Se estaba acercando a su muelle el pesquero de ostras, cuadrado por delante, de Donald Darbee.

—Ahí subimos nosotros —explicó Bell al policía a la vez que le daba un par de dólares—. Me he alegrado de volver a verlo. Salude de mi parte al capitán.

Seis meses de horarios regulares, comidas normales y falta de alcohol habían hecho milagros con el tío Donny.

—Parece que se haya quitado diez años de encima. —Bell saludó al viejo y flaco marinero—. Seguro que las chicas lo persiguen con red.

—¿Adónde quieren ir? —gruñó Donald Darbee.

Eran algo más de veintidós kilómetros por Upper Bay, los Narrows y Lower Bay. Tras bordear la costa de Staten Island, y pasar junto a largas hileras de barcazas impulsadas por remolcadores (vacías las que iban hacia el sur; con la cubierta anegada las que se dirigían llenas hacia el norte), rodearon Ward Point por debajo de Tottenville, cruzaron el Arthur Kill y desembarcaron en una enorme carbonera azotada por el viento, a donde llegaban trenes del valle de Lehigh y descargaban el carbón de las minas de Pennsylvania en las gabarras que proveían a los muelles de los transatlánticos.

Dominando el cielo se erguía sobre el agua una tolva negra sobre vigas de acero. Isaac Bell vio que, a diferencia del agotador proceso de cargar los barcos y alimentar a mano sus calderas, en aquel caso el carbón lo movían máquinas modernas. Entre el agua y la tolva había un espigón inclinado con raíles para los vagones. En esa vía, una vagoneta arrastrada por un cable se acoplaba al enganche del vagón y lo empujaba por la pendiente hasta una plataforma situada encima de la tolva. Después de colocarlo sobre un embudo gigante, se procedía a volcar todo el contenido, toneladas de carbón que caían ruidosamente, y de allí era dirigido a través de un enorme pitorro a la barcaza que esperaba. En cuanto esta se llenaba, los remolcadores se la llevaban y ponían otra vacía en su lugar. El único trabajo manual era el de los paleadores de la barcaza, que aplanaban la carga repartiendo el carbón con palas y rastrillos.

De repente un paleador cayó de la barcaza al agua.

Le lanzaron sogas y escalerillas. En cuestión de minutos estuvo en el muelle, empapado y vomitando.

El capataz que mostraba las instalaciones a Bell y Eddie Tobin se quejó:

—Suelen estar borrachos, pero no tanto; lo que pasa es que Pete Lampack se ha hecho rico de repente y lleva dos días invitando a todo el mundo a copas.

Bell y Eddie Tobin se miraron.

—¿Quién es Lampack?

—Un paleador tonto de narices que trabaja en los barcos.

—¿Y cómo se ha hecho rico? —se interesó Bell.

—¡A saber! Habrá apostado a un caballo ganador, habrá heredado de una tía o habrá obtenido algo que no se mereciera.

—¿Y dónde está? —preguntó Eddie—. ¿Sigue en la taberna?

—No, qué va, al final se le ha acabado la pasta y le toca volver a trabajar. Debería estar en una de las embarcaciones vacías.

El capataz señaló las barcasas que esperaban alineadas en el muelle a ser cargadas de nuevo.

—Quiero hablar con él —dijo Bell.

Entre los hombres de Van Dorn y el capataz de la carbonera ya había circulado dinero. El capataz consultó un papel sucio que guardaba dentro del bombín y declaró que la siguiente barcaza que volverían a llenar era la que estaba a cargo de Pete Lampack.

—Hace poco trabajó con nuestro mejor cliente. Quema mil toneladas al día.

—¿El *Mauretania*? —preguntó Bell.

—A nosotros el *Maury* nos encanta. Se traga el carbón que da gusto y es más regular que un reloj de los buenos: seis mil toneladas cada dos semanas.

—¿La barcaza de Lampack va a volver al *Mauretania*?

—No, el *Maury* ya está lleno. Yo creo que ahora mismo estará zarpando.

Bell dio un codazo a Eddie Tobin, y los dos detectives salieron corriendo hacia el muelle. Subieron por la cuesta a la sombra de la tolva y miraron hacia abajo.

—No veo a ningún paleador —dijo Eddie.

—¿Qué hay en aquel rincón?

—Solo es carbón.

Bell corrió hacia la escalera de acero fijada a los puntales.

—¡Cuidado, idiota! —vociferó el trabajador que manipulaba las palancas que volcaban los vagones y dirigían el pitorro de la tolva.

—¡Dile que se espere! —gritó Bell.

Eddie saltó a la caseta del controlador.

—Un segundo.

—Tengo cincuenta barcasas aguardando. Por ese imbécil no voy a detenerme.

Eddie abrió su chaqueta. El operador vio la culata a cuadros de una Smith & Wesson.

—Me parece que saldré a fumar —dijo.

Bell se dejó caer diez metros por la escalerilla y aterrizó en el muelle junto a la barcaza. Eddie tenía razón. Lo que había visto era carbón amontonado en un rincón. Sin embargo, una ráfaga de brisa levantó arenilla y atisbó un brillo de tela. Bajó hasta la barcaza y escarbó con las manos. Debajo del carbón estaba el paleador, con la



marca roja del cable de Semmler en el cuello.

—¡Señor Bell!

Alzó la vista. Eddie Tobin se había subido a la tolva, desde donde podía ver el puerto sin que se lo impidieran los edificios bajos de Tottenville.

—¡El *Mauretania*! Está saliendo de los Narrows.

La sirena del transatlántico —estentórea advertencia de que no se detendría por nada— se oía en varios kilómetros a la redonda y llegó hasta Isaac Bell, que corría hacia el muelle donde Darbee había amarrado su barco ostrero.

—¿Puede alcanzar el *Mauretania*?

El pesquero echó a navegar dejando un rastro blanco en el cielo. Lo vieron al rodear la punta: era el buque más grande y rápido del mundo. Estaba a diez kilómetros, saliendo de los Narrows y surcando Lower Bay entre los remolinos de humo de tres de sus cuatro grandes chimeneas rojas y negras, las más cercanas a proa. Darbee estableció su rumbo para interceptar el gigante en la bocana del puerto, donde el canal pasaba cerca de Sandy Hook.

—¿Está bien el pequeño Eddie? —preguntó haciéndose oír sobre el ruido del motor.

—Sí, muy bien. No tenemos tiempo de esperar. ¿Puede dar alcance al barco?

—Me imagino que sí, pero ¿qué hago si lo consigo?

—Subirme a bordo.

—Imposible. La puerta del piloto está demasiado alta para que usted logre alcanzarla desde mi cubierta.

—Les echaré un cabo.

—No lo recogerán.

—¿Hay algún garfio a bordo?

—Se los llevó la pasma; de todos modos, aunque lanzara uno, cortarían la cuerda y le gritarían desde arriba: «¡La próxima vez te compras un billete!».

Isaac Bell vio que el transatlántico de la Cunard iba por detrás de una lancha negra de vapor con los mástiles cubiertos de banderines.

—¿Es la embarcación del piloto?

—Si no lo es, se trata de un piloto de Nueva York que se va a Europa.

—¿Puede conseguir que me permitan subir a ella?

—Dejaré que hable usted.

Darbee modificó un poco el rumbo. Después de un cuarto de hora de navegación por Lower Bay pasaron debajo de la enorme popa inclinada del *Mauretania* y se pusieron junto a la lancha del piloto. Había varios hombres a bordo. Algunos

esperaban a que se les asignase un barco entrante y otros regresaban de acompañar a uno saliente. Todos miraron con recelo el pesquero de ostras de Darbee.

—¡Ahora! —exclamó Bell.

Darbee se pegó a la parte inferior de la cubierta de popa. Hasta la lancha del piloto era más alta que el pesquero. Bell saltó, pasó los brazos por encima de la borda y se aupó.

—¡Van Dorn! —gritó—. Subiendo al *Mauretania*.

Después de una hora de trabajo en el cuarto de calderas número 4, Christian Semmler sudaba como un cerdo y temía que el hule que protegía los planos de Talking Pictures se humedeciera. Ya hacía tiempo que los otros fogoneros se habían quitado la camisa.

El gong dio la señal de cerrar la puerta de la caldera a la que echaba carbón. Bajó la pala y, en la ruidosa y frenética penumbra buscó para los planos un escondite más seguro que su ropa empapada. Consciente de que solo disponía de unos segundos hasta que algún capataz o técnico le exigiera a gritos que siguiera trabajando, entró a trompicones en un búnker donde Parnell Hall y Bill Chambers estaban trasladando carbón a la parte delantera.

—¡Montad guardia! —ordenó.

Cuando le dieron la espalda, metió el paquete de hule en la estrecha ranura que había entre el lateral del búnker y un marco. Allí estaría a salvo hasta el final de su turno. Sonó el gong.

—¡Le toca! —avisó Hall.

Semmler regresó sin perder tiempo al pasillo, recogió una paletada de carbón y la echó sobre las llamas. El ritmo se estaba acelerando al adentrarse el buque en mar abierto e incrementar su velocidad. Los avisos se sucedían cada vez con mayor rapidez. Se cerró una puerta. Se abrió otra. Semmler se agachó para clavar la pala en el montón que los paleadores habían dejado caer a sus pies. Alguien le pisó la pala.

Levantó la vista.

—¿Se va de la ciudad, general? —preguntó Isaac Bell.

Bell amagó un potente rechazazo. Cuando Semmler esquivó el falso golpe con su velocidad habitual, el detective ya estaba preparado para atizarle en la mandíbula con el otro puño. El alemán rodó por el pasillo hasta chocar con un mamparo caliente y allí permaneció, tambaleándose, mientras trataba de recuperarse. Tenía en la mejilla un largo vendaje ennegrecido por el carbón.

Bell ya se le echaba encima. Hizo otra finta, esa vez con la izquierda, y estampó la derecha en la mandíbula de Semmler, quien salió despedido por los aires, se deslizó por el pasillo, rebotó en un fogonero que trataba de esquivarlo y volvió a levantarse. Cuando el vendaje se le cayó de la cara a causa del golpe, una larga

sucesión de suturas muy bien hechas quedó a la vista. El detective le dio otro puñetazo; no era una finta en esa ocasión, y tumbó de nuevo al Acróbata.

Sacó su pistola para detenerlo.

Al fondo del pasillo se abrió la puerta de una caldera. Gracias al brusco resplandor de los carbones al rojo vivo, Bell vio con el rabillo del ojo una barra de acero de tres metros que se abatía sobre su cabeza y comprendió que Semmler no estaba solo. Por una parte, era demasiado tarde para esquivar el golpe; por otra, podría partirle algún hueso si le acertaba de lleno. Así pues, se lanzó directamente hacia los brazos del paleador que lo amenazaba con la barra. Esta impactó en la caldera como la campanada de un reloj gigante. El hombre que había intentado descargarla sobre Bell cometió el error de no soltarla, y el investigador aprovechó para darle puñetazos en el vientre y los costados hasta que se dobló sobre sí.

Sonó el gong. Se abrió otra puerta. Con el resplandor momentáneo, Isaac vio volar una pala en dirección a su cabeza y al agacharse comprendió que el paleador al que había dejado fuera de combate tampoco estaba solo. La pala no acertó a darle en la cara, pero sí le arrebató la Browning de la mano. El tipo que se la había lanzado lo embistió con los puños por delante y lo pilló en una posición inestable.

Bell esquivó el primer puñetazo, pero el siguiente lo recibió en el rostro.

Perdió el equilibrio y cayó golpeando la cubierta de acero; el impacto lo estremeció hasta la médula. Se dio cuenta vagamente de que los otros hombres del pasillo huían de la pelea.

—Allá se las compongan —oyó decir a un maquinista.

Al cerrarse, las compuertas estancas dejaron a Bell a solas con los tres individuos.

—¡El cuchillo que lleva en la bota! —advirtió Semmler.

Bell vio su pistola y quiso cogerla. El paleador que lo había alcanzado con el puño se lanzó hacia el mismo objetivo. El primero en llegar fue Bell, que a duras penas pudo cerrar los dedos en el cañón. Al comprender que no tendría tiempo de impedir que el fogonero pusiera la mano en la culata, arrojó el arma a una caldera abierta.

A continuación quiso sacar el cuchillo, pero también entonces fue demasiado lento. Su rival se lo sacó de la bota, se irguió y le dio una patada en el pecho. Al esquivar la siguiente patada, Bell vio erguirse sobre él como un oso pardo enfurecido la sombra del paleador al que había machacado a golpes. Isaac sintió que rozaba con la mano un trozo de carbón. Cerró los dedos, lo arrojó con todas sus fuerzas y golpeó de refilón al «oso pardo». Este se tambaleó hacia atrás y chocó con Christian Semmler.

—¡Levántale! —gritó el Acróbata y lo empujó de nuevo hacia Bell.

El detective, que aún estaba de espaldas en el suelo, lanzó una patada al hombre que se inclinaba sobre él. No pudo derribarlo porque aquel tipo esquivó el golpe y le agarró el pie. Mientras intentaba soltarse, el otro paleador lo asió de las muñecas. El detective quedó a merced de los dos paleadores, sujeto por ellos de brazos y piernas.

Semmler dio un salto hacia la caldera más cercana y abrió la puerta.

—¡Aquí —gritó Semmler—, aquí dentro!

Bell vio el fulgor amarillo de las brasas, sobre cuya superficie incandescente se elevaban ondulantes llamas rojas. A un metro y medio de distancia el calor ya era insoportable, pero cuando lo llevaron a rastras hacia la caldera le pareció aún peor. Una parte de la mente de Bell se mantenía al margen, como si estuviera contemplando una escena pictórica en la que lo asían dos paleadores azuzados por el Acróbata. De costado no pasaría por la puerta. Tendrían que arrojarlo al fuego, o bien con la cabeza por delante, o bien con los pies, y para ello habrían de soltarle los brazos o las piernas. De ser así, podría defenderse, de modo que, para evitarlo, antes tendrían que incapacitarle partiéndole algunos huesos.

—¡Primero la cabeza! —gritó Semmler mientras se apoderaba de una barra.

La levantó mucho, mirando los brazos de Bell.

Los hombres que sujetaban al detective se distrajeron un instante al haber de maniobrar en un espacio tan reducido. Entonces él contrajo todos los músculos del cuerpo, liberó una pierna y un brazo, y se lió a dar patadas y puñetazos. Con uno de esos golpes alcanzó en la cara al paleador que le asía la pierna; le partió la nariz, y este soltó al investigador con un grito. La mano de Bell asestó otro puñetazo. El esbirro que le había sujetado el brazo cayó de espaldas y dio con la cabeza en el borde de la caldera. También él gritó al notar que se le quemaba el pelo y, en un intento desesperado de salvarse de las llamas, se dio un golpe en la frente y se metió aún más en ellas. Tenía toda la cabeza dentro mientras su cuerpo se retorció en la cubierta.

Bell evitó la barra de Semmler; esta se estampó a pocos centímetros de su cabeza y soltó chispas. El detective se levantó de un salto, esquivó un nuevo golpe y se lanzó inesperadamente contra el paleador de la nariz rota, que se le acercaba con sigilo por detrás. Lo tumbó de un puñetazo que le fracturó la mandíbula.

Giró sobre sus talones.

—Solo quedamos nosotros dos, Semmler —dijo Bell.

Christian Semmler exhibió su deslumbrante sonrisa.

—Primero tendrá que atraparme.

El Acróbata se puso en cuclillas, cerró las manos en el primer peldaño de la

escalera del conducto de ventilación que compartía el interior de la chimenea número 4 y subió a pulso sin esfuerzo. Bell se abalanzó hacia la escalera y salió en su persecución. El final de la chimenea estaba a casi setenta metros. Durante los primeros treinta, el detective comprendió que no pillaría al alemán hasta el último escalón. Si algo tenía de cierto el apodo de Semmler, era que trepaba como un mono.

Cerca ya del final vio recortarse sobre la luz del día su silueta. El Acróbata se aferraba al borde superior del conducto. Tenía el rostro y el pelo tiznados a causa del humo de las tres chimeneas de proa. En aquel marco tan oscuro, sus ojos verdes tenían un brillo inquietante. Lo siguiente en brillar fueron sus dientes.

—Gracias por venir, señor Bell —dijo sonriendo—. Ahora está donde quería que estuviese.

Al arremangarse reveló el guante de cuero donde llevaba el cable trenzado con el que había estrangulado a tantos hombres. El detective, que hasta entonces no había podido verlo bien, reparó en que al final del mismo había una pesa de plomo. De pronto Semmler tendió el brazo, y la pesa desenrolló un metro y medio de cable que se enroscó en uno de los estays de acero que tensaban el extremo de la chimenea.

De improviso Bell se abalanzó sobre él con la intención de asirlo por un pie.

Igual de veloz fue el Acróbata, que, zafándose de Bell, se arrojó hacia la escalera del otro lado del conducto de ventilación. Allí, apoyándose en el borde con un codo, sonrió a su rival.

—El que se caiga setenta metros hasta el fondo del barco es que no ha aprendido a volar en el circo.

Tras decir esas palabras pasó al otro lado con el codo y desapareció.

Bell subió hasta el final de la escalera y saltó hacia el otro lado del conducto. Aferrado al borde con ambas manos, se aupó y vio a través del humo caliente el canal, negro de hollín, que daba salida a las calderas de la sala número 4. Al compartir chimenea con el conducto de ventilación por el que habían subido, solo tenía tres metros de diámetro.

Ligero como un pájaro, Semmler se puso en cuclillas en un asidero situado algunos metros más abajo.

—Ahora, si cae —dijo burlón—, se precipitará a la caldera.

Bell analizó la nueva posición de Semmler. Su punto de apoyo, un saliente de acero de un palmo de anchura, rodeaba todo el conducto, dibujando un círculo completo. Justo debajo del borde superior había asideros soldados a la pared. Los ojos de Semmler volvieron a brillar al elegir dónde aterrizaría. El cable salió disparado del guante y se enroscó en un asidero. El Acróbata voló, al tiempo que lanzaba una mortífera patada cuyo destino era la cabeza de Bell.

Isaac Bell saltó al mismo tiempo, aterrizó a su lado en el saliente, se aferró al asidero que más cerca le quedaba y golpeó al Acróbata con todas sus fuerzas en el vientre, haciéndole perder el equilibrio.

—Yo también he estado en el circo.

Sin embargo, no había contado con la sobrehumana rapidez de Semmler ni con su capacidad de sobreponerse al dolor. Con un movimiento imprevisible, por lo raudó, el alemán desenroscó el cable del peldaño y lo enrolló en el cuello de Bell.

El detective descargaba sus puños sin descanso en el torso de Semmler, pero ni los más duros golpes aliviaban la presión que de repente estaba dejando sin sangre ni aire a su cerebro. Su campo visual se llenó de luces blancas mientras sentía que las fuerzas se le iban. Usó las que le quedaban en la mano izquierda para aferrarse a una manija y clavar a Semmler la rodilla. Los pies del alemán resbalaron del saliente. Lo único que lo salvó de caer fue el cable tensado entre su muñeca y el cuello de Isaac Bell.

Con todo el peso de Semmler en el cuello, Bell casi no veía. Tenía la sensación de no haber respirado en todo un año. Su mano había empezado a resbalar.

—Interesante situación, detective. Caeré cuando usted muera. Pero será usted el primero en morir.

—No —dijo Bell ya sin aliento.

Su mano se movió, convulsa.

—¿«No», detective? —se mofó Semmler—. ¿No se le ocurren otras palabras más profundas antes de que caigamos al fuego? Hable o calle para siempre. ¿Qué decía?

—Gracias, Mike Malone.

—¿Gracias por qué?

—Por las tenazas.

Mientras gastaba sus últimas fuerzas en no abrir la mano izquierda, Bell hizo un movimiento brusco con la derecha para que la herramienta se deslizara hasta su palma y saliera por la manga. Cuando la tuvo, rodeó el mango con los dedos y apretó con toda su energía.

El cable se partió.

Lo último que Isaac Bell vio del Acróbata antes de que desapareciese por la chimenea del *Mauretania* fue el brillo atónito de su mirada.



Llegado al Berliner Stadtschloss con ánimo triunfal, Hermann Wagner dejó su chistera en manos de la encargada del guardarropía de plebeyos y subió hacia el salón privado del trono del káiser Guillermo II, donde había sido convocado un pequeño y selecto grupo de militares de alto rango, industriales y banqueros —la élite de la élite— para asistir a la demostración final de un dispositivo que el propio káiser había aclamado como el mayor de los logros germanos.

Dos generales que ostentaban horribles cicatrices, herencia de sus duelos, miraron al banquero con altanería. Wagner ignoró con serenidad a los despectivos aristócratas y disfrutó en grado sumo al observar sus cambios de expresión en el momento en que el káiser se acercó directamente a él, Hermann Wagner, para darle la mano.

—¡He aquí a un verdadero patriota alemán! —anunció a voz en cuello el soberano—. Esperad a ver lo que ha hecho posible. ¡Empecemos!

Varios lacayos se afanaron en traer una pantalla de cinematógrafo, unas bocinas acústicas y un enorme y nuevo proyector. Se atenuaron las luces. Su majestad el káiser se sentó en su trono. Los reunidos visionaron una película en la que el propio káiser Guillermo entraba con paso resuelto en aquella misma sala, con su perro salchicha favorito bajo el brazo.

Cuando el monarca de la pantalla abrió la boca para hablar, y sus palabras brotaron poderosas de las bocinas acústicas, Hermann Wagner pensó que las expresiones de los castigados rostros de los generales no tenían precio. Se habían vuelto las tornas. Ya no eran solo los militares los únicos cuya magia seducía al káiser.

—*Der Tag!* —dijo la imagen del monarca, fácilmente audible pese al traqueteo del proyector—. *Der Tag* no será el final de Alemania, sino su principio. La victoria no depende solo de los soldados.

Hermann Wagner cerró los ojos. Se sabía el texto de memoria. La película la había montado él, tras haber descubierto que tenía habilidad para esos menesteres. Como toque brillante, después de que el káiser pronunciara su discurso, el perro salchicha ladraría a la cámara, y el káiser le acariciaría la cabeza. Millones de personas sonreirían conmovidas al ver que Guillermo II sentía el mismo amor por los animales domésticos que cualquier alemán de a pie.

—La victoria depende también de que Alemania convenza a nuestros aliados de que se sumen a la guerra en nuestro bando. Alemania destruirá uno a uno...

Las palabras del káiser se vieron interrumpidas por risas, risas nerviosas que fueron sofocadas de forma brusca.

Al abrir los ojos, Wagner descubrió para su horror que mientras las bocinas emitían las palabras del káiser la imagen mostraba a su perro salchicha ladrándole a la cámara. El animal tenía que ladrar después de que el monarca hubiera acabado su parlamento. Por alguna razón se habían desincronizado el sonido y la imagen.

El káiser saltó de su trono y se marchó hecho una furia, seguido por sus generales.

Mientras el grupo se dispersaba, Hermann Wagner permaneció quieto, petrificado de incredulidad. ¿Cómo podía haber salido tan mal? Se lanzó hacia la puerta sin ver nada. El plan Donar había fracasado, y su carrera estaba por los suelos.

Una doncella de palacio corrió tras él.

—Su sombrero, *herr* Wagner. ¡Su sombrero!

Era muy menuda, con trenzas doradas. El afable *herr* Wagner, cortés incluso el peor día de su vida, se mostró agradecido dedicándole un cumplido («Eres una niña muy despierta») y hasta le entregó una moneda de plata.

—Gracias, *herr* Wagner.

Poco después de haber dado las gracias con una reverencia, la detective Pauline Grandzau salió con disimulo de palacio para cablegrafiar la buena noticia al investigador jefe Bell.

## Epílogo

*Después de la Gran Guerra,  
Newcastle upon Tyne*

La viuda Skelton había entablado relación con el viudo Farquhar, lo cual complacía a todos en Newcastle upon Tyne, excepto al sacerdote. La señora Skelton, que había sido enfermera en la guerra de los Bóers y enfermera jefa en varios hospitales militares durante la Gran Guerra, seguía siendo una belleza de pelo azabache, dueña del Marysmead Arms, un *pub* muy frecuentado a la sombra de los astilleros Swan Hunter. Al señor Farquhar se lo admiraba como «caballero nato», gran artesano y jefe de capataces en los altos hornos Swan Hunter, a los que había regresado el legendario transatlántico de la Cunard, el *Mauretania* —que conservaba la Banda Azul al más veloz del Atlántico—, a fin de ser sometido a las reformas necesarias para no quemar carbón, sino petróleo.

—Te he traído algo —dijo el señor Farquhar al volver del trabajo, una tarde húmeda y borrascosa, y entrar en su vivienda, situada justo encima del *pub*.

—No hacía falta —respondió la señora Skelton, si bien estaba complacida—. Es mejor que ahorres.

Él le puso en la mano un paquete envuelto en hule.

—No me ha costado ni un penique.

—No me extraña.

Estaba cubierto de polvo de carbón.

—¿No piensas abrirlo?

Le enseñó la punta que ya había desenvuelto. Al retirar el hule, ella descubrió un bonito sobre.

—¿Qué es?

—Los chicos lo han encontrado detrás de un búnker de carbón. Debía de llevar años allí. Mira qué hay dentro.

—¿Tú aún no lo has mirado?

—No, lo reservaba para ti.

La señora Skelton abrió la solapa y extrajo un pergamino grueso y ricamente decorado. El señor Farquhar se acercó y le puso una mano en el hombro.

—Parece oro de verdad.

—Pan de oro.

—¿Qué pone?

La hipermetropía del señor Farquhar ya no le permitía leer sin gafas. En cambio los ojos azules de la señora Skelton conservaban su agudeza.

—Es una invitación de boda. ¡En el barco! ¡Se casaron en el barco!

La observó un momento con una mezcla de sorpresa y emoción, y le dio la vuelta.

—¿Qué es esto?

—Dibujitos y garabatos. Para mí es como si estuviera escrito en chino.

La señora Skelton guardó con gran reverencia la invitación en el sobre, que envolvió de nuevo con el hule.

—¿No la quieres? —preguntó el señor Farquhar—. Es bonita. Podría hacerle un marco.

—Llévasela directamente al señor Thomas McGeady, de las oficinas de la Cunard. Dile de mi parte que busque a la pareja y que se la haga llegar.

—Pero ¿conoces al señor McGeady?

—Tengo un *pub*, señor Farquhar. Conozco a todo el mundo. ¡Venga, rápido, que te guardo el té!

—¿A qué viene tanta prisa?

—El mes que viene es el aniversario de boda de esa pareja.

### *San Francisco*

En Nob Hill, dentro de una de las poquísimas mansiones que habían sobrevivido al terremoto y posterior incendio de San Francisco en 1906, Isaac Bell estaba hablando con Marion:

—Es posible que ya no vea tan bien como antes, así que para examinar esta supuesta arruga que dices que hay en tu mejilla tendrás que acercarte más a la luz. Aquí, en mis rodillas.

Fue interrumpido por un niño que entró corriendo con el correo de la mañana, lo lanzó a su lado, en el sofá, y se marchó.

Una vez descartada por completo la supuesta arruga, miraron el correo y descubrieron un gran sobre de papel manila de la compañía Cunard.

—¿El capitán Turner? —preguntó Marion.

No, no podía ser. Turner les había felicitado durante muchos años por escrito en su aniversario de boda, pero al final de la guerra se había jubilado y, desde que lo habían acusado injustamente del hundimiento del *Lusitania*, se había vuelto un ermitaño.

Bell abrió el sobre con el cuchillo de su bota.

Dentro había un mensaje de un directivo de la Cunard: «A la compañía le ha parecido que podría ser de su agrado. Lo encontró el señor Alec Farquhar, de los astilleros Swan Hunter de Newcastle, durante las reformas del *Mauretania*, y lo ha enviado la señora Alison Skelton. El presidente se suma a mis más sinceras felicitaciones por su inminente aniversario».

Isaac y Marion reconocieron enseguida el rebuscado sobre que les había preparado el impresor del barco. La humedad casi había borrado el nombre del destinatario.

—¿De quién era? —preguntó Marion al acercarse para apreciar las letras desvaídas y acariciar la mejilla de Bell con algunos mechones de su pelo del color del champán—. Dios mío, pero ¡si es la invitación de Clyde Lynds! Pobre Clyde...

Sacó la invitación propiamente dicha, que apenas acusaba el paso del tiempo.

—Qué bonito. Cariño, es como volver a casarnos.

—¿Qué hay al otro lado? —preguntó Isaac Bell.

*Cinco años después,  
teatro Strand, Broadway, Nueva York*

Justo cuando levantaba una copa de champán para brindar por el rotundo éxito del estreno de la nueva película de Marion, la comedia *Escucha, Nueva York*, Isaac Bell oyó que un crítico dictaba su reseña por un teléfono de monedas del vestíbulo.

—*Escucha, Nueva York*, de Marion Bell, es una joya sobre bares clandestinos, coristas y gánsteres, pero aunque la primera película hablada con grabación eléctrica de alta fidelidad e impresión del sonido en la propia cinta mejora mucho *El cantor de jazz*, incorporando diálogos comprensibles, el espectador sigue reparando en que la directora ordenó a James Cagney y Edward G. Robinson que se pusieran debajo de un micrófono y se estuvieran quietos al recitar sus ingeniosas réplicas.

Isaac Bell dejó la copa.

Marion le puso una mano en el brazo para retenerlo.

—¿Adónde vas, Isaac?

—A darle un puñetazo en la nariz.

—En vez de pegar en la nariz a un crítico, lo cual podría influir en la acogida de mi próximo estreno, brindemos por Clyde, cuyos planos han hecho posible mi película, aunque los filmes parlantes siempre hayan sido más complicados de lo que él esperaba.

Marion desarmó a Bell con una sonrisa. Al cabo de un momento, el crítico ganó puntos.

—Todo el mundo —dijo— está de acuerdo en que el sistema de filmes hablados mejorará rápidamente. A juicio de este crítico, cuanto antes mejor, al menos en lo que

se refiere a resaltar la estupenda e ingeniosa dirección de Marion Bell. Es de esperar que el estudio vuelva a emparejarla con Irene Vox, la guionista de películas mudas residente en Shangai. La dirección de la señora Bell abre la vía a algo poco frecuente, como es el éxito que este crítico predice al paso del «mudo» al «hablado».

Bell miraba al otro lado del vestíbulo, hacia Vox. La guionista rubia iba envuelta en piel de marta, cargada de joyas y acompañada por un apuesto galán de pelo plateado. Los rumores que habían llegado de momento a oídos del detective lo identificaban como su primo, su esposo o un refugiado, ora fabulosamente rico, ora sin blanca. Algunos investigadores de Bell opinaron que había estado en la cárcel.

—Ya sé a quién me recuerda esa mujer.

—¿A quién?

—Entonces no era rubia.

—¿Quién? —insistió Marion.

Hasta aquella noche no había conocido a su guionista, famosa por ser muy reservada. Solo se habían comunicado por correo, cablegrama y teléfono.

—Les he ofrecido llevarlos a su hotel —dijo Bell—. Cuando estemos en el coche, fíjate bien y luego me lo dices.

Vox y su acompañante se alojaban en el Plaza. Dado que Bell y Marion habían acudido en su Duesenberg J-198 con chasis en forma de torpedo, en el que solo cabían dos personas, el detective había llamado por teléfono al garaje para que le mandaran un turismo J-140. Se puso al volante, con el caballero de sienes plateadas a su derecha, y no entabló ninguna conversación porque el copiloto no hablaba inglés.

—¿Qué? —le preguntó a Marion cuando se alejaron del Plaza—. Os he visto hablar por el retrovisor, y parecía que os tuvierais bastante confianza. ¿Qué te ha dicho?

—Después de haber hecho toda una película sin vernos ni una vez, teníamos mucho de que hablar.

—¿Qué ha dicho?

Marion puso su mano en la de Bell, que estaba cambiando de marcha.

—Me ha comentado que en Shangai tienen la costumbre de que las guionistas den un fuerte beso en los labios a los maridos guapos de las directoras.

—¿Y tú que le has dicho?

—Que no estamos en Shangai.



CLIVE CUSSLER. Aurora, Estados Unidos 15 de julio de 1931. Vivió desde su infancia en Alambra, California, estudiando en el Pasadena City College hasta ingresar en las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos, participando en la Guerra de Corea. Tras licenciarse, trabajó en publicidad, primero como redactor y después como director creativo en dos importantes empresas, llegando a obtener un León de Oro en el Festival Publicitario de Cannes. Aventurero y arqueólogo marino, había comenzado a escribir en 1965, y fue en 1969, cuando presentó un libro sobre hechos reales como tesis doctoral en el Maritime College de la Universidad Estatal de Nueva York, siendo excepcionalmente aceptado y obteniendo un doctorado en Letras. Creador de la Nacional Underwater and Marine Agency (NUMA), es miembro del Explorer Club de Nueva York, La Royal Geographic Society de Londres y la America Society of Oceanographers. Sus novelas, han aparecido en numerosas ocasiones en las listas de éxitos de *The New York Times*.

Es autor de libros relacionados con el mar, y novelas de aventuras, también marítimas, protagonizadas por Dirk Pitt, un personaje a semejanza del autor, muy realistas y con gran despliegue de dispositivos tecnológicos.

JUSTIN SCOTT nació en Nueva York, el 20 de Junio de 1944. Es un escritor e historiador estadounidense, dedicado a la literatura de intriga y misterio.

Hijo de escritores profesionales, se crió y pasó su infancia en Long Island, donde la familia llevaba una extraña doble vida, pues a pesar de vivir en una pequeña ciudad

americana, tenían sus ojos más pendientes de la vida en Nueva York que de la atmósfera semirural del este de Long Island. Se graduó en Historia en el Harpur College, y se doctoró en Historia Americana en la Universidad de Binghamton, Nueva York en 1969.

Como la mayoría de los autores norteamericanos, trabajó en muchos empleos para ganarse la vida. Ha conducido barcos y camiones, construido casas, vendido zapatos y ha dirigido una revista.

De entre su obra cabría destacar títulos como *El cazador de barcos* (The shipkiller, 1978) o *Pesadilla en el mar* (Empty eye of the sea, 1993). Fue nominado dos veces para el Premio Edgar Allan Poe.

Es autor de veintiséis novelas, entre las que se incluyen *The Shipkiller* y *Normandie Triangle*, dentro de la serie protagonizada por el detective Ben Abbott, y cinco thrillers ambientados en el mundo marino escritos bajo el seudónimo de Paul Garrison.

En la actualidad vive en Conecticut.